





3 1223 00211 0915

### DATE DUE

SFPL JUN 19 '81		
MAY 7 - '82		
NOV 20 '82		
NOV 20 '82		
SFPL DEC 3 - '87		


C

SPANISH Dickens, Charles, 1812-1870.  
863 El Marques de Saint-Évremont.  
D

POCK CARD  
R000720

800201 CSf  
/SF A\*

RPL  
13758217



Digitized by the Internet Archive  
in 2020 with funding from  
Kahle/Austin Foundation





*maneuver.*

LECTURAS RECREATIVAS

---

EL MARQUÉS  
DE SAINT-ÉVREMONT

○

PARIS Y LONDRES EN 1793

POR

CARLOS DICKENS

NUEVA TRADUCCIÓN



MADRID

APOSTOLADO DE LA PRENSA

7, San Bernardo, 7

1924

---

Con licencia eclesiástica.

---

863

7

S. F. PUBLIC LIBRARY

0915





## LIBRO PRIMERO

---

### CAPITULO PRIMERO

EN 1775

**E**RA la mejor y la peor de las épocas, el siglo de la locura y de la razón, de la fe y de la incredulidad; era un período de luz y de tinieblas, de esperanza y de desesperación, en que se veía delante el horizonte más esplendente y la noche más profunda: era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro que, según la opinión de autoridades muy respetables, sólo se puede hablar de él en superlativo, tanto en bien como en mal.

En aquella época reinaba en Inglaterra un rey provisto de robustas mandíbulas y una reina de cara muy fea, mientras se sentaban en el trono de Francia un rey provisto de unas mandíbulas no menos robustas y una reina de cara muy linda.

Era más claro que el cristal para todos los grandes del Estado que en uno y otro país se renovaba diariamente el milagro de la multiplicación de los panes, y que no cambiaría jamás el orden de cosas establecido.

En aquella época se habían concedido revelaciones del otro mundo, como en el día, a la Gran Bretaña.

Un profeta que no era más que un guardia de Corps, había anunciado el día en que un abismo, preparado ya para abrirse, se tragaría a Londres y Wéstminster.

Apenas habían transcurrido doce años desde que el espíritu de Cock-Lane hablara por conducto de las sillas y de las mesas del mismo modo que nuestros modernos espíritus, lo cual es ciertamente un argumento poco favorable para la originalidad de nuestro siglo.

Se habían recibido en Inglaterra noticias de un orden menos espiritual relativas a cierto Congreso formado en América por súbditos de la Gran Bretaña; y estas noticias adquirieron más importancia para los humanos que todas las comunicaciones transmitidas por los *médiums*.

La Francia, menos favorecida en materia de espiritismo, se deslizaba blandamente por una senda sembrada de flores, cantos y carcajadas, abrojos, llantos y gemidos, y hacía papel moneda que se daba prisa en gastar.

Crecían en tanto en los grandes bosques de Francia y de Noruega árboles que el Destino, terrible maderista, había marcado para ser cortados con la idea de que con sus tablas pudiera construirse un cadalso de nueva invención, provisto de una cuchilla y un cesto, y del cual debía conservar la Historia un espantoso recuerdo.

En aquellos días se albergaban bajo los cobertizos de algunos de los labradores que cultivaban las tierras de las cercanías de París toscos carros cubiertos de lodo, olfateados por los cerdos y que servían de cama a las gallinas, y que la Muerte, colona universal, había elegido para convertirlos en proveedores del hacha revolucionaria.

En Inglaterra apenas había bastante orden, ni las vidas y haciendas de los habitantes eran suficientemente protegidas para justificar la jactancia nacional. No pasaba una noche sin que hubiese robos a mano armada y audaces escalamientos hasta en el seno de la capital; se habían fijado avisos en los parajes públicos para advertir que nadie saliese de la ciudad sin depositar sus muebles en el almacén de un tapicero para tener más seguridad de encontrarlos a su regreso; el ladrón nocturno se transformaba a la claridad del sol en mercader de la Cité, y cuando era reconocido y acusado por su cómplice, le prendía en vir-

tud de su título de capitán, le cortaba sin cumplimientos la cabeza y huía a uña de caballo.

El correo caía en emboscadas donde lo esperaban siete bandidos; tres de éstos morían a manos del guarda que acompañaba la correspondencia y que, agotando sus municiones, era asesinado por los demás salteadores, que saqueaban el coche sin obstáculo.

El lord corregidor de Londres, a pesar de ser un poderoso potentado, se veía obligado a obedecer a un osado aventurero que le pedía la bolsa o la vida, y que despojaba al ilustre personaje en medio de sus numerosos lacayos.

Los pilluelos robaban las cruces de diamantes del pecho de los nobles lores hasta en los salones de la Corte; los mosqueteros iban al barrio de San Gil, a apoderarse de las mercancías de contrabando; la canalla hacía fuego contra los mosqueteros y éstos contra la canalla, y nadie se extrañaba de estos hechos, que eran propios de la vida común.

En tanto el verdugo estaba muy atareado y trabajaba que era un portento. Ya colgaba en largas hileras criminales de toda especie, ya estrangulaba el sábado al ratero preso el martes anterior; por la mañana marcaba en Newcastle las gentes a docenas, y por la noche hacía un auto de fe con los libelos en la puerta de Westminster; hoy quitaba la vida a un horrible asesino, y mañana a un miserable que había robado dos peniques al hijo de un colono.

Todo esto sucedía en Francia y en Inglaterra en el año de gracia de 1775: de este modo conducía sus grandezas y millares de ínfimas criaturas por las diversas sendas que debían recorrer.

## CAPITULO II

## EL COCHE-CORREO

UN viernes por la noche y a fines de noviembre la carretera de Douvres se extendía delante del primer personaje con quien hemos de trabar conocimiento en esta historia.

Entre nuestro personaje y el horizonte se hallaba el coche-correo, que subía penosamente la escarpada falda de Shooter.

Había tanto lodo en el camino, los caballos estaban tan cansados, la subida era tan rápida, la correspondencia abultaba tanto y eran tan hondos los carriles, que los pobres animales se habían parado ya tres veces con la idea subversiva de volverse a su caballeriza. Sin embargo, la acción combinada de las riendas, del látigo, del guarda y del conductor se opuso, en virtud de las leyes de la guerra, a tan rebelde designio, y los caballos se vieron precisados a capitular y volvieron a cumplir con su deber.

Los cuatro escuálidos jamegos se hundían en el lodo con la cabeza baja, y dando sonoros resoplidos se deslizaban, caían y sudaban como quien lleva una carga superior a sus fuerzas.

Cada vez que, después de una parada prudente, el conductor les obligaba a continuar su marcha, el caballo delantero, que se hallaba más amenazado por el látigo, sacudía violentamente la cabeza y parecía negar que el coche pudiese llegar a la cima de la cuesta.

Cada negativa de éstas hacía estremecer a nuestro viajero y le llenaba de dolorosa inquietud. Una densa niebla cubría el valle, se arrastraba por la colina como un alma en pena que busca el descanso, se alzaba con lentitud y empujaba penosamente en el aire sus frías y espesas ondas.

La luz proyectada por los faroles del coche, apri-

sionada en un círculo de niebla, alumbraba apenas algunos palmos de camino, y el vapor que se exhalaba de los sudorosos caballos se confundía con la neblina que los rodeaba.

Junto al coche se veían dos viajeros más. Embozados hasta las cejas y calzados con botas que les llegaban hasta los muslos, ninguno de estos tres hombres, a juzgar por lo que llevaban descubierto, hubiera podido decir qué cara tenía su vecino, y lo que pensaba cada cual estaba tan oculto a la mente de los otros dos como su persona a los ojos de sus compañeros.

En aquella época era forzoso desconfiar de las personas que se encontraban en el camino, pues podían ser con muchas probabilidades bandidos, o cuando menos afiliados en alguna cuadrilla de ladrones, y era muy común encontrar en cada casa situada al borde de las carreteras, mesón o taberna, desde el maestro de postas hasta el mozo de caballos, algún pícaro asalariado por un capitán de bandoleros.

En esto pensaba el guarda que acompañaba el correo de Douvres aquella noche del mes de noviembre de 1775, mientras que de pie en la trasera del coche, y abrigado hasta los tobillos con la paja que le servía de alfombra, tenía la vista y las manos sobre una caja donde una maleta que reventaba de llena descansaba encima de ocho pistolas cargadas con bala y puestas sobre un lecho de armas blancas. Como sucedía todas las noches, el guarda sospechaba de los viajeros que se recelaban mutuamente, así como el guarda y el cochero, que a su vez sólo respondía de sus caballos y había jurado en conciencia que los pobres animales no podían arrastrar tanto peso.

—¡Caballos! —gritó el conductor—, un esfuerzo más y se acabarán vuestras penas... ¡Arre, perezosos!

Y añadió volviendo la cabeza:

—¿Qué hora es, Joe?

—Las once y diez minutos —respondió el guarda.

—¡Misericordia! —gritó el cochero con impacien-

cia—. Las once y diez, y aun no hemos subido la cuesta. ¡Arre, cobardes!

El caballo delantero, sorprendido por un violento latigazo en medio de sus más animadas negativas, hizo un nuevo esfuerzo, arrastró a sus tres compañeros, y el coche-correo de Douvres continuó su marcha escoltado por los tres viajeros que se hundían en el barro, se detenían cuando se detenía el carruaje y se separaban lo menos que les era posible. Cualquiera de ellos que hubiera tenido la audacia de proponer a su vecino adelantarse talgunos pasos en medio de la niebla y de la obscuridad, habría pasado por un ladrón y se hubiese expuesto a recibir un balazo.

Llegaron por fin a lo alto del cerro, los caballos tomaron aliento y el guarda dejó su asiento a fin de trabar el coche para la bajada y abrir la portezuela a los viajeros que iban a subir.

—Joe, ¿qué ruido es ese? —dijo el cochero desde el pescante.

—Es un caballo que sube la cuesta al trote.

—A galope —dijo el cochero.

El guarda volvió a subir a su sitio y dijo, cogiendo las pistolas:

—Caballeros, en nombre del rey, reclamo vuestro auxilio.

El viajero que forma parte de esta historia iba a entrar en el coche, adonde se disponían a seguirle sus dos compañeros, y se quedó con el pie en el estribo mientras los otros dos se paraban detrás de él en la carretera.

Los viajeros miraron al guarda y al conductor. Este volvió la cabeza, y el caballo de las negativas enderezaba las orejas mirando de reojo con cierta inquietud.

La inmovilidad que sucedió de pronto a la penosa marcha del coche aumentó el silencio y la calma fúnebre de la noche, y el aliento anheloso de los caballos comunicaba una especie de estremecimiento al carruaje, y tal vez el corazón de los tres compañeros de viaje latía con bastante fuerza para poder contar

sus latidos. En todo caso, era el silencio de individuos fatigados que no se atreven a respirar y cuyos latidos precipitan el temor y la incertidumbre.

Un caballo subía la cuesta a escape y se acercaba por momentos.

—¡Alto! —gritó el guarda con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Alto o hago fuego!

Fué inmediatamente obedecido, y del fondo de la niebla salió una voz ronca que gritó:

—¿Es el coche-correo de Douvres?

—¿Qué os importa? —replicó el guarda.

—¿Es el coche-correo de Douvres?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Necesito hablar con un viajero.

—¿Cómo se llama ese viajero?

—Jarvis Lorry.

El individuo que estaba con el pie en el estribo del coche hizo un movimiento, y pareció decir que era él; pero el conductor, el guarda y los otros dos le miraron con desconfianza.

—No déis un paso o sois muerto —respondió el guarda a la voz que salía de la niebla—. Viajero llamado Lorry, ¿queréis hablar con franqueza?

—¿Quién me llama? —preguntó éste con voz suave y vibrante—. ¿Quién necesita hablarme? ¿Sois vos, Ferry?

—Sí, señor Lorry; os traigo una carta de Tellson.

—No me gusta la voz de ese Ferry —murmuró el guarda entre dientes—, su ronquera me da que sospechar.

—Conozco a este hombre— dijo el viajero dirigiéndose al guarda y saltando en tierra.

Los otros dos viajeros se apresuraron a subir al coche, cerraron la portezuela y levantaron los cristales.

—Podéis permitirle que se acerque —continuó Lorry—; nada debéis temer.

—Es posible, pero no está convencido todo el mundo —respondió el guarda hablando para sí propio—. ¡Hola! Acercaos, pero si lleváis pistolas en la silla, no apoyéis la mano en el arzón, porque os advierto que

soy muy vivo de genio, y que antes que podáis hacer uso de vuestras armas, tendréis una bala dentro del cuerpo. Ahora que estáis avisado, veámonos las caras.

El contorno de un caballo y de su jinete se dibujó vagamente al través de la niebla y se acercó al coche. Cuando el mensajero llegó al lado de Lorry, paró el caballo y entregó un papel al viajero.

El animal respiraba con dificultad y los dos estaban cubiertos de lodo desde los cascos del caballo hasta el sombrero del jinete.

—Guarda —añadió el viajero con calma—, os repito que nada debéis temer. Pertenezco a la casa de Banca de Tellson y Compañía, una de las más conocidas de Londres, y voy a París por negocios. ¿Tengo tiempo para leer esta carta? Habrá propina.

—Eso depende de su contenido... si no es muy larga...

El señor Lorry se acercó al farol del coche, abrió la carta que tenía en la mano y leyó en voz alta la siguiente frase: *Esperad a la señorita en Douvres.*

—Ya veis que no es muy larga —dijo el señor Lorry al guarda.

Y añadió dirigiéndose al emisario:

—Diréis en casa que he respondido con la palabra *Resucitado.*

—¡Qué respuesta tan particular! —exclamó Ferry con su voz más ronca.

—Llevádsela, sin embargo, a esos señores y se convencerán así de que he recibido su carta. Buenas noches, Ferry, volved a casa lo más pronto posible.

Y después de pronunciar estas palabras, el caballero abrió la portezuela y entró en el coche. Sus compañeros de viaje habían ocultado sus bolsillos y relojes en sus anchas botas y fingían estar sumidos en el más profundo sueño.

Cerrada la portezuela, continuó su marcha el carruaje, y al bajar por la pendiente se envolvió en una niebla, cada vez más densa.

El guarda dijo en voz baja al cochero por encima del carruaje:



—Tom, ¿has oído esa respuesta?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte, no la entiendo.

—Ni yo tampoco —respondió el guarda sorprendido de la coincidencia de su opinión con la del cochero.

Cuando Ferry se quedó sólo en medio de las tinieblas, desmontó para aliviar de su peso al caballo y para limpiarse el lodo que le cubría el rostro y sacudir el sombrero, cuyas alas podían contener cerca de dos litros de agua. Luego que terminó esta doble operación se volvió hacia Londres, y empezó a bajar la pendiente, llevando de las riendas el caballo.

—Después de lo que hemos corrido —dijo al animal como si hubiese podido comprenderle—, no me fiaré de tus cuatro piernas hasta que estemos en el llano.

Y pasado un momento de pausa, añadió:

—*¡Resucitado!* ¡Extraña contestación! ¡Qué sería de ti, pobre Ferry, si resucitasen los muertos! ¡Qué cuenta tan embrollada tendrías que arreglar con algunos de ellos!

### CAPITULO III

#### LAS SOMBRAS DE LA NOCHE

Es muy asombroso, para quien se toma el trabajo de reflexionar sobre este punto, el que todos los hombres estén constituidos de modo que son unos para otros un misterio impenetrable. Cuando entro en una ciudad populosa por la noche, estoy pensando en que cada una de aquellas casas agrupadas en la sombra tiene secretos que le pertenecen, que cada uno de los aposentos que encierran tiene su propio secreto y que cada uno de los corazones que laten en esos millares de pechos es un secreto para el corazón que está a su lado y le es más querido.

Hay en este misterio cierta cosa más terrible y desgarradora que la muerte.

No podré volver más las hojas de ese libro amado que esperaba en vano leer hasta el fin, ni sondearé más con la mirada esa agua profunda donde a la luz de los relámpagos vislumbré un tesoro: estaba escrito que el libro se cerraría para siempre tan pronto como hubiera descifrado la primera hoja; estaba escrito que la onda donde hundía mis ávidas miradas se cubriría con un hielo eterno en el momento en que la luz se reflejara en su superficie, y que me quedaría en la orilla, ignorando las riquezas que contenía.

Mi vecino, mi amigo ha muerto; la que amaba, que era la alegría y la dicha de mi alma, ha cesado de vivir, y su muerte es la inexorable continuidad del secreto que hubo siempre en el fondo de su alma, como hay uno en mí que me llevaré a la tumba.

El mensajero de Tellson tenía bajo este concepto, en su cualidad de hombre, la misma facultad que el rey, que el primer ministro de Estado o que el más rico comerciante de la capital. Así, pues, cada uno de los tres viajeros encerrados en el coche-correo de Douvres era para los otros dos un misterio tan completo como si estuvieran separados por el territorio de uno o de dos condados.

El buen Ferry trotaba en tanto, camino de Londres, parándose en casi todas las tabernas, pero sentándose en un rincón, sin pronunciar una palabra y callándose el sombrero hasta los ojos, los cuales, por otra parte, estaban en completa armonía con estas medidas de prudencia. En efecto, sus ojos negros en la superficie, pero sin profundidad alguna, se acercaban uno a otro como si temieran que separándose cada cual por su lado iban a ser sorprendidos en alguna faena culpable, y las miradas que lanzaban por debajo de las alas de un sombrero de tres picos como un candil de garabato, y por encima de la inmensa manta que le cubría desde las narices hasta las rodillas, tenían una expresión siniestra. Cuando quería beber, el emisario de Tellson se descubría la boca, arrojaba en ella el licor que tenía en la mano derecha, y

dejaba caer el inmenso abrigo apenas terminada la operación.

—No, Ferry, no —decía para sí mientras trotaba por la carretera rumiando la respuesta que llevaba a aquellos señores—, no; nada tiene que ver contigo tan diabólico negocio. ¡*Resucitado!* Por vida mía, estoy por creer ¡Dios me perdone! que el buen señor estaba bebido.

Esta respuesta le abismaba en tanta incertidumbre, que repetidas veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. A excepción de la parte superior del cráneo, que estaba calva y rasa como la palma de la mano, el mensajero de Tellstone tenía cabellos negros y recios como los de un cepillo, repartidos con desigualdad y dispersos en todas direcciones desde la base del occipucio hasta cerca de la raíz de sus narices anchas y chatas.

Mientras regresaba a Londres con la respuesta que debía dar a los señores Tellstone y Compañía, las sombras de la noche formaban a sus ojos extraños contornos, suscitados por el mensaje de que estaba encargado, y a los de su caballo ciertas formas que nacían de sus temores y alarmas, que eran muy numerosos a juzgar por los desvíos que hacía para alejarse de los fantasmas que veía en el camino.

Al mismo tiempo el coche-correo de Douvres rodaba lentamente, rechinaba, saltaba y agitaba con su traqueteo a los tres individuos misteriosos que conducía en su interior. Es probable que las sombras de la noche se revelaban a estos señores, como al emisario y a su caballo, bajo la forma que les sugerían sus recelos y sus párpados hinchados por el sueño.

Entre las que se cernían sobre el coche-correo de Douvres estaba la casa Tellstone. El señor Lorry, con un brazo apoyado en la correa que le impedía caerse sobre su vecino, y le retenía en su puesto cuando el carruaje daba un salto demasiado brusco, se inclinaba hacia adelante y balanceaba la cabeza con los ojos medio cerrados.

Los faroles que centelleaban pálidamente al través de los cristales empañados y el cuerpo del viajero que estaba sentado enfrente de él, se transformaron poco a poco en casa de Banca e hicieron un número prodigioso de negocios.

El sonido de las campanillas de los caballos fué el ruido metálico de los escudos, y en menos de cinco minutos se pagaron más letras de cambio que Tellson y Compañía, a pesar de sus inmensas relaciones, pagaban en todo un día. Se abrieron después a los ojos de Lorry los subterráneos del Banco, llenos de valores y secretos importantes, y el viajero los recorrió llevando en una mano una vela y en la otra un manojo de enormes llaves, y los encontró precisamente en el mismo estado que en su última inspección.

Pero aunque continuaba en la casa de los Tellson y no había salido aún del coche, cuya presencia sentía vagamente como se recuerda una herida cubierta de opio, no cesó de hallarse durante toda la noche bajo la impresión de la idea de que iba a París para desenterrar a un muerto y sacarlo del sepulcro.

Entre aquella multitud de caras lívidas que se alzaban en torno suyo, ¿cuál era la del fantasma que iba a desenterrar?

Nada se lo indicaba.

Todas aquellas caras eran las de un hombre de unos cuarenta y cinco años, y no se diferenciaban entre sí más que por las pasiones que expresaban y por el aspecto más o menos espantoso de su máscara descarnada. El orgullo, el desdén, la ira, el recelo, la tenacidad, la estupidez, la debilidad y la desesperación pasaban ante sus ojos unos en pos de otros, así como una variedad de mejillas huesosas, de tintes cadavéricos, de manos flacas y de esqueletos secos; pero en el fondo se veía siempre la misma figura, la misma cabeza prematuramente encanecida.

Por la centésima vez dirigió nuestro viajero la siguiente pregunta al espectro:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho —respondió el espectro que cien veces le dió la misma respuesta.

—¿Habíais renunciado a la esperanza de volver al mundo?

—Hace mucho tiempo.

—¿Sabéis que vais a volver a la vida?

—Me lo han dicho.

—¿Estáis contento de volver a la vida?

—No lo sé.

—¿Es preciso que os la traiga o vendréis a buscarla? Las respuestas que daba el espectro a esta pregunta eran contradictorias. Unas veces murmuraba con voz entrecortada:

—Es preciso esperar; su presencia me mataría si la trajéis muy pronto.

Otras veces decía con amor y prorrumpiendo en llanto:

—Llevadme a su lado.

O bien exclamaba con acento delirante:

—¿Qué queréis decir? No conozco a nadie; no os entiendo.

Después de este diálogo imaginario, el señor Lorry abría, abría, abría la tierra, ora con una ázadá, ora con una enorme llave, ora con sus uñas, para libertar al desgraciado que debía volver a la vida.

El espectro salía, por fin, de la huesa con los cabellos llenos de tierra sepulcral, y volvía a caer de pronto, no dejando más que un montón de ceniza en el sitio que ocupaba.

El viajero se despertaba estremecido y bajaba el cristal para volver a la realidad con la lluvia y la niebla que le humedecían la frente y las mejillas.

Pero hasta con los ojos abiertos y mirando el cielo encapotado, el resplandor trémulo que lanzaban los faroles y el vallado del camino, veía en el campo las mismas formas que le perseguían dentro del coche. La casa Tellson, los negocios del día anterior, los subterráneos del Banco y sus misterios, la carta que había recibido y la respuesta que había dado a Ferry, todo estaba en la niebla, y entre estas imágenes, confusas al mismo tiempo que de una realidad increíble, se alzaba un lívido espectro a quien volvía a preguntar:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho.

—¿Estáis contento de volver a vivir?

—No lo sé.

Y abría, abría, abría la tierra hasta que un viajero, haciendo un movimiento de impaciencia, le dijo con enojo:

—Cerrad esta ventanilla.

Y volviendo a apoyar el brazo en la correa se preguntaba quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y de conjetura en conjetura volvía a encontrar en las dos masas dormidas la casa de Banca y el espectro de ojos hundidos, y preguntaba:

—¿Cuántos años hace que estáis enterrado?

—Dieciocho.

—¿Habéis renunciado a la esperanza de volver al mundo?

—Hace mucho tiempo.

Estas últimas palabras vibraban aún en su oído tan claramente como las palabras más distintas que le hubieran dicho jamás, cuando se despertó de pronto y vió huir las sombras de la noche que ahuyentaba la primera luz del día.

Asomándose a la ventanilla dirigió sus miradas al resplandor que asomaba en Oriente. Llamó su atención un surco donde el labrador había dejado el arado y a algunos pasos más allá se veía un arbolillo cuyas ramas habían conservado numerosas hojas de un rojo subido y de un amarillo de oro. La tierra estaba húmeda y fría, pero el cielo estaba sereno y el sol esparcía su luz fecunda y brillante.

—¿Dieciocho años! —murmuró el señor Lorry contemplando el sol—. ¡Divino Criador de la luz! ¡Estar enterrado vivo durante dieciocho años!

## CAPITULO IV

### PRELIMINARES

CUANDO el coche-correo llegó por la tarde sin tropiezo al término de su viaje, el primer mozo de la fonda, llamada del Rey Jorge, abrió la portezuela con cierto respeto, porque en aquella época se tenía como un rasgo heroico, o poco menos, venir de Londres en invierno con el correo, y se felicitaba al viajero que tenía suficiente arrojo para llevar a cabo tal empresa.

De nuestros tres personajes uno sólo debía recibir el parabién por su audacia, pues los otros dos habían bajado ya en la carretera para dirigirse a su respectivo destino.

El interior del coche, con su paja húmeda, su mal olor y su obscuridad parecía la guarida de un perro, y el que lo ocupaba, envuelto en una capa peluda, cubierto con una gorra de enormes orejas y lleno de lodo hasta el codo, ofrecía bastante analogía con un perro de enormes dimensiones.

—Mozo —preguntó el señor Lorry—, ¿sale mañana algún buque para Calais?

—Sí, señor; si el tiempo se sostiene y el viento no es contrario, la marea será favorable y se aprovecharán mañana de ella a las dos de la tarde. ¿He de preparar una cama?

—No me acostaré aún, pero dadme un cuarto y enviad a buscar un barbero.

—Muy bien. Venid por aquí, caballero. Encontraréis encendida la chimenea.

El cuarto llamado la Concordia, que se daba siempre a los viajeros que llegaban con el coche-correo, presentaba la particularidad de que sólo se veía entrar en él hombres de igual apariencia, porque todos bajaban del carruaje tapados hasta las orejas, y salían después los tipos más diversos. Así, pues, otro mozo, dos mandaderas, varias criadas y la huéspeda iban y venían de la cocina y del cuarto de la ropa blanca al aposento de la Concordia, cuando salió en dirección al comedor un hombre de unos sesenta años, vestido con un traje completo de color castaño, un poco usado, pero muy limpio, de excelente hechura y según las reglas de la moda.

El comedor estaba desierto. Cerca de la chimenea había una mesita, preparada sin duda para el viajero recién llegado, el cual se acercó, se sentó junto al fuego y permaneció en inmovilidad tan completa como si se colocara en actitud de ser retratado. Era un hombre metódico y arreglado, o al menos lo parecía; con una mano sobre cada rodilla, como si prestase aten-

to oído al tic-tac sonoro del grueso reloj que debajo de su chaleco medía la fuga del tiempo, parecía oponer su edad y su gravedad a los caprichos y al carácter efímero de la llama. Tenía la pierna bien formada y el pie pequeño y elegante, de lo cual, según creo, estaba orgulloso, porque sus medias de seda eran finas, nuevas y estaban tirantes sobre la piel, y sus zapatos demostraban igual esmero, pues si bien sus hebillas no eran de mucho valor, tenían en cambio una forma elegante. La camisa, aunque no era de una finura correspondiente a la riqueza de las medias, podía competir en blancura con la espuma de las olas. Cubría su cabeza una peluca rubia, rizada, lustrosa y ajustada a la cabeza; peluca que tenía la pretensión de representar cabellos y que se hubieran tomado por seda o cristal hilado. Veíase debajo de la graciosa peluca un rostro habitualmente impasible, pero animado por dos ojos brillantes y vivos, que debieron en otro tiempo hacer desplegar grande energía y fuerza de voluntad a su propietario, para darles la calma y la reserva exigidas por Tellson. Las mejillas tenían el tinte rosado de la salud, y el resto de la cara, aunque con algunas arrugas, no dejaba ver huella alguna de violentas pasiones. Para completar su semejanza con un hombre que se coloca en actitud de ser retratado, el señor Lorry cerró los párpados y quedó dormido. Se despertó cuando le trajeron la comida, y dijo al mozo volviéndose hacia la mesa:

—Diréis que se hagan los preparativos para recibir a una joven que vendrá esta noche. Preguntará por el señor Jarvis Lorry, o tal vez por el agente de la casa Tellson, y me pasaréis el recado al momento.

—Está bien. ¿De la Banca Tellson de Londres?

—Sí.

—No lo olvidaré. Tenemos con frecuencia el honor de tratar con esos señores cuando van o vienen de Londres a París, porque se viaja mucho en la casa Tellson.

—Tenemos en Francia un establecimiento tan importante como el de Inglaterra.



—Vos viajáis poco, pues me parece que no había tenido aun el honor de veros como a los demás señores.

—En efecto, han pasado quince años desde mi último viaje a Francia.

—¡Quince años! En aquella época no estaba aún aquí, porque desde entonces ha cambiado de manos la fonda.

—Lo creo.

—Pero apostaría cualquier cosa, caballero, que la casa Tellson estaba ya en auge, no digo hace quince años, sino hace cincuenta.

—Podríais triplicar el número, poner más de un siglo y medio, y quedaros aun corto.

El mozo abrió desmesuradamente la boca y los ojos, dió un paso atrás, se puso en el brazo izquierdo la servilleta que tenía en la mano derecha y miró al viajero mientras comía y bebía como si se hallara sobre una torre o en lo alto de un observatorio.

Cuando el señor Lorry acabó de comer, fué a dar un paseo por la playa. La pequeña ciudad de Douvres, tortuosa y replegada sobre sí misma, parecía huir del mar y ocultarse en la colina como un avestruz espantado. La bahía ofrecía a la mirada el aspecto de un desierto de agua, cuyas olas, entregadas a su capricho, sólo trataban de destruir, pues se arrojaban contra la ciudad bramando, acometían con furia la costa y dispersaban al azar los restos que arrancaban de los peñascos. El aire que circulaba en torno de las casas situadas cerca de la playa estaba cargado de un olor tan fuerte de marea, que hubiera podido suponerse que los peces enfermos acudían allí a bañarse como las personas delicadas van a zambullirse en verano en el mar.

El puerto de Douvres, donde se hacía entonces la pesca en pequeña escala, era por la tarde un sitio de paseo muy frecuentado, especialmente a la hora de la marea alta. Veíanse oscuros negociantes que en ninguna parte habían llegado a prosperar y que allí habían hecho inmensas fortunas, cuyo origen era un mis-

terio, y lo más notable de las costumbres de esta ciudad consistía en que nadie miraba con buen ojo a los encargados de encender los reverberos.

Cuando la atmósfera, que durante un momento había permitido distinguir las costas de Francia, se cargó al anochecer de una densa neblina, los pensamientos del señor Lorry tomaron también un tinte sombrío, y al ocultarse el sol, nuestro viajero, que se encontraba en la sala principal de la fonda, esperaba la cena en la misma actitud con que había esperado la comida, contemplando las ascuas de la chimenea, donde veía mil fantasmas brillantes. Después de cenar y de apurar una botella de excelente vino de Burdeos, que produjo su efecto habitual de hacer olvidar las inquietudes del alma, el señor Lorry suspendió su trabajo imaginario y descansaba con completa calma. Hacía ya largo rato que saboreaba esta ociosidad llena de encanto, y acababa de llenar el último vaso con tanta satisfacción como el hombre más feliz que llega al fondo de la botella, cuando se oyó en la calle el ruido de un carruaje que se paró delante de la puerta de la fonda.

—Es ella —dijo el señor Lorry dejando el vaso en la mesa sin beber.

Cinco minutos después el mozo entró a anunciar que la señorita Manette acababa de llegar de Londres y preguntaba por el caballero de la casa Tellson.

—¡Tan pronto! —respondió éste, que aventuró algunas observaciones.

Pero la joven había comido en el camino; no quería tomar nada, y manifestaba el más vivo deseo de ver inmediatamente al representante de Tellson y Compañía, si era posible. El señor Lorry tuvo que resignarse y obedecer, y vaciando el vaso, se arregló la peluca y siguió al mozo al aposento de la recién llegada. Entró en una sala amueblada con un gusto muy lúgubre y llena de mesas de madera negra. La que ocupaba el centro, en la cual había dos bujías, había sido frotada tantas veces por la mano cuidadosa de la huésped, que las dos luces cuyo resplandor reflejaba

con tinte oscuro, parecía que ardían en el fondo de un féretro de caoba y que debían exhumarse de la tumba si se quería que prestasen el más insignificante servicio. Era tan difícil distinguir los objetos en medio de aquella vaga oscuridad, que el señor Lorry, buscando a tientas el camino sobre la alfombra, supuso que la joven estaba en el aposento inmediato. Sin embargo, cuando dejó atrás las dos bujías sepulcrales distinguió junto a la chimenea una joven de diecisiete años, cubierta con una capa de viaje y teniendo en la mano el sombrero que acababa de quitarse.

Mientras contemplaba aquella profusión de cabellos de un rubio de oro, aquellos ojos azules que le interrogaban con afán y aquella frente pura, dotada de la facultad de contraerse vivamente, y cuya expresión actual participaba a la vez de la sorpresa, el embarazo, el temor y la curiosidad, el señor Lorry vió pasar de pronto ante sus ojos la imagen de una niña que había tenido en otro tiempo en sus brazos desde Calais a Douvres, en un día de invierno en que caía el granizo con violencia y el mar estaba borrascoso.

El señor Lorry hizo a la señorita Manette un saludo muy galante.

—Dignaos tomar asiento, caballero —dijo una voz fresca y suave con un ligero acento extranjero.

—Os beso las manos —respondió el señor Lorry, que hizo un segundo saludo con ademán respetuoso y tomó asiento.

—Caballero —continuó la joven—, ayer me enviaron de la Banca de Tellstone una carta en que hablan de algunas noticias... un descubrimiento...

—En efecto, señorita; se trata de noticias interesantes.

—Serán relativas a la modesta fortuna que me dejó mi padre. ¡Pobre padre, a quien nunca he conocido! ¡Hace tantos años que murió!... Según me dicen en esa carta, debo partir para París, donde encontraré un representante de la casa Tellstone que aquellos se-

ñores han tenido la bondad de enviar para acompañarme.

—Ese soy yo.

—Lo sospechaba, caballero.

La joven le saludó haciendo la profunda reverencia que se usaba en aquella época, con el deseo de manifestarle todo el respeto que le inspiraba su edad y su talento.

El viajero se inclinó por tercera vez.

—He contestado a esos señores, que siempre me han prodigado sus bondades —prosiguió la joven—, que ya que era necesario que pasara a Francia, tendría la más grata satisfacción, siendo huérfana y no teniendo quien pueda acompañarme, si se me permitía ponerme bajo la protección de tan digno caballero. Este había partido ya de Londres, pero le enviaron un emisario para suplicarle que me esperase aquí.

—Me creía ya muy honrado con el encargo que se me había confiado —dijo el señor Lorry—; pero ahora tendré la más grata satisfacción en cumplirlo.

—Mil gracias, caballero; os estoy muy reconocida... Me dicen además en la carta que la persona en cuestión me comunicará los pormenores de este negocio y que probablemente me sorprenderán sus revelaciones. Esto dispuesta a oírlas y tengo vivos deseos de saberlo todo.

—Es cierto —dijo el señor Lorry—; sabéis que debo en primer lugar...

Volvió a arreglarse la peluca, y dijo, después de algunos momentos de silencio:

—Es el caso que este negocio es muy difícil, y no sé como principiar.

En su turbación, y no sabiendo cómo entrar en materia, el señor Lorry fijó su mirada en el rostro de la señorita Manette. La frente de la joven tenía esa expresión característica de que hemos hablado antes y que no era menos graciosa por ser tan singular.

—No me sois completamente desconocido, caballero —dijo la joven.

—¡Ah! ¿Me conocéis? —respondió el señor Lorry sonriendo.

La línea expresiva que se dibujaba entre las cejas de la joven, encima de una pequeña nariz de extremada finura, se hizo aún más profunda, y la señorita Manette, que hasta entonces había estado en pie cerca de su sillón, se sentó con ademán pensativo. El anciano la contempló en silencio y le dijo, luego que alzó la cabeza:

—Creo que mientras estemos en vuestra patria adoptiva debo hablaros como si fuerais inglesa.

—Hablad como gustéis.

—Soy un hombre de negocios, señorita, y el encargo que tengo que cumplir no es más que un negocio. Os suplico, pues, que me consideréis como una simple máquina que habla, porque en verdad no soy otra cosa. Voy, por lo tanto, a contaros, si me lo permitís, la historia de uno de los clientes de nuestra casa.

—La historia de... —dijo la joven.

El señor Lorry manifestó que no comprendía el sentido de esta interrupción.

—Sí —repuso con precipitación—, de uno de nuestros clientes; así es como llamamos en materia de Banca a las personas con quienes estamos en relación. Era un francés, un hombre científico, un doctor en Medicina muy distinguido.

—¿Hijo de Beauvais?

—Sí, como vuestro padre, y que gozaba, como el doctor Manette, una gran reputación en París, adonde había ido a establecerse. Allí tuve el honor de conocerle. Nuestras relaciones eran simplemente de negocios, pero confidenciales. Me hallaba entonces agregado a nuestra casa de París...

—¿Puedo preguntaros en qué época, caballero?

—Hace veinte años, señorita. El doctor estaba casado con una inglesa, y estaba yo encargado de sus negocios. Toda su fortuna estaba, como la de muchos franceses, en manos de Tellstone y Compañía, de lo cual resulta que era yo su apoderado, como el de muchos

otros clientes. Me unían con él simples relaciones de negocios, señorita, en las que por nada interviene el sentimiento, y le trataba como a todas las personas que vienen a cobrar una letra de cambio o a depositar fondos, porque no tengo sentimiento alguno, no soy más que una verdadera máquina. Ese doctor...

—¡Estáis contando la historia de mi padre! —exclamó la joven levantándose—. Recuerdo que cuando murió mi madre me llevásteis vos a Londres.

El señor Lorry se apoderó de la trémula mano que se acercaba a la suya, y después de aplicar en ella sus labios con gracia respetuosa, hizo sentar otra vez a la joven, apoyó la mano izquierda en el brazo del sillón y se sirvió de la derecha para frotarse la barba, arreglarse la peluca o para apoyar sus palabras con el movimiento del índice.

—Tenéis razón, yo fui —dijo mirando a la joven que alzaba hacia él sus miradas—. Ya veis que decía la verdad cuando afirmaba no ha mucho que no tengo el menor sentimiento, y que las únicas relaciones que guardo con mis semejantes no son más que de negocios, pues de lo contrario os hubiera vuelto a ver desde aquella época. Desde entonces habéis sido pupila de la casa Tellson, pero yo estaba encargado de otra clase de relaciones. ¡Sentimientos! No he tenido tiempo ni la suerte de experimentarlos, y he pasado toda mi vida cortando malezas pecuniarias.

Después de caracterizar así el uso de su vida, el señor Lorry se llevó las dos manos a la cabeza para arreglarse la peluca, operación completamente inútil, y recobró la actitud que antes tenía.

—Como decis muy bien, señorita —continuó—, esa historia es la de vuestro señor padre. Suponed ahora que el doctor no hubiera muerto en la época... Os suplico que os tranquilicéis... Supongamos que el señor Manette, en vez de morir, hubiera tan sólo desaparecido, y que haya sido imposible encontrarle, aunque se sospechara cuál era el sitio donde pudiera estar cautivo; supongamos que hubiera tenido por enemigo uno de esos hombres que a la otra parte del Estrecho go-

zan de un privilegio, del que los más temerarios apenas hablan en voz baja, cual es el de llenar una orden con la firma en blanco, en virtud de la cual un desgraciado es arrojado a un calabozo donde muere en la desesperación y el olvido; supongamos que la esposa de ese desgraciado hubiera suplicado en vano al rey y a la reina, a los ministros, a la magistratura, que le permitieran tener noticias de su marido, y la historia de vuestro señor padre será exactamente la del doctor de Beauvais.

—Continuad... continuad por favor, caballero.

—Sí, voy a decirlo todo. ¿Tendréis valor para oirlo?

—Todo lo sobrellevaré menos la incertidumbre.

—Consideradlo como un negocio, como un simple negocio que es preciso terminar. Continúo, pues. Si la esposa del doctor hubiera sufrido tanto pesar antes del nacimiento...

—¿De su hija?

—Precisamente. No os desconsoléis; se trata de un simple negocio. Si la esposa del doctor, queriendo evitar a su hija las angustias que le hacían sufrir los tormentos del cautivo, hubiera dicho a la niña desde que llegó a la edad de la razón que su padre había muerto... En nombre del cielo, ¿por qué os arrodilláis?

—Para suplicaros que me digáis la verdad... ¡Sois tan bueno, caballero!

—Es un simple negocio, señorita. Me confundís. ¿Cómo queréis que me explique si me turbáis así? Es forzoso que conservemos nuestra sangre fría. Si tuviérais la bondad de preguntarme cuál es la mitad de nueve peniques multiplicados por nueve, o cuántos chelines contienen treinta guineas, estaría más tranquilo y podría contestaros mejor.

La joven recobró bastante imperio sobre sí para tranquilizar al señor Lorry.

—¡Muy bien, señorita, muy bien! —repuso el anciano—. ¡Animo! Es un negocio muy grave. Vuestra señora madre tomó, pues, la resolución de ocultaros la prisión del doctor, y cuando murió de pesar, sin haber conseguido tener noticia alguna de su esposo, os

legó un porvenir tranquilo y pacífico que os permitió crecer bella y graciosa, sin que anublase vuestros juveniles años la inquietud devoradora que había desgarrado su corazón.

Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada conmovida a la joven, que parecía sumida en un dolor sin esperanza.

—El doctor y su esposa —continuó— tenían una fortuna modesta, y poseéis en el día todo lo que les pertenecía. Nada hemos descubierto sobre este punto ni conocemos otros bienes, pero...

Se interrumpió de pronto sintiendo que los dedos de la joven le apretaban con fuerza la muñeca, y al ver que las líneas expresivas de su frente manifestaban un sufrimiento y un horror profundos:

—Se le ha encontrado —balbució el buen anciano—; vive aún. Está muy cambiado, muy viejo; no es más que una sombra; pero ¡cómo ha de ser! El caso es que vive. Un antiguo criado que habita en París le ha dado asilo, y con este objeto nos dirigimos a Francia; yo para cerciorarme de su identidad, si es posible reconocerle, y vos, señorita, para llamarle a la vida y rodearle de cuidados y de amor.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de la joven, que dijo con voz ahogada:

—No voy a encontrar a mi padre, sino un espectro.

—Todo lo sabéis ya, señorita —dijo el señor Lorry. Nada temáis. Partimos para Francia, donde os espera vuestro padre. El tiempo es magnífico, la marea favorable, y nuestro viaje será corto y próspero.

—Era libre, era feliz —murmuró la joven como si hablase en sueños—, y su sombra no se me apareció nunca para acusarme por mi alegría.

—Debo añadir —repuso el señor Lorry, que acentuó sus palabras con la esperanza de atraer la atención de la joven—, debo añadir que el doctor ha cambiado de nombre. Es inútil preguntar por qué lo ha hecho, así como averiguar si lo ha olvidado en su encierro o si la detención que debía sufrir tenía un plazo determinado. La menor pesquisa sobre vuestro



padre sería, no solamente inútil, sino tal vez peligrosa, y es mucho más prudente no decir nada a nadie y volver inmediatamente a Londres con el antiguo preso. Yo mismo, que estoy escudado con mi doble cualidad de inglés y de agente de una casa muy importante para el crédito de Francia, me guardaré muy bien de hacer la menor alusión sobre este negocio. No llevo un solo escrito en que esté mencionado el hecho, y las cartas que deben abrirme ciertas puertas, las expresiones con que he de contestar, todo está comprendido en esta palabra: *Resucitado*. Pero... ¿qué tenéis, señorita?

La joven se había desmayado, estaba completamente inmóvil, reclinada en el respaldo del sillón, con los ojos abiertos y con el terror retratado en su frente, y continuaba apretando con tanta fuerza el brazo del anciano, que no atreviéndose éste a separarle los dedos por temor de hacerla daño, pidió auxilio sin moverse de su sitio. Apareció en el aposento una mujer des-pavorida, cuyos cabellos rubios, rostro encendido, vestido estrecho y cabello despeinado y cubierto con un sombrero enorme, llamaron la atención del señor Lorry, a pesar de su turbación: aquella mujer arrancó con violencia al representante de Tellson de los dedos crispados de la joven, y le empujó con la mano hasta la pared.

—¡Qué fuerza tan hercúlea! Esta mujer debió haber nacido hombre —pensó el señor Lorry.

—¿Qué hacéis ahí? —gritó la robusta mujer dirigiéndose a los criados de la fonda—. ¿Por qué no vais a buscar vinagre en vez de mirarme como bobos? No soy tan hermosa para asombrar a nadie. Pronto, ¡vinagre! ¡Un frasco de esencia! ¡Agua fría!

En tanto que los criados corrían en busca de lo que se les pedía, la mujer del enorme sombrero colocaba a la joven en el sofá y la cuidaba con tanto cariño como destreza.

—¡Hermosa! ¡Querida hija mía! —murmuraba aquella mujer con voz conmovida y desplegando con orgullo la cabellera de la joven—. Y vos, caballero —exclamó volviéndose hacia el señor Lorry—, ¿no podíais darle

vuestras noticias sin ponerla en este estado? ¿No veis su palidez, sus manos heladas, sus ojos muertos? ¿Así se porta un banquero con una niña delicada?

El señor Lorry, no sabiendo qué contestar en su turbación, apartó los ojos con ademán humilde y contrito, mientras la mujer hercúlea, que había vuelto a despedir a los criados de la fonda, hacía volver en sí a la joven y conseguía con sus caricias que apoyase la cabeza sobre sus robustos hombros.

—Espero que se habrá recobrado enteramente —murmuró el señor Lorry.

—No se debe a vos el que el accidente no haya sido más grave. ¡Pobrecilla!

—¿La acompañáis a París? —preguntó el señor Lorry tras un nuevo silencio.

—¡Me gusta la pregunta! —dijo la mujer—. Si no fuera mi destino cruzar el mar, ¿creéis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

No sabiendo tampoco qué responder, el señor Lorry se retiró a su aposento.

## CAPITULO V

### LA TABERNA DE DEFARGE

Nos hallamos en París y en el arrabal de San Antonio. Al descargar de un carro varios toneles de vino uno de los más grandes rodó en medio de la calle, y habiéndose roto los aros, el líquido había manado a borbotones delante de una taberna. Todos los vecinos habían suspendido su trabajo para acudir al teatro de la desgracia y beber el vino derramado. Las piedras designales que cubrían la calle y asomaban sus agudas puntas como si, arrojándolas al azar, sólo se hubiera pensado en conspirar contra las costillas de los transeuntes, habían detenido el licor dividido en pequeños charcos, cada uno de los cuales estaba rodeado por un grupo de individuos

que se empujaban con gran algazara. Algunos hombres arrodillados, formando un vaso improvisado con el hueco de sus manos, sacaban el precioso líquido y se apresuraban a beberlo, o lo defendían de las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, se esforzaban en sorber el licor antes de que se deslizase entre sus dedos. Otros individuos, hombres y mujeres, hundían en los charcos vinosos pequeñas cazuelas de barro descantilladas, o los pañuelos, que les servían de esponjas, y las madres los exprimían después en la boca de los niños. Estos construían a toda prisa diques de lodo para detener el vino que huía entre las piedras, o dirigidos por espectadores asomados a las ventanas corrían para contener los canales que se formaban en nuevas direcciones. Algunos de ellos se habían apoderado de los tablones rotos del tonel, cubiertos de cieno, y los chupaban con delicia. Pocos minutos habían transcurrido cuando la porción del empedrado que se extendía delante de la taberna, no sólo quedó enjuta, sino que habían recogido con tanto cuidado el lodo, que se hubiera atribuido este aseo a la escoba de un celoso barrendero público, si es que alguno de los habitantes del barrio pudiera creer en la presencia de este funcionario, allí desconocido.

En la calle donde había tenido efecto esta libación gratuita resonaba un estruendo penetrante de carcajadas, gritos de alegría y voces de hombres, mujeres y niños. Caracterizaban la diversión de aquella turba cierta grosería y mucha jovialidad, y se advertía en todos los grupos un espíritu de sociabilidad particular, así como un afán visible de cada cual a aproximarse a los demás, que entre los menos desgraciados o en los más alegres se expresaba con abrazos, brindis, apretones de manos y animadas cabriolas. Cuando el vino desapareció completamente, dejando entre las piedras los mil canales que habían trazado los bebedores, estas demostraciones cesaron tan repentinamente como habían principiado. El aserrador, cuya sierra había quedado en un tronco, fué a continuar su trabajo; la mujer que había dejado en el umbral de su puerta el brasero lleno aún de cenizas calientes, en las que trataba de calentarse los pies, las manos y su niño

de pecho, se dirigió hacia su casa. Los trabajadores, con los brazos desnudos, los cabellos sucios y llenos de polvo y la faz cadavérica, que desde sus moradas subterráneas habían aparecido a la claridad de aquel día de invierno, volvieron a bajar a sus talleres respectivos, y una tristeza sombría se apoderó otra vez de aquella calle, donde parecía cosa más natural que el sol y la alegría.

El vino que se había derramado en aquella oscura calle del arrabal de San Antonio y había manchado todas aquellas manos, caras y pies descalzos, era de un color rojo subido. El aserrador dejaba manchas rojas en los troncos que manejaba; la mujer que daba el pecno a su hijo llevaba en la frente manchas rojas, que le había hecho el harapo que se había quitado de la cabeza para emplearlo como esponja; los que habían chupado lasuelas enrojadas del tonel tenían en torno de la boca las huellas que se ven en los labios de los tigres, y uno de aquellos hombres de buen humor, que llevaba un gorro de algodón que le caía sobre la espalda, mojó el dedo en el lodo vinoso y escribió en la pared la palabra *Sangre*. Debía llegar un día en que la sangre correría sobre el empedrado en las calles y dejaría manchas rojas en la frente y en las manos de la mayor parte de los que allí se encontraban. Luego que la nube, alejada un momento por un rayo fugitivo, obscureció nuevamente la fisonomía del arrabal de San Antonio, densas tinieblas lo envolvieron todo, y el frío, la suciedad, la ignorancia, la enfermedad y la miseria parecían formar el cortejo del bienaventurado Patrón... poderosas señoras, especialmente el hambre, que las domina todas.

Individuos estrujados sin cesar entre piedras inexorables se estremecían en todos los rincones, entraban en las casas, salían de entre las esquinas, miraban las puertas y las ventanas, y tiritaban en cada harapo agitado por el viento. La piedra que así los estrujaba no era la rueda del molino fabuloso que transforma los ancianos en jóvenes, sino más bien los jóvenes en viejos. La misma infancia tenía la cara envejecida y la voz hueca, y el hambre había estampado su firma en las arrugas precoces de su rostro, así como en la faz surcada de sus padres.

El hambre se veía en todas partes, en los harapos tendidos en cuerdas y ondeando en los palos que salían de cada ventana, en la paja, en los trapos y en los jergones, donde dormía toda una familia. El hambre repetía su nombre en cada fragmento de serrín que arrojaba el aserrador; contemplaba a los transeuntes desde lo alto de las chimeneas frías y sin humo, y surgía del lodazal de la calle, cuyas inmundicias no contenían un solo resto de objetos comestibles. El hambre se ostentaba en la mesa del panadero y en cada parte moreno de su hornada escasa, se veía en el queso y en las morcillas de perro muerto que vendía el carnicero, y oíase crujir sus huesos descarnados entre las castañas tostadas en las ascuas, y en las pocas gotas de aceite depositadas en el fondo de la sartén, donde chisporroteaban delgadas tajadas de patata. El hambre se albergaba en todos los repliegues de aquella calle tortuosa, llena de inmundicias y que desembocaba en otras calles, igualmente tortuosas, sucias y hediondas, pobladas de gorros de algodón y de harapos grasientos, y en las que cada objeto visible, pálido, enfermizo o sórdido, parecía un presagio de desgracia.

Todo lo que se presentaba a la vista era débil y pobre, a excepción de los instrumentos de trabajo y las armas. El filo de las cuchillas y de las hachas estaba brillante y afilado; los martillos del herrero eran pesados, y numerosas las escopetas y pistolas en la tienda del armero. La vía pública no tenía aceras, y el empedrado desigual, con sus márgenes de lodo y agua cenagosa, llegaba hasta las paredes. Por el contrario, el arroyo corría en medio de la calle, cuando corría, lo cual no sucedía sino después de un chubasco, y tomando entonces proporciones excéntricas inundaba los pisos bajos y las bodegas. Encima del arroyo, y al través de la calle, pendían de trecho en trecho toscos faroles atados a una cuerda, y por la noche, cuando el encargado de encenderlos los había bajado y subido, cierto número de luces ahumadas se balanceaban sobre las cabezas de un modo enfermizo como si estuvieran sobre las aguas. Es verdad que se agitaban sobre un mar borrascoso, y la nave y la tripulación estaban amenazadas por la tempestad. Debía llegar

un día en que los espantajos descarnados que poblaban aquella región habrían contemplado tanto tiempo en su ociosidad y su hambre al que encendía los reverberos, que pensarían en servirse de sus cuerdas y poleas para colgar hombres en vez de faroles y alumbrar con luz más viva las tinieblas de su espantosa situación. Pero este día estaba aún muy lejano, y los vientos que pasaban sobre Francia sacudían en vano los jirones de estos espantajos, y las aves de voz dulce y rico plumaje no veían en ellos ningún aviso. La tienda del tabernero, en cuyo umbral se había roto el tonel, ocupaba la esquina de la calle y parecía menos pobre que la mayor parte de sus vecinas. Véase en la puerta al tabernero que, vestido con unos calzones verdes y un chaleco amarillo, había contemplado a la turba mientras se disputaba el vino derramado.

—¡Qué me importa! — dijo encogiéndose de hombros cuando hubieron enjugado la última gota—. Quien rompe el vidrio lo paga; los que han causado la desgracia me darán otro tonel. ¡Gaspar — gritó dirigiéndose al hombre que escribía la palabra *Sangre* en la pared—, ¿qué haces?

Gaspar le enseñó la palabra que acababa de escribir, y dió a su ademán una expresión significativa, como es muy común en la gente del pueblo; pero no logró su objeto, y produjo un efecto contrario al que esperaba, como sucede también con frecuencia a las personas de su clase.

—¿Te has vuelto loco? — le preguntó el tabernero, y cruzando la calle, cogió un puñado de lodo y borró el chiste de Gaspar—. ¿Para qué escribir esas palabras en público cuando hay otros parajes donde pueden grabarse?

Al terminar esta frase el tabernero, tal vez sin pensarlo, tal vez con intención, colocó la mano izquierda sobre el corazón del artesano. Este estrechó la mano del tabernero, dió un salto prodigioso, volvió a caer en actitud fantástica, cogiendo un zapato enrojecido que había lanzado al aire, y se quedó inmóvil sobre la punta

del pie. Era un bromista que parecía dispuesto a poner en práctica sus burlas.

—Vuelve a calzarte —dijo el tabernero—. llama vino al vino, y no se hable más del asunto.

El tabernero se enjugó la mano sucia del lodo en el hombro de Gaspar con tanta sangre fría como si lo manchase con intención, atravesó la calle y entró en su tienda. Contaría unos treinta y cinco años; su traza era la de un toro; tenía el aire marcial y sin duda mucho calor natural, porque aunque el frío era muy intenso, llevaba la chaqueta al hombro, levantadas las mangas de la camisa, los brazos desnudos hasta el codo, y su cabeza no tenía más abrigo que sus cabellos negros y recios como un cepillo. Su tez era morena, sus ojos rasgados, llenos de franqueza y alegría, y, en una palabra, parecía un mozo de buen humor; pero su cólera debía ser implacable. Indudablemente era un hombre resuelto que no convenía encontrar en una senda estrecha al lado del precipicio, porque nada en el mundo debía desviarle de su camino. Su esposa estaba sentada en el mostrador cuando Defarge entró en la tienda. Era una mujer corpulenta y alta, casi de la misma edad que su marido, y cuya mirada era vigilante, aunque parecía no fijarse en nada de cuanto pasaba en torno suyo. Una hermosa mano, aunque abultada, llena de enormes anillos; un rostro impassible, facciones muy marcadas y una serenidad imperturbable, la caracterizaban a primera vista, y cierto no sé qué hacía presagiar en ella que raras veces se engañaba en perjuicio suyo en las cuentas de que estaba encargada. La mujer Defarge, que sentía mucho el frío, estaba envuelta en una capa de pieles, y llevaba en derredor de la cabeza un pañuelo de colores chillones que dejaba ver enormes pendientes de oro. Tenía a su lado la media, y acababa de dejarla para limpiarse los dientes. Apoyado el codo derecho en la mano izquierda, la tabernera no hizo un ademán, ni siquiera volvió la vista cuando entró su marido; pero tosió ligeramente sin cambiar de actitud. Este ligero acceso de tos, unido a un movimiento imperceptible de sus cejas negras y pronunciadas, sugirió al marido la idea de ver si habían entrado nuevos bebedores en

la tienda durante su ausencia, y dirigiendo la mirada en torno suyo, la fijó en un hombre de alguna edad y en una joven que estaban sentados en un rincón. Dos individuos jugaban a los naipes; otros dos acababan una partida de dominó, y tres mocetones estaban de pie cerca del mostrador, donde hacían durar todo lo que les era posible un vaso de vino. Defarge observó en el momento que pasaba por detrás de ellos que el anciano dirigía a su compañera una mirada que significaba: Éste es.

—¿A qué habrá venido a este sitio?—se preguntó el tabernero.

Pero pareció que le llamaban muy poco la atención los dos forasteros, y trabó conversación con los tres amigos que estaban cerca del mostrador.

—Juan —le preguntó uno de los tres bebedores—, ¿lo han recogido todo?

—Hasta la última gota, Juan.

Después de este cambio de nombres de pila, la tabernera, que continuaba haciendo uso de su mondadientes, volvió a toser y arqueó las cejas.

—¡Qué vida tan perra es la de los pobres, Juan!

—Sólo conocen las amarguras— dijo el segundo bebedor dejando el vaso sobre la mesa y haciendo un chasquito con los labios.

—Tienes razón, Juan.

—La mayor parte de estos infelices no saben qué gusto tiene el vino —dijo el tercer bebedor—; la mayor parte de ellos no han comido durante su vida más que pan negro, ni tendrán más placer que el de la muerte.

—Es verdad, Juan— repitió el tabernero.

En el momento en que éste daba la misma respuesta, su mujer dejó en la mesa el mondadientes, arqueó las cejas y se agitó ligeramente en su silla.

—¡Chist! Me llama mi mujer, compadres —dijo el tabernero.

Los tres bebedores se quitaron los sombreros y saludaron a la señora Defarge, la cual contestó inclinando la cabeza y lanzándoles una mirada rápida. Después miró como por casualidad en torno de la tienda, volvió a tomar



la media con la mayor calma y pareció poner toda su atención de que era capaz en su trabajo.

—¡Buenos días, amigos! —dijo el tabernero a los tres Juanes sin cesar de mirar a su mujer—. La habitación por alquilar que deseáis ver, y de que me habéis hablado antes de salir de la tienda, está en el sexto piso, en la escalera de la mano derecha y dentro del patio; pero me acuerdo que uno de vosotros la ha visitado ya, y podrá enseñaros el camino.

Los tres compañeros pagaron y salieron de la tienda. Defarge, apoyado en el mostrador, parecía estudiar la obra de su mujer, que seguía haciendo calceta, cuando el anciano se acercó y le preguntó si podía hablarle dos palabras.

—Con mucho gusto, señor mío— respondió el tabernero, dirigiéndose hacia la puerta con su interlocutor.

La conversación fué breve; a la primera palabra el tabernero hizo un movimiento de sorpresa y manifestó el más vivo interés, y apenas había terminado la segunda frase, cuando hizo un ademán al desconocido invitándole a que le siguiera, lo mismo que a la joven que le había acompañado, y los tres se alejaron. La señora Defarge continuaba en tanto haciendo calceta con rapidez, y tenía la frente tan tranquila y los ojos tan bajos, que es probable que no había visto nada de lo que pasaba en la tienda. El tabernero condujo al señor Lorry y a miss Manette a la escalera por donde acababan de entrar los tres Juanes. Para llegar a ella era preciso cruzar un pequeño patio húmedo y sucio, común a algunas casas habitadas por un número considerable de inquilinos. Cuando Defarge entró en el corredor obscuro que terminaba en la escalera, se arrodilló delante de la hija de su antiguo amo y le besó la mano. Se había verificado una transformación completa en el tabernero, quien no era ya el hombre de buen humor, de rostro franco y risueño, sino un hombre grave y discreto.

—No os apresuréis; la escalera es muy oscura y pendiente— dijo con voz sombría dirigiéndose al señor Lorry.

—¿Está solo?— murmuró el anciano.

—Solo. ¿Quién queréis que pueda acompañarle?— repuso el tabernero en voz baja.

—¿Siempre está solo?

--Siempre.

—¿Está muy cambiado?

—¡Sí está cambiado!

El tabernero se paró para descargar un golpe en la pared y profirió entre dientes una imprecación horrible. No podía darse respuesta más significativa, y el señor Lorry se entristecía cada vez más mientras avanzaba por el corredor. La escalera de una casa de esta clase con sus accesorios, es aún bastante repugnante en los antiguos barrios de París; pero en aquella época era difícil, para el que no estaba a ello habituado, soportar su aspecto y su hedor. Cada habitación, o más bien, cada aposento de aquella colmena de seis pisos, depositaba la basura en un cubo y arrojaba el resto por la ventana; esta masa de restos en descomposición era suficiente para viciar el aire más puro, aun cuando la miseria no hubiese añadido sus miasmas; pero estos dos manantiales combinados lo corrompían completamente. En medio de esta atmósfera envenenada se abría el pasillo sombrío y cenagoso que seguían el tabernero y sus dos compañeros.

El señor Lorry se paró tres veces por necesidad personal y por compasión a miss Maquette, cuya agitación era por momentos más viva. Estas tres pausas se habían verificado cerca de las ventanas, cuyos barrotes dejaban escapar la parte menos corrompida de la atmósfera, en tanto que los miasmas infectos se arrastraban en el interior, donde se acumulaban sin cesar. Al través de estas rejjas, cubiertas de un orín nauseabundo, se vislumbraba una confusa masa de edificios vecinos, y a excepción de los campanarios de Nuestra Señora, no se veía nada que recordase una vida sana o un tranquilo bienestar. Nuestros amigos llegaron por fin al último escalón, donde descansaron por cuarta vez, y desde allí una segunda escalera más pendiente y angosta, una verdadera escala de mano, conducía a la guardilla. El tabernero, que iba delante y al lado del señor Lorry como si temiera las preguntas de la joven, se paró, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba al hombro y sacó una llave.

—¿Está encerrado? —preguntó el señor Lorry con sorpresa.

—Ya lo veis —respondió M. Defarge.

—¿Creéis que es necesario?

—Indispensable.

—¿Por qué?

—Porque ha vivido mucho tiempo bajo cerrojos, y tendría miedo, se mataría, haría alguna extravagancia, si encontrase la puerta abierta.

—¡Será posible! —exclamó el señor Lorry.

—Es cierto —respondió el tabernero con amargura—. ¡Magnífico mundo es éste en que semejantes cosas no tan sólo son posibles, sino que, como tantos otros hechos análogos, pasan todos los días! Pero continuemos.

Este diálogo había tenido lugar en voz baja, y nada oyó la joven. Sin embargo, su emoción era tan viva y tan profundo su terror, que el señor Lorry creyó que debía dirigirla algunas palabras.

—¡Animo, señorita! —le dijo—. Es un negocio importante... Lo más cruel es cruzar la puerta, y después todo habrá acabado. Pensad en los consuelos, en la dicha que le traéis. Hija mía, permitid que os sostenga el excelente Defarge. Muy bien, querido amigo... ¡Señorita, valor! Es un negocio... un negocio...

La escalera era corta, y muy pronto llegaron a su extremo. La especie de corredor en que entraron formaba un brusco rodeo, y vieron enfrente tres hombres que tenían los ojos fijos en una hendidura de la pared y miraban con gran atención. Aquellos hombres se volvieron al oír pasos, y el señor Lorry reconoció a los tres bebedores que un momento antes estaban al lado de la señora Defarge.

—Vuestra visita me ha sorprendido tanto que los había olvidado —dijo el tabernero—. Dejadnos, amigos; tenemos que hacer aquí.

Los tres hombres se alejaron y desaparecieron en silencio. Cuando hubieron pasado, el tabernero se dirigió hacia la única puerta que se veía en el corredor.

—¿Habéis convertido al señor Manette en objeto de cu-

riosidad? —le preguntó el señor Lorry en voz baja y con cierto enojo.

—Solamente lo enseño a algunos elegidos.

—¿Creéis que eso está bien hecho?

—Creo que sí.

—¿Qué gentes son esas a quienes lo enseñáis así?

—Hombres de valor que llevan mi nombre (me llamo Juan), y para los cuales es saludable este espectáculo. Vos sois inglés, y es muy distinto.

Defarge se inclinó, miró por la hendidura de la pared, y levantándose después, llamó dos veces a la puerta con la mano sin más intención que la de hacer algún ruido, y por el mismo motivo hizo rechinar la llave en la cerradura. La puerta se abrió lentamente, y el tabernero asomó la cabeza, profirió ciertas palabras, a las cuales respondió una voz débil, y volviéndose hacia el señor Lorry y miss Manette, les indicó con un ademán que le siguieran. El señor Lorry vió que la joven se bamboleaba y la sostuvo en el momento en que iba a caer.

—¡Valor, hija mía! —balbució con la frente inundada en un sudor que nada tenía de común con los negocios—. ¡Valor! Ya veis que es forzoso entrar.

—Tengo miedo —respondió ella estremeciéndose.

—¿De qué tenéis miedo señorita?

—De él, de mi padre.

El señor Lorry, asustado del estado en que veía a su compañera y turbado por los signos que le hacía el tabernero, decidióse a introducir a la joven a fuerza de brazos en la guardilla, donde la sentó sin dejar de sostenerla. Defarge cerró la puerta, sacó la llave de la cerradura y la conservó en la mano, haciéndolo metódicamente y con ruido. Se acercó después a la ventana y volvió hacia donde se hallaban el anciano y la joven. El cuarto donde acababan de entrar había sido construído para depósito de leña y estaba completamente obscuro. La ventana, es decir, lo que hemos llamado así, no era más que una abertura practicada en el techo y cerrada con una puerta de madera, en la que se veía una gruesa polea, por medio de la cual se introducían los objetos pesados que querían depositar en la guardilla. Las dos hojas de aquella puerta, apenas entorna-

das, sin duda a causa del frío, dejaban penetrar una luz tan débil en aquel chiribitil, que era preciso un largo hábito de la obscuridad para dedicarse allí a un trabajo que exigiese algún cuidado. Sin embargo, una persona trabajaba con ahinco en aquel aposento. Con el rostro vuelto hacia la ventana, cerca de la cual estaba de pie el tabernero, un anciano, sentado en un banquillo y con la cabeza inclinada sobre su trabajo, estaba haciendo un par de zapatos que absorbían completamente su atención.

## CAPITULO VI

### EL ZAPATERO

**B**UENOS días —dijo el tabernero.

—¡Muy buenos! —le respondió una voz tan débil que se hubiera tomado por un eco lejano.

—¿Siempre trabajando?

—Sí... trabajando.

Esta voz tenía un acento desgarrador y horrible: no era la debilidad que resulta del enflaquecimiento físico, aunque hubiesen contribuido a ella en gran parte los padecimientos, sino la que se contrae en la soledad y procede del prolongado silencio. Aquella palabra ahogada, y que apenas parecía voz humana, producía el mismo efecto que un rico color borrado por el tiempo y que no es más que una mancha pálida sin relación con el matiz primitivo. Aquella voz era tan hueca, que se hubiera dicho que salía de un subterráneo, y su acento expresivo era el de un viajero que muriéndose de sed se lamenta recordando la patria y los seres queridos que no volverá a ver jamás. Después de trabajar en silencio algunos minutos, el hombre encanecido alzó nuevamente los ojos, no por interés y curiosidad, sino bajo la influencia de una percepción completamente maquinal, porque el sitio donde había visto a Defarge continuaba ocupado.

—Quisiera ver mejor —dijo el tabernero, que le miraba fijamente—; ¿podéis soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró al techo en torno suyo, prestando oído con ademán distraído, y después dirigió la vista a Defarge.

—¿Qué habéis dicho? —murmuró.

—Os he preguntado si soportaríais sin dolor una luz más viva.

—Habré de soportarla... si lo exigís —dijo el zapatero acentuando la última palabra.

Defarge empujó una de las hojas de la ventana, y un vivo rayo de luz entró repentinamente, permitiendo ver al zapatero que, con la horina sobre las rodillas, había suspendido su trabajo. Estaba rodeado de instrumentos y de pedazos de cuero. Su barba blanca, desigualmente cortada, no era muy larga; pero su rostro estaba descarnado, y sus ojos, cuyo brillo brotaba debajo de sus cejas negras aún y de una masa confusa de canosos cabellos, parecían desmedidamente grandes. Servíale de camisa una especie de blusa de lana amarilla hecha jirones y abierta por el pecho, dejando ver un cuerpo ajado y marchito, y toda su persona, así como su chaqueta vieja de lienzo ordinario, sus medias demasiado anchas y sus andrajos, habían tomado, con la privación de luz y de aire, un color de pergamino tan uniforme, que hubiera sido difícil adivinar lo que habían sido en otro tiempo. Tenía una de sus manos delante de la luz para preservar los ojos, y no tan sólo sus músculos, sino hasta sus huesos, parecían diáfanos. Con la mirada fija en el vacío, no respondía al tabernero hasta después de mirar varias veces en torno suyo, como si hubiese perdido el hábito de aplicar los sonidos al sitio de su origen, o como si buscase de dónde procedían las palabras que llegaban a su oído.

—¿Acabaréis hoy ese par de zapatos? —le preguntó Defarge haciendo al inglés una seña para que se colocase a su lado.

—¿Qué decís?

—Pregunto si tenéis intención de acabar hoy esos zapatos.

—No puedo decir que tenga intención... lo supongo... no lo sé...

Estas palabras le recordaron su tarca y continuó trabajando.

Sin embargo, dos minutos después de estar el señor Lorry al lado de Defarge, el zapatero alzó los ojos huraños, y no manifestó sorpresa alguna al ver otra persona; pero se llevó los dedos trémulos a sus labios, tan blancos como sus uñas, y continuó trabajando.

—Tenéis una visita —dijo el tabernero.

El zapatero miró en torno suyo sin dejar el trabajo.

—Mirad —continuó el tabernero—; este caballero es muy inteligente en zapatos. Enseñadle el que estáis haciendo a ver qué le parece.

El anciano obedeció maquinalmente.

—Decid a este caballero qué clase de calzado es ese y cuál es el nombre del que lo ha hecho —prosiguió el tabernero.

La respuesta se hizo esperar largo rato.

—¿Me preguntábais alguna cosa? —dijo por fin—. ¿Qué decíais? No me acuerdo...

—Os suplico que expliquéis a ese caballero de qué clase es el zapato que acabáis de hacer.

—Es un zapato de mujer, un zapato de paseo como se usan ahora. No he visto la moda, pero he tenido un modelo —añadió mirando su obra con satisfacción y orgullo.

Después de entregar el zapato al señor Lorry, se pasó el dorso de la mano derecha por el hueco de la mano izquierda y recíprocamente, llevándose la una después de la otra a la barba, que se acariciaba con regularidad y sin interrupción. Para arrancarle de la abstracción en que volvía a caer inmediatamente después de haber hablado, era preciso tomarse tanto trabajo como para hacer volver en sí a una persona desmayada o para reanimar a un moribundo con la esperanza de obtener una confidencia.

—¿No me habéis preguntado mi nombre? —repuso con ademán distraído.

—Sí.

—105, Torre del Norte.

—¿Nada más?

—105, Torre del Norte.

Articuló débilmente un sonido que, sin ser un gemido o un suspiro, expresaba el cansancio, y continuó su trabajo.

—¿Habéis sido siempre zapatero? —le preguntó el señor Lorry mirándole fijamente.

Sus ojos vagos se volvieron hacia Defarge como para transmitirle la pregunta que se le hacía; pero viendo que éste guardaba silencio, contempló al inglés después de buscar el sitio donde se hallaba.

—¿Si he sido siempre zapatero? —le dijo—. No, no era ese mi estado. He principiado aquí, lo he aprendido por mí solo. Había pedido...

Se paró bruscamente, pareció haber olvidado a su interlocutor, y empezó a ponerse una mano sobre la otra con regularidad maquinal. Al cabo de algunos minutos sus ojos encontraron otra vez la figura del inglés, estremeciéndose como quien despierta asustado y continuó la frase que había principiado.

—Había pedido permiso para tomar un oficio... Me costó mucho trabajo... tardé mucho tiempo en conseguirlo... pero desde entonces he hecho siempre zapatos.

—Doctor Manette —le dijo el señor Lorry devolviéndole el zapato—, ¿no os acordáis de haberme visto en otra ocasión?

El anciano dejó caer el zapato que había tomado y miró fijamente al inglés.

—Doctor Manette —continuó éste poniendo la mano sobre el brazo de Defarge—, ¿no os despierta este hombre ningún recuerdo? Miradle bien, miradme a mí. Decidme. Un antiguo banquero... un antiguo criado... antiguos negocios... todo un pasado, ¿no se forma nuevamente en vuestra memoria?

Mientras sus ojos se fijaban alternativamente en su



antiguo amigo y en el tabernero, algunos indicios de inteligencia traspasaron la nube que cubría su entendimiento y volvieron a aparecer un momento en los pliegues de su frente pálida, pero muy pronto se ofuscaron. Sin embargo, se encontraban con tanta semejanza en la frente de la joven, la cual tendía hacia él sus brazos trémulos, que hubiera podido creerse que habían pasado de la una a la otra como el reflejo de una luz que muda de sitio. El anciano miró a Defarge y al señor Lorry con ademán cada vez más distraído, exhaló un prolongado suspiro, recogió el zapato y se puso a trabajar.

—¿Habéis conocido a este caballero? —le preguntó Defarge en voz baja.

—Sí. Creí al principio que no podría, pero estoy seguro de haber visto durante un momento a una persona que conocí en otro tiempo... ¡Chist! Retrocedamos un poco... ¡Silencio!

Su hija se había acercado lentamente al banquillo y le puso la mano en el hombro; pero el anciano, que ni siquiera sabía que existiese, no sospechaba su presencia, e inclinado sobre el zapato, trabajaba activamente, sin decir una sola palabra. Ella estaba en pie a su lado como un ángel bueno. El pobre loco, con la vista fija en su obra, se había olvidado de que no estaba solo. Llegó, sin embargo, un momento en que necesitó un instrumento que estaba a sus pies. Le cogió, y cuando iba a servirse de él, vió un vestido de mujer, alzó los ojos y vió a la joven. El señor Lorry y el tabernero se acercaron, temiendo que la hiriera con el instrumento; pero ella no tenía miedo y les alejó con un ademán. El antiguo preso lanzó hacia ella una mirada de terror; sus labios se agitaron sin producir sonido alguno, y al través de su respiración anhelosa pudo al fin articular estas palabras:

—¿Quién... es?

La joven, con el rostro bañado en lágrimas, se llevó la mano a los labios, le envió un beso y cruzó los brazos sobre el pecho como si hubiera estrechado sobre su corazón la canosa cabeza del cautivo.

—¿Sois la hija del carcelero? —le dijo.

—No.

—Pues ¿quién sois?

No pudiendo ella dominar su emoción, fué a sentarse a su lado en el banco que le servía de asiento y de mesa. El anciano quiso retroceder, pero ella le puso la mano en el brazo. Al sentir este contacto se estremeció todo su cuerpo, dejó el instrumento y miró a la joven. Los dorados cabellos de su hija formaban ricos y largos bucles sedosos. El anciano levantó la mano, la acercó por grados, cogió uno de los rubios bucles y lo contempló durante algunos momentos; pero mientras lo tenía en la mano volvió a abismarse poco a poco en el estado de idiotismo que le era ordinario, y exhalando un profundo suspiro, se puso a trabajar.

Mas no fué por mucho rato, porque después de haber dirigido dos o tres veces distintas una mirada incierta hacia la joven para asegurarse de que aún estaba a su lado, suspendió su trabajo, se llevó la mano al pecho y sacó un cordón ennegrecido, del cual pendía un trapo plegado que abrió cuidadosamente sobre su rodilla. Dentro del trapo había dos largos cabellos de un rubio dorado que en otro tiempo se había arrollado en el dedo. Volvió a tocar uno de los bucles de su hija, acercó los cabellos que guardaba para compararlos y los miró con atención.

—Son los mismos —dijo—. ¿Cómo es posible? ¿Quién me los dió? ¿De qué manera han llegado a mi poder?

Mientras volvía a aparecer la inteligencia en su frente, pareció reconocer en el rostro de su hija las líneas que se formaban en la suya, y volviéndola para que le diese de lleno la luz, la contempló con atención, murmurando estas palabras como si hablase para sí:

—Había reclinado su cabeza en uno de mis hombros... Era de noche... Vinieron a llamarme... Ella tenía miedo y no quería que saliese de casa, pero yo nada temía. Cuando estuve en la Torre del Norte, me los encontraron en la manga. “¿Queréis dejármelos?” —les dije—. No podrán hacer que huya de vuestro po-

der mi cuerpo, pero permitirán que mi alma salve algunas veces estas paredes." Esto les dije; me acuerdo muy bien.

Había articulado con los labios y con diferentes interrupciones cada una de las palabras que quería pronunciar, antes de proferirlas de una manera perceptible; pero luego que las llegaba a hacer oír, las repetía con inteligencia, aunque con extrema lentitud.

—¿Cómo es posible esto? ¿Eras acaso tú?

Los dos espectadores volvieron a acercarse aterrados por el acento con que habían sido pronunciadas estas palabras y por el movimiento rápido que las acompañó; pero la joven les indicó con un ademán que no se moviesen de su sitio.

—Os suplico, señores, que no digáis nada; dejadnos.

—¡Oid!... —exclamó el pobre loco—. ¿Qué voz es esa?

Se llevó la mano a sus canas y se las arrancó en un acceso de frenesí. Mas su emoción se desvaneció como una luz fugitiva. Encerró los dos cabellos rubios en el pedazo de tela y se los volvió a poner en el pecho; pero no cesaba de mirar a su hija, y murmuró moviendo la cabeza con expresión sombría:

—No... no... Sois muy joven... No puede ser... Mirad lo que ha sido del preso... No son estas las manos, el rostro y la voz que ella conocía... ¡no! Ella y él vivían hace mucho tiempo... mucho... antes de esos largos años pasados en la Torre del Norte. ¿Cómo os llamáis, angel hermoso?

—Os lo diré después —respondió la señorita Manette arrodillándose delante de su padre y tendiendo hacia él las manos cruzadas—. Sabréis quiénes fueron mis padres y por qué he ignorado su historia.. Hoy es imposible. Todo lo que puedo hacer actualmente es suplicaros que me bendigáis!... que me abracéis... Os lo suplico... ¡abrazadme!

El cautivo tendió los brazos a su hija y mezcló sus canas con los hermosos cabellos de oro, que le rodearon como una aureola.

—Si reconocéis en mi voz —prosiguió ella— la voz

que amásteis un día, dejad que corran vuestras lagrimas... Si al tocar mis cabellos recordáis la cabeza querida que en vos se apoyaba cuando erais libre, llorad, padre mío; si al hablar de los cuidados que os prodigaré mi amor, despierto en vuestra alma el recuerdo del hogar donde tanto se gimió por vuestra ausencia... llorad... llorad...

Y le estrechó contra su pecho y le meció como un niño.

—Padre... querido padre mío; si al deciros que he venido a buscaros para daros reposo os hago pensar en vuestra existencia que podía ser tan útil y que se ha perdido en la inacción y el dolor; si al deciros que os llevo a Inglaterra os hago pensar en la Francia que tan cruel ha sido para vos, llorad... llorad sin temor. He de hablaros de la que ya no existe; he de deciros que me arrodillo ante mi padre para que me perdone mi vida feliz y tranquila... para que perdonéis el no haber pensado día y noche en sus tormentos y en apresurar su libertad. Llorad por ella, llorad por mí... Amigos míos, acabo de sentir sus lágrimas sagradas.

Y la hija del pobre anciano sollozaba, exclamando:

—¡Dios mío, bendito seáis! ¡Bendito seáis!

Y el anciano con la cabeza apoyada en el corazón de su hija, se abandonaba a los dos brazos que le rodeaban. Era un espectáculo tan tierno, que Defarge y el inglés se cubrieron el rostro. Cuando esta crisis violenta siguió todas sus fases, y se apoderó del anciano la calma profunda que en el hombre, lo mismo que en la Naturaleza, sucede a las tempestades, el señor Lorry y el tabernero corrieron a levantar al doctor, que yacía en el pavimento, en tanto que su hija le sostenía la cabeza. El señor Lorry se inclinó hacia la joven, y ésta le dijo al oído:

—Si pudiera prepararse todo, podríamos sacarle luego de aquí y regresar sin tardanza a Inglaterra.

—¿Se halla en estado de sobrellevar el viaje? —preguntó el inglés.

—Por será detenerle en esta ciudad, cuya permanencia le es tan odiosa.

—Tenéis razón, señorita —dijo el tabernero, que se había arrodillado para oír mejor—; hay además poderosos motivos para que el doctor Manette salga de París lo más pronto posible. ¿Iré a encargar caballos de posta?

—Eso entra en el dominio de los negocios y es de mi incumbencia —repuso el señor Lorry recobrando su actitud metódica.

—Tened la bondad de dejarme con él —dijo la señorita Manette con voz suplicante—. ¿No veis qué tranquilo está? Nada temáis. Si receláis que pueda venir aquí algún extraño, cerrad la puerta. Tendré cuidado de él mientras esteis fuera.

El señor Lorry y Defarge, menos confiados que la señorita Manette, querían que uno de ellos se quedase en la guardilla; pero como además de los caballos se necesitaban pasaportes, el día estaba avanzado y no podía perderse el tiempo, se decidieron a repartirse el trabajo. Cuando salieron, la joven se sentó al lado de su padre, que dormía profundamente. La sombra principió a invadir lentamente la guardilla, y se fué haciendo más densa, hasta que cerró por completo la noche. Los dos permanecieron inmóviles hasta el momento en que una luz penetró por las hendiduras de la pared. El señor Lorry y Defarge no sólo traían los pasaportes, sino también capas, pan, carne, café y vino. Despertaron al doctor y le hicieron poner en pie. Al contemplar el rostro del preso, en el que el temor se mezclaba con la sorpresa, nadie hubiera podido adivinar los pensamientos misteriosos que agitaban su mente. ¿Se acordaba de lo pasado? ¿Comprendía especialmente que había recobrado la libertad? El representante de Tellson y Compañía y el tabernero le interrogaron; pero miraba con tal vaguedad y sus respuestas eran tan confusas y lentas, que temieron aumentar su turbación y resolvieron no importunarle.

De vez en cuando se comprimía la cabeza con las manos con un ademán extraño que no habían visto en él hasta entonces, y la voz de su hija le causaba una satisfacción tan marcada, que volvía el rostro hacia ella

siempre que hablaba. Acostumbrado hacía tanto tiempo a una obediencia pasiva, comió y bebió cuanto quisieron, y no hizo la menor observación cuando le suplicaron que se pusiera el vestido y la capa que había traído Defarge; pero pareció manifestar cierto afán en sentir el contacto de su hija, y le tomó la mano, que conservó entre las suyas. Era hora de partir, y Defarge cogió la luz, salió delante, y el señor Lorry cerró el pequeño cortejo.

Apenas habían bajado algunos escalones, cuando el doctor Manette se paró y miró con asombro el techo y las paredes.

—¿Os acordáis de esta escalera, padre mío? ¿Os acordáis de haber entrado por aquí?

—¿Qué decís? —murmuró el anciano.

Pero no esperó para responder que le repitiera la pregunta.

—¡Acordarme! balbució—. No, no me acuerdo ya... ¡Hace tanto tiempo..., tanto tiempo!

Su traslación de la Bastilla a la guardilla, de la que acababan de salir, no le había dejado al parecer ningún recuerdo, y se le oía murmurar en voz baja:

—¡1105..., Torre del Norte!

Y cuando miraba en torno suyo lo hacía indudablemente para buscar las recias paredes de la fortaleza donde había pasado dieciocho años. Al llegar al patio, y cuando en vez del puente levadizo, que esperaba encontrar, vió un carruaje en medio de la calle, se comprimió nuevamente la cabeza con las manos, bajo el imperio de un asombro que se parecía al vértigo. No había nadie cerca de la casa, nadie en las numerosas ventanas de la vecindad, y ni siquiera transeuntes en la calle.

—¡A la barrera! —dijo el tabernero subiendo al pescante.

El postillón hizo chasquear el látigo, y el carruaje partió al trote, pasando primero bajo el débil resplandor de los reverberos, bajo la luz cada vez más viva de los barrios opulentos, de las ricas tiendas, de los teatros, de los cafés resplandecientes, al través de la

multitud alegre; después bajo los reverberos más escasos, bajo la claridad cada vez más tenue de los arrabales, y finalmente por una de las puertas de la ciudad, donde había un cuerpo de guardia. Adelantóse un oficial y pidió los pasaportes.

—Aquí están —respondió Defarge, que bajó y se acercó al oficial—. Este es el pasaporte del caballero anciano que encontraréis en el coche.

Y bajó la voz para hablarle al oído.

El oficial llamó a uno de los soldados, le tomó de la mano la luz y la acercó a la portezuela, lanzando sobre el viajero canoso una mirada penetrante.

—¡Está bien; adelante! —dijo el oficial.

Y el carruaje continuó su camino bajo la luz de algunos reverberos que oscilaban entre las sombras, y después bajo la bóveda profunda esmaltada de estrellas, antorchas eternas y tan lejanas de nosotros, que los rayos de algunas de ellas no han descubierto aún nuestro globo, este punto imperceptible del espacio, donde se padece todo lo que es posible padecer. Las tinieblas eran densas y fría la noche. El señor Lorry, sentado enfrente del hombre que había sacado del sepulcro, se preguntó hasta el amanecer qué suma de poder vital podría recobrar el *resucitado* en lo porvenir, y oyó más de una vez a las sombras nocturnas que murmuraban estas palabras:

—¿Estáis contento de haber vuelto a la vida?

Y que respondían como en el coche-correo de Douvres:

—No lo sé.





## LIBRO SEGUNDO

---

### CAPITULO PRIMERO

CINCO AÑOS DESPUÉS

LA Banca de Tellson e y Compañía ocupaba cerca del Temple Bar una casa vieja, pequeña, sombría e incómoda, y no había esperanza de verla participar de las ventajas de los edificios nuevos, porque los señores Tellson e estaban orgullosos con su pequeñez, su fealdad y sus inconvenientes, persuadidos de que su casa hubiera sido menos respetable adoleciendo de menos defectos de los que tenía, y hasta esto mismo constituía un arma poderosa que dirigían sin cesar contra las Bancas más lujosas y cómodas que la suya.

—La casa de Tellson e y Compañía —decían— no necesita espacio, luz ni mucho menos adornos. Esto podrá ser indispensable para otros; pero no, a Dios gracias, para Tellson e y Compañía.

Todos los socios hubieran desheredado a su hijo único si el desventurado hubiese dicho tan sólo que convenía reedificar la casa. Se había llegado por fin a reconocer, como una verdad inconcusa, que la casa Tellson e era el triunfo de la incomodidad.

Después de forzar una puerta que se resistía y



demostraba su rebeldía rechinando ásperamente, se bajaban dos escalones, que las más de las veces se cruzaban de un salto con peligro de romperse una pierna, y al recobrar el equilibrio se llegaba a un miserable despacho, donde había dos escritorios, detrás de los cuales unos dependientes viejos como los muebles, que es mucho decir, hacían temblar en sus dedos las letras de cambio que les entregaban, mientras examinaban la firma cerca de ventanas grasientas, obscurecidas aún más por enormes rejas de hierro y la densa sombra del Temple Bar. Si era preciso hablar al jefe de la casa, se conducía al cliente a una especie de trastienda, donde meditaba sobre los errores de una vida disipada, hasta el momento en que uno de aquellos señores aparecía con las manos en los bolsillos a la claridad dudosa de una luz crepuscular.

El dinero salía de viejas gavetas que, al abrirlas y cerrarlas, arrojaban a las narices o a la garganta algunas partículas de su carcomida madera, y los billetes de Banco olían a rancio y parecían hallarse en descomposición. La vajilla de plata que allí se depositaba perdía en un día su brillo y su color; los títulos y diplomas, colocados en un aposento fortificado, que en los tiempos de antaño había servido de cocina y lavadero, se encogían y esparcían en el aire toda la grasa de sus pergaminos, y las cajas que contenían papeles de familia, iban al primer piso, a un comedor, cuya mesa no había sostenido nunca platos ni botellas, y donde los primeras cartas de vuestros nietos o de vuestros antiguos amores acababan apenas en 1780 de verse libres de la mirada de las cabezas sangrientas que se exponían en el Temple Bar con una ferocidad digna de abisinios o de cafres. Es verdad que en aquella época, como hoy, la pena capital obtenía la aprobación de los hombres de bien, y que la defendían con ardor los señores Tellson y Compañía. La muerte es un remedio soberano que la Naturaleza aplica a todos los seres. ¿Por qué no había de hacer lo mismo la ley?

Pero mal aplicada ésta en Inglaterra, eran condenados a muerte el falsario, el que emitía billetes de

Banco falsos, el que abría una carta que no era suya, el ladrón de dos guineas, el monedero falso, aunque sólo hubiera fabricado un chelín; el pobre diablo que guardaba el caballo de un jinete, montaba en el animal y huía con él... Las tres cuartas partes de las notas que componen la escala del crimen eran castigadas con la picota o la cuerda.

La casa de Tellson, como todos los grandes centros de negocios de aquella época, había hecho suprimir tantas existencias, que si todas las cabezas cortadas o estranguladas delante de sus paredes se hubieran puesto en hileras sobre el Temple Bar, es muy probable que hubieran obstruido la escasa luz que entraba en el despacho. Los dependientes de la casa eran viejos y de una gravedad patriarcal. Cuando los señores Tellson y Compañía admitían por casualidad a un joven, le escondían no sabemos dónde, hasta que llegaba a viejo, y le conservaban como el queso en un paraje húmedo y oscuro hasta que adquiría el sabor rancio inherente a la casa. Se le permitía entonces dejarse ver con la cabeza baja y los ojos clavados en enormes libros de cuentas, y añadir sus anteojos, su gorro y sus pantuflas al peso general que tenía el establecimiento.

Fuera de la puerta, pero nunca dentro, a no ser que se le llamase, había un mozo que empleaban en llevar recados, y era, por decirlo así, una muestra viviente de los banqueros. Si se ausentaba para ir adonde estos señores le enviaban, se hacía representar por su hijo, un pilluelo de doce años que era su retrato. La casa había tolerado siempre que hubiera en la puerta una especie de mensajero, a quien no daban sueldo fijo, y los vientos y las olas de la fortuna habían conducido a nuestro hombre a esta posición nada ventajosa. Llamábase Cruncher y de apodo Ferry.

Trasladémonos a su domicilio particular, situado en el Pasaje de la Espada, barrio de White-Fiars. Son las siete y media de la mañana, y estamos en marzo de 1780. La habitación de Cruncher no es de las más suntuosas, pues se compone de dos aposentos, si se considera como tal un cuartito cuya ventana no tiene

más que una hoja; pero está muy aseada. A la hora en que entramos en ella, en una mañana fría de marzo, el aposento, donde nuestro mozo está aún en la cama, ha recibido el frote de la escoba, y las tazas puestas sobre una mesa de pino dejan ver un mantel de una blancura irreprensible. Cruncher descansa bajo una colcha de cuadros de colores como un arlequín en su traje. Hacía un momento que dormía con un sueño profundo y sonoro, pero principia a revolverse en su lecho, levantando y arrugando las sábanas, hasta que, despertándose completamente, se incorpora con los cabellos erizados y lanza en torno suyo una mirada.

—¡Por vida de mi abuelo! —gritó con enojo—. ¿Te he de sorprender siempre con tu maldito tema?

Una mujer de aspecto aseado y hacendoso, que estaba arrodillada en un rincón, se levanta precipitadamente, demostrando que se dirigen a ella estas palabras.

—No lo negarás ahora —continúa el marido inclinándose fuera de la cama para buscar una de sus botas.

Después de inaugurar el día con este apóstrofe y de hallar la bota que buscaba, Cruncher la arroja con mano robusta contra la cabeza de su mujer.

A propósito de esta bota, excesivamente sucia, mencionaremos un detalle especial y extraño de la vida del recadero de Tellson, y es que por limpio que estuviera su calzado cuando entraba por la noche en casa, estaban al día siguiente por la mañana las mismas botas cubiertas de lodo o tierra hasta el empeine.

—Dime —continuó nuestro hombre, que no había dado en el blanco—, ¿qué hacías en ese rincón?

—Rezaba mis oraciones.

—¡Tus oraciones! ¡Digna y santa esposa! ¿Es decir que te arrodillas para armar el cielo contra mí?

—Rezaba por ti.

—¡Mientes! Por otra parte, no quiero que te tomes esa libertad.

Y dirigiéndose a su hijo, añadió:

—Ferry, tienes una madre que pide al Señor que tenga desgracia en todas mis empresas. ¡Oh! Tienes

una madre muy buena, muy religiosa... ¡una madre que invoca al cielo para que quiten el pan de la boca de sus hijos!

El muchacho, que está en camisa, participa del enojo de su padre, y volviéndose hacia su madre, protesta con energía contra los rezos o cualquiera otro medio destinado a mermarle la comida.

—¿Qué valor, te pregunto —añade el marido con una inconsecuencia de que no se apercibe—, qué valor imaginas que pueden tener tus oraciones? Dime... explícame el mérito que les atribuyes, mujer presuntuosa.

—Salen del corazón, Ferry, y es el único mérito que tienen.

—Pues en tal caso no tienen mucho. Pero, ¿qué importa? No quiero que reces por mí. ¿Oyes? No quiero. No necesito que me acarrees desgracias con tus sempiternas genuflexiones. Si de todos modos quieres besar el suelo y rezar, hazlo al menos en favor y no en perjuicio de tu marido y de tus hijos. ¡Que otro gallo me cantaría si no tuviera una mujer tan desnaturalizada! ¿Por qué me vi en tan terrible apuro la semana pasada? ¿Por qué el dinero que había de ganar se convirtió en amarguras y persecuciones? Por ti... sólo por ti. ¡Voto al chápиро! —continúa Cruncher poniéndose los calzones—. Oraciones en casa, y fuera de casa otras cosas peores, y en tanto soy más desgraciado que el hombre más miserable de Londres. Vístete, hijo mío, y mientras limpio las botas, vigila a tu madre para que no se ponga de rodillas, porque, te lo repito —dijo volviéndose hacia su mujer—, no toleraré que conspires contra mí. Estoy más cansado que un caballo de alquiler y más atontado que una botella de láudano, y a no ser por el dolor que me hace ver las estrellas cuando cambia el tiempo, no sabría si mis piernas me pertenecen o si son de otro; y si no soy más rico... es porque rezas de día y de noche para impedir que haga fortuna.

Cruncher, al mismo tiempo que desahogaba su mal humor y lanzaba a su mujer los tiros de su indignación, se ocupaba en limpiarse las botas y en hacer los

preparativos de su salida cotidiana. En tanto su hijo, cuyos ojos, a imitación de los de su padre, parecían tener miedo de alejarse uno de otro, vigilaba a su madre según se le había encargado, y saliendo del aposento donde empezaba a vestirse, gritaba de vez en cuando:

—Padre, ya vuelve a arrodillarse.

Y haciendo un gesto ridículo volvía a su camaranchón después de esta falsa alarma.

Cruncher, cuyo mal humor estaba en su apogeo cuando se sentó a la mesa, se irritó de una manera muy especial contra el *Benedicite* que murmuraba su esposa.

—Pero ¿callarás, maldita criatura? —gritó—. ¿Qué dices entre dientes?

—Pido al Señor que bendiga nuestro almuerzo —respondió la pobre mujer.

—Te lo prohibo —replicó el esposo, mirando en torno suyo como si temiese ver desaparecer el almuerzo por arte de encantamiento—. No quiero bendiciones y estar arruinado, sin fuego, ni hogar, ni pan para el resto de mis días. Repito que quiero que calles, te lo digo por última vez.

Ferry Cruncher, con los ojos encendidos y el rostro descompuesto, como quien ha pasado la noche sin dormir y ocupado en trabajo poco agradable, devoró el almuerzo, gruñendo sobre el plato como un perro hambriento que ve en peligro el hueso que cruje entre sus quijadas. Después se tranquilizó, tomó el aspecto más respetable con que le fué posible cubrir su rostro, y salió para dedicarse a sus ocupaciones.

A pesar del título de honrado comerciante que se complacía en darse cuando le preguntaban cuál era su oficio, nos cuesta trabajo el ver un negocio en la tarea cotidiana de Ferry Cruncher. Un taburete de madera procedente de una silla rota, cuyo respaldo había asestado, y que el pequeño Ferry llevaba todos los días a un lado de la puerta de Tellstone, componía el fondo de comercio del pretendido negociante. Sentado en este banquillo, con los pies en un montón de paja que dejaba caer el primer carro que pasaba, el buen Ferry era

conocido en todo el barrio lo mismo que el Temple Bar, cuyo aspecto pesado y ruinoso tenía. Llegaba a las nueve menos cinco minutos y en el momento preciso que podía quitarse el sombrero en honor de los viejos empleados que entraban en el despacho, y se colocaba como de costumbre con el hijo a su lado, que sólo se alejaba para imponer una corrección a los muchachos cuya poca edad le permitía llevar a cabo sin peligro tan loable designio. Tan cerca uno de otro como lo estaban sus ojos en sus caras respectivas, con los mismos cabellos, las mismas facciones, la misma postura y acechando a los parroquianos en silencio, el padre y el hijo se parecían mucho a dos monos.

De pronto uno de los dependientes de Tellson se asomó la cabeza por la puerta y pronunció estas palabras con tono imperioso:

—Entrad, os llaman.

—¡Bien principia el día, padre!

Después de esta felicitación, el pequeño Ferry ocupó el banquillo, hundió los pies en la paja y se entregó a sus reflexiones.

—¡Siempre manchados los dedos de tierra! —murmuró entre dientes—. ¡Siempre... siempre! ¿Cómo se los mancha? ¿Dónde tocará esa tierra? Sin embargo, aquí no puede ser.

## CAPITULO II

### ESPECTÁCULO

CONOCÉIS a Old-Bailey? —preguntó a Ferry uno de los empleados de Tellson y Compañía.

—Sí, señor —respondió nuestro hombre con tono adusto.

—Bien. ¿Y conocéis al señor Lorry?

—Tanto como un honrado comerciante cual yo puede conocer a Old-Bailey.

—¡Magnífico! Id, pues, a la puerta de los testigos, enseñad este billete al conserje y os dejará entrar.

—¿En la sala donde se reúne el Tribunal?

—Precisamente.

Los ojos de Ferry hicieron un esfuerzo para aproximarse aún más, y parecía que se dirigían mutuamente esta pregunta: ¿Qué te parece?

—¿He de esperar la contestación? —preguntó Ferry como si esta frase hubiera resultado de la conferencia que acababan de tener sus ojos.

—Voy a explicaros lo que debéis hacer. El conserje enviará el billete al señor Lorry, cuya atención llamaréis con vuestros ademanes para que sepa dónde estáis, y esperaréis en el mismo sitio hasta que os necesiten.

—¿Nada más?

—Nada más. Desea tener una persona a mano, y este billete tiene por objeto advertirle que estáis allí a su disposición.

El empleado cerró cuidadosamente el billete, escribió el sobre, y en el momento en que ponía la oblea oyó las siguientes palabras:

—¿Es la vista de alguna causa por falsificación de escritura pública? —preguntaba Ferry.

—No, por crimen de alta traición.

—¿Es decir que descuartizarán al infeliz? —dijo Ferry—. ¡Qué barbaridad!

—Así lo dispone la ley —dijo el dependiente dirigiendo sus anteojos hacia Ferry.

—Es una ley cruel, señor, bastante duro es matar a un hombre sin que le despedacen los miembros —replicó Ferry.

—No, no es bastante —dijo el dependiente—, y os aconsejo, buen hombre, que tratéis la ley con más respeto. Sed parco en las palabras, reflexionad bien antes de hablar, y creedme, dejad a la justicia el cuidado de hacer lo que le corresponde y de hacerlo como cree justo y necesario. Sobrado tenéis que pensar cuidándoos el pecho, que no lo tenéis muy bueno.

—Consiste en la humedad, que me da en el pecho y

me costipa. ¡Si supiérais cómo se gana la vida un hombre honrado como yo! —dijo Ferry.

—Bien, bien, repuso el dependiente—; todos nos ganamos la vida de una u otra manera. Tomad la carta, salid luego y no os detengáis en ninguna parte.

Ferry tomó la carta y dijo para sí con menos respeto de lo que demostraba su cara compungida:

—Si yo tengo malo el pecho, tú estás seco como un palo.

Saludó al dependiente, dijo a su hijo al pasar el sitio adonde iba, y se dirigió hacia la Audiencia.

En aquella época se ahorcaba en Tyburn, y la cárcel de Newgate no tenía la infame nota que posteriormente se ha unido a su nombre; pero la antigua cárcel era un edificio abominable, donde se cometían toda clase de desórdenes y maldades, y donde se engendraban horribles enfermedades que, después de cebarse en los presos, atacaban al mismo jefe de justicia y lo arrancaban de su banco para arrojarlo en la huesa. Sucedió más de una vez que el juez que presidía la audiencia en una causa criminal, recibía su sentencia de muerte al mismo tiempo que el culpable, y era el primero que moría. Old-Bailey tenía, por otra parte, más de un título a la celebridad: era el patio de una fonda mortífera, de donde salían sin cesar pálidos viajeros, que ya en carroza, ya en carro, partían contra su voluntad para el otro mundo, y llegaban al término después de atravesar cerca de dos millas de vía pública.

En Old-Bailey estaba colocada la picota, institución antigua que imponía un castigo cuya trascendencia nadie podía prever. Se veía también allí el poste donde ataban a los que debían sufrir los azotes, otra antigua institución, cuyo aspecto era utilísimo para suavizar el carácter del espectador e inspirarle sentimientos de humanidad. En este mismo sitio maldito se trataba el precio de la sangre, transacción infame, que conducía sistemáticamente a los crímenes mercenarios, los más espantosos que se cometen debajo del cielo. En una palabra, Old-Bailey era en aquella época un precioso comentario de la opinión, que quiere que todo lo exis-



tente sea equitativo y bueno; opinión decisiva, tan satisfactoria para la conciencia como agradable para la pereza, si no llevara consigo esta consecuencia forzosa, esto es, que nada de lo que ha existido ha sido nunca malo.

Ferry llegó a la puerta de los testigos, abriéndose paso al través de los grupos que obstruían este horrible teatro de repugnantes escenas, y entregó la carta al conserje por la ventanilla del despacho de entradas, porque entonces se pagaba por ver el drama que se representaba en Old-Bailey lo mismo que para asistir al que se daba en Bedlam, con la única diferencia de que el primero de estos dos espectáculos era mucho más caro que el otro. Por esto las puertas de la cárcel estaban cerradas y custodiadas, a excepción de la que servía para introducir a los acusados, que estaba continuamente abierta de par en par. Después de vacilar un rato, la puerta, a la cual había llamado Ferry, se entreabrió rechinando, y le permitió penetrar hasta la sala de la Audiencia.

—¿En qué punto está la causa?— preguntó Ferry en voz baja a uno de los presentes.

—Aun no han principiado.

—¿De qué se trata?

—De un crimen de alta traición.

—Es decir, que harán cuatro pedazos del reo.

—Sí —respondió el interpelado con ademán de satisfacción—. Le arrastrarán, le ahorcarán a medias, le descolgarán después de la horca, le desollarán en vida el pecho, el vientre, las piernas y los costados; le quitarán las carnes, que serán quemadas a su vista, y le cortarán la cabeza..., así lo expresa la sentencia.

—Si se le reconoce culpable..., ¿por supuesto— añadió Ferry.

—¡Oh! No temáis —respondió el otro—, le condenarán; tenedlo por seguro.

El conserje llamó entonces la atención de Ferry, el cual le vió acercarse al señor Lorry llevando en la mano el billete que debía entregarle.

Nuestro antiguo conocido estaba rodeado de aboga-

dos con peluca, sentado delante de una mesa, cerca del abogado del acusado y casi enfrente de otro abogado, también con peluca, y que, con las manos puestas en los bolsillos, estaba mirando el techo con ademán meditado.

Después de haber tosido varias veces con estrépito, de agitar la mano y de frotarse la barba, Ferry logró hacerse ver del señor Lorry, que estaba en pie buscándole con la mirada, y que, habiéndole visto, hizo un ligero ademán con la cabeza y volvió a sentarse inmediatamente.

—¿Qué papel hace ese caballero en la causa? —preguntó a Ferry el hombre con quien éste había entablado conversación.

—Que me ahorquen si lo sé —dijo Ferry.

—¿Y podría saberse cuál es el papel que hacéis vos? —preguntó el interlocutor con vivo interés.

—Tampoco lo sé.

La llegada del juez y el tumulto que ocasionó interrumpieron este diálogo. Todas las miradas se fijaron al momento en la puerta que comunicaba con la cárcel, y los dos carceleros, que se veían allí desde la entrada del público, desaparecieron un instante, y volvieron con el acusado, que fué conducido a la barra. Todas las personas presentes, con la única excepción del abogado que tenía las manos puestas en los bolsillos, abrieron la boca y los ojos, y clavaron sus miradas en el acusado. El aliento de todos los pechos corrió hacia él como una ola arrastrada por la corriente; diversas cabezas anhelosas se inclinaron con esfuerzo en torno de las columnas, en los rincones y en las ventanas para verle; los que estaban en el anfiteatro se levantaron para no perder un detalle de espectáculo tan interesante; los que se hallaban al nivel de la mesa del Tribunal apoyaron las manos en los hombros de las personas que tenían delante y permanecieron largo rato de puntillas, y los demás se encaramaron en sus asientos, en el borde de una alfombra, en cualquier parte, para contemplar al héroe del drama que iba a principiar.

Entre estos últimos se hallaba Ferry en postura más exagerada, con los cabellos erizados y mezclando su aliento, perfumado con una botella de cerveza que había bebido en el camino, con los hálitos de aguardiente, de ginebra, de te, de café o de vino de todos los que se precipitaban hacia el acusado, emanaciones impuras que se depositaban ya en neblina mefítica sobre los cristales de las anchas ventanas. El blanco de todas esas miradas era un joven de unos veinticinco años, de gallarda presencia, de facciones agraciadas, de aspecto noble y distinguido, de ojos garzos y de tez tostada por el sol. Llevaba un traje sencillo de color obscuro, y sus cabellos castaños estaban atados por detrás con una cinta destinada a sujetarlos de una manera cómoda más bien que para adorno. Como el alma revela siempre lo que siente a pesar de la recia máscara con que se cubra el rostro, la emoción del acusado se manifestaba en la palidez de sus mejillas. Sin embargo, estaba tranquilo y se sentó sosegadamente después de saludar al juez con desembarazo y dignidad.

La clase de interés que inspiraba a la multitud y que tenía todos los ojos abiertos y todos los pechos anhelosos, no se debía a uno de los sentimientos que honran a la humanidad y la ennoblecen; la especie de fascinación que aquel desgraciado joven ejercía en todos los espectadores procedía de la espantosa sentencia de que estaba amenazado, y hubiera perdido parte de su fuerza en razón de las probabilidades que hubiese tenido de librarse de los peores del suplicio. El cuerpo que iba a ser tan horriblemente mutilado formaba el espectáculo de los ojos, y los tormentos que debía padecer aquel ser mortal, cuyas carnes y miembros iban a ser arrancados, formaban la emoción. Cualquiera que fuese el barniz que los espectadores de aquel drama, según su mayor o menor habilidad en el arte de engañarse a sí propios, llegasen a extender sobre los motivos que les habían arrastrado al Tribunal, el interés que tomaban tenía su origen en un instinto feroz y salvaje.

—¡Silencio! —gritó una voz gangosa—. El acta de acusación denunció ayer a Carlos Darnay como culpable de traición al poderosísimo y augustísimo rey de la Gran Bretaña; de haber prestado diferentes veces y por medios fraudulentos su cooperación al rey de Francia en la guerra que hace éste a dicho príncipe poderosísimo, excelentísimo, etc.; de haber hecho multiplicados viajes de los Estados de su augusta y poderosa Majestad Británica a los de dicho rey de Francia con objeto de revelar malvadamente, falsamente, traidoramente (y otras injurias en *mente*) a dicho rey de Francia cuáles son las fuerzas que nuestro dicho príncipe poderosísimo, excelentísimo, etcétera, se dispone a enviar al Norte de América, de lo cual el antedicho acusado se negó ayer a declararse culpable.

Después de seguir todos los rodeos de este extracto del acta de acusación, Ferry, con los cabellos cada vez más erizados a medida que la ley multiplicaba los adverbios y los superlativos, descubrió con alegría que iba por fin a principiar el proceso del antedicho Carlos Darnay, que todos los individuos del Jurado habían prestado juramento y que el fiscal estaba a punto de dar comienzo a su dictamen.

El acusado, que cada uno de los espectadores había ahorcado, desollado y decapitado ya mentalmente, y que no ignoraba la suerte que le esperaba, permaneció tranquilo y digno, sin que se advirtiera no obstante afectación en su actitud y en su fisonomía. Seguía con ademán grave y atento y con interés la apertura de los debates, y se dominaba bastante para no desarreglar ninguna de las matas de hierba que cubrían la mesita donde apoyaba las manos. Toda la sala estaba cubierta de plantas aromáticas, y se habían hecho aspersiones con vinagre para combatir los efluvios de la cárcel y precaverse de los ataques de las calenturas pútridas que tenían su foco en los calabozos. Enfrente del banco de los reos había un espejo destinado a reflejar la luz sobre la cabeza del acusado. ¡Cuántos miserables se habían sentado allí, cuya ima-

gen desapareció de la tierra al mismo tiempo que se había borrado en el espejo! ¡Qué ejército de espectros hubiera aparecido en aquel sitio si el cristal hubiese devuelto todos los rostros que en él se habían reproducido, como debe arrojar un día el Océano todos los cadáveres que tragaron sus aguas!

No sé si la idea de la deshonra que esperaba a su memoria, y tal vez la del suplicio, cruzó por la mente del acusado; pero es indudable que Carlos Darnay hizo un movimiento, y cambiando de actitud alzó los ojos para ver de dónde salía la luz que venía a su rostro. La sangre se le subió a la cara cuando vió el espejo que tenía delante, y su mano apartó vivamente las hierbas que había en la mesa. Deseando evitar el espejo, volvió la cabeza hacia el Tribunal que estaba a la izquierda, y vió al nivel de sus ojos, cerca del sitio donde se sentaba el juez, dos personas que llamaron su atención de una manera tan súbita y produciéndole una impresión tan viva, que todas las miradas de las cuales era el blanco se dirigieron entonces hacia aquellos individuos.

Vióse entonces una joven de veinte a veintidós años y un anciano que indudablemente era su padre, el cual atraía desde luego la mirada por sus cabellos de una blancura de nieve y por la expresión indescriptible de su rostro, reflejo de un espíritu poco activo, pero de una profundidad y un poder de meditación extraordinarios. Cuando este anciano estaba abstraído, lo cual parecía serle habitual, se hubiera dicho que era viejo; pero cuando se animaba, como en el instante de que hablamos, parecía rejuvenecido y en toda la fuerza y lozanía de la edad. La joven, aunque estaba sentada, había cruzado sus manos sobre el brazo de su padre, a quien se acercaba cuanto le era posible por el temor que le inspiraba aquella escena. Era fácil comprender que tan sólo veía el peligro del acusado; su frente pálida expresaba tanta alarma y su compasión era tan visible y tierna, que los espectadores, que no se habían compadecido de él, la miraron con interés y

piedad, y unos a otros se preguntaron en voz baja si conocían a la joven y al anciano. Ferry, que los contemplaba también, en tanto que se limpiaba la tierra que cubría sus dedos, alargó el cuello para oír mejor lo que se decía en torno suyo.

—¿Quiénes son? —se había repetido de boca en boca entre la multitud, hasta que esa pregunta llegó al oído de un portero del Tribunal, y la respuesta de éste volvía a los que la habían suscitado, pero con lentitud. Llegó, sin embargo, hasta el sitio que ocupaba Ferry.

—Son testigos.

—¿En pro o en contra?

—En contra.

El juez, que había cedido al impulso general, apartó los ojos de los testigos, se apoyó en los brazos de su sillón, y fijó la vista con firmeza en el hombre cuya vida estaba en sus manos, en tanto que el fiscal se levantó para hilar la soga, afilar el hacha y levantar el cadalso.

### CAPITULO III

#### LA VISTA

EL fiscal tenía que decir a los jurados que el acusado, aunque joven en edad, era ya viejo en la práctica de la traición, crimen capital que merecía la pena de muerte, y que las relaciones del acusado con el enemigo público no databan de hoy, de ayer, ni aun del año pasado, como tampoco del anterior, pues era cierto que hacía mucho tiempo que Carlos Darnay iba y venía sin cesar de París a Londres y viceversa, para urdir negocios secretos de los que no había podido dar una explicación satisfactoria.

Que si el criminal hubiera podido salir victorioso de sus culpables empresas (lo cual, por fortuna, no podía suceder), la profunda maldad del acusado no se habría reco-

nocido nunca, siendo tanta la infame habilidad que desplegaba Carlos Darnay en sus tenebrosos manejos; pero que la Providencia había inspirado en el corazón de un hombre de bien, sin reproche, así como sin temor, la idea de descubrir los planes del traidor, y que se había presentado lleno de horror a dar parte de su descubrimiento al primer ministro de Su Majestad. Que este hombre puro y leal, cuya conducta y actitud no habían cesado un sólo instante de ser sublimes, se presentaba como testigo, pues a pesar de haber sido íntimo amigo del acusado, desde el día a la vez propicio y doloroso en que se cercioró de la culpabilidad de quien merecía su aprecio, resolvió sacrificar en el ara sagrada de la patria al infame a quien no podía ya amar ni apreciar. Que si se alzaran estatuas en Inglaterra, como antiguamente en Grecia y en Roma, a los bienhechores públicos, sería muy probable que se erigiera una a la gloria de tan gran ciudadano; pero que no siendo costumbre inglesa, en cambio recibiría tan excelente patriota un premio digno de su heroicidad. Que la virtud —como grandes poetas lo han proclamado en muchos pasajes de sus obras, pasajes que el Jurado en masa, como no lo dudaba el fiscal, tenía textualmente en la memoria—, que la virtud es contagiosa, especialmente esa virtud esplendente que lleva el nombre de patriotismo, esto es, amor a la patria, y que el sublime ejemplo del testigo sin mancilla, en cuya palabra infalible se apoyaba el órgano de la ley, había despertado en el criado del acusado la santa determinación de registrar los bolsillos de su amo y examinar con cuidado sus papeles secretos.

Que él, el fiscal, estaba preparado para escuchar la acusación de mal ciudadano que no dejarían de lanzar sobre la conducta de tan admirable servidor, pero que personalmente le prefería en cierto modo a sus parientes más próximos y le tenía en mayor aprecio que a su propio padre; que no esperaba menos del Jurado, y que descansaba con confianza en el sentimiento de equidad de que no dejaría de dar prueba en ocasión tan solemne.

Que el testimonio del antiguo amigo y del antiguo criado del acusado, unidos a los documentos que probaban su descubrimiento, exhibidos ante el Tribunal, dejaban sentado

de una manera incontestable que el acusado tenía en su poder la lista de las fuerzas de Su Majestad Británica, los planes de campaña que debían seguir los ejércitos ingleses, tanto en tierra como en mar, y no permitían poner en duda que el acusado no tuviera la intención y hasta el hábito de transmitir estos preciosos detalles al jefe del pueblo enemigo.

Que no era posible demostrar que tales notas estuviesen escritas de puño y letra del acusado; pero que esta circunstancia no disminuía la gravedad del hecho, y era, por el contrario, una prueba de la maldad que había presidido en todas sus viles maquinaciones.

Que los debates demostrarían de la manera más evidente que estas prácticas fraudulentas y traidoras databan ya de cinco años, esto es, que se remontaban a la época del primer combate que había ocurrido entre los americanos y las tropas del rey de Inglaterra, y que por todos estos motivos los jurados, siendo hombres leales por excelencia, debían necesariamente declarar al acusado culpable del crimen que se le imputaba, cualquiera que fuese por otra parte la repugnancia que tuvieran en aplicar la pena impuesta por la ley, y que no lograrían jamás un momento de reposo, ni podrían soportar la idea de que sus esposas están dormidas, de que sus hijos están sumidos en un sueño pacífico; en una palabra, que no habría más medio para ellos ni para sus familias de reclinar la cabeza sobre la almohada, que el de que cayera la del acusado bajo el hacha del verdugo.

El fiscal pedía esta cabeza en nombre de todo lo que podía proporcionarle un período redondeado, una frase grandilocuente, y concluyó afirmando del modo más solemne que miraba al culpable como si hubiera sufrido ya la pena de muerte. Cuando el fiscal pronunció la última palabra de su arenga, se alzó de todos los puntos del auditorio un confuso zumbido, como si se hubieran reunido en torno del acusado millares de moscas anhelosas de posarse en él como sobre un cadáver. Restablecióse el silencio, y se presentó como testigo el patriota sin mancilla. El procurador general, siguiendo los pasos de su digno y elocuente jefe, procedió al interrogatorio del patriota.



—¿Vuestro nombre?

—John Barrat, etc.

La historia de su alma pura y de su conducta sublime fué exactamente la misma con que el fiscal había edificado a su auditorio, y el único defecto que pudo echársele en cara fué el de recordar sobrado literalmente la versión anterior. Después de aliviar su noble pecho del peso que lo oprimía, el eminente ciudadano se hubiera retirado con modestia si el abogado del acusado, que se hallaba cerca del señor Lorry, no le hubiese dirigido algunas preguntas. El abogado con peluca, cuyos ojos estaban fijos en el suelo, no había cambiado de postura.

—¿Habéis espiado vos mismo al acusado?— preguntó.

—¡Cielos! Tan vil insinuación sólo merece mi desprecio.

—¿Con qué medios contáis para subsistir?

—Tengo haciendas.

—¿En dónde están situadas?

—No podría decirlo ahora, porque no recuerdo el nombre.

—¿Qué clase de haciendas son esas?

—No necesito decirlo.

—¿Las habéis comprado o heredado?

—Heredado.

—¿De quién?

—De un pariente lejano.

—¿Habéis estado alguna vez en la cárcel?

—Yo...

—¿En la cárcel por deudas?

—No sé qué tiene que ver eso con lo que se trata actualmente...

—¿No habéis estado nunca en la cárcel por deudas?

—¿Por qué insistís en eso?

—¿Nunca? —repitió el abogado.

—Pues bien, sí —contestó el testigo.

—¿Cuántas veces?

—Una o dos.

—¿No son cinco o seis?

—Tal vez.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—Propietario y caballero.

—¿No habéis recibido nunca puntapiés?

—¡Quién sabe!

—¿Con frecuencia?

—Eso no.

—¿Nunca os han tirado por una escalera?

—Nunca, aunque una vez me hallaba en un primer piso, me empujaron con fuerza y rodé por la escalera arrastrado por mi propio peso.

—¿No fué por haber jugado con dados falsos?

—De eso me acusaba el desvergonzado que causó mi caída, pero era una calumnia.

—¿Lo juraríais?

—Si me lo exigieran...

—¿Sois jugador de profesión?

—No.

—¿Se reducían vuestras relaciones con el acusado a un empréstito continuo en forma de gasto de carruaje, posada, vestido, etc.?

—No tanto como eso, pero...

—¿Estáis bien seguro de haber visto esas listas de que se ha hablado en poder del acusado?

—Segurísimo.

—¿Podéis dar más informes sobre esos papeles?

—No.

—¿No os los proporcionó el mismo acusado?

—No.

—¿Cuánto creéis que os pagarán por la denuncia?

—¡Cómo!

—¿No esperáis recibir del Gobierno un buen empleo, como el de agente de Policía, por ejemplo?

—¡Qué disparate!

—¿O cualquiera otra colocación?

—¡Qué horror!

—¿Lo afirmáis bajo juramento?

—Por todo lo más sagrado; el patriotismo más puro ha inspirado mi conducta.

Cesa el interrogatorio y se retira el testigo.

El *antiguo y virtuoso* criado del acusado presta juramento y multiplica sus protestas con ardor.

—¿No suplicásteis al acusado que os tomase por caridad?

—Nunca. Pregunté al acusado, a quien encontré por casualidad en el buque-correo de Calais, si necesitaba un servidor inteligente y probo, y de este modo entré a su servicio. Diversas circunstancias despertaron mis sospechas, y resolví no perder de vista a mi amo. Encontré, por consiguiente, muchas veces en sus bolsillos papeles enteramente iguales a los que he presentado, y las listas que el Tribunal tiene a la vista las saqué del escritorio, donde las escondía bajo llave. Sorprendíle, además, enseñando dichas listas a franceses, tanto en Calais como en Boloña, y animado por el amor patrio, no pude menos de indignarme al ver tales manejos, y me apresuré á denunciarlos a la justicia.

El testigo se llama Roger Cly, y el abogado defensor le dirige estas preguntas:

—¿No os acusaron de haber robado una tetera de plata?

—No es cierto; únicamente me atribuyeron el robo de un tarro de mostaza, pero el tal tarro era de plaqué.

—¿No estábais en relaciones con el anterior testigo hace siete u ocho años.

—Era una simple coincidencia.

No deben asombrar las coincidencias por extrañas que sean, porque todas tienen un carácter más o menos singular. Así, pues, el único motivo que animó al testigo en este caso, como había sucedido con su compañero, fué el patriotismo más ferviente.

—Soy un leal inglés —dice el testigo—, y creo que los ciudadanos como yo son numerosos en mi país.

Volvieron a zumbar las moscas.

Restablecido el silencio en el auditorio, el fiscal llama al señor Lorry, y le pregunta:

—¿Estáis empleado en la casa de Banca de Tellson?

—Sí.

—¿Hicisteis un viaje por negocios de la casa un viernes por la noche de noviembre de 1775?

—Sí.

—Os trasladásteis a Douvres en el coche-correo?

—Sí.

—¿Estábais solo en el carruaje?

—No; iban conmigo otros dos viajeros.

—¿Bajaron en el camino antes de amanecer?

—Sí.

—¿Queréis mirar al acusado y decirnos si era uno de vuestros compañeros de viaje?

—Me sería imposible responderos.

—¿Se parece a uno u otro de esos dos viajeros?

—Aquellos viajeros iban tan embozados y la noche era tan oscura, que ni siquiera puedo formarme una idea de su exterior.

—Volved a mirar al acusado, señor Lorry; suponedle embozado como los dos viajeros de que hablamos, y ved si hay en su estatura, en su conjunto, algún indicio que hiciera probable fuese uno de vuestros compañeros de viaje.

—No puedo responderos.

—¿Afirmaríais bajo juramento que no estaba en el coche?

—No.

—En tal caso, reconocéis que podría ser uno de los dos viajeros.

—Sería posible. Diré, sin embargo, que esas dos personas tenían un miedo excesivo a los ladrones, temor de que yo también participaba, y me parece que el acusado no es hombre que se asuste tan fácilmente.

—¿Estáis seguro de no haber hablado nunca con el acusado?

—He hablado con él algunas veces.

—¿En qué ocasión?

—Cuando regresé de París, algunos días después de haberme embarcado en Douvres, el acusado estaba a bordo del mismo buque, e hicimos juntos la travesía.

—¿A qué hora se embarcó?

—Era ya más de media noche.

—Es decir, en medio de las tinieblas. ¿Llegaron a la misma hora algunos otros viajeros?

—Por una casualidad...

—No empleéis esa expresión de duda, señor I

El acusado, que está aquí presente, ¿fué el único que se embarcó en aquella hora avanzada?

—Sí.

—Y vos, ¿estábais solo?

—No; me acompañaba un antiguo amigo con su hija, que están aquí como testigos.

—¿Trabásteis conversación con el acusado?

—Apenas nos dirigimos algunas palabras; el mar estaba borrascoso, la travesía fué larga y penosa, y permanecí acostado hasta que llegamos a Douvres.

—Está bien. ¿Señorita Lucía Manette?

La joven, en la cual se habían fijado antes todas las miradas y que volvió a atraerlas, se levantó del asiento y permaneció en pie sin cambiar de sitio y sin dejar de apoyarse en el brazo de su padre, que se había levantado al mismo tiempo que ella.

—Señorita Lucía, mirad al acusado.

Tanta compasión en la mirada, tanta alma y tanta hermosura, sometieron a Carlos Darnay a una prueba mucho más difícil que cuantas había sufrido desde que estaba delante de los jueces. Aunque al borde del sepulcro, y a pesar de las miradas ávidas que se fijaban en él y de la presencia de ánimo que había manifestado hasta entonces, le fué imposible permanecer tranquilo bajo la mirada compasiva de Lucía. Sus manos agruparon convulsivamente las hierbas que había sobre las mesa como para formar un ramo de flores imaginarias, y sus esfuerzos, para dominar su respiración anhelante hicieron temblar sus labios, de donde la sangre refluyó hacia su corazón. Las moscas zumbaban en la sala.

—Señorita Lucía, ¿habíais visto ya al preso?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—A bordo del buque correo de Calais a Douvres y en las circunstancias de que acaba de hablarse.

—¿Estábais con el señor Lorry?

—Sí, señor, y era entonces muy desgraciada.

Los doloridos acentos de su voz armoniosa fueron ahogados por la voz del juez, que le dijo con severidad:

—Contestad sin comentarios a las preguntas que os hacen. ¿Hablásteis con el acusado durante la travesía?

—Sí, señor.

—¿Recordáis sobre qué versó la conversación?

—Cuando este caballero subió al buque —dijo con voz débil, en medio del más profundo silencio— entonces...

—¿Habláis del acusado, señorita Lucía? —le preguntó el juez frunciendo el entrecejo.

—Sí, señor.

—Pues en tal caso no le llaméis caballero, sino acusado.

—Cuando el acusado subió al buque le llamó la atención la debilidad de mi padre, el cual estaba tan enfermo que no me atrevía a hacerle bajar al camarote por temor de que le faltase el aire. Le había compuesto una cama sobre el puente al lado de la escalera que conducía a los camarotes, y me coloqué a su lado. El buque no conducía más viajeros que nosotros cuatro. El acusado tuvo la amabilidad de darme sus consejos y de ayudarme a abrigar a mi padre mejor, pues yo no sabía de qué lado soplaría el viento cuando saliéramos del puerto. Se tomó tanta incomodidad para sernos útil, lo hizo con tanta dulzura y manifestó una compasión tan profunda por el estado augustioso de mi padre, que no vacilé en corresponderle con mi gratitud, y de este modo principió entre nosotros la conversación.

—¿Estaba solo el acusado en el momento de subir al buque?

—No, señor.

—¿Cuántas personas le acompañaban?

—Dos franceses.

—¿Hablaron de negocios? ¿Duró largo rato su conversación?

—Hablaron hasta que los franceses tuvieron que salir del buque.

—¿Se entregaron listas parecidas a éstas?

—Llevaban papeles en la mano, pero no sé lo que había escrito en ellos.

—¿Tenían esos papeles la dimensión y la forma de éstos?

—Lo ignoro.

—¿Qué decían aquellos señores?

—Tampoco lo sé. Estaban en el último escalón, cerca de la luz que había en la entrada de la cámara, pero hablaban en voz baja, y por otra parte no me cuidé de escucharles.

—¿Qué os dijo el acusado?

—Se mostró conmigo tan franco y amable como cariñoso y atento con mi padre. Dios sabe —continuó Lucía prorrumpiendo en llanto— que no quisiera corresponder a sus bondades pronunciando alguna expresión que pudiese perjudicarle.

Zumbidos en la sala.

—Señorita Lucía Manette —repuso el juez—, si el acusado no ha comprendido ya que respondéis con extrema repugnancia a las preguntas que os hago, es seguramente el único en el auditorio que puede dudarle. Dignaos continuar.

—Me contó que viajaba por negocios y que debía desempeñar una comisión tan espinosa, que había tenido que cambiar de nombre para no comprometer a su familia, y añadió que aquel negocio le haría regresar muy pronto a Francia y le obligaría durante mucho tiempo a cruzar con frecuencia el Estrecho.

—¿No os hablo de América? Precisad vuestra respuesta y recordad todas las palabras del acusado.

—En cuanto puedo creerlo, trató de explicarme los motivos de la contienda que acababa de estallar entre los colonos y la metrópoli, pero será muy posible que me equivoque. Añadió en tono de broma que el nombre de Jorge Wáshington sería tal vez algún día tan célebre como el de Su Majestad Jorge III; pero repito que lo decía riendo, sin meditarlo y como si hubiese dicho la cosa más indiferente.

La expresión grabada en las facciones de un actor que excita en el más alto grado el interés de su auditorio se refleja en general en el rostro de los individuos que cautiva, sin que ellos mismos lo adviertan, y por lo tanto el juez, que estaba con la cabeza inclinada escribiendo la contestación de Lucía, encontró en la mayor parte de los espectadores la horrible ansiedad que se veía pintada en su frente cuando levantó la cabeza con sorpresa

al oír tan espantosa herejía sobre la gloria futura de Jorge Washington.

Habiendo manifestado el fiscal al juez que convenría interrogar al padre de la joven, aunque no fuera más que por mera fórmula, el doctor Manette fué llamado como testigo.

—Doctor Manette, ¿habíais visto ya al acusado?

—Una vez, cuando vino a hacerme una visita. Desde entonces han pasado tres o cuatro años.

—¿Reconocéis en él al compañero de viaje que tuvisteis al venir de Inglaterra, y podéis decir qué es lo que habló entonces con vuestra hija?

—Me es completamente imposible contestaros.

—¿Tenéis alguna razón especial que os impida contestar a esta pregunta?

—Sí, señor.

—¿Es cierto, doctor Manette, que tuvisteis la desgracia de estar en la cárcel sin formación de causa en vuestro país natal durante muchos años?

—¡Oh! Sí, durante muchos años —respondió el testigo con una voz que conmovió todos los corazones.

—¿Hacía poco tiempo que estábais libre cuando vinisteis a Inglaterra?

—Así me lo han dicho.

—¿Conserváis algún recuerdo del viaje?

—Ninguno; había en mi inteligencia un vacío completo desde la época (ni yo mismo sé cuál) en que principié en la cárcel a hacer zapatos hasta el momento que me hallé en Londres con mi hija. La presencia de esta querida hija mía había llegado a serme familiar cuando Dios me permitió en su infinita misericordia que recobrase la razón; pero no sé explicarme cómo me familiaricé con este nuevo género de vida, ni tampoco podré decir cómo llegué a reconocer a mi hija, o más bien, a cerciorarme de su cariño y de los cuidados que me prodigaba.

El fiscal se sienta. Se sientan también el doctor Manette y su hija. Se trata, además, de probar que el acusado había partido de Londres un viernes por la noche en el mes de noviembre de 1775 en el coche-córrreo de Douvres con uno de sus cómplices, cuyo paradero no ha



podido averiguarse; que los dos bajaron del coche antes de amanecer en un paraje que habían elegido para sus planes y donde no debían permanecer; que recorrieron un espacio de doce millas volviendo atrás, y que llegaron a una ciudad fortificada de la costa, donde se proporcionaron los datos fraudulentos que estaban encargados de recoger.

Se llama a un testigo para declarar sobre este punto, y su deposición da lugar a un incidente. Según el testigo, el acusado estaba precisamente a la hora indicada en el comedor de una fonda de aquella ciudad fortificada de la costa, en donde esperaba a una persona que llegó poco tiempo después. El defensor hace a su vez diferentes preguntas al testigo, sin conseguir otro resultado que el de declarar que únicamente había visto al acusado en aquella ocasión, pero que está seguro de que era él.

El abogado, cuyos ojos no se han reparado del suelo desde el principio de la audiencia, escribe entonces dos o tres palabras en una hoja de papel que entrega al defensor. Este lo lee y mira al acusado con mucha atención.

—¿Estáis seguro —pregunta al testigo— de que era el acusado?

—Segurísimo.

—¿No habéis visto nunca nadie que se pareciese al acusado.

—Nunca, o al menos que se pareciese hasta el punto de dar lugar a una equivocación.

—Dignaos mirar a mi sabio colega —prosiguió el defensor designando al abogado que le había entregado el papel—. ¡Muy bien! Mirad ahora al acusado. ¿Qué respondéis? ¿No se parecen completamente?

Era indudable que, a excepción de la indolencia que caracterizaba al sabio colega, su traje poco aseado y cierto aspecto de fatiga, por no decir de excesos, se advertía entre él y el acusado una semejanza bastante completa para que todo el mundo se sorprendiese desde que se llamara la atención sobre este punto.

Se suplica al juez que mande al sabio colega que se quite por un instante la peluca, a cuya súplica condes-

ciende el señor magistrado de mal humor, y la semejanza es notable.

—Señor Stryver —dice el juez al defensor del acusado—, ¿tenéis intención de poner en duda la lealtad del señor Cartone (el sabio colega) y acusarle de alta traición

—El señor Stryver está muy distante de abrigar semejante intención, y únicamente pregunta a los señores jurados si el hecho que acaba de presentarse ante el tribunal no puede haber ocurrido en otra circunstancia, y supone que después de este incidente el testigo se convencerá de que es temerario reconocer en el acusado a una persona a quien sólo vió de paso en una fonda. Resulta de este incidente que el testigo no sabe qué contestar y se retira avergonzado.

Ferry, que durante las declaraciones había tenido tiempo para limpiarse la tierra de los dedos, estaba muy lejos de llegar al desenlace del drama de que era espectador, y le fué preciso oír la defensa del señor Stryver, que combatió el dictamen del fiscal, y que volviéndolo como una casaca, demostró a los jurados que el patriota Barrat era un espía pagado, un vil calumniador que traficaba con la sangre de los desdichados que denunciaba, y uno de los traidores más desvergonzados que habían existido desde Judas, a quien se parecía hasta en la cara, y que el virtuoso Roger Cly era su cómplice hacía más de diez años. Demostró cómo estos dos hombres, tan perjuros como falsarios, eligieron al acusado para sacrificarlo a sus infamias, y cómo éste, teniendo relaciones de familia que le llamaban continuamente a Francia, su país natal, había proporcionado pruebas aparentes del crimen de que se le acusaba, pruebas que explotaban con malvada destreza los falsos testigos, los cuales, después de haber vivido a sus expensas, estaban interesados en deshacerse de su persona. Que la declaración arrancada a la señorita Manette, cuya angustia había notado todo el auditorio, establecía únicamente que el acusado tuvo con la joven las consideraciones y la galantería que todo hombre bien educado hubiera usado en igual caso; que su conversación no fué más que un pasatiempo, si se exceptúan las palabras que

salieron de la boca del acusado respecto de la gloria de Wáshington; palabras tan extravagantes que era imposible ver en ellas más que una monstruosa broma.

El defensor añadía que sería una flaqueza indigna del Gobierno aprovecharse de semejante causa para tratar de hacerse popular, lisonjeando las antipatías y los terrores nacionales menos motivados y más bajos; y a pesar del celo del fiscal, y a pesar de la importancia que se había esforzado en dar al negocio, no tenía éste más base ni prueba que los testimonios de dos hombres, cuyo carácter infame bastaba para deshorrar y desacreditar ante la Europa a los Tribunales de la Gran Bretaña.

El juez interrumpió entonces al abogado, tomando un aire grave como si escuchara una falsedad, y dijo que no toleraría semejantes alusiones mientras tuviera el honor de sentarse en el banco que ocupaba. El señor Stryver presenta los testigos en pro del acusado. Ferry, después de oír sus declaraciones, se ve obligado a sufrir la réplica del fiscal que, volviendo al revés la casaca que el defensor había cortado a los jurados, prueba que Barrat y Roger Cly son infinitamente más honrados, y el acusado cien veces más pérfido de lo que había creído en un principio.

Finalmente, el juez toma la casaca que enseña por el paño y por el forro, y le da decididamente el corte que debe tener, haciendo de ella un sudario destinado al acusado. Los jurados dan principio a su deliberación, y las moscas vuelven a zumbar a más y mejor. El señor Stryver, elocuente defensor, reúne los papeles que tiene delante, cuchichea con sus colegas y lanza de vez en cuando una mirada a los jurados. El señor juez se levanta y se pasea por el tablado perseguido por la idea de que hay miasmas pútridos en la atmósfera, idea que atormenta a varios individuos del Tribunal. Unicamente el docto colega del señor Stryver permanece sentado con las manos en el bolsillo, la toga medio caída, la peluca torcida y mirando al techo. Se advierte en él una pereza y una dejadez que disminuyen de tal modo su semejanza con el acusado, especialmente la que tenía en el momento en que se compararon las dos caras, que algunos de los espectadores se comunican la sorpresa que les causa, y no aciertan

a explicarse cómo es posible que se diferencie tanto del acusado teniendo sus mismas facciones.

Ferry hace esta observación al que está a su lado, y añade:

—Apostaría media guinea a que es un abogado sin pleitos. Semejante facha no es propia de un hombre de talento.

Sin embargo, el señor Cartone se entera de los detalles de la escena mejor de lo que creía Ferry, porque es el primero que advierte que la cabeza de Lucía se inclina sobre el hombro del doctor, y dice alzando la voz:

—Ujier, ayudad a ese anciano a trasladar fuera de la sala a su hija. ¿No véis que se desmaya?

El doctor y Lucía excitan la más viva simpatía entre los presentes. El doctor Manette había sufrido indudablemente mucho cuando le hablaron de su pasado, y la nube que le obscurece a intervalos y le da el aspecto de un anciano, no ha cesado desde entonces de velar su frente. En el momento en que el padre y la hija cruzaron entre el auditorio, el presidente del Jurado dirigió la palabra al presidente del Tribunal, diciéndole:

—Los señores jurados no pueden ponerse de acuerdo y desean entrar en la sala de las deliberaciones.

El juez, que no puede arrancar de su mente la idea de la gloria futura de Washington, se sorprende de que los jurados no puedan ponerse de acuerdo sobre un hecho tan sencillo; pero consiente con gusto en que vayan a deliberar en la estancia inmediata, y se aprovecha de esta circunstancia para salir de la sala. La noche se acerca, y mientras encienden los quinqués, circula entre la multitud el rumor de que los jurados tardarán aún largo rato. Casi todos los espectadores salen para tomar un refrigerio, y el acusado va a sentarse cerca de la puerta que conduce a la cárcel. El señor Lorry, que había acompañado al doctor y a su hija, vuelve a entrar en el salón, y llama a Ferry.

—Si necesitáis tomar alguna cosa —le dice— podéis salir, pero no os alejéis mucho, y procurad estar aquí cuando se pronuncie el fallo, porque he de enviaros a casa.

Sois el mensajero más ligero que conozco y llegaréis a Temple-Bar antes que yo.

Ferry tiene escasamente todo el espacio de frente que se necesita para tocársela con el índice en reconocimiento del chelín que acompaña esta orden. Al mismo tiempo se presenta el señor Cartone, y pregunta al socio de Tellstone:

—¿Cómo está la joven?

—Le ha causado mucho disgusto lo que ha pasado; pero está mejor desde que respira el aire libre.

—Voy a dar la noticia al acusado. No os mováis, porque no sería decoroso que un hombre de vuestro carácter, un hombre que ocupa cierta posición en el comercio, hablase en público con un preso.

El banquero se ruborizó, como si confesara que había pensado en cometer tan enorme falta, y el señor Cartone se dirigió hacia el exterior de la barra.

—Señor Darnay —dijo—, desearéis saber cómo está la señorita Manette, porque es muy natural. Acaban de decirme que su agitación principia a calmarse y que está mucho mejor.

—Siento en el alma el haber sido la causa de su malestar. ¿Tendríais la bondad de decírselo así de mi parte y de manifestarle que estoy sumamente agradecido?

—Con mucho gusto —respondió el señor Cartone, con un aire indiferente que rayaba en insolencia—. Si os empeñáis...

—Me empeño en ello, y os doy mil gracias.

—¿Qué esperáis del Jurado, señor Darnay? —repuso Cartone.

—Que me condenará.

—Hacéis bien en no abrigar ilusiones, porque es muy probable que así suceda; pero el desacuerdo de los jurados me induce a creer que no seréis condenado.

Ferry, que había oído este diálogo, se alejó de los dos interlocutores, tan parecidos de cara y tan diferentes en la parte moral, en pie uno al lado del otro, y reflejados por el espejo que dominaba el banco de los acusados. Transcurrió lentamente hora y media, hasta que salieron los jurados, y a pesar de los pasteles de carnero y de los vasos de vino que les habían prestado su auxilio, dieron

más de un traspie al dirigirse a sus asientos, según advirtieron los espectadores. Ferry, que después de comer y beber de una manera satisfactoria se había sentado en un banco en posición cómoda para echar un sueño, se despertó al rumor de un murmullo nada sonoro, y fué arrastrado por la corriente que salía de la sala de audiencia.

—¡Ferry! ¡Ferry! —gritó el banquero, que estaba en la puerta.

—Aquí estoy, señor, aquí estoy. Será preciso que haga uso de los puños para salir.

—Salid al momento —repuso el señor Lorry entregándole un papel al través de la multitud—. No os detengáis en el camino.

—Bien, señor.

El papel que llevaba Ferry sólo contenía una palabra: *Absuelto*.

—Si hubiera escrito esta vez *Resucitado* —murmuró Ferry—, lo habría entendido perfectamente.

No tuvo tiempo para entregarse a sus reflexiones, porque se vió obligado a correr para que no le cerrara el paso la multitud que se extendía por el patio y cuyo zumbido salía hacia la calle como si las moscas, viendo frustrada su esperanza, se lanzasen en busca de otro cadáver.

## CAPITULO IV

### FELICITACIONES

EN tanto que se vertía el último sedimento de la estufa humana que hervía desde la mañana en la sala del Tribunal, Lucía Manette y su padre, el abogado y el procurador del señor Darnay estaban reunidos en torno de éste y le felicitaban por haberse salvado de la muerte.

Hubiera sido difícil, aún con una caridad más brillante, reconocer en el doctor, de rostro inteligente y de ademanes llenos de nobleza, al zapatero del arra-

bal de San Antonio. Sin embargo, el que le miraba una vez no dejaba de volver a mirarle, aun cuando no hubiera tenido ocasión de reparar en el timbre doloroso de su voz grave y en el aire distraído que por instantes velaba de pronto su rostro. No sólo evocaban de lo profundo de su alma en este estado de abstracción una causa exterior o una palabra relativa a sus años de agonía, sino que muchas veces la nube se formaba por sí propia, y tendía sobre las facciones del antiguo preso una obscuridad tan incomprensible para los que ignoraban su historia, como si en un cielo sereno hubieran visto a la Bastilla lanzando sobre él su sombra a pesar de las trescientas millas que de aquella prisión le separaban.

Únicamente su hija tenía el poder de ahuyentar estas nubes: era el hilo de oro que enlazaba los horribles días del doctor con la calma que gozaba después de su miseria. La voz, la mirada y las caricias de Lucía ejercían en su padre una poderosa influencia, aunque recordaba que en ciertas ocasiones no había producido efecto su ternura; pero estas ocasiones eran raras, y de día en día adquiría mayor certeza de no verlas reproducidas. El señor Darnay besó la mano a Lucía, y después volvió el rostro al señor Stryver dándole las gracias.

El abogado contaba apenas treinta y seis años, y parecía tener cerca de cincuenta. Era grueso y bajo, tenía la voz chillona, las maneras bruscas, el cabello rubio, el rostro encendido, una falta completa de finura, y cierto modo de colocarse en medio de una reunión o de una conversación encogiéndose de hombros, que hacía augurar la rapidez con que se abriría paso en el mundo. El señor Stryver, que no se había quitado aún la peluca y la toga, se colocó delante de su defendido con tal violencia, que empujó fuertemente al señor Lorry y le separó del grupo, donde se quedó como en terreno conquistado.

—Tengo la más grata satisfacción en haberos sacado de un mal paso, señor Darnay —dijo con desemba-

razo—; era una causa infame e innoble, pero que por la misma razón debía seros más funesta.

—Recordaré toda mi vida el servicio que me habéis prestado —contestó el joven con entusiasmo.

—He hecho cuanto he podido, señor Darnay, y creo que mis esfuerzos valen tanto como los de cualquier otro abogado.

La galantería exigía que alguno de los presentes añadiera: Mucho más.

El señor Lorry se encargó de añadir esa frase galante, con la intención tal vez de recobrar el puesto que había ocupado hasta entonces.

—¿Lo creéis así? —preguntó el señor Stryver—. Mil gracias. Habéis asistido a los debates y debéis entender en la materia, pues sois un hombre de negocios, un hombre grave y de criterio.

—Como hombre formal —repuso el señor Lorry, que otro empujón del legista había expulsado del grupo—, apelo al doctor para que cierre la conversación y disponga que nos retiremos. La señorita Lucía está muy pálida, el señor Darnay ha pasado un día terrible y nosotros estamos rendidos.

—Hablad por vos —dijo el abogado—, cuando se trata de descansar, porque yo trabajaré toda la noche.

—Hablo especialmente por la señorita Lucía y por el señor Darnay —repuso el banquero—. ¿No creéis, señorita, que hasta puedo hablar por todos nosotros? —añadió designando con la mirada al doctor.

El rostro del anciano, cuyos ojos estaban clavados en Carlos Darnay, tenían una expresión particular que, cada vez más marcada, anunciaba la desconfianza y la aversión unidas al temor.

—¡Padre mío —dijo Lucía apoyando la mano en su brazo.

El doctor ahuyentó la sombra siniestra que había en su rostro, y contempló a su hija.

—¿Nos retiramos?

—Sí —dijo exhalando un prolongado suspiro.

Acababan de apagar los quinqués y de cerrar las pesadas verjas que se habían juntado con estruendo, y el



horrible teatro iba a quedar desierto hasta que volviese a poblarlo al amanecer el poderoso interés que despertaban el cadalso, la picota y el látigo. Lucía salió a la calle apoyada en el brazo de su padre y acompañada del señor Darnay, y subió a un coche de alquiler, en el cual se alejó con el doctor. El abogado les había dejado en el corredor para entrar en el vestuario. Ninguno de los que habían asistido a la audiencia advirtió la parte que había tomado en ella el colega del señor Stryver, y ni siquiera lo sospechó el mismo Darnay. El indolente Cartone, que, al terminar la sesión, se había quitado la toga y la peluca, con lo cual nada había ganado su aspecto, no se reunió con los que daban la enhorabuena al acusado, y se apoyó en la pared en el sitio más obscuro del corredor sin hablar con nadie. Después siguió al doctor y a su hija sin despegar los labios, y no les perdió de vista hasta que subieron al coche. Luego que partieron se acercó a Darnay, que hablaba con el señor Lorry.

—Según parece —dijo el banquero—, se puede hablar ahora con el acusado sin comprometerse. Si hubiérais podido ver, señor Darnay, la lucha que se empeña en el ánimo de un hombre respetable cuando está vacilando entre la necesidad de ceder al impulso de un buen corazón y la de conservar las apariencias que imponen los negocios, os habríais divertido mucho.

—Caballero —dijo el señor Lorry ruborizándose y con cierto calor—, habéis mencionado ya el hecho; pero permitidme que os haga observar que las personas que están al servicio de una casa importante no se pertenecen en ninguna ocasión, y que deben pensar en los intereses de que están encargadas mucho más que en sus propios deseos.

—Lo sé —respondió Cartone con indiferencia—. No os enfadéis, señor Lorry. Sois tan bueno como otro cualquiera, y hasta estoy persuadido de que sois mejor.

—Os confieso, caballero —repuso el señor Lorry—, que no acierto a comprender por qué os tomáis tanto interés por mi conducta. Perdonadme si, usando de mi prerrogativa de anciano, me permito daros un con-

sejo, pero creo que haríais mucho mejor en ocuparos en vuestros negocios.

—No los tengo —respondió el abogado.

—¡Peor, mucho peor! Y por cierto que es muy sensible.

—Soy de vuestro mismo parecer.

—Si los tuviérais os ocuparíais en ellos, y...

—Es probable que no —dijo Cartone interrumpiéndole.

—Haríais muy mal caballero —dijo el anciano exasperado con tanta indiferencia—. Los negocios distraen y ennoblecen, y no hay nada más respetable que el trabajo que exigen. El señor Darnay tiene sobrado talento para que deje de comprender mi situación, y me consta que es muy generoso para temer por un momento que se haya ofendido de la reserva con que me he conducido... Buenas noches, señor Darnay; espero que conservaréis la vida para gozar de toda clase de venturas, y renuevo con toda sinceridad mi enhorabuena.

El señor Lorry, que estaba tan enojado contra sí propio como contra Cartone por este movimiento de impaciencia, subió al coche, que le condujo a casa de Tellson y Compañía.

—¿No os parece que es extraña la casualidad que nos reúne, señor Darnay? —dijo riendo Sydney Cartone cuando partió el banquero—. Estáis esta noche en medio de la calle solo con el hombre que tanta semejanza tiene con vos.

—Apenas sé si estoy vivo o muerto —respondió Carlos.

—No me admira eso. ¡Hace tan poco rato que estábais a punto de pertenecer a los muertos! Me parece que estáis fatigado.

—En efecto, me siento muy débil.

—¿Por qué no cenáis? Yo lo he hecho ya cuando se dudaba si debíais pertenecer a los vivos o a los muertos. ¿Me permitís que os acompañe a una fonda donde pueda cenar una persona decente?

Sydney Cartone se apoderó del brazo de Carlos Dar-

nay, le llevó hasta Lugdate y Fleet-street, y después de hacerle cruzar algunas calles, entró con él en una fonda situada en el extremo de un pasaje. Introducidos en un pequeño aposento, Carlos recobró muy pronto las fuerzas con el auxilio de una buena cena amenizada con un vino excelente, en tanto que Cartone, sentado enfrente de él, saboreaba su botella de Oporto con su característico aspecto de indolencia.

—¿Principiáis a creer que aún estáis vivo? —preguntó a Darnav.

—Principio a comprenderlo; pero estoy tan confundido, que ya no sé dónde me encuentro.

—Inmensa ha de ser, pues, vuestra satisfacción —repuso Cartone con amargura y llenando el vaso—. ¿Creéis que mi único deseo es olvidar si vivo o no? A excepción del vino de Oporto, este mundo, donde soy completamente inútil, no me ofrece ningún atractivo. Sobre este punto estamos muy lejos de parecernos, y a decir verdad estoy seguro de que nos parecemos muy poco en cuanto a la parte moral. ¿Qué pensáis vos de lo que acabo de deciros?

Turbado Carlos Darnay por las emociones del día, y creyendo estar soñando al ver enfrente su propia imagen con un carácter tan diferente del suyo, se vió tan embarazado para contestar que resolvió guardar silencio.

—Ahora que habéis cenado —continuó Cartone—, ¿por qué no brindáis?

—¿Por quién he de brindar?

—Tenéis el brindis en la punta de la lengua.

—¿Por la señorita Manette?

—Cabal. ¿Por la señorita Manette!

Mientras brindaban por Lucía, Cartone clavó la mirada en Darnay, y rompiendo el vaso, llamó para que le diesen otro.

—Es muy linda, y ha de ser delicioso conducirla a su coche de la mano —dijo el abogado llenando el vaso que acababan de traerle.

—Sí —dijo Darnay con tono breve.

—Una niña hermosa cuya compasión ha de ser gra-

to excitar. ¡Qué impresión debe causar este triunfo! ¿Os parece que es caro pagar con el peligro de ser condenado a muerte la simpatía de una niña tan encantadora?

Darnay no contestó

—Se alegró en extremo al oír las palabras que me encargásteis la dijese, no porque lo manifestara, sino porque lo adiviné.

Esta alusión recordó a Carlos Darnay que el descarado Cartone le había dado una prueba de generosidad en el momento de su desgracia, y se aprovechó de esta circunstancia para desviar la conversación dando las gracias al abogado por su bondad.

—No merezco vuestra gratitud —respondió Cartone—; el encargo era agradable y lo cumplí sin hacerme violencia. Permitidme únicamente que os haga una pregunta.

—Tenéis derecho a eso y a mucho más.

—¿Creéis que os tengo cariño?

—En verdad, caballero —respondió Darnay desconcertado—, nunca he pensado en semejante cosa.

—Pensadlo, pues, ahora.

—Os habéis portado conmigo como un amigo verdadero, y, sin embargo, no creo que me tengáis cariño.

—Ni yo tampoco —dijo el abogado—; vuestra contestación me hace formar una idea muy ventajosa de vuestro talento.

—No obstante —continuó Darnay levantándose—, supongo que no hay en vuestros sentimientos para conmigo nada que pueda impedirme pagar la cena, y espero que nos separemos sin reñir.

—También yo lo espero —respondió Cartone—. ¿Tratáis acaso de pagar por los dos?

—Si lo permitís... así lo haré con gusto.

—En tal caso —dijo el legista al mozo— trae otra botella de Oporto y acuérdate de despertarme a las diez.

Carlos Darnay se levantó después de pagar la cuenta y dió las buenas noches a Cartone que, levantándose también, le dijo con desenfado:

—Dos palabras no más, señor Darnay, antes de separarnos. ¿Creéis que estoy embriagado?

—Creo que habéis bebido.

—Hacéis más que creerlo; estáis seguro de ello.

—En efecto, señor Cartone.

—Sabed, pues, el motivo de mi conducta: soy un miserable, un vago, sin posición alguna; no hago caso de nadie, y nadie hace caso de mí.

—Lo siento, caballero, porque podríais hacer mejor uso de vuestro talento.

—Sin embargo, señor Darnay, no os envanezcáis si os creéis superior, porque ¿quién sabe lo que nos guarda el porvenir?

Cuando Cartone se quedó solo, tomó la luz, se acercó al espejo que colgaba de la pared y se miró con atención.

—¿Profesas cariño a ese hombre? (preguntó a su propia imagen). ¿Por qué habrías de amarle? ¿Porque se te parece? Pero, ¿qué puede amar en tí? Nada: hace mucho tiempo que lo sabes. ¡El diablo te confunda! ¡Qué cambio se ha verificado en tu alma! ¿Es acaso una razón para tener cariño a un hombre el que te enseñe lo que hubieras podido ser y te haga comprender la inmensidad de tu caída? A haber estado en su lugar, hubieras tenido la mirada que esos ojos azules han clavado en él y habrías hecho nacer la emoción que agitaba ese rostro. Responde, responde con franqueza: ¿tú le detestas!

Y volviéndose hacia la botella para buscar un consuelo, la vació y se durmió con el rostro apoyado en sus brazos, mientras sus cabellos esparcidos cubrían la mesa y se derretía sobre ellos la vela.

## CAPITULO V

## EL TIGRE

EN aquella época la mayor parte de los hombres bebían tanto, y ha habido en este punto una reforma tan notable en las costumbres, que a cualquiera que citase en nuestros días la cantidad de licor que tragaba entonces un *gentleman* sin que perdiese su reputación de hombre bien educado, se le diría que exageraba ridículamente. El foro no se quedaba rezagado en cuanto a estos hábitos báquicos en que sobresalían las demás profesiones literarias, y el mismo señor Stryver, que había recorrido ya un camino inmenso hacia una clientela tan lucrativa como numerosa, rivalizaba con los prácticos más célebres, ya se tratara de apurar botellas, ya de vencer las dificultades de un litigio. Muy bien visto en los Tribunales, principiaba a subir con prudencia los escalones superiores del templo de Temis, de tal modo, que no sólo Old-Bailey, sino el Tribunal del Banco del Rey, tendían los brazos a su favorito, y se le veía penetrar hasta el juez supremo, esto es, hasta el monarca, y asomar sobre una masa de pelucas su rostro rubicundo que se inclinaba como un girasol hacia el astro esplendente del día.

Se había advertido en el foro que si el señor Stryver estaba dotado de fácil elocuencia, de carácter poco escrupuloso y de un espíritu audaz y acertado en las réplicas, no tenía la facultad de agrupar los hechos y de sacar de ellos la esencia, que es uno de los dotes más indispensables para un abogado. Pero hacía algún tiempo que había dado sobre este punto un paso inmenso: cuantos más negocios tenía, con mayor facilidad parecía profundizar y apoderarse de los puntos culminantes con una penetración que hasta en-

tonces se le había negado. Aunque hubiera pasado la noche rodcado de botellas, al día siguiente tenía la causa en la punta de los dedos y sabía sacar medios de ataque o de defensa tan imprevistos como invencibles. El señor Sydney Cartone, el hombre perezoso por excelencia, el que menos prometía en el foro, era el aliado, el amigo inseparable del legista, y se hubiera podido poner a flote un navío de tres puentes con lo que bebían juntos desde San Hilario hasta San Miguel.

El distinguido abogado no trabajaba nunca sin que estuviese presente su amigo Cartone con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en el suelo o en el techo. Recorrían los dos los mismos *circuitos* (1), se entregaban en provincias a las mismas orgías que en Londres, y las prolongaban tanto, que muchos decían haber visto entrar en su casa a Sydney Cartone al amanecer con paso furtivo y vacilante como un gato que vuelve de sus galantes aventuras. En una palabra, principiaba a cundir el rumor, entre los que se interesaban en el asunto, que si Cartone no era un león, podía considerársele cuando menos como un tigre al lado de Stryver.

—¡Las diez! —gritó el mozo de la fonda a quien Sydney Cartone había encargado que le despertara.

—¿Qué quieres? —preguntó el abogado entreabriendo los ojos.

—Vengo a deciros que son las diez.

—¿Las diez de la noche?

—Sí, señor. Me habíais encargado que os despertara.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Me acuerdo.

Después de hacer algunos esfuerzos para volver a dormirse, esfuerzos que el mozo de la fonda combatió con destreza atizando el fuego y haciendo ruido con las tenazas, Cartone se levantó, se puso el sombrero y salió en dirección al Temple; recorrió dos veces la acera del paseo de Kings's-Bench para despejarse, y

(1) Tribunales adonde los jueces iban por temporadas a administrar justicia en las provincias.

fué a llamar a la puerta del despacho de Stryver. El escribiente del célebre abogado, que nunca asistía a estas conferencias nocturnas, se había retirado a su casa, y el mismo Stryver abrió la puerta a su colega. Llevaba una bata muy ancha y babuchas; se había quitado la corbata y la peluca para estar más cómodo, y sus ojos presentaban ese aspecto brillante que se observa en todos los buenos bebedores.

—Te has atrasado, Mnemosino —dijo el abogado.

—De un cuarto de hora —respondió Sydney.

Entraron en un aposento ahumado, cuyas paredes desaparecían detrás de montones de libros, y el escritorio bajo legajos inmensos. Humeaba una vasija de hierro al lado de la chimenea, donde había un buen fuego, y se veía cerca del escritorio una mesa cargada de botellas de vino, aguardiente y ron, azúcar y limones.

—Conozco que has apurado tu correspondiente botella, Sydney —dijo el abogado.

—Tienes mal ojo —replicó Cartone—, porque he bebido dos. He cenado con el cliente del día, o más bien he mirado cómo cenaba, lo cual en el fondo es lo mismo.

—Has tenido una idea muy singular en la audiencia, Sydney.

—¿Cual?

—La de hacerte confrontar con el acusado. ¿Cómo has pensado en ello? ¿Cuándo has reparado en tu semejanza con el señor Darnay?

—Me ha parecido un buen mozo, y he pensado que hubiera sido como él favoreciéndome la fortuna.

—Tú y la fortuna habéis estado siempre reñidos, pobre amigo mío —dijo el abogado riendo—. Pero dejemos las conversaciones ociosas, y ¡manos a la obra!

El tigre se quitó la casaca y la corbata con ademán sombrío; entró en un aposento inmediato, de donde sacó un jarrón de agua, un barreño y dos toallas; empapólas en agua, las torció ligeramente, se las puso



en la cabeza a guisa de turbante y se sentó junto a la mesa, diciendo al abogado:

—Principiemos.

—No hay mucho trabajo —dijo Stryver con tono jovial registrando los legajos de procesos.

—¿Cuántas causas?

—Dos solamente.

—Dame primero la más difícil.

—Elige, aquí están, Sydney: haz lo que quieras, pero no te detengas y despliega todo tu talento.

Después de pronunciar estas palabras con tono decisivo, el león se reclinó sobre un sofá, a cuyo alcance estaban las botellas, mientras el tigre se sentaba delante de un mal escritorio, desde el cual podía alargar también su mano hasta las botellas que había sobre la mesa. Los dos amigos bebían continuamente, pero ofrecían tipos distintos en sus movimientos. El león, reclinado con indolencia y con una mano en la cintura, contemplaba el fuego de la chimenea y ojeaba de vez en cuando el proceso; y el tigre, con el ceño fruncido y el rostro atento, estaba tan profundamente absorto en su tarea, que sus ojos no seguían siquiera la mano que alargaba para tomar el vaso. Cuando el trabajo presentaba alguna dificultad, Sydney se levantaba para empapar nuevamente las toallas, y continuaba trabajando con su turbante, cuyo aspecto era más excéntrico con la gravedad del abogado.

Habiendo completado, por fin, la comida del amo, el tigre se preparó para entregársela, y el león se dignó tender la mano para recibir lo que le presentaba; eligió lo que le pareció conveniente y discutió su mérito, con el auxilio siempre de su humildísimo servidor. Entonces volvió a reclinarse el león con ademán meditabundo. El tigre sacó nuevas fuerzas con un vaso de Oporto, volvió a empapar las toallas y se ocupó en los elementos de una segunda comida. Esta nueva presa fué servida del mismo modo que la anterior, y cuando estuvo completamente aderezada se oyeron las tres en los relojes de la ciudad.

—Hemos terminado el trabajo —dijo Stryver—, y puedes hacer el ponche.

Sydney se quitó las toallas que le cubrían la cabeza, se esperezó, bostezó y procedió a la operación que se le ordenaba.

—¿Sabes, Sydney, que estuviste muy acertado en tus pronósticos sobre el testigo en contra? Se hicieron todas las preguntas que habías previsto.

—¿No sucede acaso lo mismo todos los días?

—No digo lo contrario. Pero ¿qué tienes? ¡Apaga en el ponche tu mal humor.

El tigre obedeció gruñendo.

—Siempre serás el mismo, el antiguo Sydney del colegio de Shrewsbury —continuó Stryver contemplando a su amigo—; hoy elevado hasta el quinto cielo, y mañana hundido en el cieno; radiante al amanecer, y a la tarde desesperado.

—Sí; siempre el mismo y siempre con igual suerte —respondió Cartone con amargura—. En aquellos felices años de mi juventud cumplía ya con los deberes de los demás y olvidaba los míos.

—¿Por qué?

—Dios sólo podría decirlo; era, sin duda, mi destino.

Estaba sentado, con las manos en los bolsillos, las piernas estiradas y mirando al fuego con ademán distraído.

—Cartone —dijo el abogado, poniéndose delante de él con aire de importancia, como si la boca ardiente de la chimenea hubiese sido el horno donde se forjaran los esfuerzos sostenidos que daban el triunfo, y como si el antiguo compañero de Shrewsbury no tuviera otra cosa que hacer que activar su llama—; tu destino, Cartone, ha sido y será siempre cojo. No tienes energía ni aplicación al trabajo. Mírame y procura imitarme.

Sydney prorrumpió en una estrepitosa carcajada, y le dijo:

—¿Te has vuelto moralista?

—¿Cómo he llegado a ser lo que soy? —continuó Stryver en el mismo tono—. ¿Cómo he ascendido a la altura que ocupo en el foro?

—Pagándome para que te ayude, o más bien para que haga todo tu trabajo —respondió Sydney—. Pero esto no te autoriza para que me apostrofes con ese aire de gravedad tan solemne. Tienes audacia para escalar el puesto que te conviene, de lo cual resulta que estás siempre delante y yo detrás; a esto se reduce todo.

—Es cierto que ocupo el puesto principal; pero ¿no he tenido que conquistarlo? Y por otra parte, ¿no había nacido para ser el primero?

—Ignoro quién te dió esa prerrogativa —dijo Cartone—; pero sé que antes de ir al colegio habías elegido ya tu puesto y yo el mío, y que desde entonces cada cual ha conservado el suyo. Hasta en París, cuando vivíamos en el barrio latino, donde nos esforzábamos en recoger algunas nociones de francés, de derecho civil, etc., de lo cual, entre paréntesis, no sacaste gran provecho, tú estabas siempre en todas partes y yo en ninguna.

—¿Quién tiene la culpa?

—Por cierto que la culpa es tuya.

—¡Mía!

—Sí. Estabas ocupado sin cesar en abrirte camino, y dispuesto siempre a cruzar la multitud, a apremiar, a empujar y a insinuar. Acaparabas el movimiento, y a mí no me quedaba más que el reposo. Pero es triste recordar el pasado cuando va a hacerse de día: antes que parta, da otra dirección a mis pensamientos.

—Con mucho gusto, Sydney. ¡Bebamos a la salud de la hermosa Lucía Manette! Tienes en la actualidad una perspectiva más grata!

Era indudable que no, porque su rostro se puso aún más sombrío.

—Brindemos por la encantadora hija del doctor.

—¡Hermosa... encantadora!

—¿No lo es?

—No.

—¡Qué gusto tan estragado! Ha sido la admiración de todo el Tribunal.

—¡Excelentes jueces de la belleza! ¿Quién ha reconocido nunca la competencia de Old-Bailey en esa ma-

teria? Lucía Manette es una muñeca con cabellos de oro.

—Pues bien, Sydnev —repuso el señor Stryver dirigiendo a su compañero una mirada penetrante—; se me había figurado que te causaba una viva impresión esa muñeca de cabellos de oro, y hasta me parecía que habías desplegado con ella una solicitud impropia de tu carácter.

—Cuando una joven, muñeca o no, se desmaya a dos pasos de distancia, no se necesitan telescopios para verlo. Pero no quiero desvanecer tu ilusión y voy a brindar por ella, aunque insisto formalmente en negar que sea hermosa. Y se acabó el beber, porque voy a acostarme. ¡Adiós!

Cuando Sydney salió de casa de su amigo Stryver, la luz del día penetraba en la escalera al través de los cristales empañados, y el aire era en la calle frío y glacial, el cielo estaba triste y encapotado, el agua del río densa y negruzca, y la ciudad silenciosa y sombría. Nubes de polvo corrían arremolinándose, azotadas por el viento de marzo, como si el Africa hubiera enviado sus mares de arena para inundar la ciudad dormida.

Sólo en medio de aquel desierto, y llevando en sí propio el vacío que habían dejado tantas fuerzas perdidas, Cartone se paró un momento creyendo ver ante sus ojos un hermoso paisaje donde brillaban el amor al bien, el olvido de las penas, la perseverancia, la dignidad y el noble uso del alma y del corazón. En aquella visión esplendente se inclinaban hacia él los amores y las gracias desde las hermosas columnatas aéreas del templo de la felicidad, y le enseñaban los jardines donde maduraban los frutos de la vida, y donde la esperanza hacía brotar fuentes cristalinas y murmurantes.

Un instante después desapareció la visión, y Cartone entró en su casa, situada en un grupo de edificios sombríos. Subió a su habitación, y se acostó vestido, regando el lecho con lágrimas tan amargas como inútiles. El sol asomó tristemente en el seno de la niebla, y el objeto más doloroso que alumbró fué aquel

hombre dotado de facultades intelectuales sólidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos y susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir su talento, de bastarse a sí propio ni de hacer algo para su propia felicidad, y que lloraba su existencia perdida, la existencia que entregaba como pasto a los demás, que como fieras se la devoraban.

## CAPITULO VI

### A CENTENARES

El doctor Manette vivía cerca de Soho-Square, en una casa pacífica que formaba esquina en una calle poco frecuentada. Habían transcurrido cuatro meses desde el fallo del proceso de alta traición, del cual se había olvidado ya el público, cuando un domingo por la tarde, en el mes de julio, el señor Jarvis Lorry cruzaba las calles de Clerkewell y se dirigía a casa del doctor, adonde iba a comer. Después de dejarse dominar varias veces por la indiferencia en que le abismaban los negocios, el señor Lorry había cedido al afecto que le inspiraban el doctor y su hija, y el barrio pacífico donde vivían sus amigos era, por fin, el punto luminoso de su existencia.

El día a que nos referimos, el señor Lorry había salido de casa muy temprano por tres razones: en primer lugar, porque cuando hacía buen tiempo tenía costumbre de salir a paseo antes de comer con el doctor y su hija; en segundo lugar, porque siempre que hacía mal tiempo, o cualquiera otra causa era un obstáculo para pasear, pasaba el día en casa del doctor, donde hablaba en familia, cogía un libro o se asomaba a la ventana, y estaba más a gusto que en su propia casa, y en tercer lugar, porque tenía que aclarar algunas dudas y estaba bien enterado de los hábitos de

sus amigos para saber cuál era el momento más favorable del día para satisfacer su curiosidad.

Difícil hubiera sido encontrar en toda la ciudad de Londres una casa mejor situada que la que habitaba el doctor; el barrio era poco frecuentado, como hemos dicho antes, y desde las ventanas de la habitación se veía una calle espaciosa, abierta al aire y al sol, y cuyo aspecto tranquilo invitaba al recogimiento.

Copudos árboles alzaban su follaje al otro lado de Oxford-Road, en un recinto cubierto de césped y flores silvestres, en donde sólo se ve en el día un gran montón de ladrillos surcado por calles bulliciosas. Así, pues, las brisas del campo circulaban en aquella época con desahogo en torno de Soho-Square, en vez de penetrar lánguidamente como pobres que salen de la Casa de caridad, y había en la vecindad del doctor numerosos jardines, donde daba el sol de Mediodía y maduraban los albróchigos en su estación. El sol alumbraba esplendente la casa del doctor toda la mañana, y la dejaba en la sombra en las horas en que el calor iba a ser más intenso; pero sin alejarse tanto que se perdiera de vista su brillante resplandor. Era un albergue bendito, abrigado en invierno, fresco en el verano, pacífico, sin tristeza y prodigioso por sus ecos; un verdadero puerto, situado en el extremo de las calles, donde atronaban el ruido y el movimiento.

El doctor ocupaba una de las habitaciones de una gran casa que contenía varios talleres, cuyos diversos trabajos cesaban al anochecer. En el fondo del patio, donde murmuraba el follaje de un magnífico plátano, se construían órganos de iglesia, al lado se cincelaban metales, y a algunos pasos más allá batía el oro algún gigante misterioso, cuyo dorado brazo salía de la pared y parecía amenazar a los transeuntes con convertirlos en su metal precioso. Apenas se veían de vez en cuando los individuos que trabajaban en estos talleres, y no eran menos invisibles un solterón que, según se decía, habitaba el último piso, y un tapicero de coches, que, a dar crédito a la opinión pública, tenía su despacho en una de las habitaciones del entresuelo. Pero

si los habitantes eran silenciosos hasta el punto de hacer dudar de su existencia, los gorriones del plátano y los ecos del barrio, cuyo centro parecía la habitación del doctor, cantaban libremente desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche. El doctor Manette daba en su casa consultas, que le proporcionaban su mérito y más aún el recuerdo de su cautiverio, cuya historia se refería en voz baja y pasaba de boca en boca. Debía, además, a sus profundos conocimientos, a los cuidados asiduos que prodigaba a sus enfermos y a la habilidad que había desplegado en ensayos interesantes, una clientela numerosa, que le redituaba lo suficiente para vivir con comodidad y hasta con lujo. Todas estas circunstancias recordaba el señor Lorry cuando llamó en casa del doctor un domingo del mes de julio de 1780.

—¿Está en casa el doctor Manette? —preguntó el banquero.

—No; pero va a volver pronto.

—¿Y la señorita Lucía?

—Ha salido con su padre.

—¿Y la señora Pross?

—Probablemente está en su cuarto; pero no sé si puede recibirnos.

—No importa —dijo el señor Lorry—; esperaré en la sala.

Aunque la hija del doctor había salido de Francia siendo muy niña, debía, sin embargo, a su país natal la facultad de hacer mucho con pocos recursos; facultad preciosa, que es uno de los rasgos característicos más útiles y apreciables de los franceses, en los cuales parece innata. Los muebles eran sencillos, pero estaban adornados con tanta gracia, que a pesar de su escaso valor producían un efecto agradable; y la colocación de cada objeto, desde el que tenía más importancia hasta la más insignificante bagatela, la armonía de los colores, la elegante variedad y el ingenioso contraste obtenido por delicadas manos y ojos llenos de finura y penetración, unidos al criterio y al buen gusto, formaban un delicioso conjunto y recordaban de

tal manera a su autora, que parecía que las sillas y las mesas preguntaban al señor Lorry con aquella expresión que tan gratamente resonaba en su oído:

—¿Es de vuestra aprobación?

El banquero no se cansaba de mirar en torno suyo, y se sonreía con ademán de aprobación descubriendo en todas partes la mano hábil que había agrupado todas aquellas naderías con tanto capricho y tan buen gusto. Cruzó los tres aposentos que formaban en el primer piso la habitación del doctor y cuyas puertas estaban abiertas para que el aire circulase libremente, y se paró primero en un gracioso salón donde estaban los pájaros, las flores, los libros, la mesa de labor y la caja de colores de Lucía. Después pasó al gabinete de consultas del doctor, que servía al mismo tiempo de comedor, y se encontró por fin en un aposento lleno de movibles sombras que esparcían las hojas agitadas del plátano, porque caía al patio. Era el cuarto donde dormía el doctor, y se veían allí en un rincón el viejo banquillo y la cesta que contenía los instrumentos de zapatero que vimos en la guardilla del arrabal de San Antonio.

—Me admira —dijo el señor Lorry mirando los instrumentos— que el doctor haya conservado ese triste recuerdo de sus años de dolor.

—¿Y por qué os ha de admirar? —preguntó bruscamente una voz que hizo estremecer al señor Lorry.

Hacia esta pregunta la señora Pross, la mujer hercúlea de cabellos rojos y mano robusta que había conocido el banquero en la fonda del Rey Jorge y que desde entonces era su amiga íntima.

—Creería que...

—No creáis nada —dijo la señora Pross interrumpiéndole—. ¿Estáis sin novedad? —añadió con tono breve y demostrando que deseaba variar de conversación.

—Estoy bueno y os doy las gracias por vuestra atención —respondió el banquero con dulzura—. ¿Y vos, señora Pross?

—No estoy como quisiera.



—¿Qué tenéis?

—¿Cómo queréis que esté buena si continuamente me pone fuera de quicio mi niña?... ¡Ah! Por favor, no hablemos de eso, o me dará un ataque de nervios.

—No os quiero tan mal; pero ¿puedo preguntaros?...

—Es fácil de explicar; me impacienta, me desespera que personas indignas de mi niña tengan la imprudencia de venir aquí a docenas para mirarla desde la calle.

—¿Vienen aquí a docenas para mirar a la señorita Lucía?

—¡A centenares! —añadió la señora Pross.

Uno de los rasgos característicos de aquella buena mujer (así como de muchas personas de su sexo y del nuestro) consistía en abultar la proposición que acababa de emitir si llegaban a ponerla en duda.

—He vivido con mi hermosa Lucía —prosiguió la señora Pross—, o más bien ella me paga hace quince años para vivir conmigo, lo cual no hubiera permitido nunca (que me pagase, por supuesto) si hubiera podido atender a los gastos de la casa, y lo que sucede es durísimo, ¿no es cierto?...

El señor Lorry, que no entendía una palabra de lo que decía la señora Pross, se contentó con mover la cabeza.

—Hombres que no son dignos de besar el suelo que pisa, vienen de todas partes del mundo..., y vos habéis sido el primero.

—¡Yo! —dijo el banquero con sorpresa.

—¿No fuisteis vos el que desenterró a su padre?

—Es verdad; pero decís que yo he sido el primero.

—Y no habéis sido el último. No lo digo tanto por vos como por los demás, ni acuso por eso al doctor, que es digno de tener una hija como mi hermosa Lucía: pero es duro... muy duro, que vengan tras él una multitud de personas a robarme el corazón de mi adorada niña.

El señor Lorry tenía ya noticia de los celos del aya; pero sabía al mismo tiempo que tras aquel exterior

repulsivo se encerraba uno de esos seres leales que únicamente se ven entre las mujeres; criaturas excelentes que bajo la influencia de la admiración y el amor más puro se hacen esclavas de la juventud que han perdido, de la belleza que no tuvieron jamás y del talento que no han podido conseguir, y que saludan en los demás las brillantes esperanzas de que estuvo siempre desheredada su vida desierta y sombría. El banquero había vivido bastante para apreciar el valor del servicio de un corazón tan fiel, y en su respeto por tan humilde adhesión, tan desinteresada como incansable, colocaba a la señora Pross (cada cual tiene sus ideas en materia de justicia distributiva) infinitamente más cerca de los ángeles que a muchas señoritas más favorecidas por la naturaleza, instruídas, de buen tono y que tenían en casa de Tellstone cuentas corrientes de sumas respetables.

—No he conocido todavía un hombre que sea digno de mi Lucía —continuó la excelente aya—, y el único era mi hermano Salomón antes de pagar mi cariño con ingratitud.

El señor Lorry sabía hacía algún tiempo que el hermano de la señora Pross era un malvado, que después de haber gastado sin vergüenza cuanto poseía, la había abandonado sin remordimiento a la más profunda miseria. De esta ingratitud hablaba la buena aya, y el cariño que continuaba profesando a un hermano tan desnaturalizado y su insistencia en no ver más que una ingratitud en la conducta de aquel infame contribuía a que el señor Lorry tuviese en mayor aprecio el carácter generoso y fiel de la señora Pross.

—Ya que estamos solos y somos personas formales —dijo el banquero—, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad, señor Lorry.

—El doctor, en sus conversaciones con su hija, ¿ha recordado alguna vez la época en que hacía zapatos?

—No.

—Sin embargo, conserva sus instrumentos y su banquillo.

—No he dicho que dejase de pensar nunca en eso —respondió la señora Pross moviendo lentamente la cabeza.

—¿Creéis que piensa mucho?

—Sí.

—Figuraos, pues, que...

—No me figuro nada —dijo el aya interrumpiéndole.

—Suponed, pues... ¿No hacéis nunca suposiciones?

—Algunas veces.

—Suponed, pues... —continuó el banquero—, que el doctor haya conservado alguna sospecha acerca del motivo que impulsó a los que le encarcelaron. ¿Creéis que ignora el nombre de sus enemigos?

—No supongo nada, y sobre ese punto no sé más que lo que me ha contado mi hermosa Lucía.

—¿Qué cree Lucía?

—Que lo sabe todo.

—No os enojéis por mis preguntas, porque soy pesado como hombre de negocios. Vos también sois...

—¿Una mujer pesada? —preguntó la señora Pross con tono de buen humor.

—Por el contrario, sois un mujer de carácter positivo y práctico; eso es lo que quería decir. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿No es extraño que el doctor Manette, cuya inocencia es indudable para todo el mundo, evite con tanto cuidado hablar de su prisión? No lo digo por mí, aunque estamos unidos hace tantos años por relaciones de negocios, y en el día soy uno de sus íntimos amigos, sino por su hermosa hija, por Lucía, a quien ama tanto y que tanto le ama. Estad convencida, señora Pross, de que si entro en esta cuestión, lo hago, no por curiosidad, sino por el interés que me inspira el doctor.

—En cuanto he podido llegar a comprender, y ya sabéis que mi comprensión es muy limitada —dijo el aya bajando la voz—, creo que el doctor tiene miedo de tocar este punto.

—¿Por qué?

—Es muy natural. ¿Queréis que recuerde los pade-

cimientos que le hicieron perder la razón para exponerse al peligro de turbar su inteligencia y tal vez de volverse otra vez loco? Por otra parte, es un recuerdo que nada tiene de agradable.

Esta reflexión era más profunda de lo que esperaba el banquero de la tosca inteligencia del aya

—Tenéis razón —dijo—, tenéis razón. Es terrible pensar en tales cosas. Sin embargo, dudo que sea conveniente que el doctor se guarde para sí tan espantoso recuerdo, y la inquietud que me causa esta duda es lo que me ha inducido a desear la presente entrevista secreta.

—Nada podemos hacer para remediarlo —dijo la señora Pross, moviendo la cabeza con expresión sombría—. Cada vez que se toca esta cuerda, el doctor se transforma de una manera terrible, y creo que lo mejor es no hablar de esto. Por otra parte, estoy segura de que no contestaría si se le hiciesen preguntas que pudiesen despertar sus recuerdos. Algunas noches se levanta de pronto y se pasea por su cuarto largas horas; nosotras le oímos, porque dormimos debajo y sus pisadas resuenan sobre nuestras cabezas. Mi hermosa Lucía me dice que en aquellos momentos su imaginación vive en lo pasado y que se figura estar paseando en su calabozo, como lo hacía en otro tiempo. La señorita sube entonces a su cuarto, y los dos andan... andan... andan de un extremo a otro, hasta que la presencia de su hija le hace volver en sí, y se para, no sólo con sangre fría, sino con todo el juicio que tiene cuando está despierto. Sin embargo, oculta a Lucía el motivo de su agitación, y mi hermosa niña está persuadida de que es preferible no despertar este recuerdo.

La manera con que la señora Pross, al repetir las palabras “andan... andan... andan de un extremo a otro”, había expresado la penosa monotonía de una idea dominante; demostraba, aunque ella insistía en confesar que su comprensión era muy limitada, que no dejaba de tener imaginación en algunos casos.

Hemos dicho que la habitación del doctor estaba situada en un sitio prodigioso para los ecos. Así, pues,

en tanto que la señora Pross contaba las idas y venidas del doctor Manette y de su hija, el banquero hubiera podido creer que oía el paseo del preso al escuchar el rumor de los pasos que resonaban en su oído, a no haber sabido cuál era su origen.

—Ya vienen —dijo el aya levantándose para terminar la conferencia—, ya vienen, y muy pronto acudirán todos los demás.

Aquella habitación era tan curiosa por sus propiedades acústicas, una especie de oreja donde todos los sonidos convergían de una manera tan extraña, que el señor Lorry, que se había asomado a la ventana, creyó que no iba a ver llegar nunca al doctor y a Lucía, cuyos pasos oía, sin embargo. Después oyó un rumor confuso, el de un grupo más o menos numeroso, cuyos pasos se extinguían en el momento en que se creía que iba a aparecer una gran multitud. Sin embargo, el padre y la hija aparecieron a los pocos momentos, y la señora Pross corrió inmediatamente a la puerta de la calle, donde les esperó. A pesar de su exterior, de su elevada estatura, su vestido estrecho y su rostro vulgar, enternecía el verla tomar el sombrero de Lucía, quitarle el polvo cariñosamente con el pañuelo y alisar los hermosos cabellos de la joven con tanto orgullo como si le hubiera pertenecido tan rica cabellera y fuese la más vanidosa y coqueta de las mujeres. Y causaba dulce placer ver a Lucía darle las gracias, abrazarla con efusión y protestar contra el trabajo que se tomaba por ella, lo cual, sin embargo, decía riendo para no ofender a su aya, que no hubiera podido contener las lágrimas. Y era también un espectáculo ternísimo el que presentaba el doctor contemplando a una y otra, reprendiendo a la señora Pross porque mimaba a Lucía, y probando con su acento y con sus ojos que él la hubiera mimado más aun si hubiese sido posible.

Finalmente, no era menos interesante contemplar al señor Lorry, radiante de júbilo bajo su pequeña peluca, y dando gracias a su estrella de solterón por haberle concedido en su vejez todas las dichas del

hogar doméstico. Pero nadie vino para gozar del cuadro que presentaba la familia, y el señor Lorry esperó en vano a los demás que había anunciado el aya: llegó la hora de comer, pero no llegaron los que acudían a centenares.

La señora Pross estaba encargada de la dirección interior de la casa, y desempeñaba su cargo de una manera portentosa: sus comidas eran tan sencillas y al mismo tiempo tan bien arregladas, la mesa ofrecía un aseo tan tentador para el apetito, y la cocina, medio inglesa y medio francesa, era de tal perfección, que no podía imaginarse que hubiera manjares más exquisitos. La excelente aya, ocupada sin cesar en el bienestar de los que servía con amor, había registrado toda la vecindad para descubrir el paradero de unas pobres francesas que, tentadas por sus regalos, le habían revelado todos sus secretos culinarios, y el talento que le habían infundido estas hijas de la Galia era tan prodigioso, que las dos criadas puestas a sus órdenes la creían bruja o hechicera, capaz de tomar un pollo, un conejo o una legumbre cualquiera y de transformarlos en lo que se le antojase. La señora Pross comía los domingos en la mesa del doctor; pero durante la semana lo hacía a horas desconocidas, ya en las bajas regiones donde estaba situada la cocina, ya en el cuarto azul que ocupaba en el segundo piso y donde nadie entraba, a excepción de Lucía.

El día de que hablamos desplegó todo el buen humor de que era capaz para corresponder a las atenciones de que la colmaba Lucía, y la comida fué de las más agradables. Después de los postres (el calor era insoportable) Lucía propuso ir a sentarse a la sombra del plátano, y como sus más insignificantes deseos eran mandatos para cuantos la rodeaban, todos se levantaron inmediatamente. Ella tomó la botella para obsequiar al señor Lorry, y nuestros convidados se sentaron en el patio. Las paredes y los techos misteriosos presenciaban sus sonrisas, en tanto que las ramas del plátano murmuraban sobre sus cabezas.

No tardó en llegar el señor Darnay para ensanchar el círculo de la familia, pero no era más que uno, y continuaban ausentes los centenares de individuos anunciados por la señora Pross. El doctor y su hija recibieron a Carlos con solicitud afectuosa, pero el aya sintió tanta inquietud y un temblor tan extraño, que se vió precisada a retirarse: era el malestar a que estaba sujeta la señora Pross y que ella llamaba su crisis nerviosa.

Nunca había estado el padre de Lucía tan alegre y tranquilo; tenía especialmente un aspecto de juventud que hacía aún más notable su semejanza con su hija, y se veía con placer la misma expresión de dicha en los dos rostros, que estaban entonces juntos y formando un grupo gracioso. Lucía tenía la cabeza apoyada en el hombro del doctor Manette, cuyo brazo descansaba en el respaldo de la silla de su hija. Se hablaba de edificios antiguos, y el doctor tomaba parte en la conversación con un entusiasmo que no le era común, cuando el señor Darnay le preguntó si había visto la Torre de Londres.

—Estuve un día con Lucía —respondió—, y la vi- nos de paso; pero nos bastó para comprender el inmenso interés que despierta.

—Yo la he visitado más despacio; ya os acordaréis —continuó el señor Darnay con amarga sonrisa—; y a pesar de haber vivido en ella, estoy tal vez menos enterado que vos de su historia. Me contaron, sin embargo, un incidente bastante curioso, que pasó mientras estaba preso. Habiendo entrado los albañiles en un antiguo calabozo para hacer una reparación, no sé cuál era, entre las fechas, los nombres, las quejas y las oraciones de que estaban cubiertas las paredes de aquella mazmorra, vieron en un rincón tres letras mayúsculas, grabadas por una mano temblorosa y, sin duda, con el auxilio de un mal instrumento. Se creyó al principio que las tres letras D. I. C. eran iniciales; pero mirándolas más de cerca se vió que la última era una G. Ahora bien, como aquellas iniciales no se referían a ninguno de los presos que habían

ocupado el calabozo, se llegó a comprender que no formaban una cifra, sino una palabra, y que esta palabra era DIG (abrid). Hecho este descubrimiento, se examinó el trozo de la pared en donde estaba la inscripción, y después de levantar una piedra, se encontró un pedazo de papel medio podrido entre los restos de una cartera y un saquito de cuero. Fué imposible saber lo que había escrito el preso; pero es evidente que había escrito alguna cosa, y que lo había puesto allí para ocultarlo a los ojos de los carceleros.

—¿Qué tenéis, padre? —exclamó Lucía con terror—. ¿Os sentís indispuerto?

El doctor se había levantado repentinamente, llevándose las dos manos a la cabeza y lanzando en torno suyo una mirada que les aterró a todos. Sin embargo, se domió casi al momento, y dijo:

—No, hija mía; no siento nada. Me han caído en la frente algunas gotas, que me han causado una impresión desagradable. Creo que haríamos bien en retirarnos.

Llovía, en efecto, y caían gruesas gotas, y el doctor enseñó una de sus manos mojadas; pero no se habló una palabra del episodio con que había terminado la conversación. Sin embargo, el señor Lorry creyó descubrir en el rostro del doctor, durante toda la velada, cada vez que se encontraba con el señor Darnay, la extraña expresión de desconfianza, mezclada de odio, que había sorprendido en el momento en que daban la enhorabuena al joven por haberse salvado de la muerte. El doctor había recobrado entretanto toda su presencia de ánimo, y estaba tan tranquilo y revelaba en sus ademanes tanta gracia y serenidad, que el señor Lorry dudó de lo que veía y atribuyó a un recuerdo importuno la singular fisonomía que por un instante creyó haber vislumbrado en el doctor.

Había llegado el momento de tomar el té, y la señora Pross desempeñó su cargo con su talento habitual, a pesar de una nueva crisis nerviosa. Sin embargo, la multitud que temía no llegaba, y aunque era verdad



que acababa de entrar el señor Cartone en la sala, todavía no había más que dos personas extrañas, lo cual distaba mucho de los centenares anunciados. El aire estaba borrascoso y el calor era sofocante. Cuando acabaron de tomar el té, cada cual se acercó a las ventanas y dirigió la mirada a las tinieblas; que por momentos eran más densas. Lucía estaba al lado de su padre, el señor Darnay junto a ella, y el señor Cartone apoyado en la ventana inmediata. El viento de la tempestad que entraba en la sala a bocanadas violentas, seguidas de relámpagos vivísimos y prolongados truenos, hinchaba las cortinas blancas, haciéndolas flotar como las alas diáfanas de una sombra seráfica.

—Las gotas continúan siendo gruesas y escasas —dijo el doctor—. ¡Con qué lentitud llega esa tempestad!

—¡Y con qué furia tan concentrada! —añadió Cartone.

Y hablaban en voz baja, como sucede siempre a los que están entre las sombras y esperan a la luz de los relámpagos. Corría la gente en las calles inmediatas buscando un albergue contra la tempestad, y como el eco maravilloso multiplicaba el rumor de los pasos, se hubiera dicho que una inmensa multitud pasaba por debajo de la ventana, a pesar de estar desierta la calle.

—El rumor de la multitud llega hasta aquí, y no obstante reina en torno nuestro la soledad —dijo Carlos escuchando los ecos.

—¿No os causa eso una viva impresión? —preguntó Lucía—. De mí sé decir que cuando llega la noche y me siento junto a esta ventana... pero debiera callar, porque sólo de pensarlo me estremezco. ¡La noche está tan oscura... tan imponente!

—Continuad, señorita; os acompañaremos si os estremecéis —dijo el señor Darnay.

—Es muy posible que lo que voy a decir no os cause sensación alguna —repuso Lucía—; las ideas fantásticas que cruzan por nuestra mente deben toda

su influencia a nuestro propio carácter y no puede comunicarse la conmoción que nos causan. Vais a convencerlos luego: cuando llega la noche y me siento junto a esta ventana, me parece que todas esas idas y venidas cuyo rumor me trae el eco, son los pasos de personas que se acercan entre las sombras para mezclarse en nuestra existencia.

—Si eso es cierto, muy considerable será la multitud que un día hemos de encontrar en nuestro camino —dijo Cartone.

Los pasos eran por momentos más numerosos y precipitados, y al repetirlos, el eco despertaba otros ecos. Un rápido estruendo resonaba en todas direcciones; se oía a la multitud correr bajo las ventanas, agruparse en la sala, ir y venir, detenerse, correr a lo lejos y desembocar por las calles inmediatas, y sin embargo, no se veía a nadie.

—¿Todos esos pasos deben reunirse con nosotros en masa o dividirse para seguir a cada uno de nosotros, señorita?

—Lo ignoro, señor Darnay; es un pensamiento fantástico que no merece discutirse. Cuando acudí a mi mente estaba sola, y me imaginé, como os decía antes, que eran los pasos de individuos que algún día deben entrar en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos a encontrarme —dijo Cartone—; no impongo restricciones, no reclamo, no estipulo nada. Es verdad que una gran muchedumbre se agita y se dirige hacia todos nosotros, señorita; la veo a la luz de los relámpagos.

Un vivo resplandor inundó la sala al pronunciar estas palabras, y Cartone tendió hacia él la mano con indolencia sin apartarse de la ventana.

—Ya la oigo —prosiguió después de un formidable trueno—; viene rápida y furiosa.

Hacia alusión a la tempestad y a los nubarrones que corrían por el negro firmamento.

La lluvia que cayó de súbito ahogó su voz, y todos guardaron silencio. Nunca habían visto tan espantosa tempestad. No mediaba el más breve intervalo entre

los truenos que se cruzaban en las tinieblas y bramaban en medio de los relámpagos mientras el agua caía a torrentes. A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duración, y la campana mayor de San Pablo acababa de hacer oír la una de la noche en el aire tranquilo y puro cuando el señor Lorry, escoltado por Ferry, que llevaba un farol, se retiraba a su casa. Para trasladarse desde Soho-Square a Clerkenwell era preciso cruzar por ciertos parajes solitarios, y el socio de Tellstone, que sin cesar pensaba en los ladrones, no se olvidaba nunca de hacerse acompañar por Ferrv, aunque por lo regular salía de casa del doctor antes de las once.

—¡Qué tiempo, Ferry, qué tiempo! —dijo el banquero—. Un tiempo capaz de hacer salir los muertos de sus sepulcros.

—Es cosa que no he visto en mi vida —contestó Ferry—, y espero que nunca los verá resucitar.

—¡Buenas noches, señor Cartone! —dijo el señor Lorry—. ¡Buenas noches, señor Darnay! ¡Qué tempestad! ¿Habrà otra igual y la veremos juntos?

.....

¡Quién sabe! ¡Tal vez verán algún día arrojarse sobre ellos la multitud rápida y atronadora!

## CAPITULO VII

### EL MARQUÉS EN LA CIUDAD

Su Excelencia, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia, uno de los grandes del Estado que disponía entonces del poder, recibía dos veces al mes en el magnífico palacio que habitaba en París, y era aquel día de reunión. Mientras la turba idólatra inundaba solícita sus salones, Su Excelencia, retirado en un suntuoso tocador que le servía de santuario, estaba tomando

chocolate. Su Excelencia podía engullirse fácilmente muchas cosas, y hasta algunos maliciosos se atrevían a pensar que absorbía rápidamente los tesoros de Francia; pero su chocolate no podía llegar hasta su noble garganta sino con el auxilio de cuatro hombres robustos, sin contar el repostero que lo había hecho.

Nada más cierto: para que el bendito chocolate llegase a los labios de Su Excelencia se necesitaban cuatro hombres en toda la fuerza de la edad, con galones de oro en todas las costuras, y cuyo jefe, rivalizando con su noble y respetable amo, no podía existir sin llevar al menos dos relojes. Uno de estos criados traía la chocolatera a la presencia de Su Excelencia; el segundo espumaba el chocolate con el pequeño instrumento dedicado a este uso, y del cual estaba encargado; el tercero presentaba la jícara, el plato y la servilleta; y el cuarto, el de los dos relojes, vertía el líquido. Estos cuatro criados eran indispensables a Su Excelencia para conservar el rango que ocupaba debajo de los cielos inclinados ante su frente, y hubiera sido para su blasón una mancha indeleble si el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo hubieran servido innoblemente tres criados, y era cosa de morir de vergüenza si sólo se lo hubieran servido dos.

Su Excelencia había asistido la noche anterior a una cena, donde los teatros de la Comedia y de la Opera habían estado representados por sus bellezas más a la moda, pues comía con mucha frecuencia fuera de su casa y casi siempre en compañía de damas muy deliciosas. Su Excelencia tenía tanta delicadeza y sensibilidad en el alma, que los intereses de los teatros de la Comedia y de la Opera llamaban su atención con preferencia a las necesidades de la nación; circunstancia altamente favorable para la Francia, como para todos los reinos que gozan de igual privilegio, del cual se vió favorecido Inglaterra en la época en que la vendió uno de los Estuardos. Su Excelencia poseía, relativamente a los negocios generales que conciernen al público, una noble teoría, a saber: que es conveniente que las cosas sigan la senda que mejor les plazca; y en cuanto a los negocios privados del Estado, pensaba no menos noblemente

que debían marchar como a él le convenía, esto es, llenando su bolsillo y acrecentando su poder.

Sin embargo, había llegado a descubrir que se habían deslizado en sus negocios públicos y particulares algunos obstáculos de monta, y obligado por la fuerza de las circunstancias había emparentado con un rentista millonario. Dos razones le habían impulsado a tomar esta resolución desesperada: la primera, que no pudiendo hacer nada en favor de las rentas del Estado, era preferible entregárselas a una mano más hábil, y la segunda, que siendo los rentistas muy ricos y empobreciéndose él de día en día por tener que conservar el lujo hereditario de las generaciones anteriores, los millones del rentista eran puntales muy eficaces para sostener el edificio ruinoso de su fortuna. Había sacado, pues, a su hermana del convento, donde muy pronto debía tomar el velo, y la había casado con un rentista, tan pobre de cuna como rico de escudos.

El millonario se encontraba aquel día entre la multitud en los salones de su cuñado, donde era objeto del culto de los mortales, a excepción, sin embargo, de algunas personas de nobilísima estirpe que, incluso su mujer, le miraban con el más soberano desprecio. Dicho rentista era un personaje suntuoso, con treinta caballos en sus caballerizas, veinticuatro lacayos en sus antesalas y seis mujeres al servicio de su esposa; y aunque se sabía que todas sus hazañas se reducían a estrujar el bolsillo del prójimo, los que acudían a la tertulia de Su Excelencia le consideraban como el único personaje de verdadera importancia. Eran tan poco nobles los allí reunidos y de tan feos antecedentes, que no hubieran dejado de causar bastante inquietud al que, conociendo su fragilidad, se hubiera acordado de los espantajos haraposos y con gorros de algodón que habitaban en el extremo opuesto de la ciudad, bastante cerca del palacio, sin embargo, para que las torres de Nuestra Señora estuviesen colocadas a igual distancia de los dos arrabales.

Pero, ¿qué se veía en el palacio de Su Excelencia para temer tan indigna realidad? Veíanse oficiales que carecían de nociones militares, marinos que ni siquiera sabían lo que era un navío, administradores que ignoraban las de-

yes de la administración, incapaces todos de cumplir con sus cargos, mintiendo descaradamente al ostentar los títulos que no merecían, pero pertenecientes todos, de cerca o de lejos, a la casta de Su Excelencia, y provistos por este motivo de todos los empleos o dignidades en los que se podía sacar algún provecho.

No eran menos numerosos en aquellos nobles salones otros individuos que ningún parentesco tenían con los anteriores, pero que en su clase seguían el mismo sistema de ostentación y falsedad: eran médicos que hacían fortunas con drogas agradables que prescribían para males imaginarios, y sonreían en las antesalas a su noble clientela; proyectistas que habían encontrado excelentes medios para cicatrizar las llagas del Estado, a excepción del de poner manos a la obra y desarraigar los abusos, y que revelaban sus portentosos secretos a los necios; filósofos sin fe que regeneraban el mundo con frases huecas, construían castillos de naipes para escalar el cielo y hablaban como utopistas sin conciencia, ocupados tan sólo de la piedra filosofal; gentes de modales finísimos, cuya educación perfecta se revelaba entonces, como en nuestros días, por una profunda indiferencia hacia todas las cosas formales; y que ostentaban su hastío y su impotencia intelectual en el palacio de Su Excelencia.

La lepra de la mentira y la ficción desfiguraban a todos los personajes que acudían a la tertulia del poderoso magnate. Verdad es que todos los que se hallaban allí reunidos vestían con la mayor elegancia, y se veían cabellos rizados, empolvados y peinados con gracia, caras de tez delicada, reparada o conservada con arte, y espadas galantes en servicio de un honor quisquilloso en materia de perfumes y pomadas. Cada vez que esos señores, de traje tan elegante y a la moda, se volvían con lentitud, agitaban las alhajas que colgaban de sus relojes, y el aire embalsamado que acompañaba el sonido metálico de los colgantes, cadenas, collares y plumeros de diamantes, el crujido de los vestidos de seda y de brocado, y el frote del encaje y de la holanda, hacían olvidar el arrabal de San Antonio y su hambre devoradora. El lujo era el atractivo supremo, el talismán infalible que la sociedad de

entonces empleaba para conservar su existencia y todos parecían vestirse como para un baile de trajes que, según la opinión común, no debía terminar jamás. Desde Versalles, imitando a Su Excelencia y a la Corte, los nobles, los magistrados y la clase media, todo el mundo cooperaba a esta preciosa mascarada, y hasta el verdugo, para contribuir al efecto teatral, vestía un riquísimo uniforme "con cabellos rizados y empolvados, casaca llena de galones de oro, escarpines y medias de seda blanca". Con este traje ahorcaba y descuartizaba a los criminales, y muy raras veces empleaba el hacha.

¿Quién hubiera podido poner en duda, entre los señores que se encontraban en los salones de Su Excelencia en el año de gracia de 1780, que no había de sobrevivir a las estrellas un sistema apoyado en un verdugo tal como lo hemos descrito?

Cuando Su Excelencia alivió de su pesado trabajo a los cuatro hombres y acabó de tomar el chocolate, dió orden para que abriesen las puertas de par en par y salió de su santuario. ¡Qué servilismo! ¡Qué baja abyección! Concediendo aquí un saludo con la mano, allá una inclinación de cabeza y acullá una sonrisa, y a veces una palabra a los más favorecidos, Su Excelencia pasó con aire afable de salón en salón, y cuando llegó al último volvió atrás, entró otra vez en su santuario y desapareció de entre la multitud.

Terminada la recepción, el soplo embalsamado que revoloteaba en los salones se transformó en pequeño huracán, y los preciosos colgantes resonaron hasta en los últimos escalones del palacio. Muy pronto no quedó más que un individuo que, con el sombrero debajo del brazo y la caja de oro en la mano, cruzó lentamente los desiertos salones. Cuando llegó a la puerta de la antesala, se volvió hacia el santuario del ministro, y dijo con tono glacial mezclado de amargura, mientras sacudía el tabaco que le quedaba en los dedos, como se sacude el polvo de los pies en el momento de alejarse de los sitios a los cuales no se quiere volver más:

—¡Maldito seas!

Éra un hombre de unos sesenta años, vestido con re-

finada elegancia, de ademán altivo, y llevando por rostro una máscara de palidez transparente, cuyas facciones delicadas revelaban una calma impassible. El único cambio de fisonomía que podía percibirse a veces en aquella máscara de piedra, residía encima de la nariz, en una ligera depresión, cuya forma era, sin embargo, muy graciosa, y en ciertas circunstancias veíase en ella una rubicundez imperceptible y fugitiva, o débiles pulsaciones que daban un aspecto de crueldad y de astucia al resto del rostro. Si se le examinaba entonces con atención, se encontraba esta expresión de astucia y de crueldad en la boca y en la órbita de los ojos, cuyas líneas eran muy delgadas y horizontales. Sin embargo, el conjunto era gracioso y muy distinguido. El poseedor de esta cara notable bajó tranquilamente la escalera, cruzó el patio y subió a su carroza. En la recepción que acababa de terminar, Su Excelencia le había manifestado poco interés y casi nadie le había dirigido la palabra, y esta era la causa del estado de irritación que le hacía ver con gusto la canalla dispersándose delante de sus caballos. El cochero les hacía galopar como si diese una carga al enemigo, y su insensato afán de correr y atropellar no le hacía incurrir en el desagrado de su amo.

Aunque por lo general en aquella ciudad sorda la masa del pueblo era muda, muchos se quejaban a veces hasta en alta voz de la rapidez con que los nobles cruzaban las calles angostas, donde los coches maltrataban a los villanos de la manera más cruel; pero un momento después los autores de estas desgracias las habían olvidado, y los villanos se arreglaban como podían.

La carroza del Marqués volaba con estruendo en medio de calles sin aceras, ahuyentando a las mujeres des-pavoridas y a los hombres, que en su fuga cogían en sus brazos a los niños para sacarlos de los pies de los caballos. De pronto, al desembocar en una calle muy frecuentada, cuya esquina ocupaba una fuente, una de las ruedas tropezó con un objeto, salió un grito de la boca de los espectadores y los caballos retrocedieron, encabritándose. A no ser por esta circunstancia, es probable que el carruaje hubiera continuado su camino.



Acostumbraban los nobles dejar en pos de sí a sus víctimas; pero en aquella ocasión uno de los lacayos había saltado en tierra impelido por el terror, y veinte puños robustos se apoderaron de las riendas.

—¿Qué sucede?— preguntó el Marqués asomándose a la portezuela.

Un hombre de elevada estatura sacó de entre los pies de los caballos un montón de harapos ensangrentados, y colocándolo sobre el pilón de la fuente, lo acariciaba aullando como un animal silvestre.

—Perdonad, señor Marqués —dijo con humildad un hombre andrajoso—; es un niño...

—¿Por qué grita tanto ese miserable? ¿Es suyo el niño?

—Sí, señor Marqués; perdonadle, porque da lástima.

La calle formaba en aquel paraje una plazuela de unos doce metros de anchura, y la fuente, situada en la esquina opuesta al carruaje, se encontraba a cierta distancia. De pronto se levantó el hombre de elevada estatura del suelo donde estaba arrodillado, y corrió hacia la carroza con ademán tan amenazador, que el Marqués echó la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Está muerto! —exclamó el desventurado padre con desesperación y levantando los brazos al cielo.

La multitud rodeó el carruaje y dirigió al noble una mirada ansiosa, pero sus ojos no expresaban la amenaza ni la cólera. Después de exhalar un grito de terror, guardaron silencio, y únicamente se oía la voz humilde y sumisa del hombre andrajoso.

El Marqués dirigió hacia ellos una mirada fría y desdenosa como si hubiesen sido ratones salidos del arroyo, y dijo sacando el bolsillo:

—No sé cómo tenéis tan poco cuidado de vuestros hijos y vuestras personas; se os encuentra siempre debajo de las ruedas de los coches o entre los pies de los caballos, y recelo que uno de los míos está herido. Míralo, Juan, y entrega esto.

Todas las cabezas se adelantaron para ver lo que arrojaba al criado: era una moneda de oro.

—¡Está muerto! —repitió el padre del niño con acento desgarrador.

Un hombre robusto acudió al lugar de la escena con paso rápido; la multitud se apartó para dejarle pasar, y él se acercó al pobre padre, que se arrojó en sus brazos sollozando y designándole con la mano la fuente donde algunas mujeres, inclinadas sobre el montón de harapos ensangrentados, agitaban con cuidado el tierno cadáver.

—Lo sé todo —dijo el recién llegado—, lo sé todo. Animo, pobre Gaspar, consuélate; vale más que tu hijo haya muerto sin padecer. ¿Crees que hubiera pasado una sola hora de su vida sin sufrir dolorosos tormentos?

—Veo que eres filósofo, buen hombre —dijo el Marqués sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

—Defarge.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy tabernero, señor Marqués.

—Toma, tabernero filósofo —dijo el noble arrojando otra moneda de oro—. ¿No tienen nada los caballos, Juan?

El Marqués volvió a arrellanarse en el coche sin mirar por segunda vez a aquella vil canalla, y se alejaba con el ademán de quien por casualidad ha roto un objeto cuyo valor ha pagado, cuando turbó su quietud una moneda de oro arrojada con destreza y que rodó por la alfombra de la carroza..

—¡Pára! —gritó—. ¡Pára!

Dirigió la mirada hacia el paraje donde acababa de hablar con el tabernero, pero sólo vió al pobre Gaspar que se arrastraba por el lodo sollozando, y junto a este desgraciado la alta estatura y el rostro sombrío de una mujer que estaba haciendo calceta.

—¡Miserables! —dijo tranquilamente el Marqués;— aplastaría con gusto hasta el último vástago de esa raza malvada para que desapareciese de la tierra. Si supiera quién es el canalla que ha arrojado esto en el coche, tendría un placer en molerlo debajo de las ruedas.

Su condición era tan abyecta y estaban tan convencidos de que aquel hombre ejecutaría sus amenazas apartándose de la legalidad y hasta sin apartarse de ella, que ni una sola mirada se levantó para contestar a palabras tan insultantes, a excepción de la mujer que hacía calceta y cuyos ojos no se separaron del rostro del noble. La dig-

nidad del Marqués le imponía la obligación de hacer ver que no había reparado en esta actitud provocadora, y lanzando sobre ella, como sobre todos los demás, una mirada de desprecio, volvió a arrellanarse en la carroza, mandando al cochero que continuase su camino.

El Marqués había desaparecido, pero numerosos coches se sucedían con rapidez en la misma dirección. El ministro, el rentista, el doctor, el abogado, la Opera, la Comedia, todas las máscaras del baile de trajes habían pasado como brillantes meteoros. A diferentes intervalos los soldados y los agentes de policía se habían colocado entre las carrozas y la multitud; pero ésta había abierto algunos huecos en el cortejo que ante ella se desplegaba y no perdía ningún incidente de la mascarada.

Hacía mucho rato que el desgraciado padre había partido con el cadáver mutilado de su hijo, y las mujeres, que habían tratado de reanimar al pobre niño, continuaban mirando cómo manaba la fuente y cruzaban los coches, en tanto que la mujer que hacía calceta movía las agujas de acero con la impasibilidad del destino. El agua de la fuente iba al arroyo, el arroyo corría hacia el río y el río se precipitaba hacia el mar, el día hacia la noche y la existencia hacia la muerte. El tiempo y las aguas no esperan. Los ratones dormían amontonados en sus oscuros agujeros y las máscaras del baile cenaban inundadas de luz. Cada cosa sigue su curso, cada cual su destino.

## CAPITULO VIII

### EL MARQUÉS EN EL CAMPO.

A pesar de la belleza real del paisaje, la campiña presentaba un aspecto triste. Veíanse algunos campos de trigo, pero desgraciadamente en escaso número, y en cambio se extendían hasta perderse de vista los campos de centeno, en medio de los cuales aparecían algunos mezuquinos huertos, donde crecían en terreno agostado hortali-

zas raquílicas, frutas degeneradas y miserables cebollas. Los productos de la tierra, lo mismo que los hombres y las mujeres que los cultivaban, tenían una tendencia enfermiza a marchitarse, y se hubiera dicho que unos y otros vegetaban por fuerza y sólo deseaban cesar de vivir.

El Marqués, reclinado en el fondo de su carroza, tirada por cuatro caballos, conducidos por dos postillones, subía penosamente una cuesta escarpada. La rubicundez que cubría su rostro no se debía a ningún exceso impropio de su perfecta educación, ni procedía de ninguna agitación moral, sino únicamente del reflejo del sol al hundirse en el ocaso.

La luz penetraba con un brillo tan vivo en el interior del pesado carruaje, que cuando el Marqués llegó a la cima de la colina se vió inundado en raudales de púrpura.

—Esto no durará —dijo tapándose los ojos con la mano.

En efecto, mientras la carroza bajaba por la opuesta pendiente en medio de una nube de polvo, el fulgor rojizo se extinguió de pronto, y como el sol y el Marqués bajaban a un tiempo, al llegar al llano habían desaparecido los últimos rayos del astro del día. Descubriáse desde aquel punto una campiña desnuda y fría, donde había una pequeña aldea, una iglesia y un molino; en el extremo de la llanura se extendía una vasta selva dedicada a la caza; junto a ella se alzaba un enorme peñasco, y sobre este peñasco un castillo, que hacía muchos años servía de cárcel.

La aldea tenía una pobre calle, una pobre tenería, una pobre taberna y un pobre mesón, donde se albergaban los caballos de posta; una pobre fuente y pobres habitantes. Algunas mujeres, acurrucadas delante de las puertas de sus casuchas, limpiaban cebollas para la cena de la familia, en tanto que las otras lavaban en la fuente algunas hojas de col, de ensalada o de hierbas silvestres. La causa de su miseria se revelaba por sí propia; debían pagarse contribuciones para el Estado, diezmos, tributos para el señor, impuestos particulares y generales, según los bandos fijados en todos los sitios públicos, y era de admirar que el mismo villorrio no desapareciese con la subs-

tancia de su población. Se veían pocos niños y no se encontraba un solo perro.

En cuanto a las personas adultas, habían de elegir entre estas dos perspectivas: el hambre en las casuchas que se desmoronaban en la falda de la colina, o el cautiverio y la muerte en la cárcel que dominaba la llanura.

El noble viajero, precedido de un correo que vestía una lujosa librea, y anunciado por el chasquido del látigo, que se retorció sobre la cabeza de los postillones como si lo empujaran las vengativas furias, se paró delante del mesón, donde aguardaban los caballos de posta. Estaba inmediata la fuente, y los aldeanos se reunieron para contemplarle. Volvió los ojos hacia el grupo de campesinos, y vió, sin reconocerla, la obra lenta y segura del hambre, que hizo proverbial el aspecto chupado de los franceses en Inglaterra, donde se ha perpetuado como una tradición durante más de medio siglo. El Marqués miraba con indiferencia a los infelices que se inclinaban ante él, así como sus iguales se habían inclinado ante el ministro; con la única diferencia de que los primeros bajaban la cabeza por humildad, y los segundos las habían doblado por ambición. Acercóse a la fuente un hombre de repugnante aspecto, cuyo cargo consistía en cuidar de los caminos, y que por esta razón llamaremos caminero, aunque incurramos en un anacronismo.

—Llama a ese hombre— dijo el Marqués a su correo.

El caminero se acercó a la carroza con el gorro en la mano y seguido de los demás, que rodearon el carruaje para ver y oír lo que iba a suceder.

—¿No estabas hace algún rato en el camino?— le preguntó el Marqués.

—Sí, señor.

—¿Qué mirabas con tanta atención?

—Señor, miraba a aquel hombre.

Y se inclinó al dar esta contestación para designar con su gorro azul la parte inferior del carruaje.

Sus compañeros se inclinaron como él para mirar debajo de la carroza.

—¿Qué dices, majadero? ¿Qué ves debajo del coche?

—Es que habéis de saber, señor, que estaba colgado de esa cadena.

—¿Qué estaba colgado?

—Señor, aquel hombre.

—¡Maldito seas! ¿Quién estaba colgado?

—Perdonad, señor; no es del 'pueblo y no sé cómo se llama. No le había visto en todos los días de mi vida.

—¿Se 'ha ahorcado?

—Perdonad, señor; eso es lo que me admira, porque estaba así...

El caminero se apoyó en la carroza con los pies adelante y la cabeza inclinada sobre el pecho, y 'después se levantó e hizo un saludo retorciendo el gorro azul.

—¿Qué hombre era ese?

—Más blanco que un molinero, señor, cubierto de polvo de pies a cabeza, alto y pálido 'como un espectro.

Este retrato produjo una profunda impresión en el auditorio, y todos los ojos se fijaron en el Marqués para ver quizá si tenía algún espectro en la conciencia.

—¿Y por qué no has dado voces 'cuando has visto que aquel miserable iba asido a mi carruaje? ¿Pero qué me importa? —dijo el Marqués felicitándose de no tener que inquietarse por semejante canalla—. Aleja a ese hombre, Gabelle.

El tal Gabelle reunía los cargos 'de maestro de postas y recaudador de contribuciones. Se había acercado al coche para asistir al interrogatorio del caminero, a quien había sujetado por la manga de una manera completamente oficial.

—¡Atrás, animal! —dijo empujándole bruscamente.

—No dejes de apoderarte, Gabelle, 'de ese hombre que has visto debajo de mi carroza si viene por la aldea —repuso el Marqués—, y procura averiguar sus intenciones.

—Tendré la honra de obedecer vuestro mandato.

El caminero se fué debajo de la carroza con una docena de amigos íntimos, y les enseñaba la cadena de 'que pendía el espectro.

Otros amigos no menos íntimos le llamaron inmediatamente y lo llevaron a la presencia del Marqués.

—Dime, muchacho, ¿huyó aquel hombre antes de llegar al pueblo?

—Al llegar a la bajada se soltó de la cadena, y entró en el bosque como quien se arroja al agua.

—No le pierdas de vista, Gabelle. ¡Arrea postillón!

La media docena de amigos que miraban la cadena de la cual se había suspendido el espectro, continuaban entre las ruedas como carneros, y la carroza partió tan bruscamente que fueron muy afortunados salvando el pellejo: si hubieran poseído carne, es probable que habrían salido peor parados. Cuando después de cruzar el valle fué preciso subir la pendiente que formaba la opuesta falda, la carroza siguió una marcha más lenta, y el Marqués subió la última colina que tenía que cruzar al paso de los flacos jamelgos que le había entregado Gabelle. Los postillones, coronados de un círculo de mosquitos, arreglaban tranquilamente el extremo de sus látigos, en tanto que el zagal marchaba al lado de los caballos y se oía a lo lejos el trote del correo. En el sitio más escarpado del cerro había un humilde cementerio precedido de una cruz donde se veía una imagen de Jesucristo de madera pintada y de tamaño natural.

Al pie de la cruz estaba arrodillada una mujer que volvió la cabeza cuando pasó junto a ella el carruaje, y levantándose rápidamente corrió hacia la portezuela.

—¡Sois vos, señor! Admitid mi memorial —dijo con voz suplicante.

El Marqués se asomó con impaciencia, pero sin cambiar de aspecto.

—¡Siempre memoriales! —dijo—. ¿Qué pedís?

—¡Señor, por amor de Dios!... Es mi pobre marido...

—¿Qué pide vuestro pobre marido? Siempre lo mismo; ¿no ha pagado lo que debe?

—Por el contrario, señor; lo ha pagado todo..., porque se ha muerto.

—Mejor; ahora descansa. ¿Puedo acaso resucitarlo?

—¡Ah! No, señor; pero está allí, debajo de un montón de hierba.

—¿Y qué?

—Señor, son tantos los montones de hierba, que todos son iguales.

—¿Y qué queréis que haga yo?

Aquella mujer era joven y, sin embargo, estaba ajada y surcada de arrugas como una anciana. En su dolor apasionado, cruzaba sus descarnadas manos o las apoyaba en la portezuela del coche, como si la pesada máquina tuviera alguna cosa de humano y pudiera ser sensible a sus caricias.

—¡ Señor..., escuchadme..., leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria como tantos otros... ¡ Hay tantos que ayunan!

—¿ Puedo acaso mantenerlos?!

—Dios lo sabe, señor; pero no es eso lo que os pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido, para ponerla sobre su huesa y saber dónde está. Si no pongo esa cruz quedará olvidado pronto el sitio donde descansa y no le encontrarán cuando me muera, que no tardaré mucho, porque el hambre no perdona. Me enterrarían, señor, debajo de otro montón de hierba... ¡ Son tantos...; los muertos son tan numerosos, y es tan grande la miseria! ¡ Por piedad, señor..., concededme lo que os pido!

El lacayo la separó de la portezuela; la carroza, cuya marcha aceleraban los postillones, se alejó rápidamente; y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, vió acortarse de minuto en minuto la distancia que le separaba de su castillo. Los perfumes de la tarde se alzaban en el camino y se esparcían con la misma indiferencia que la lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y cubiertos de andrajos que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, cuyos pormenores les repetía el caminero con el gorro en la mano. Se dispersaron por fin, y cada cual entró en su casa; aparecieron en las angostas ventanas de la aldea trémulos resplandores; las ventanas se oscurecieron después, cuando empezaban a brillar las estrellas, y se hubiera dicho que la claridad de las cabañas, en vez de extinguirse, había ascendido a los cielos.

Un vasto edificio, cuyos tejados se alzaban entre fron-



dosos árboles, cubría en tanto con su sombra la carroza del Marqués. Una antorcha desvaneció las tinieblas; abrieron la puerta principal, y el señor de la aldea 'entró en su castilló.

—¿Ha llegado mi sobrino de Inglaterra? —preguntó al bajar del carruaje.

—No, señor; no ha llegado aún.

## CAPITULO IX

### LA CABEZA DE MEDUSA

EL castillo del Marqués era un vasto edificio, un montón de piedra labrada, delante del cual se extendía un inmenso patio, en el que se reunían dos anchas escalinatas en forma de herradura, sobre un terrado de piedra, donde se abría la puerta principal. La piedra dominaba en todas partes; los zócalos, las estatuas, las balaustradas, los leones que arrojaban al agua o custodiaban las cornisas, las cabezas de hombres y animales que se asomaban debajo del tejado, todo era de piedra. Se hubiera dicho que a fines del siglo XVI, en el momento de terminarse el edificio, la 'cabeza de Medusa había paseado sobre él su mirada.

El Marqués subió los anchos escalones que conducían al terrado, precedido de una antorcha que ahuyentaba las tinieblas, con luz suficiente para excitar las quejas de un buho albergado bajo el vetusto 'techo de una antigua cochera. El aire estaba tan tranquilo que ni siquiera agitaba la llama que 'alumbraba al Marqués ni la que le esperaba a la puerta del castillo. A excepción de la voz del buho y el 'murmullo de una fuente que vertía sus aguas en un pilón de piedra, ningún sonido se oía en torno del edificio. Era una de 'aquellas noches tenebrosas que detienen el aliento anheloso y exhalan de vez en cuando un suspiro que ahoga al instante 'el silencio.

La enorme puerta se abrió rechinando, y el Marqués se encontró en un gran salón, cuyas paredes estaban cubiertas de antiguos venablos, de pesadas espadas, de numerosos cuchillos de caza y de ciertos látigos de correas, cuyos golpes había sufrido más de un aldeano antes de ir a reunirse con la muerte, su única bienhechora. Evitando los salones donde no había luz, el Marqués se dirigió al primer piso; cruzó una puerta que daba a un corredor y entró en su habitación particular, que la formaban grandes salas esplendentes, como en un siglo y en un país de lujo convenía a la posición de un gran señor. El estilo de la época de Luis XIV predominaba en los ricos muebles, entre los cuales formaban gracioso contraste varios objetos artísticos, cuyo origen tenía relación con las antiguas páginas de la historia de Francia. Véase una mesa con dos cubiertos en la última sala de la habitación, pequeña rotonda que ocupaba uno de los tonos que, cubiertos con su tejado piramidal, se alzaban en los cuatro ángulos del castillo. La ventana estaba abierta, pero cerradas las persianas, y la noche se manifestaba tan sólo por las líneas negras que alternaban con los verdes listones.

—¿No habéis dicho que no ha llegado mi sobrino?  
—dijo el Marqués dirigiendo una mirada a la mesa.

—Creíamos que vendría con vos, señor.

—No es probable que venga esta noche. Dejad sin embargo, su cubierto... Cenaré luego.

Apenas habían transcurrido quince minutos cuando el señor Marqués se sentaba delante de una cena delicada y suntuosamente servida. Acababan de llevarse el primer plato y el Marqués tenía en la mano el vaso de vino de Burdeos; pero en vez de llevárselo a los labios, volvió a dejarlo en la mesa.

—¿Qué ruido es ese? —preguntó mirando a la ventana que estaba enfrente?

—¿En dónde, señor?

—Abre las persianas.

El criado ejecutó esta orden.

—¿Quién anda por ahí?

—Señor, no veo nada... nada más que la sombra y los árboles.

—Bien, cierra.

El criado cerró las persianas y el Marqués continuó cenando. Estaba en el asado cuando volvió a detenerse con el vaso en la mano oyendo el ruido de un carruaje.

—Pregunta quién llega —dijo al criado.

Era el sobrino del Marqués. Había hecho todos los esfuerzos posibles para alcanzar la carroza de su tío, pero no pudo llegar a la aldea hasta el momento en que el Marqués entraba en el castillo.

—Señor —le dijo el lacayo—; la cena está dispuesta y vuestro tío os espera.

Pocos instantes después el sobrino del Marqués entraba en la sala circular. Hemos conocido ya a este sobrino en Inglaterra, donde llevaba el nombre de Carlos Darnay. El Marqués le recibió con gracia, pero no le alargó la mano.

—¿Partisteis ayer de París? —preguntó el joven sentándose a la mesa.

—Ayer por la mañana. ¿Y vos, caballero?

—He venido directamente.

—¿De Londres?

—Sí, señor.

—Mucho habéis tardado —dijo el Marqués sonriendo.

—Por el contrario, sólo me he detenido una hora.

—No hablo del tiempo que habéis empleado en el viaje, sino del que habéis tardado en emprenderlo.

—Me he detenido por... diferentes negocios —respondió el joven vacilando.

—Me lo figuro —repuso el Marqués con amabilidad.

No hablaron más mientras estuvo presente el criado; pero cuando se quedaron solos después de tomar el café, Carlos dirigió la mirada a su tío y entabló la conversación.

—He venido —dijo—, como sin duda lo habéis adivinado, con la intención de llevar a cabo el proyecto que me condujo a Inglaterra, y la instancia con que lo he acometido me ha lanzado en un peligro tan grande como

inesperado. Sin embargo, continuaré esta empresa, que para mí es sagrada, y si me lleva a la muerte, espero que el sentimiento que me inspira me sostendrá hasta el fin.

—¿Por qué os ha de llevar a la muerte? Eso es una exageración.

—Suponiendo que no haya exagerado, os haré una pregunta.

—Hacedla.

—En el momento fatal, ¿me hubierais tendido la mano para protegerme?

El tío protestó de su cariño a su sobrino con un ademán lleno de gracia; pero era tan evidente que aquella protesta no pasaba de ser una mera fórmula de cortesía, que no tranquilizó al joven, el cual añadió:

—Sin embargo, según me han asegurado, parece que habéis contribuído a que fueran más peligrosas las circunstancias en que me hallaba.

—Os han engañado —dijo el Marqués con el tono más amable.

—Lo creo —repuso el sobrino mirando a su tío con desconfianza—; pero sé que haréis cuanto os sea posible para que salgan fallidos mis intentos, y recuerdo que nunca habéis sido muy escrupuloso en la elección de los medios.

—Os he avisado hace mucho tiempo —respondió el Marqués, cuyas mejillas se colorearon, no de rubor, sino de ira—; hacedme el favor de recordarlo, querido sobrino.

—No lo he olvidado.

—Gracias.

La voz del Marqués dejaba en el aire una vibración prolongada como la de un instrumento armonioso.

—Creo, en efecto —continuó el joven—, que debo a mi buena estrella, y más aún a vuestra mala fortuna, el no estar encerrado en alguna cárcel francesa.

—No os entiendo. ¿Será una indiscreción pedirós que expliquéis esas palabras?

—Quiero decir que si no fuerais tan mal mirado en la Corte y no hubiéseis abusado tanto en ello, una orden se-

creta me hubiera enviado a una fortaleza cualquiera por un tiempo indeterminado.

—Es posible —dijo el Marqués con la mayor calma—; hubiera llegado a ese extremo para salvar el honor de la familia. Dispensadme que os hable con tanta franqueza.

—Es para mí una dicha que la recepción de anteayer haya sido, como siempre, un bochorno para vos— dijo el joven.

—No estoy seguro, querido sobrino, de que debáis felicitaros por eso —contestó el tío con la mayor finura—. Las ventajas de la soledad y la ocasión que hubierais tenido de reflexionar despacio, hubieran podido influir en vuestro porvenir de una manera más favorable de lo que imagináis. Pero es inútil discutir sobre este punto, pues, como vos decís, soy mal mirado en la Corte. No se conceden ya en el día más que al interés y a la importunidad los instrumentos de corrección que en otro tiempo ayudaban a las familias a consolidar su poder y conservar su honor, y son tantos los pedidos, que el número de los agraciados es, por consiguiente, muy reducido. No sucedía así en otro tiempo; pero todo ha cambiado en Francia. Nuestros antepasados tenían derecho de vida y muerte sobre sus vasallos. ¡Cuántos villanos han salido de este castillo para ser ahorcados! Sabéis muy bien que en la sala inmediata, que es donde duermo, uno de esos rústicos fué traspasado a puñaladas por la insolente delicadeza de que hacía alarde en favor de su hija. Perdemos de día en día nuestros privilegios. Una nueva filosofía está de moda, y hoy es ya una verdadera dificultad sostener cada cual su rango. ¡Esto va mal... muy mal!

El Marqués tomó un polvo con suprema elegancia al terminar estas palabras, y movió la cabeza con aire inquieto, sin desesperar, sin embargo, de la regeneración del país que tenía la ventaja de poseerle.

—Hemos sostenido también el rango de nuestra familia hace algunos siglos —dijo el sobrino con voz sorda—, que creo no hay en Francia un nombre más detestado que el nuestro.

—No lo dudo; el odio que se tiene a los nobles es por parte del pueblo un homenaje involuntario.

—En todas las cercanías —prosiguió el joven con el mismo tono— no hay un solo ser que no me mire con el temor y la bajeza de un esclavo.

—Eso es un cumplimiento para la familia, un elogio merecido por la manera con que ha sostenido su grandeza.

El Marqués aspiró lentamente otro polvo y cruzó las piernas; pero cuando el joven, con el codo apoyado en la mesa, se llevó la mano a la frente y se tapó los ojos, la mirada astuta y cruel del Marqués se fijó en él con una fuerza de penetración y de odio que desmentía el aspecto amable del noble personaje.

—La compresión —dijo— es la única filosofía real y permanente; el temor del esclavo es saludable, sobriño, y el látigo tendrá a nuestros perros bajo la obediencia mientras subsistan estas paredes.

Este plazo podía ser más breve de lo que el Marqués suponía. Si le hubieran enseñado lo que iba a ser su castillo dentro de algunos años, con dificultad habría reconocido sus ruinas en medio de tantas otras causadas por el hierro y el fuego.

—En tanto —continuó—, tendré cuidado del reposo y el honor de la familia, que tan poco os interesan. Pero supongo que desearéis recogeros, y temo aumentar vuestro cansancio prolongado esta conversación.

—Dignaos concederme algunos minutos más.

—Aunque sea una hora.

—Hemos procedido mal —repuso el sobrino—, y sufriremos sus consecuencias.

—¿Hemos procedido mal? —repitió el Marqués sonriendo y designándose a sí después de designar al joven.

—Hablo de nuestra familia, cuyo honor nos interesa a ambos, aunque de una manera muy distinta. Hasta en vida de mi padre hicimos todos los agravios imaginables, insultando y aniquilando o cuantos eran un obstáculo para nuestros placeres. ¿Qué necesidad tengo de recordarlo? Esa vida fué la vuestra. ¿No eráis el hermano menor de

mi padre, el coheredero de los títulos y bienes de la familia, el que se aprovechó de su sucesión?

—Así lo ha querido la muerte —dijo el Marqués.

—¿Y quién me ha dejado desarmado ante un sistema odioso, al cual estoy enlazado por una fatalidad, del cual soy responsable, y contra el cual nada puedo? ¿Quién me ha dejado haciendo esfuerzos para ejecutar la última voluntad de mi madre y para obedecer su postrera mirada, con la que me suplicaba que tuviese compasión e hiciese justicia? ¡Oh! ¡Qué tormento tan horrible es no tener poder y no encontrar en parte alguna el auxilio que reclamo!

—Si me lo pedís a mí, estad seguro de que no lo conseguiréis, querido sobrino.

El Marqués, que estaba entonces de pie cerca de la chimenea, miró al joven con expresión fría y pérfida, bajo la calma aparente de su pálido rostro, y dijo tocando con el índice el pecho de su sobrino, como si el extremo de su dedo fino y blanco hubiese sido la punta de una espada:

—Amigo mío, moriré sosteniendo el orden de cosas en el cual he vivido.

Apoyó estas palabras tomando otro polvo, y se metió la caja de oro en el bolsillo.

—Haríais mejor en ser razonable y aceptar el destino que habéis recibido del cielo —continuó, tirando del cordón de la campanilla—; pero veo que estáis perdido sin remedio.

—He perdido mi herencia, así como la Francia —murmuró el joven con tristeza—; pero he renunciado a las dos.

—¿Y podéis hacerlo, Carlos? No dudo que renunciéis a la Francia, pero no podéis renunciar aún a vuestra herencia.

—Lo sé, señor; únicamente quise decir que mañana pasará de vos a mí...

—Antójaseme que está aún muy lejano ese mañana.

—Supongamos que sea de aquí a veinte años.

—Me hacéis mucho honor —dijo el Marqués—; pero prefiero esa suposición.

—Abandonaría esta propiedad para ir a vivir en otro país y de distinto modo que mis antepasados. Será un débil sacrificio, sin embargo, alejarse de un sitio como éste, donde todo es ruina y miseria.

—¿Sí? —dijo el Marqués, dirigiendo una mirada al lujo de que estaba rodeado.

—En esta sala la mirada queda satisfecha —repuso el sobrino—, pero en el fondo y a la claridad del día no es más que un montón informe de desórdenes, extorsiones, deudas escandalosas y tiranías repugnantes, sostenidas por el hambre, la desnudez y la enfermedad.

—¿Sí? —repitió el Marqués con ironía.

—Si algún día es mía esta hacienda —prosiguió el joven— la confiaré a manos más hábiles que las mías, para que los hijos de los desgraciados que habiten esta comarca, donde tanto han padecido, no tengan que soportar tantos males. Pero no les haré yo esta justicia: sobre esta tierra y la familia que la posee pesa una maldición.

—Perdonad mi curiosidad —dijo el tío—; pero vos con vuestros principios, ¿tenéis intención de vivir?

—Viviré, señor, como se verán obligados tal vez a vivir algún día muchos nobles; viviré trabajando.

—¿En Inglaterra acaso?

—Sí, señor; no temáis, el honor de la familia no quedará mancillado, al menos en Francia.

La campanilla había dado la orden de encender luz en el aposento del Marqués, el cual dirigió la mirada hacia la puerta de la sala inmediata, que se abría, prestó oído y esperó un rato para continuar la conversación cuando se hubiese retirado el criado.

—Forzosamente —dijo— ha de tener Inglaterra muchos atractivos para vos, porque la posición que ocupáis allí no es muy ventajosa. No me parece grande vuestra prosperidad —añadió sonriendo.

—Creo haberos dicho que os lo debo a vos. Por otra parte, si partí a Inglaterra no fué para enriquecerme, sino para buscar un refugio.



—Inglaterra se alaba de ser un asilo para muchas personas. ¿No conocéis un francés refugiado como vos en ese país hospitalario, un doctor en Medicina?

—Sí, señor.

—¿Tiene una hija?

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo el Marqués—. Buenas noches y descansad, porque debéis estar muy fatigado.

Al inclinar la cabeza con gracia se reveló en su mirada y su sonrisa una expresión particular que daba a sus palabras un sello tan significativo y misterioso, que el joven quedó sorprendido. Las líneas rectas de sus párpados y de sus labios, encorvadas por el sarcasmo, daban a su rostro agraciado un aspecto verdaderamente infernal.

—¡El doctor tiene una hija! —repitió el Marqués—. ¡Muy bien! Así principia la nueva filosofía. Pero estáis cansado; ¡buenas noches, querido sobrino!

Tan inútil hubiera sido interrogar a las máscaras de piedra que adornaban el castillo como hacer preguntas al rostro del Marqués, y su sobrino le contempló en vano cuando cruzaba la puerta.

—¡Buenas noches! —repitió el Marqués—. Espero que mañana estaréis completamente descansado. Alumbra y acompaña a este caballero a su cuarto. ¡Si pudieras tóstarle allí! —murmuró el tío al llamar para que le ayudaran a desnudarse.

Cuando salió el criado, el Marqués se paseó por el cuarto, abrigado con su bata, para prepararse al sueño. Sus blandas babuchas se apoyaban sin rumor en el pavimento, y sus pasos silenciosos, unidos a la flexibilidad de sus movimientos, le daban un aspecto especial, como si un encantador le hubiera condenado por sus faltas a tomar la forma de un tigre y el cambio periódico estuviese a punto de verificarse. Mientras se paseaba, el Marqués pensó en los últimos incidentes de su viaje, que le acudieron a su pesar a la memoria: la subida larga y penosa del cerro, sus manos enrojecidas por el sol, al ocultarse, la bajada en medio de un torbellino de polvo, la aldea al pie de la colina, la cárcel sobre el peñasco, los aldeanos en torno de la fuente y el caminero designando la

cadena de la carroza con su gorro azul. La fuente de la aldea evocó el recuerdo de la de París, el pequeño montón de harapos ensangrentados depositado en el pilón de piedra, las mujeres que contemplaban el cadáver y el desgraciado padre que levantaba los brazos al cielo, exclamando: "¡Está muerto!"

—Ahora —dijo el Marqués— estoy tranquilo y puedo acostarme.

Apagó las bujías de los candelabros, a excepción de una sola, dejó caer los cortinajes de seda, cerró los ojos, oyó los suspiros que exhalaba la noche y se entregó al sueño. Las máscaras de piedra que adornaban la fachada miraron durante tres horas las tinieblas con sus ojos ciegos, los caballos se agitaron delante de los pesebres, los perros ladraron y el buho lanzó gritos muy distintos de los que le atribuyen los poetas; pero tales criaturas tienen la necia costumbre de no expresarse nunca como se les manda. Durante tres horas la obscuridad más densa envolvió todo el país y añadió su sombra al silencio que pesaba sobre la llanura. En la aldea dormían a pie-na suelta recaudadores y contribuyentes. Tal vez soñaban en banquetes, como sucede con frecuencia a los que se mueren de hambre, y en el reposo y bienestar, como deben de hacerlo el esclavo y el buey abrumados bajo el peso del yugo: al menos durante su sueño eran libres y estaban saciados, olvidando el hambre y el dogal de su miseria.

Durante tres horas las aguas de la fuente de la aldea y de la del castillo manaron en la obscuridad y huyeron a lo lejos como los minutos que el tiempo dejaba en su camino. Su onda fugitiva destacó después su pálido reflejo entre las tinieblas, que eran ya menos densas, y los leones que adornaban la fachada del castillo vieron despuntar la primera luz del alba. El horizonte presentó un tinte blanco que fué enrojeciéndose por momentos, y el sol, después de alumbrar la copa de los árboles, pintó de rojo la colina y las máscaras de piedra, y el agua pareció mezclada con sangre. El himno de la mañana saludó en el cielo y en la tierra al nuevo día; un pajarillo entonó dulcísimos trinos sobre la ventana del dormitorio del

Marqués, y el monstruo que sostenía las armas de la familia pareció escucharlos asombrado, con los ojos fijos y las fauces abiertas.

Toda la aldea se puso en movimiento; se abrieron las ventanas y después las puertas, y los trabajadores, estremeciéndose al contacto del aire frío y puro de la mañana, salieron a principiar su tarea cotidiana. Véanse allí mujeres lavando; allá hombres y mujeres cavando, arando, escardando, apacentando los animales y conduciendo las pobres vacas a las márgenes de los caminos, para que se aprovechasen de la hierba que crecía sobre la humedad de las acequias; en la iglesia varias mujeres arrodilladas, y en la puerta del cementerio una pobre viuda, cuya cabra pacía la hierba que crecía al pié de la cruz.

El castillo se despertó más tarde, como correspondía a su categoría, y gradualmente cada uno de sus huéspedes, según su posición y su carácter. Los venablos y los cuchillos de monte fueron los primeros que reflejaron la luz del día; la puerta de la caballeriza se abrió después, y los caballos miraron, por encima del hombro, la cebada que les echaba el palafrenero, en tanto que los perros tiraban de las cadenas y se levantaban sobre sus patas traseras, impacientes por recobrar la libertad. Finalmente, se descorrieron las persianas de las ventanas.

Nada se advirtió hasta entonces de extraordinario en estos hechos rutinarios, que se verificaban todos los días. Pero ¿por qué suena la campana? ¿Por qué esas idas y venidas, esas caras aterradas que cruzan por el terrado y esas botas con espuelas que resuenan en el patio? ¿Por qué ensillan a toda prisa los caballos? ¿Por qué bajan a todo escape por la falda de la colina? ¿El viento lleva acaso la noticia de este tumulto hasta el caminero que está trabajando, y cuyo alimento del día, indigno de llamar la atención de una corneja, descansa sobre un montón de piedras? Los pájaros que diseminan las semillas, ¿han dejado caer tal vez sobre él algunas migajas de la noticia?

Sin embargo, el caminero abandona su azada y su zurron, baja del collado corriendo como si le persiguiera el demonio y no se detiene hasta llegar a la fuente. En-

cuentra allí a todos los habitantes de la aldea, hablando en voz baja con animación, pero sin manifestar otro sentimiento que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas, atadas a una estaca, miran con ademán estúpido, o recostadas en el polvo rumian lentamente, sin que su mezuquino pasto indemnice el trabajo de sus mandíbulas, y en la parte opuesta de la calle se ven criados del castillo con armas, varios postillones y los magnates de la aldea. El caminero se ha introducido en un grupo de cincuenta amigos íntimos, donde agita su gorro azul.

¿Qué significa tanta alarma? ¿Qué presagia el saltar del señor Gabelle a la grupa de un criado con librea del Marqués, y el galope del caballo, que a pesar de su doble carga desaparece como en una balada alemana? Significa que ha habido en el castillo una cara de piedra que nadie esperaba ver. La Gorgona ha venido durante la noche a visitar el edificio, para añadir la única cabeza que faltaba a esta noble morada y que esperaba hace doscientos años. Sobre la almohada del Marqués reposa la máscara de un hombre que se despertó de pronto, se enfureció y quedó petrificado en su cólera. En el pecho de este hombre se encuentra un cuchillo hundido en medio del corazón, en el mango del cuchillo un papel y en el papel se leen estas palabras: *De parte de Juan.*

## CAPÍTULO X

### DOS PROMESAS

**A**LGUNOS meses después, Carlos Darnay se hallaba establecido en Londres, donde enseñaba el francés. En el día se le daría el título de profesor, pero en aquella época no era más que un maestro de idiomas. Daba cursos a los jóvenes que tenían tiempo desocupado suficiente para cultivar una lengua viva hablada en todo el mundo y se esforzaba en infundir a sus

discípulos la afición a la literatura francesa, cuyas bellezas exponía en excelente inglés.

En aquella época eran muy raros los maestros de su categoría; no enseñaban aún las ciencias de que más tarde debían dar lecciones príncipes que algún día habían de sentarse en un trono, y los nobles que estaban inscritos en el libro mayor de Tellson no se veían aún reducidos a hacerse cocineros o carpinteros. Merced al talento que poseía, a la extensión de sus conocimientos y a la finura de sus modales, el maestro de lenguas hizo muy pronto carrera. Estaba, además, muy al corriente de los negocios de su país, que de día en día ofrecían mayor interés, y este era un motivo más para que se apresurasen a pedirle lecciones. Si al trasladarse a Londres hubiera abrigado la esperanza de nadar en oro y plata, es indudable que se habría llevado un amargo desengaño; pero había pedido trabajo, lo había conseguido, se había portado con celo, y en esto consistía todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la Universidad de Cambridge, donde se toleraba que entrasen de contrabando las riquezas de una lengua moderna, en vez de importar griego y latín con aprobación de la aduana académica; estas tareas universitarias le cupaban una parte del tiempo, y el restante lo dedicaba a sus discípulos de Londres.

Además, no será superfluo hacer constar aquí que Carlos Darnay amaba a Lucía Manette desde el instante en que se vió expuesto a morir en un cadalso. Nunca había oído una voz más dulce y simpática; nunca había contemplado un rostro más celestial, ni sentido una emoción más grata que en el momento en que, sobre el borde de la tumba, había sido mirado por aquella angelical criatura que debía reconocerle y declarar contra él. Pero su amor era un secreto que a nadie había confiado. Desde que el Marqués había muerto asesinado en la otra parte del Estrecho, Carlos Darnay no había pronunciado una sola palabra que pudiera hacer sospechar el estado de su alma. Tenía excelentes razones para observar esta conduc-

ta, y sufría, callaba y esperaba. Sin embargo, una noche, después de regresar de Cambridge, Carlos se dirigió a la casa de los ecos con el objeto de revelar al doctor Manette lo que pasaba en su alma. Era también en verano, y Lucía tenía costumbre de salir todos los días al anochecer con la señora Pross. Carlos, que sabía esta circunstancia, encontró al doctor solo en su gabinete, leyendo junto a la ventana.

El doctor había recobrado paulatinamente todo el poder moral que le había sostenido en los primeros años de su cautiverio y cuyos tormentos había agravado. Sin embargo, su energía se debilitaba a veces de pronto, y volvía a aparecer bruscamente, como había sucedido con las demás facultades antes de volver a su estado normal; pero estas crisis habían sido siempre poco frecuentes, y de día en día eran más escasas; estudiaba mucho, dormía poco, sobrellevaba fácilmente la fatiga, tenía el genio igual y no carecía de buen humor. Al ver entrar a Carlos, dejó el libro y alargó la mano al joven, diciéndole:

—Me alegro mucho de veros; os esperábamos hace algunos días. Los señores Stryver y Cartone decían ayer que os deteníais en Cambridge más tiempo del que os impone vuestro deber.

—Agradezco el interés que se toman por mí —contestó Carlos con bastante tibieza—. La señorita Lucía...

—Está muy buena. Ha salido a hacer algunas compras, pero no tardará en volver, y estoy seguro de que tendrá un placer en veros.

—Sabía que no la encontraría en casa —repuso el señor Darnay—, y aprovecho la ocasión para hablaros de un asunto muy importante.

—Sentaos y hablad —dijo el doctor con visible violencia después de permanecer unos momentos sin contestar.

Carlos tomó una silla y fué a sentarse en el sitio indicado, pero no le fué tan fácil entablar la conversación.

—Tengo la dicha —dijo por último— de merecer

vuestra amistad hace dieciocho meses, y esto me da la esperanza de que el asunto de que he de hablaros...

—¿Tenéis intención de hablarme de Lucía? —preguntó el doctor interrumpiéndole.

—Sí, señor.

—Es un asunto de conversación muy doloroso para mí, y os confieso que aumenta mi dolor el tono con que principiáis a hablar, señor Darnay.

—Os hablo con la admiración más ferviente, con el amor más sincero —replicó Carlos con ademán respetuoso.

—Lo creo —repuso el doctor.

Este tardaba tanto en contestar y lo hacía con repugnancia tan evidente, que Carlos le preguntó vacilando si podía continuar. Habiéndole respondido con un ademán de cabeza afirmativo, habló Carlos en los siguientes términos:

—Sabéis ya cuanto tengo que deciros, pero no podéis comprender de cuánto interés es para mí esta conversación, porque ignoráis la inquietud que hay en mi alma. Amo a vuestra hija con un cariño tan respetuoso como ardiente, y si algún corazón ha latido a impulso de un amor profundo y leal, dudo que pueda compararse con el mío. Vos habéis amado, doctor; recordad vuestro antiguo amor...

El doctor Manette había vuelto el rostro fijando sus ojos en el suelo, y al oír las últimas palabras del joven tendió la mano, exclamando:

—¡No me habléis de eso, por piedad! ¡Oh! No me lo recordéis...

Su voz expresaba tanto dolor, que vibró largo rato en los oídos de Carlos, y su mano seguía tendida hacia el joven suplicándole que callase.

—Perdonad —murmuró después—; no dudo de vuestro amor hacia mi hija; creedlo, señor Darnay...

Y se volvió hacia Carlos, pero sin levantar la cabeza; se apoyó la frente en la mano, y permaneció en esta actitud con el rostro velado por sus canas.

—¿Le habéis hablado de vuestro amor? —preguntó.

—No, señor.

—¿Se lo habéis escrito?

—Nunca.

—Habéis obrado con tanta abnegación por consideración a su padre: sería poco generoso desconocerlo, y su padre os da las gracias.

Y al pronunciar estas palabras alargó la mano al joven.

—Ya sé —respondió Carlos—, ¿y cómo he de ignorarlo viéndoos todos los días?; ya sé que hay entre Lucía y vos un cariño tan profundo y tan excepcional en razón a las circunstancias que le dieron origen, que es imposible compararlo ni aun con el sentimiento más vivo que haya existido nunca entre un padre y una hija; lo sé, doctor: en el amor que os profesa se auna ese efecto puro y leal que pertenece a la mujer con el instinto irreflexivo y la confianza del niño. No sólo os ama, sino que tenéis para ella un carácter sagrado cuyo prestigio no podrá disminuir ninguna otra pasión. Al contemplaros recuerda a su madre, y os ama a ambos en vos; padece vuestros dolores; bendice al cielo que os ha dado la libertad, y esto contribuye a acrecentar la ternura que os prodiga. Lo sé, y he pensado en elló noche y día desde la época en que me admitísteis en el seno de vuestra amistad.

El doctor permaneció silencioso y su respiración fué más anhelosa, pero no dió indicio alguno de los sentimientos que le agitaban.

—Me he abstenido de hablar, tanto tiempo como me lo ha permitido el valor, porque sabía esto y veía en vuestra frente la aureola del martirio. Sentía, y lo siento aún ahora, que es casi una falta interponer mi amor entre el padre y la hija; pero amo demasiado, y no tengo fuerza para callar.

—Me lo figuraba —dijo tristemente el doctor.

—No creáis —repuso Carlos, a quien este acento doloroso produjo el efecto de un reproche— que, si debiera pertenecerle algún día, me haya ocurrido nunca la idea de separaros de ella. Por otra parte, sería imposible, aun suponiendo que fuera bastante cruel para intentarlo. Pero no temáis —añadió tomando la



mano del doctor—, no puedo pensar en tal cosa. Arrojado como vos de Francia por sus locuras y miserias, pidiendo como vos al trabajo la subsistencia y confiando en un porvenir más feliz, no abrigo otra ambición que la de sentarme en vuestro hogar y seros fiel hasta la muerte. Lejos de pensar en arrebatáros vuestra hija, deseo participar de los cuidados que os prodiga, unirme a ella para aumentar vuestra ventura y estrechar vuestros lazos, si esto fuera posible.

El padre de Lucía, después de responder a la presión de la mano del joven, levantó la cabeza por vez primera desde el principio de la conversación. Su rostro revelaba la lucha que había en su alma y una tendencia manifiesta a expresar el terror y la duda; pero hizo por fin un esfuerzo, y dijo con calma y dulzura:

—Gracias, señor Darnay; vuestras palabras son dignas y cariñosas, y os voy a hablar también con franqueza. ¿Tenéis algún motivo para creer en el amor de Lucía?

—Ninguno hasta ahora.

—¿Habéis entablado esta conversación para aseguráros del hecho?

—No, doctor; al venir aquí no llevaba hasta tal punto mis pretensiones; pero espero, tal vez será equivocación mía, que me permitiréis mañana que lo averigüe.

—¿Me pedís un consejo?

—No; deseo únicamente que me digáis lo que creáis más prudente.

—¿Habéis venido a pedirme una promesa?

—Sí, doctor.

—¿Cuál?

—Sé muy bien que sin vos nada debo esperar, pues aunque vuestra hija me amase, lo cual estoy muy lejos de suponer, no me guardaría su afecto contra la voluntad de su padre.

—Si eso es cierto, pudiera producirse el efecto contrario. ¿No habéis pensado en eso?

—Es fácil comprender que una palabra de vuestra

boca en favor de cualquier aspirante haría balancear sus propios sentimientos y que vuestros deseos triunfarían de los suyos. Por esta razón os pediré esta palabra con peligro de mi vida.

—No lo dudo, señor Darnay; pero entre las personas más íntimamente enlazadas hay misterios impenetrables que nacen precisamente de su afecto, y no puedo adivinar el estado del corazón de Lucía.

—¿Puedo preguntaros si algún hombre...?

—¿La ama?

—Eso es lo que quería deciros.

—Habéis visto aquí al señor Cartone —respondió el doctor después de un instante de reflexión—, y el señor Stryver viene también algunas veces; de modo que sólo podría ser uno de los dos.

—A no ser que sean ambos.

—No lo creo, y hasta es probable que ninguno de ellos haya pensado en tal cosa. Pero ¿qué promesa es la que me pedís?

—Si vuestra hija os llega a hacer algún día una confidencia análoga a la que acabáis de oír, prometedme, doctor, que le repetiréis mis palabras y le diréis que las habéis creído. Espero haberos inspirado bastante aprecio para que no aboguéis por mí; esto es lo único que os pido. Dignaos ahora imponerme la condición que tenéis derecho a exigir, y la acepto desde luego sin restricción.

—Os prometo hacer lo que me pedís y sin condición alguna. Creo firmemente todo cuanto me habéis dicho, y estoy persuadido de que no intentáis desatar los lazos que me unen con la parte más querida de mí mismo. Si me dice que sois necesario para su felicidad, os la daré, señor Darnay.

El joven tomó la mano del doctor y la estrechó con efusión.

—Aun cuando hubiera prevenciones motivadas —añadió el doctor—, graves motivos de antipatía contra el hombre que amase, todo quedaría olvidado por su amor. Lucía encierra para mí el mundo entero; ejerce sobre mi alma más influencia que el dolor, que el

recuerdo; es más poderosa que... Pero ¿de qué hablábamos ahora? ¿Qué me decíais?

Aunque Carlos se vió embarazado para responder desde luego, se acordó de que había hablado de una condición en cambio de la promesa que le había hecho el padre de Lucía.

—Debo corresponder a vuestra confianza— dijo al doctor—. No ignoráis que el apellido que llevo actualmente, aunque se parece al de mi madre, es un apellido supuesto. Deseo que sepáis a qué familia pertenezco, y por qué...

—¡No prosigáis!

—Quiero, sin embargo, merecer vuestra confianza, no tener secretos para vos.

—¡Callad... por favor!

El doctor, que se había llevado las manos a sus oídos, las cruzó sobre los labios del joven.

—Me lo diréis más adelante, cuando os lo pregunte, pero ahora no. Si os ama Lucía, me lo revelaréis después de casado. ¿Me prometéis no hablarme de eso hasta entonces?

—Os lo prometo.

—Ella va a volver, y desearía que no nos encontrásemos juntos. Buenas noches y el cielo os guarde.

El sol acababa de ocultarse cuando el señor Darnay se retiró, y era ya de noche al volver Lucía a su casa. Corrió al salón y se sorprendió cuando no vió en él a su padre.

—¡Padre! —dijo alzando la voz.

No oyó más respuesta que el ruido sordo de un martillo en el gabinete del doctor, y huyó aterrada. Pero, retrocediendo un momento después, se acercó a la puerta y llamó a su padre en voz baja. Cesó entonces el ruido del martillo, el doctor salió a recibirla, y los dos se pasearon por el cuarto hasta una hora muy avanzada de la noche. Después de acostarse, Lucía se levantó y bajó para verle. El doctor dormía con un sueño profundo, y estaban ya en su sitio el banquillo, la espuerta de los instrumentos y el zapato principiado.

## CAPITULO XI

## UNA CONFIDENCIA

AQUELLA misma noche el señor Stryver decía a su colega:

—Sydney, prepara otro ponche, porque he de darte una noticia.

Sydney había trabajado a todo vapor, lo mismo que las noches anteriores, para poner en orden los papeles del abogado y despachar antes de la apertura de las vacaciones todas las causas de que éste estaba encargado. Terminada la tarea y puesto al corriente lo atrasado, el señor Stryver estaba libre de toda ocupación hasta que el mes de noviembre apareciese escoltado de tinieblas atmosféricas trayendo grano al molino.

Aquellas noches triplemente laboriosas no habían hecho a Cartone más vivo ni más sobrio, y únicamente a fuerza de toallas mojadas y de incesantes libaciones había logrado salir airoso de su empeño; de modo que se hallaba en un estado deplorable cuando se quitó su turbante y lo arrojó en el barreño, donde lo había empapado varias veces durante seis horas.

—¿No preparas ese ponche? —le dijo Stryver el majestuoso que, reclinado en el diván, lanzó en torno suyo una mirada.

—Sí.

—Bien. Oyeme; tengo que decirte una cosa que va a sorprenderte y que te hará pensar tal vez que no soy tan hábil como habías creído hasta ahora. Sydney... voy a casarme.

—¿Tú?

—Sí, y no por dinero. ¿Qué dices?

—Nada. ¿Quién es ella?

—Adivínalo.

—¿La conozco?

—Adivínalo.

—Me es imposible adivinar nada a las cinco de la mañana con un cerebro que fríe en mi cabeza como en una sartén. Si quieres proponerme enigmas, convícame a comer.

—Voy a hablar, pues, sin rodeos —dijo Stryver incorporándose—, y sin embargo, no espero que me comprendas... ¡Eres tan insensible!

—Y tú —respondió Cartone ocupándose en el ponche— tienes el corazón tan tierno, eres un hombre tan poético...

—Aunque mi carácter no es novelesco —repuso Stryver riendo con ademán satisfecho—, porque tengo demasiado criterio y elevada instrucción para serlo, soy más impresionable que tú.

—¿Es cierto? Tienes mucha suerte.

—Impresionable no es la palabra más exacta; quiero decir que soy...

—Más galante con las damas. ¿Es eso lo que querías decir?

—Eso mismo. Quiero decir —continuó Stryver con aire de importancia— que me hago más visible en la sociedad y que conozco el medio de gustar al bello sexo mucho mejor que tú.

—Adelante —dijo Cartone.

—Antes de pasar adelante —repuso el abogado moviendo la cabeza con su aplomo habitual— quiero agotar la materia. Tú has sido recibido en casa del señor Manette con tanta o mayor frecuencia que yo. Ahora bien; ¿en qué consiste que he tenido que ruborizarme siempre del aspecto tímido y pacato con que te presentas en esa casa? Tu silencio y tu facha dan compasión y risa al mismo tiempo. Te repito, Sydney, que estoy avergonzado por ti.

—Es una gran ventaja para un miembro del foro saber tener vergüenza —repuso Sydney—, y debes agradecerme el que te haya enseñado a ruborizarte.

—No admito medios dilatarios, porque te serían inútiles —respondió el orador con aire victorioso—. Debo decirte como amigo, y te lo diré a la cara y

por tu propio interés, que haces la figura más desairada en la sociedad, especialmente delante de señoras.

Cartone se rió y bebió un vaso del ponche que estaba preparado.

—Tómame por modelo —prosiguió el abogado levantándose y poniéndose en jarras—; con mi posición y mi fortuna, podría muy bien dispensarme de ser amable, y sin embargo, no omito nada para serlo.

—No te he visto nunca en esos arranques de amabilidad —dijo Cartone.

—No lo hago, pues, por necesidad, sino por principio —continuó Stryver—; por eso progreso tanto.

—Pero no en materia de negocios matrimoniales —repuso Sydney con indiferencia—. Quisiera que me lo probases. En cuanto a mi carácter, ¿no sabes que soy incorregible?

—Haces muy mal —dijo el abogado con tono de reprensión.

—¿Hago mal en ser lo que soy? Pero dejemos esta cuestión. ¿Con quién te casas?

—No te cause pesar esta noticia, Sydney —dijo el abogado a manera de precaución oratoria—. Nunca sabes lo que te dices, y cuando por una chiripa piensas en lo que hablas, tu opinión no tiene la menor importancia. Te hago este pequeño exordio porque en cierta ocasión me has hablado de ella en términos nada lisonjeros.

—¿Yo?

—Y en este mismo despacho.

Sydney miró al ponche y a su amigo, se bebió un vaso del líquido, que abrasaba, y fijó la mirada en el abogado.

—La trataste de muñeca de cabellos de oro, porque, ya que es forzoso decirlo, mi futura es Lucía Manette. Si tuvieras un poco de tacto y alguna consideración con las mujeres, te hubiera pedido satisfacción por una expresión tan insultante; pero como tu criterio corre parejas con tu sensibilidad, hace tanto caso de tu opinión acerca de esa joven como de

la de un hombre de mal oído que se permitiera criticar la música de un buen compositor.

Sydney Cartone bebía ponche, y lo bebía a vaso lleno, pero sin cesar de mirar a su amigo.

—Te he hecho ya mi confianza —prosiguió el abogado—. No me seduce la riqueza; Lucía es bellísima, he resuelto casarme, y cuento con los medios para satisfacer mi capricho. La muchacha tendrá en mí un hombre sentado, de posición consolidada, que sube como la espuma y que no carece de mérito. Es una verdadera fortuna para ella; pero merece eso y mucho más. ¿Te ha sorprendido la noticia?

—No —respondió Cartone entre dos sorbos.

—¿Apruebas mi idea?

—¿Y por qué no he de aprobarla?

—Tomas el asunto con más serenidad de lo que me figuraba, y te interesas por mí menos de lo que creía. A decir verdad, como sabes que mi voluntad es de roca, estás convencido de que tus observaciones serían completamente inútiles. Sí, Sydney, quiero cambiar de vida, y principio a conocer que es muy grato tener una casa, un hogar, que sea albergue del más puro cariño.

He reflexionado que Lucía me conviene, que es digna de ocupar una elevada posición y que me honrará. y por lo tanto, estoy resuelto a casarme con ella. Ahora, amigo mío, pobre Sydney, hablemos también de tu porvenir. Te has engolfado en una senda falsa, muy falsa, no tengo necesidad de demostrarlo; eres incapaz de hacer fortuna; no conoces el valor del dinero; vives muy mal, aunque trabajas mucho; el día menos pensado se habrán agotado tus fuerzas, vendrán las enfermedades y caerás en la miseria. Así, pues, es absolutamente indispensable pensar en una enfermera.

El aire de protección que tenía al dar este consejo, le hacía parecer dos veces más obeso e insolente de lo que era en realidad.

—Reflexiona lo que te digo —continuó el abogado—. He examinado bien las cosas; cree al amigo cuya con-

ducta hubieras debido imitar; sigue mi ejemplo; cástate; busca una persona que te cuide. No me digas que te repugnan las mujeres, que has sido con ellas poco afortunado y que las has tratado siempre con aspereza; busca una mujer honrada, sin reparar en la edad; una viuda respetable, por ejemplo, que posea una finca, un mesón, una casa o una renta cualquiera, y cástate para evitar la miseria. Esto es lo que te conviene, amigo mío, y no te duermas en las pajas.

—Lo pensaré —dijo Cartone.

## CAPITULO XII

### UN HOMBRE FINO Y GALANTE

UNA vez tomada la decisión de hacer a Lucía Manette el favor de casarse con ella, el señor Stryver se propuso anunciarle tan fausta nueva antes de entrar en vacaciones, y después de algunos instantes de reflexión, pensó que sería prudente terminar sin pérdida de tiempo todos los preliminares, aunque no diera su mano a su graciosa novia hasta que se abrieran los Tribunales o durante las fiestas de Navidad. Estaba íntimamente convencido de que tenía aquel pleito ganado de antemano. En cuanto a las ventajas materiales, las que podía aducir en su apoyo ni siquiera merecían la menor observación.

Así, pues, el mismo día que se cerraron los Tribunales, el señor Stryver escribió a Lucía Manette proponiéndola una excursión a Vaux-hall. Habiendo sido rechazada, la propuso llevarla a Ranelagh, y recibiendo nueva repulsa, se decidió por fin a presentarse en su casa y anunciarle la noble resolución de honrarla con su blanca mano. El que hubiese visto su rostro animado y risueño cuando se hallaba aún cerca de Temple-Bar; el que le hubiera encontrado en la acera atropellando a los transeuntes con majestuoso continente,



habría adivinado que estaba ya seguro del éxito y creía superados todos los obstáculos.

Al pasar por delante de la casa de Tellson, donde, además de los capitales que tenía en su caja, conocía al señor Lorry por haberle visto en casa del doctor Manette, le ocurrió de pronto la idea de entrar y revelar al banquero el brillante horizonte que se abría para la hija de su amigo. Empujó vigorosamente la puerta, saltó los dos escalones, pasó junto a dos empleados y se dirigió al sombrío despacho donde el señor Lorry pasaba todo el día delante de grandes libros de cuentas, cerca de una ventana, defendida por barrotes de hierro perpendiculares, como si estuviera destinada a recibir guarismos y sólo existieran debajo de las nubes elementos de una suma total.

—¡Buenos días, señores! —exclamó el abogado

Una de las particularidades de nuestro abogado consistía en parecer siempre excesivamente corpulento por el paraje en que se encontraba, cualquiera que fuese la dimensión de dichos sitios; de modo que cuando entró en casa de Tellson quedó tan ocupado el espacio, que los viejos dependientes manifestaron su disgusto desde el fondo de su rincón y parecieron aplastarse contra la pared; y los mismos jefes de la casa, que leían el periódico al extremo de la estancia, manifestaron su descontento, como si la cabeza del abogado hubiera tropezado con las suyas, preñadas de guarismos.

—¡Buenos días, señor Stryver! —contestó el señor Lorry con voz discreta y estrechando la mano del lealista.

Había en la manera con que cumplió con esta formalidad cierta actitud especial a todos los agentes de la casa cuando recibían a un cliente en presencia de su jefe, por distante que éste se encontrara. Nuestro antiguo amigo saludó, pues, al abogado con la afabilidad de un individuo que estrecha la mano por Tellson y Compañía.

—¿Qué deseáis, señor Stryver? —preguntó el empleado en el ejercicio de su cargo.

—Veros únicamente, señor Lorry; es una visita par-

ticular. Tengo que hablaros sobre cierto asunto... comunicaros una noticia...

—Explicaos —dijo el señor Lorry bajando la cabeza para escuchar al abogado, mientras su mirada se perdía a lo lejos en busca de Tellson.

El señor Stryver se apoyó con ademán confidencial en el enorme escritorio, que pareció sobrado angosto para recibirle, y dijo:

—Voy a pedir la mano de la señorita Manette, vuestra amable amiga.

—¡Qué oigo! —exclamó el señor Lorry pasándose la mano por la barba y mirando al abogado con expresión de incredulidad.

—¿Qué significa vuestro asombro? —preguntó el señor Stryver dando un paso atrás—. ¿Qué queréis decir con esa exclamación, señor Lorry?

—Quiero decir —respondió el hombre de negocios— que alabo vuestra determinación, que la aprecio como es digna de serlo, y estad persuadido de que os honra mucho a mis ojos. Pero ya sabéis, señor Stryver...

El señor Lorry movió la cabeza mirando al jurista de la manera más extraña y como si se dijera a sí propio: "Lucía es un partido demasiado ventajoso para vos."

—Que me ahorquen, señor Lorry, si os entiendo— repuso el legista dando un golpe en el escritorio, abriendo desmesuradamente los ojos y respirando con fuerza.

El señor Lorry se arregló la peluca y mordió las barbas de su pluma.

—¿Qué significa eso, caballero? Sabed que no me gustan las reticencias. ¿No soy digno de pedir su mano?

—¡Oh!, sí, señor; muy digno.

—¿No es mi posición excelente?

—¿Quién lo duda?

—¿No es ella de día en día más hermosa?

—Nadie lo niega —respondió el señor Lorry sintiendo una satisfacción en poder aprobar con toda conciencia

—Pues en tal caso, ¿qué significa vuestro asombro? —preguntó el abogado con orgullo.

—Significa que... ¿Vais ahora? —repuso el señor Lorry.

—Ahora —respondió el abogado dando un puñetazo en el escritorio.

—Pues bien, si me hallara en lugar vuestro...

—¿Qué?

—No iría.

—¿Por qué? —repuso el señor Stryver—. Exijo una respuesta categórica, y contad con que os perseguiré hasta las últimas trincheras —añadió moviendo el dedo índice con un movimiento oratorio de moda en el foro—. Sois una persona formal que no habla sin conocimiento de causa. Presentad, pues, vuestras razones y decidme por qué no debo dar un paso que es resultado de largas y maduras reflexiones.

—Porque es un paso que yo no daría sin contar de antemano con alguna probabilidad de éxito.

—¿Se ha visto jamás cosa semejante? —exclamó el abogado.

El señor Lorry dirigió una mirada a Tellson y volvió a fijar los ojos en su interlocutor.

—He aquí un hombre grave— continuó el abogado—, un hombre de edad, lleno de experiencia, uno de los empleados más notables de una de las casas de Banca más importantes, que, después de sumar tres causas de ventaja positiva, declara que el resultado no da probabilidad alguna de éxito. Y lo declara con toda frescura, sin reirse..., sin estar en una casa de locos.

El señor Stryver acentuó esta última frase, como si hubiera sido menos extraño que el señor Lorry hablase de aquel modo estando en una casa de dementes.

—Cuando hablo de los motivos que en materia semejante son probabilidades de éxito, pienso en las razones que pueden influir en la joven. He aquí el punto capital —dijo el señor Lorry apoyando su mano en la del señor Stryver—. Es preciso gustar a la persona con quien uno quiere casarse, y sobre todo convenirle.

—Es decir —repuso el abogado cruzándose de bra-

zos— que estáis convencido, señor Lorry, de que la señorita de que hablamos es una loca o una coqueta. .

—No tal, caballero —respondió el banquero acalorándose—; estad convencido de que nunca permitiré que se falte en mi presencia al respeto que se merece esa joven, y si existiera un hombre bastante grosero, lo cual no creo posible, para hablar de ella en términos imprudentes en este despacho, la reserva que me imponen mis deberes respecto de esta casa no me impediría decir a tan impolítica persona lo que hubiera de decirle. Este es, caballero, el sentido exacto de mis palabras, y os suplico que no las déis ninguna otra interpretación —prosiguió el anciano, cuyo sistema nervioso, ordinariamente tan pacífico, no estaba menos excitado que el del abogado.

—Confieso, señor Lorry, que no esperaba oír de vuestra boca lo que acabáis de decirme —repuso el jurisconsulto, rompiendo el silencio que había seguido a esta filípica y quitándose de la boca una regla, con la cual se golpeó los dientes después de haber chupado uno de los extremos—. Confieso que no lo esperaba. ¡Vos, un hombre formal, aconsejarme a mí, Stryver, abogado en el Tribunal del Banco del Rey, que no pida por esposa a la señorita Lucía Manette!

—¿No deseáis saber mi opinión, señor Stryver?

—Ciertamente.

—Es inútil que la repita, pues vos mismo acabáis de expresarla en los términos que yo la hubiera dado.

—Y yo os responderé —dijo el abogado riéndose con sarcasmo— que hay cosas que por la enormidad de su inverosimilitud parecen casi monstruosas.

—Expliquémonos, señor Stryver, y fijemos bien la cuestión. De ningún modo estoy autorizado para emitir una opinión sobre este punto como hombre de negocios, y bajo este concepto, no sé lo que puede suceder y guardo el más completo silencio; pero como anciano honrado con la confianza y la amistad de la señorita Manette, y que la ama, así como a su padre, con el cariño más acendrado, he creído que era deber mío deciros la verdad. Tened la bondad de recordar

que no he sido yo quien ha provocado esta confianza. Ahora bien; después de lo que acabo de deciros. ¿creéis que puedo equivocarme?

—No, no; será cierto —respondió el señor Stryver, que se puso a silbar—. ¿Por qué me he de asombrar de la locura de los demás? ¡Estoy tan acostumbrado a no ver sentido común más que en mí! Había llegado a creer que algún otro lo tendría, y me engañé... ¡Cómo ha de ser! Vos que conocéis a fondo a esa señorita, suponéis que se haría la melindrosa y despreciaría la fortuna. Confieso que me sorprende, pero no niego que tenéis razón y que estoy equivocado.

—No permito que nadie, señor Stryver, se tome la libertad de atribuirme suposiciones que no he manifestado —dijo el señor Lorry, volviendo a acalorarse—. Cuando hago suposiciones no espero a que otro las emita ni comente, y no toleraré jamás, ni aún en este sitio, que nadie se encargue de interpretar lo que pienso.

—Perdonad —dijo el abogado—, retiro mis palabras.

—Os perdono gustoso y os doy gracias por haberos dignado retractarlas. Si he hablado como acabo de hacerlo, señor Stryver, es porque podría seros penoso encontrar una negativa, y porque no sería menos desagradable para el doctor y para su hija el tener que causaros ese bochorno. Ya sabéis la intimidad que tengo la honra y la satisfacción de merecer de esa familia, y si me lo permitís trataré de cerciorarme, sin hablar de vuestros proyectos ni mencionaros para nada, y de rectificar mi juicio con observaciones más categóricas y completas, y siempre os quedará el medio de sondear el terreno personalmente si no os satisfacen mis datos. Si me he equivocado, podréis dar entonces con certeza el paso que queríais dar hoy, a no ser que preferíais que os evite ese trabajo, lo cual podrá ser del gusto de todos. ¿Qué os parece mi plan?

—¿Cuánto tiempo necesitáis para desempeñar ese encargo? Ya sabéis que estamos en vacaciones, y os participo que tengo el proyecto de ausentarme de Londres hasta que vuelvan a abrirse los Tribunales.

—¡Oh! Es negocio de un momento. Puedo ir esta noche a casa del doctor y pasar después por vuestro despacho.

—En ese caso acepto —respondió el señor Stryver—. Conozco que tengo menos prisa ahora que cuando he llegado aquí. Hacedme, sin embargo, el favor de cumplir vuestra promesa, y os espero esta noche. Así, pues, hasta otro rato.

Se alejó después de pronunciar estas palabras, y produjo al pasar tal conmoción en el aire, que por poco derribó a los dos dependientes, colocados detrás de sus escritorios, débiles y venerables personas que saludaban continuamente y de quienes creía el público que no tenían en casa de Tellson otro empleo que el de inclinarse sin cesar desde la llegada del primer cliente hasta la salida del último. El señor Stryver era bastante astuto para conocer que el señor Lorry no se hubiera expresado con tanta franqueza a no tener una certeza moral para manifestar su opinión, y aunque la píldora era tan amarga como inesperada, el abogado acabó por tragarla.

—¡Necia! —exclamó cuando estuvo en la calle—. ¿Y creías atrapar un partido tan ventajoso? Pues te has llevado un chasco solemne. No serás tú la que dé calabazas a un abogado como yo. ¡No! ¡No! ¡No!

El señor Stryver sintió un gran alivio cuando terminó este apóstrofe. Encogióse de hombros con ademán de desdén y animó su rostro una sonrisa de orgullo. Esta determinación hizo tan rápidos progresos en su mente, que cuando el señor Lorry se presentó a las diez de la noche en el despacho del señor Stryver, le encontró rodeado de libros y procesos y sin que se acordara de su proyecto matrimonial.

Hasta manifestó alguna sorpresa al ver al banquero, y le recibió con aire distraído como persona a quien se interrumpe en medio de una tarea importante.

—He ido a casa del doctor, como os había prometido —dijo el banquero después de media hora de conversación indiferente y de hacer vanos esfuerzos para llevar al abogado a la cuestión.

—¿A casa del doctor? —dijo el señor Stryver con frialdad—. ¿Y para qué? ¡Ah! Ya caigo... Sí... ¡Qué memoria la mía!

—No es posible abrigar la menor duda; tenía razón y estoy segurísimo. Así, pues, reitero el consejo que os daba esta mañana.

—Lo siento en el alma —dijo el abogado con el tono más afectuoso—, por vos y por ese pobre padre. Conozco cuánto debe sentirlo esa desgraciada familia; pero... no se hable más del asunto.

—Perdonad, no entiendo... —dijo el anciano.

—¿Queréis que os hable con franqueza?

—Lo exijo.

—Pues bien, señor Lorry; voy a ser franco. Había supuesto que existía el buen sentido y la noble ambición donde no existen. Estaba en un error, lo conozco; pero ha caído ya la venda de mis ojos. ¿Qué tiene de extraño? Nada. Muchas otras jóvenes han cometido faltas de igual clase, y más adelante se han arrepentido en la pobreza y la obscuridad de haber sido casquivanas y novelescas. Lo siento por ella, porque difícilmente se le proporcionará otro partido tan ventajoso; pero en lo que personalmente me atañe, he salido de un mal paso y debo dar gracias a Dios. No necesito deciros que el tal casamiento era para mí un mal negocio, en el que nada ganaba o poco menos. A pesar de lo que os dije esta mañana en un momento de obcecación, siempre he creído que la niña no me convenía. Afortunadamente para mí, no ha mediado entre ella y yo compromiso alguno; pero creo que no hubiésemos llegado a tanto a haberlo pensado dos veces. Estaba bien enterado de la necia vanidad y de las locuras ridículas de esas señoritas de rostro agraciado y de cabeza vacía; son las tales tan testarudas e intratables, que es vana empresa procurar dirigir sus caprichos. Os lo puedo asegurar; no se reciben con ellas más que chascos desagradables. Esto es doloroso, pero no tiene remedio, y por lo tanto... doblemos la hoja. Como os decía, lo siento únicamente por vos y por su padre. Agradezco en el alma vues-

tros consejos. Conocéis mucho mejor que yo a esa niña y tenéis razón; no ha nacido para ser mía.

El señor Lorry contemplaba con extremado asombro al abogado, que le cogió del brazo y le llevó a la puerta con ademán de protección.

—Os doy las gracias por vuestros informes y consejos —le decía el señor Stryver—. Estoy muy ocupado. ¡Adiós! Ya sabéis que tenéis en mí un amigo deseoso de serviros.

El anciano estaba en la calle y aún no había vuelto de su asombro, y mientras hacía esfuerzos para explicarse lo que acababa de ver y oír, el abogado estaba reclinado en el sofá guiñando el ojo al techo con sonrisa de satisfacción y orgullo.

## CAPITULO XIII

### UN HOMBRE GROSERO E INSENSIBLE

CARTONE podía haber brillado en alguna parte, pero a buen seguro que no era en casa del doctor. Sus visitas eran frecuentes; pero su aspecto, huraño y sombrío, le hacía parecer hombre pacato y desdefioso. Cuando tomaba la palabra se expresaba con buen criterio y hasta con elocuencia; pero raras veces dejaba vislumbrar su máscara de indolencia la luz que brillaba en su alma. Y, sin embargo, era tan aficionado a las cercanías de aquel asilo de paz, que hasta amaba las piedras de sus calles. ¡Cuántas noches había empleado paseándolas cuando la embriaguez no le dominaba! ¡Cuántas veces le sorprendieron las primeras luces del día en aquel rincón bendito! ¡Cuántas veces el sol, iluminando poco a poco los campanarios de las iglesias y los grandes edificios, le despertó el recuerdo de las nobles empresas a que debía renunciar! El lecho que tenía en Temple-Court le veía menos que nunca, y si alguna vez, abrumado de can-



sancio, iba a reposar en él al salir del despacho del abogado, permanecía acostado algunos minutos y se levantaba para ir a recorrer las cercanías de la casa de Lucía Manette.

Era el mes de agosto. El señor Stryver, después de anunciar al señor Sydney que había reflexionado y que no pensaba ya en casarse con una niña frívola y sin fortuna, había transportado su finura y su galantería al Devonshire. El tiempo era hermoso, y el aspecto y el perfume de las flores inspiraban buenos sentimientos a los malos, y devolvían la salud a los enfermos y la juventud a los viejos.

Sydney Cartone recorría sin dirección fija su barrio predilecto en un hermosa tarde, cuando sus pasos vacilantes se animaron de pronto y le condujeron hasta la puerta de la habitación del doctor. Lucía estaba sola y trabajaba en el salón, y como nunca había tratado con intimidación al señor Cartone, no dejó de causarle cierto embarazo el ver que se sentaba cerca de su mesa de labor. Sin embargo, cuando miró al legista con más atención al contestar a las frases vulgares que componen el prólogo de una visita, Lucía observó que estaba muy pálido.

—¿Estáis indispuerto? —le preguntó con interés.

—No lo sé; la vida que llevo es perjudicial para la salud. ¿Qué queréis esperar de la disipación y de las noches pasadas en vela?

—¿No es sensible, perdonad, señor Cartone, si soy indiscreta; no es sensible que hayáis adoptado semejante método de vida?

—Es más que sensible, señorita; es vergonzoso.

—¿Por qué no cambiáis de vida?

Lucía le dirigió una mirada llena de dulzura, y se quedó sorprendida al ver brotar las lágrimas de los ojos de Cartone.

—No es posible ya —respondió éste con voz conmovida—; estoy condenado a caer de día en día a mayor profundidad en el abismo de mi miseria.

Cartone apoyó el brazo en la mesa, se llevó la mano a los ojos y no pudo reprimir los sollozos. Después

de algunos momentos de silencio, y sin necesidad de mirar a Lucía para saber que estaba profundamente conmovida, añadió:

—Perdonad, Lucía; me falta el valor en el momento de revelároslo todo. Pero, ¿os dignaréis escucharme?

—Con mucho gusto si puedo consolaros, señor Cartone.

—¡Bendita seáis por tanta compasión! —dijo descubriéndose el rostro—. No temáis, no os asuste el oírme —continuó con voz firme—. Ved en mí a un hombre muerto al principiar el curso de sus días y cuya existencia pudo haber sido muy feliz.

—No digáis eso, señor Cartone; tenéis delante de vos la parte mejor de la vida, y estoy segura de que seréis digno de vos, que podréis triunfar de vuestro destino.

—No lo creo, señorita: me conozco demasiado para hacerme ilusiones; pero no olvidaré jamás que habéis pensado un momento que podría ser algún día menos indigno de vos.

Cartone vió que Lucía temblaba y afectó serenidad en medio de su desesperación.

—Suponiendo, Lucía, que hubieseis correspondido al amor del hombre que está en vuestra presencia, a pesar de la felicidad que le hubieseis dado, este hombre perdido, este miserable abandonado de sí mismo, sólo os habría dado en cambio el pesar y la deshonra. Sé que no os inspiro ningún cariño, pero no lo pido, y siento una satisfacción al pensar que no puedo inspirarlo.

—Pero ¿no puedo seros útil en nada, señor Cartone? ¿No puedo pagar la confianza que tenéis en mí? Porque sé muy bien —añadió Lucía con voz trémula y conmovida— que no hablaríais así a otra mujer. ¿Me será imposible arrancaros de esa vida deplorable?

—¡Ah!, señorita —dijo moviendo la cabeza—; lo único que podéis hacer es escucharme hasta que termine mi revelación. Habéis sido la postrera ilusión

de mi alma, y siento un placer en decíroslo. Por grande que sea mi depravación, no estoy tan degradado que vos y vuestro padre no hayáis evocado en mí recuerdos que me parecían sepultados en el olvido. Desde que os vi, señorita, me atormentaron remordimientos de que no me creía capaz; oigo el murmullo de antiguas voces que, a no ser por vos, estarían silenciosas, y tengo vagos deseos de entrar en lucha, de sacudir mi pereza, de salir de la senda de los excesos y de principiar otra vez a vivir. Todo esto no es más que un sueño, y al despertar me encuentro en el mismo sitio que antes; pero tenía necesidad de deciros que sois vos la que me ha hecho soñar.

—¿Por qué no aprovecháis tan buenas inspiraciones? Tened ánimo, señor Cartone, y no cejéis en la lucha.

—No puedo, señorita, y soy indigno de excitar vuestro interés. Sin embargo, tengo la debilidad de querer que sepáis que habéis tenido poder para transformar de pronto un montón de ceniza en un fuego ardiente que, no obstante, participando de mi pobre carácter, no da calor ni luz y se consume sin provecho para nadie.

—Pues así tengo el pesar de haber aumentado vuestra desgracia...

—No digáis eso, Lucía, porque me hubiérais salvado a haber sido posible mi salvación.

—Ya que, según decís, ejerzo en vos una influencia tan poderosa, permitidme que la emplee en beneficio vuestro, señor Cartone. No sé si me entendéis; pero ¿tendré el poder de aumentar vuestro dolor sin conseguir prestaros un servicio?

—¡Oh!, no... no, Lucía; vos me dáis el único bien que puedo aún sentir. En medio de las locuras de mi existencia recordaré eternamente que abrí a vos por última vez en el mundo mi corazón, y que habéis encontrado en él alguna cosa que os inspira pesar y compasión.

—Alguna cosa, señor Cartone, que creo capaz de cuanto hay más noble en la tierra.

—Os doy gracias por vuestro error, que no puedo aceptar. Pero... perdonad... os estoy afligiendo. Una palabra tan sólo: cuando me acuerde de esta conversación, ¿podré tener la certeza de que mi última confianza reposa en el fondo de vuestra alma y nadie la sabrá?

—Os lo juro.

—¿Ni aun el hombre a quien améis como a vos misma?

—Es secreto vuestro y no mío —respondió Lucía después de un momento de silencio—, y prometo respetarlo.

—¡Gracias!... ¡El cielo os proteja!

El señor Sydney aplicó sus labios a la mano de Lucía y se dirigió a la puerta.

—No temáis —dijo retrocediendo— que vuelva, a hablaros nunca de lo que os he dicho hoy. Ni siquiera haré la menor alusión. A la hora de mi muerte renacerá el recuerdo sagrado, y bendeciré con toda mi alma a la mujer de quien me he despedido hoy por postrera vez y cuyo corazón indulgente no olvidará mi nombre, mis faltas y mis miserias.

Se parecía tan poco a lo que era siempre, y exponía tan bien todo lo que había perdido y todo lo que le quedaba aún por arrojar al viento de los excesos, que Lucía lloraba sin disimular el sentimiento de compasivo afecto que le inspiraba.

—Consolaos —la dijo el señor Cartone—; no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas los innobles hábitos, los viles compañeros que desprecio y que me arrastran, me harán menos digno de vuestra compasión que al miserable que cae en el arroyo. Pero desde el fondo del corazón continuaré siendo para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre. Creedlo, es la última súplica que os dirijo; no lo dudéis cuando en adelante seá lo que he sido hasta ahora.

—Os creo —balbució Lucía.

—Sólo me resta terminar esta visita que se prolonga demasiado. ¿Qué tenéis de común conmigo? Nos separa un abismo. Quisiera, sin embargo, deciros aún

otra cosa; es inútil, lo sé, pero sale a pesar mío de mi alma. Haré por vos todo lo que sea posible en el mundo, lo mismo que por todos los que améis. Si mi posición fuera otra y me lo permitiera, me sacrificaría con placer por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras, pensad en ellas alguna vez y estad convencida de que encontraría una voluntad ardiente para consumir el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un día, y no tardará, en que nuevos lazos, más poderosos y más suaves, os atarán al hogar doméstico, del que seréis la alegría y os harán la vida más preciosa. Entonces, Lucía, cuando el rostro de un padre venturoso se incline hacia el vuestro y vuestras hermosas facciones se vean retratadas en el hijo a quien acariciaréis con vuestra sonrisa, no olvidéis que existe un hombre dispuesto a daros su vida para conservar uno de los seres que tienen parte en vuestro amor.

Cartone se despidió, la bendijo por vez postrera, abrió la puerta y se alejó.

## CAPITULO XIV

### UN HONRADO COMERCIANTE

UN número infinito de objetos variados se presentaba todos los días a los ojos de Ferry Cruncher mientras esperaba sentado en su banquillo junto a la puerta de Tellstone que le envasen a desempeñar un recado. ¡Quién podría sentarse en el Feet-stret y pasar allí el día sin quedar deslumbrado por dos inmensas procesiones, dirigiéndose la una hacia Occidente con el sol, siguiendo la otra en dirección opuesta, y desapareciendo las dos más allá de esa línea de púrpura y oro donde el sol se oculta a nuestras miradas!

El tío Cruncher, con una paja en la boca y su hijo a su lado, miraba cómo pasaban las dos corrientes sin que pudiera esperar verlas agotadas; pero esta pers-

pectiva no era para él 'muy brillante, pues se componía en gran parte de la 'afluencia de mujeres temerosas, casi todas de más 'de cuarenta años, y que al llegar a la 'acera de la casa de Tellson y 'Compañía trataban de 'dirigirse a la 'acera opuesta. Por breve que fuera este trayecto, el tío 'Cruncher tenía 'tiempo suficiente para interesarse por las transeuntes y dirigirlas algunas flores, y 'muchas veces algunas 'de estas mujeres le escuchaban con benevolencia y hasta le convidaban a echar un trago en la taberna inmediata, lo cual formaba una parte de sus gajes. Hubo una época en que cierto poeta iba a 'sentarse en la plaza pública, en donde se entregaba a sus meditaciones a la vista de los transeuntes. El buen Ferry Cruncher, sentado también en un paraje público, pero sin 'ser poeta, se entregaba a sus meditaciones y miraba en torno suyo.

En el momento en que ocurrían las escenas que vamos relatando, reinaba la estación en que son escasos los transeuntes y apenas cruzan las calles las mujeres que se 'enternecen con los galanteos, y los negocios de Ferry iban bastante mal para que sospechase que su esposa le indisponía 'con el cielo, cuando llamó su atención un estrepitoso clamoreo. No tardó en ver que era un cortejo fúnebre, y que aquellos funerales excitaban una demostración popular, la cual era causa de los gritos que llegaban hasta 'su oído.

—Es un entierro, Ferry —dijo a su hijo.

—¡Me alegro! —dijo el muchacho, dando a su exclamación de triunfo una significación misteriosa.

Pero el tío Cruncher lo tomó a mal, y dando un bofetón al muchacho le dijo:

—¿Qué es eso, pícaro? Que te oiga hablar otra vez de ese modo y sabrás quién soy yo. Este muchacho se va haciendo muy atrevido —añadió en voz baja mirando al soslayo a su hijo.

—¿En qué he faltado diciendo que me alegraba? —repuso el pilluelo frotándose la mejilla.

—¡Silencio! No me gustan los niños respondones. Mira y calla.

El hijo obedeció, y el cortejo fué acercándose a la casa de Tellson. La multitud gritaba y silbaba en torno de un coche fúnebre, donde se veía un ataúd que acompañaba tan sólo un plañidero vestido de negro, como lo exigía su cargo. El desdichado se esforzaba lleno de inquietud en ocultarse a las miradas de la canalla que le hacía horribles muecas, y unía al grito de: "¡Abajo los espías!" una granizada de insultos demasiado enérgicos para ser repetidos. El tío Cruncher tenía una afición loca en todas las estaciones por los entierros, y desde el momento que veía uno se animaba de una manera extraordinaria. Figúrese, pues, el lector cuál sería su impaciencia cuando vió aquel bullicioso cortejo.

—¿Qué es eso? —preguntó a un transeunte.

—No lo sé —respondió éste dando un penetrante silbido—. ¡Abajo los espías!

—¿Quién es el muerto —preguntó a otro.

—No lo sé —respondió este otro que, haciéndose una bocina con las manos, gritó con furor: —¡Abajo los espías! ¡Abajo los espías!

Finalmente, Cruncher supo que era el entierro de un tal Roger Cly.

—¿Era espía? —preguntó al que le había enterado del asunto.

—Un espía de Old-Bayley —repuso éste.

—Yo le conocía, yo le he visto... y no recuerdo dónde... ¡Ah! Sí, sí; ya caigo —añadió Ferry acordándose del proceso de Carlos Darnay—. ¿Con que ha muerto?

—Muerto y muy muerto. ¡Abajo los espías! ¡Al arroyo los espías! ¡Arrastrarlo! ¡Arrastrarlo!

A falta de otra idea, ésta pareció tan admisible, que la turba se arrojó sobre el coche fúnebre y sobre el que representaba y presidía a un tiempo el duelo. El buen hombre se vió frente a frente de sus adversarios cuando éstos pararon el coche y abrieron bruscamente la portezuela; pero como era audaz y ligero de pies, hizo tan buen uso de su agilidad, que en menos de un minuto llegó a una calle transversal des-

pués de arrojar el crespón, el sombrero, el pañuelo y demás emblemas de su simbólico cargo. Todo esto fué hecho pedazos y arrojado a lo lejos, en tanto que los mercaderes cerraban las tiendas a toda prisa, porque la turba era en aquella época un monstruo formidable. Los más osados habían subido al coche mortuario y se disponían a apoderarse del ataúd sin saber lo que iban a hacer de él, cuando uno de los jefes del motín propuso que se dejase al difunto en su sitio y se le acompañase a su última morada en medio de aclamaciones generales. Esta idea práctica fué acogida con entusiasmo, y subieron al coche del duelo ocho personas, además de tres o cuatro pilluelos que se encaramaron al pescante, en tanto que el coche mortuario recibía todos los individuos que podían encaramarse a él o sostenerse de cualquier modo. Uno de los más entusiastas por tomar parte del cortejo era Ferry Cruncher, que se ocultaba modestamente en el interior del coche para que no le viera alguno de los empleados de la casa Tellson.

Los directores oficiales del entierro trataron de alzar la voz contra este cambio de ceremonial; pero el Támesis estaba muy cerca, y diversas observaciones acerca del excelente efecto de los baños de río hicieron cesar las protestas, que por otra parte no eran muy vivas, de modo que el cortejo siguió su marcha.

Un deshollinador, auxiliado del cochero verdadero, que por este motivo había sido colocado a su lado, conducía el carruaje del duelo, en tanto que un marmítón, igualmente provisto de las luces y la experiencia del conductor oficial, guiaba el coche fúnebre. Algunos instantes después se agregó al cortejo un barquero dueño de un oso muy conocido en la Cité, y su animal, cuyo pelaje negro y sucio parecía sacado de los almacenes de la oficina mortuoria, fué la única figura formal que se encontraba entre la multitud. El desordenado cortejo siguió su marcha bebiendo, fumando, cantando, parodiando los lamentos y aumentándose cada vez más hacia una antigua iglesia



construída extramuros y dedicada a San Pancracio. Por último, llegó al término de su viaje, forzó las puertas del cementerio, y acabó por enterrar al difunto a su gusto y con alegre algazara.

Como la turba, después de disponer del muerto, tenía necesidad de nueva diversión, uno de sus más ingeniosos individuos, tal vez el que la había inspirado antes, concibió la chistosa idea de apoderarse de los transeuntes, acusarlos de espías de Old-Bailey y tratarlos como tales. Apenas se difundió tan luminosa idea, cuando unas veinte personas, que ni de vista conocían tal vez la antigua cárcel, fueron detenidas y maltratadas. De esta diversión al saqueo de las tabernas la transición era tan natural como fácil, y hacía ya algunas horas que los belicosos amotinados arrancaban rejas para convertirlas en armas y forzaban puertas, cuando corrió el rumor de que se acercaba una patrulla, y la multitud se dispersó como por encanto. Ferry Cruncher, digámoslo en su elogio, no había tomado parte en la diversión oficial. Después del entierro del cadáver, se quedó en el cementerio lamentando los excesos de la multitud delante de los conductores de los coches, y como le gustaba sin duda contemplar aquella morada de descanso, encendió la pipa y examinó las paredes y las puertas con una atención digna de un arquitecto.

—Has visto a ese Roger Cly —dijo hablando para sí—, le has visto por tus propios ojos, y recuerdas que era joven, robusto y bien formado.

Meditó por algunos momentos, y se alejó para llegar a la puerta de Tellstone cuando cerrasen el despacho; pero sea que sus meditaciones hubieran excitado su bilis, sea que hacía algunos días estuviera descontento de su salud, o que no tuviese otra intención que la de presentar sus respetos a un hombre de mérito, entró al volver en casa de su médico, que era uno de los operadores más distinguidos de Londres.

El hijo de Cruncher entregó al autor de sus días el puesto que interinamente ocupaba hacía algunas

horas, declarando, sin embargo, que no había producido ningún beneficio desde la ausencia del propietario. No tardaron en salir los viejos dependientes, se cerró el despacho, y los dos Ferry, padre e hijo, entraron en su casa para tomar el té. X

—Sé dónde está —dijo al entrar el tío Cruncher a su esposa—, y si por desgracia se frustra el negocio, tendrás tú la culpa, porque estaré seguro de que has excitado el cielo contra mí.

La pobre mujer movió la cabeza con desaliento.

—¿Te atreves a hacerlo en mis barbas? —repuso el tiránico Cruncher con cierta inquietud.

—No he dicho nada.

—No dices nada, pero piensas al menos, y si es contra mí, lo mismo me da que sea de una manera que de otra. No quiero rezos ni meditaciones ¿Oyes?

—Sí, Ferry.

—¿Qué contestación! —dijo éste sentándose delante de su taza—. Sí, Ferry; eso es muy fácil de decir.

El marido no daba a estas palabras ninguna significación particular; era únicamente una manera irónica de expresar su mal humor, como hacen otros muchos maridos en iguales circunstancias.

—Te creo —continuó tragando con esfuerzo un bocado de torta—, te creo; haces bien en no decir no.

—¿Saldrás esta noche? —preguntó tímidamente su mujer cuando Cruncher acabó de engullirse otro bocado.

—Sí, saldré.

—¿Queréis que os acompañe? —dijo el muchacho acercándose a su padre.

—No, no puedes venir; tu madre lo sabe muy bien. Voy a pescar.

—¿A pescar? ¿Cómo vais a pescar si tenéis la caña rota y sin punta los anzuelos?

—Eso no es cuenta tuya.

—¿Traeréis pescado?

—¿Quién sabe! Si la pesca no es buena, la comida será corta mañana —dijo el padre moviendo la cabeza— Y chitón, que no me gustan las preguntas.

Durante todo el resto de la velada el tío Cruncher tuvo los ojos clavados en su mujer, y la obligó a tomar parte en la conversación para impedir que rogase al cielo contra el buen éxito de su empresa. Mandó a su hijo que le secundase en sus esfuerzos, y atormentó cruelmente a la pobre mujer, insistiendo en las faltas que podía reprehenderle y no queriendo dejarla un minuto de reflexión. El tío Cruncher se parecía a un indiferente que no creyese en el alma y tuviera miedo a los duendes.

—Recuerda bien lo que voy a decirte —continuó Cruncher—; mañana has de obedecerme, pues de lo contrario me oirán los sordos. Si me favorece la suerte y traigo un pedazo de carne, quiero que comas y no me des por excusa que te basta el pan seco; y si, como honrado comerciante, puedo comprar cerveza, no me vengas con la sempiterna cantinela de que sólo bebes agua. Cuando vayáis a Roma, seguid la costumbre de Roma, y yo soy para ti Roma y la costumbre. Cuando pienso en la tenacidad con que desprecias el origen de nuestro sustento, me admiro de que no hayamos ido a parar al cementerio muertos de hambre, mujer sin corazón. Contempla a tu hijo, y mira qué flaco está y acabado. Ahora bien; el primer deber de una madre es engordar a sus hijos.

Así transcurrieron algunas horas hasta que el niño Ferry fué a acostarse. Su madre, invitada, en términos nada corteses, a imitar su ejemplo, no tardó en obedecer, y el jefe de la familia fumó varias pipas hasta el momento de ponerse en camino para su expedición. A la una menos cuarto se levantó, abrió un armario y sacó un saco, una azada, una palanca de hierro, una cuerda, una cadena y diversos instrumentos de la misma clase. Cargóse con destreza estos objetos, miró a su esposa con inquietud, apagó la luz y salió de casa.

El muchacho, que no dormía y se había acostado vestido, se levantó también y siguió a su padre. A favor de las tinieblas bajó la escalera, cruzó el patio y se encontró en la calle, sin cuidarse de saber cómo

volvería: la casa estaba llena de inquilinos, y ni aun por la noche se cerraba la puerta. Impelido por el noble deseo de averiguar y estudiar la profesión de su padre, el muchacho se deslizó a lo largo de las paredes y no perdió de vista al honrado comerciante, el cual se dirigió hacia el Norte y no tardó en reunirse con otro discípulo de Isaac Walton.

Los dos pescadores seguían juntos su camino, y media hora después habían burlado la vigilancia del último *watchman* y se encontraban en un camino solitario. Reunióse con ellos otro pescador, y lo verificó con tanta rapidez y con tan poco ruido, que parecía que uno de los dos se había duplicado. Los tres pescadores, seguidos del pilluelo, se pararon debajo de una pared de ladrillos que terminaba en una verja de hierro. La pared tenía unos ocho o diez pies de elevación. Lo primero que llamó la atención del muchacho, que estaba tendido boca abajo en el suelo para permanecer en la sombra, fué la figura de su honrado padre que escalaba la verja; los otros dos le siguieron, y después de detenerse un momento, sin duda para escuchar, se arrastraron sobre las manos y rodillas. El muchacho se acercó entonces a la verja.

Cuando se hubo encaramado reprimió el aliento, se acurrucó en un rincón, y mirando al través de los barrotes vió a los tres hombres arrastrarse por la hierba de un cementerio, cuyas tumbas, vagamente alumbradas por la luna, parecían una legión de fantasmas dominadas por la iglesia, parecida también al espectro de un gigante monstruoso. Cuando llegaron al sitio que buscaban, los tres hombres se pusieron en pie y empezaron a pescar con la azada, asombrando al pilluelo con el celo que desplegaban en aquella pesca tan misteriosa. Los campanarios de la ciudad hicieron oír entonces su voz de metal que anunciaba las dos, y el niño huyó aterrado; pero el deseo que tenía hacía tanto tiempo de averiguar la profesión nocturna de su padre le detuvo y le hizo volver atrás.

Cuando el muchacho se colocó otra vez en su ob-

servatorio, los tres hombres continuaban pescando con ardor, y parecía que habían dado con un pescado muy importante, porque estaban inclinados sobre el borde de la huesa, y atraían con fuerza un objeto pesado que apareció por fin en la superficie de la tierra. Aunque el muchacho adivinó qué objeto era aquél, el espectáculo era tan nuevo e inesperado, que cuando vió que su padre se disponía a abrir el ataúd fué tal su terror, que huyó precipitadamente sin detenerse hasta haber corrido más de una milla; y a no ser por la necesidad de tomar aliento, es probable que no hubiera cesado de correr hasta llegar a su casa.

El desdichado creía que le perseguía el ataúd; le veía continuamente a pocos pasos, que le alcanzaba que le cogía por el brazo, y al mismo tiempo, a impulso del miedo que ponía ojos en su cuerpo, el infernal ataúd saltaba delante de él, salía de los caminos, de las alamedas, de las calles, de los rincones, detrás de las esquinas, tropezaba con las puertas, rozaba con las paredes, y tomando una forma humana, parecía encogerse de hombros y hacer muecas en la sombra. El pobre niño tenía razón de creerse medio muerto cuando llegó a la puerta de su casa; pero el odioso ataúd que le perseguía aún, subió por la escalera, entró en su cuarto, se coló entre las sábanas, y dando el último salto, volvió a caer sobre el pecho del muchacho cuando éste cerró los ojos. Al amanecer despertó de su pesadilla con las voces que daba su padre en el aposento inmediato.

La empresa había tenido mal éxito; así lo presumió al menos el muchacho cuando vió al tío Cruncher que arrastraba a su mujer por las orejas y le decía:

—Quien me la hace, me la paga.

—¡Ferry! —exclamaba la infeliz con voz suplicante.

—¿Por qué te empeñas en hacer frustrar todas mis empresas? ¿Quieres mi ruina y la de mis socios? Tu deber es respetarme y obedecerme... ¿No lo sabes?

—Hago todos los esfuerzos para ser buena esposa —respondió ella llorando.

—¿Es ser buena esposa impedir que me gane la

vida? ¿Es honrarme el despreciar mi comercio? ¿Es obedecerme el poner obstáculos a todas mis empresas? Sin embargo, habías jurado ser sumisa y respetuosa.

—En aquella época, Ferry, no tenías aún ese horrible oficio.

—¿Y qué te importa? Bastante tienes que hacer con tus obligaciones para que te mezcles en lo que hago o no hago. Una mujer que cumple como es debido con sus deberes no se mete en el oficio de su marido. Dices que eres devota, y preferiría otra que no lo fuese. Tanto caso haces de tus deberes como la piedra de un palo, y veo que se necesita un martillo para hacer que penetre en tu cabeza el sentimiento de tus obligaciones.

Después de esta filípica, pronunciada en voz baja, el honrado comerciante se quitó las botas, llenas de barro hasta media pierna; se reclinó en el suelo, y apoyando la cabeza en sus manos, manchadas de tierra y orín, no tardó en quedarse profundamente dormido.

No hubo pescado para el almuerzo, que fué excesivamente frugal. El tío Cruncher estaba de tan pésimo humor, que puso a un lado la cobertera de la marmita para arrojársela a la cabeza a su pobre mujer si ésta manifestaba la menor tendencia a provocar sus iras. Sin embargo, se lavó, cepilló y vistió como lo hacía todos los días, y salió de casa para ir a ocupar su puesto en la puerta de Tellson. El muchacho seguía a su padre con el banquillo debajo del brazo, en medio de los transeuntes que inundaban las calles; pero se diferenciaba sobremanera del pilluelo aterrado que la noche anterior corría entre las sombras perseguido por un fantasma.

La claridad del día le había restituído su malicioso descaro; sus terrores se habían desvanecido al mismo tiempo que las tinieblas; y es probable que desde este doble punto de vista no dejaba de tener compañeros en la buena ciudad de Londres.

—Padre —dijo el astuto muchacho colocándose a

respetuosa distancia del autor de sus días y escudándose con el banquillo—, ¿qué es un desenterrador?

—¿Qué se yo? —dijo Cruncher parándose en la acera.

—Creía que lo sabíais —repuso el muchacho.

—Un desenterrador —respondió Ferry Cruncher quitándose el sombrero para dar más libertad a sus cabellos— es un comerciante como otro cualquiera.

—¿Qué género de comercio hace?

—Un comercio... de objetos artísticos —dijo Cruncher rascándose la cabeza.

—Vende cadáveres, ¿no es verdad? —continuó el pilluelo.

—Tal vez.

—Padre, cuando sea grande me haré desenterrador.

El tío Cruncher, aunque lisonjeado con el deseo de su heredero, movió la cabeza como los moralistas, y dijo con tono sentencioso:

—Eso dependerá de tus disposiciones y del desarrollo que sepas darles. Es preciso que cultives tu inteligencia y tengas cuidado de no hablar con nadie, sino para decir las cosas verdaderamente indispensables. En cuanto a la destreza que exige ese comercio, veo desde ahora que eres apto para desempeñarlo dignamente.

El muchacho, encantado con este elogio paternal, corrió a colocar el banquillo junto a la puerta de la casa de Tellstone y Compañía, mientras su padre decía para sí:

—Ferry, honrado comerciante, puedes esperar que tu hijo será el consuelo de tu ancianidad y te indemnizará de lo que te hace padecer su desnaturalizada madre.

## CAPITULO XV

## LA SEÑORA DEFARGE HACE CALCETA

LA tienda de Defarge se había abierto más temprano que los demás días. Desde las seis de la mañana pálidos rostros pegados a las rejas de la ventanas habían visto en el interior de la taberna otras caras macilentas inclinadas sobre sus vasos. Defarge despachaba siempre un vinillo de infimo precio hasta en los años de abundante cosecha, pero nunca había sido tan malo como en aquella época: era una bebida indescriptible, agria y sobre todo irritante, a juzgar por el mal humor que infundía a los que la saboreaban. Ninguna llama báquica salía del zumo de vid que vendía Defarge, pero ocultaba en las heces de sus cubas un fuego siniestro que ardía y abrasaba. Hacía tres días que la tienda del tabernero se llenaba al amanecer, y a decir verdad parecía que se iba allí, más que a beber, a hablar de asuntos graves. La mayor parte de los individuos que saludándose en voz baja habían entrado en la taberna desde que abrieran la puerta, no hubieran podido dejar un ochavo en el mostrador para beber, y sin embargo se interesaban tanto por el objeto de la reunión como los que bebían, y pasando de una mesa a otra recogían palabras en vez de vino y las escuchaban con atención.

A pesar de tan inusitada concurrencia de parroquianos, no se hallaba en la tienda el amo de ella; pero nadie echaba de menos su presencia, nadie preguntaba por él, ni le buscaba siquiera con la mirada. Ninguno de los que cruzaban la puerta se admiraba de ver a la señora Defarge presidiendo la distribución de los vasos, al lado de una taza llena de monedas de cobre, torcidas, sucias, y cuya efigie primitiva estaba tan borrada como la efigie humana que las había sacado del bolsillo.

Los espías, que algunas horas después se introdujeron



en la taberna de Defarge como lo hacían en todas partes, desde los salones de Versalles hasta los calabozos, sólo vieron en todos los semblantes un aspecto indiferente o distraído. Los jugadores de naipes eternizaban las partidas, y los demás construían torres con los dominós, o trazaban cifras con la punta del dedo en las mesas manchadas de vino. La señora Defarge, apoyada en su mostrador, dibujaba el patrón de sus mangas con la punta del mondadientes, y veía con los ojos bajos cosas invisibles para los concurrentes. Así transcurrió la primera parte del día. Dieron las doce y entraron dos viajeros en el arrabal de San Antonio. El uno de ellos era Defarge y el otro un caminero, que se distinguía por su gorro azul y por estar cubierto de polvo. Dirigiéronse a la taberna: pero el rumor de su llegada, esparciéndose de calle en calle, había encendido en el arrabal un fuego interior que se revelaba en puertas y ventanas por rostros inflamados. Sin embargo, nadie les siguió, y cuando entraron en la tienda ninguno de los parroquianos les dirigió la palabra. Pero habiéndoles dado Defarge los buenos días, todas las lenguas se desataron y devolvieron el saludo.

—Mal tiempo, señores —dijo el tabernero sacudiendo la cabeza.

Cada cual miró al que tenía al lado, bajó los ojos y se sentó en silencio. Entonces se levantó un individuo y salió de la taberna.

—He hecho una gran parte del camino con este buen hombre, que se llama Juan —continuó el tabernero dirigiéndose a su mujer—. Le he encontrado por casualidad a unas veinte leguas de París. Dale de beber, porque tiene sed y es un excelente compañero de viaje.

Se levantó otro individuo y salió mientras la tabernera entregaba un vaso lleno al recién llegado. El caminero se quitó el gorro azul, saludó a los circunstantes y se bebió de un trago el vinillo de Defarge. Sacó después de la blusa un pedazo de pan moreno, y mientras comía y bebía, otro individuo se levantó y desapareció como los anteriores. Defarge necesitaba también tomar un refrigerio; pero como el vino no era para él fruta vedada, bebió muy poco en comparación del campesino, y permaneció en pie

esperando que éste acabase su almuerzo. Nadie le miraba, y él no miraba a nadie, ni aun a su mujer, que había tomado otra vez su calceta.

—¿Has acabado? —preguntó al caminero cuando dió éste fin al pan.

—Sí —respondió el aldeano.

—Pues sígueme; ven a ver tu cuarto.

Salieron de la tienda, se dirigieron al patio, subieron una escalera pendiente y sucia y se encontraron en la guardilla donde vimos en otro tiempo al hombre de cabeza canosa que hacía zapatos. El anciano no estaba allí; pero se hallaban reunidos los tres individuos que habían salido de la taberna aisladamente, y la única relación que tenían con el zapatero consistía en que eran los mismos que miraban por las rendijas de la pared en el momento que la señorita Manette iba a buscar al antiguo cautivo. El tabernero cerró la puerta con cuidado y dijo en voz baja:

—Juan primero, Juan segundo, Juan tercero, este es el testigo a quien había dado cita. Yo, Juan cuarto, le suplico que os diga todo lo que ha visto y todo lo que ha podido saber. Habla, Juan quinto.

—¿Por dónde comenzaré, señor? —preguntó Juan quinto enjugándose la frente con el gorro azul.

—Por el principio —respondió Defarge.

—Le ví entonces, señores —dijo Juan quinto—, hace trece meses; estaba colgado debajo de la carroza y sostenido por la cadena. Era la hora de dejar el trabajo, el sol iba a ocultarse, y el carruaje del Marqués subía lentamente el cerro, arrastránlole en esta posición.

El caminero repitió la pantomina que había ejecutado delante del Marqués, y que necesariamente había perfeccionado, porque hacía trece meses que era la única distracción de la aldea.

—¿Le conocías? —preguntó Juan primero al testigo.

—No —respondió el caminero recobrando la perpendicular.

—¿Cómo pudiste conocerle? —dijo Juan segundo.

—Por su elevada estatura —repuso el aldeano tocándose la punta de la nariz con el dedo índice de la mano

derecha—. Cuando el Marqués me preguntó cómo era. Alto como un fantasma, le respondí.

—Debías haber respondido que era pequeño como una bota —dijo Juan segundo.

—¿Qué sabía yo? —repuso el caminero—. Estaba hecho. Advertid además que no fui yo el que se ofreció a declarar. Me hallaba cerca de la fuente, el Marqués sacó la mano por la portezuela, y dijo señalándome: “Gabelle, haz que se acerque ese rústico.” Ya veis, señores, que no tenía más remedio que obedecer.

—Tiene razón —dijo Defarge a Juan segundo—. Continúa, Juan quinto.

—¡Bien! —dijo el aldeano con aire misterioso—. Aquel hombre estaba fugitivo, pero le buscan. ¿Cuánto tiempo? Nueve meses... diez... once...

—No importa —dijo el tabernero—, pero le descubrieron: continúa.

—Trabajaba aún en el mismo sitio; el sol iba a ocultarse como la primera vez, y recogía mis instrumentos para bajar a la aldea a descansar; cuando he aquí que levanto los ojos y veo que unos soldados subían por el camino. Eran seis, y en medio de ellos distingo un hombre, buen mozo, que llevaba los brazos atados... así...

El aldeano, por medio de su indispensable gorro, representó a un hombre atado de codos por la espalda.

—Me aparto a un lado, detrás de un montón de piedras, para ver a los soldados y al preso, porque el camino está tan desierto que distrae ver pasar algún viajero de vez en cuando. Se iban acercando, y como os decía no ha mucho, eran seis soldados con el buen mozo. Los siete me parecían casi negros, a excepción del lado donde se ocultaba el sol, que parecía de color rojo. Sus sombras se prolongaban sobre la pendiente, y se hubiera dicho que eran sombras de gigantes. Después ví que estaban cubiertos de plomo, y que el del camino se levantaba en torno de ellos a cada paso que daban. ¡Plan! ¡Plan! ¡Plan! Estoy seguro de que los oían desde la aldea. Finalmente, cuando llegaron adonde estaba yo parado conocí al preso, que me conoció también. ¡Pobre muchacho! ¡Qué contento hubiera estado si le hubiese sonducido de arriba

abajo como cierta tarde que le encontré casi en el mismo sitio!

El caminero parecía hallarse aún allí, y era evidente que la escena cuyos detalles explicaba se presentaba a sus ojos.

—Como podéis figuraros —prosiguió—, no hice ver a los soldados que conocía al preso, y él hizo lo mismo; pero con la mirada nos dijimos el uno al otro que nos habíamos conocido. “¡Alerta, muchachos!”, dijo el jefe a los soldados señalándoles la aldea. La tropa estrechó las filas para obedecer a su jefe, y yo les seguí con los instrumentos sobre el hombro. Las cuerdas apretaban tanto al preso, que tenía los brazos hinchados; sus zapatos le pesaban y le hacían cojear, y como esto le impedía andar, le empujaban por la espalda con las culatas de los fusiles, haciéndole caer dos veces. Les era preciso pararse entonces, pero los soldados se reían y le ayudaban a levantarse. ¡Si le hubiérais visto entonces! Tenía toda la cara ensangrentada y cubierto de polvo, y como no podía enjugarse, porque tenía las manos atadas, parecía un condenado en vida. Llegaron por fin a la aldea, y todo el mundo corrió para verlos. Pasaron cerca del molino, llegaron al cerro, y se dirigieron a la cárcel, cuya puerta se abrió... y se lo tragó.

El caminero abrió la boca de a palmo y volvió a cerrarla, haciendo rechinar los dientes.

—Continúa, Juan —dijo Defarge.

—Toda la aldea —repuso el caminero bajando la voz y alzándose sobre la punta de los pies—, toda la aldea volvió a la fuente, donde cada cual emitió su parecer: después todo el mundo se fué a acostar y soñó con aquel desdichado que habían metido en la cárcel, de donde no debía salir más que para ser ahorcado. A la mañana siguiente, cuando salí a trabajar, di un rodeo y pasé por delante de la cárcel. Estaba allí, con su pobre rostro ensangrentado y cubierto de polvo, pegado a los barrotes de hierro. Llevaba aún los brazos atados, y no pudo hacerme ninguna seña, pero sus ojos fijos me miraron como lo hubiera hecho un cadáver.

Los tres Juanes' y el tabernero escuchaban este relato con ademán sombrío y dirigiéndose miradas, en las que se revelaban el odio y la sed de venganza. Por lo demás, su rostro estaba tranquilo y su actitud era severa y llena de autoridad. Dos de estos jueces implacables estaban sentados sobre un jergón con la barba apoyada en una mano y mirando al aldeano, y Juan tercero, no menos atento, estaba arrodillado detrás de ellos acariciándose con sus crispados dedos sus labios pálidos, en tanto que Defarge, en pie entre los jueces y el testigo, que había colocado cerca de la ventana, miraba altivamente al caminero y al tribunal.

—Continúa, Juan —dijo después de un momento de silencio.

—Estuvo allí más de una semana —dijo el campesino del gorro azul—. Toda la aldea tenía miedo y no se atrevía a acercarse, pero le miraban desde lejos; y al anochecer, cuando terminado el jornal nos reuníamos en la fuente, todos volvíamos la cabeza hacia la cárcel. Ya os podéis figurar cuánto se charlaría allí: unos decían en voz baja que no sería ejecutado, y que se habían hecho exposiciones en las que se probaba que se había vuelto loco desde la muerte de su hijo, y hasta añadían que una de las exposiciones había llegado a manos del rey. Yo no sé lo que hay de cierto sobre este punto; pues lo mismo puedo decir que era verdad como que era mentira.

—Sí, Juan; es cierto —dijo uno de los jueces—. Una de esas exposiciones fué presentada al rey y a la reina. Defarge la entregó un día exponiendo su vida y viéndose casi atropellado por los caballos del coche al tiempo de verificarlo. Nosotros cuatro vimos esa exposición en manos del rey.

—Sí, Juan —dijo el hombre que estaba arrodillado detrás de sus compañeros y que con su mano convulsiva se acariciaba la boca como si estuviese bajo el imperio de un hambre devoradora—; sí, Juan, y los guardias del rey de a pie y de a caballo rodearon al que entregó la exposición y le maltrataron. ¿Lo oyes, Juan? Le maltrataron.

—Está bien —dijo Defarge—; continúa, Juan quinto.

—Otros decían —prosiguió el narrador—, en las con-

versaciones de la fuente, que le habían traído a la aldea para darle muerte en el mismo lugar donde se cometió el crimen, y que indudablemente sería ejecutado, y hasta no faltaba quien aseguraba que habiendo asesinado al Marqués, y considerándose a éste como el padre de sus feudatarios, se le aplicaría la pena de los parricidas. Uno de los viejos de la aldea dijo que le pondrían un puñal en la mano derecha y se la quemarían toda; que después le harían en los brazos, en el pecho y en todo el cuerpo heridas, donde echarían aceite hirviendo, plomo derretido, resina, azufre y cera encendida, y que, finalmente, le arrancarían los miembros, descuartizándole con caballos. Aquel viejo decía que así se había hecho con un parricida que había atentado contra la vida de Luis XV. ¿Cómo podré decir si mentía cuando ni siquiera sé leer?

—¡No mentía... no! —dijo el que escuchaba arrodillado—. Oyeme, Juan, y no olvides lo que voy a decirte. Ese parricida se llamaba Damiens, y se cometieron con él todos esos horrores en pleno día, en medio de la calle. Entre la multitud que acudió para gozar con esos tormentos se notaban en gran número las mujeres de distinción, mujeres elegantes que permanecieron allí hasta el fin del suplicio, ¡hasta el fin, Juan! Era de noche; el desgraciado había perdido un brazo y dos piernas y aún respiraba... Finalmente, un domingo por la noche, cuando toda la aldea dormía, algunos soldados, no sé cuántos eran, bajan de la cárcel, se paran y se oyen sus fusiles resonar en las piedras de la calle. Algunos labradores cogen el azadón, he aquí que empiezan a cavar, mientras varios carpinteros cortan maderos y los soldados ríen y cantan; y tanto trabajaron, que al amanecer se elevaba cerca de la fuente una horca de cuarenta pies de altura.

Los ojos del caminero traspasaron el techo y alzó las manos como si hubiera visto la horca levantada.

—Nadie trabajaba, nadie llevaba los animales al campo, y todo el mundo estaba allí como podéis figuraros, hasta los bueyes. A las doce del día se oyó un tambor, y los soldados, que habían vuelto a la cárcel, bajaban con el reo. Llevaba aún los brazos atados por la espalda, y además una mordaza que le habría la boca hasta las

orejas y le hacía reír, o al menos lo parecía. En el extremo de la horca estaba el puñal con que había asesinado al Marqués; lo subieron hasta allí, y pocos momentos después su cuerpo colgaba al aire haciendo contorsiones.

Los cuatro Juanes se miraron, en tanto que el campesino se enjugaba el rostro con el gorro azul.

—Y lo más terrible —continuó el caminero— es que su cadáver está aún allí colgado. ¿Cómo queréis que vayan las mujeres a sacar agua? ¿Podremos reunirnos en torno de la fuente y hablar debajo del ahorcado? Cuando salí el lunes por la tarde se ocultaba el sol; continué andando toda la noche y toda la mañana del día siguiente hasta que encontré a este amigo; después seguimos nuestro camino juntos, ya a pie, ya en carruaje, y por último, acá estamos todos.

—Bien —dijo el primer Juan después de un instante de silencio—; eres un hombre honrado y has dicho la verdad. Haz el favor de salir y esperar fuera de la puerta algunos minutos.

Defarge salió con el campesino, que fué a sentarse en los primeros escalones; volvió después a la guardilla, y cuando entró los tres compañeros formaban un grupo y parecían estar en deliberación.

—¿Qué te parece? —preguntó el primero de los tres Juanes—. ¿Se han de apuntar?

—Sí —respondió el tabernero—; han de ser destruidos.

—¿La familia y el castillo?

—La familia y el castillo —repuso el tabernero—, exterminio completo.

—¿Estás bien seguro de que nuestro modo de llevar las cuentas no será algún día motivo de dificultades? —dijo Juan segundo al tabernero—. Es un lenguaje muy secreto, porque nadie sabe que exista; pero ¿podremos descifrarlo, o más bien será ella capaz de hacerlo?

—Juan —respondió el tabernero rigiéndose con orgullo—, mi mujer grabará de tal suerte en su memoria todas nuestras cuentas, que no perderá una sílaba. No temas; esa faja de punto de calceta que, según una com-

minación especial, forma una escritura, cuyos caracteres son fijos, no dejará de ser clara para la que la hace. Créeme; sería menos fácil al último de los cobardes salir de este mundo que borrar del punto de calceta de mi mujer una letra de su nombre o de la lista de sus crímenes.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, y no se habló más del asunto.

—Espero que enviaremos otra vez a ese campesino a su pueblo —dijo el tercer Juan—; es tan cándido que podría ser peligroso.

—No sabe nada relativo a los demás —respondió el tabernero—, y todo lo que podría decir sólo serviría para hacerle prender. No temáis, eso corre de mi cuenta. Le enviaré cuando convenga; quiere ver al rey, a la reina y toda la corte, y me propongo darle ese gusto el domingo.

—¡Cómo! —exclamó el hambriento—. ¿Puede contarse con un hombre que desea ver a la nobleza y al rey?

—Juan —respondió Defarge—, enseña leche a un gato si deseas que tenga sed, y pon un perro delante de su presa si quieres que algún día te la traiga.

Los cuatro Juanes no hicieron más observaciones y se dispusieron a bajar de la guardilla. En los primeros escalones encontraron al campesino, que se había dormido, y le aconsejaron que fuese a acostarse en el jergón. El buen hombre no se hizo repetir dos veces la invitación, y muy pronto quedó sumido en profundo sueño.

Hubiera sido difícil para un viajero de su clase encontrar en París una hospitalidad más lujosa y cómoda que la del tabernero, y a excepción del temor misterioso que le inspiraba la taberna, el género de vida que llevaba en casa de los Defarge era para el caminero tan agradable como nuevo; pero la dueña de la casa, sentada todo el día en la tienda, hacía tan poco caso de su presencia y parecía tan decidida a manifestar que ni siquiera reparaba en él, que el aldeano se estremecía siempre que sus ojos se fijaban, a pesar suyo, en aquella mujer impasible. ¿En qué estaba pensando? ¿Quién podría explicar lo que iba a imaginar ni lo que trataba de hacer?

—No dudo —decía para sí el campesino— que si se le



antojase afirmar que me había visto matar a un hombre. no vacilaría en nada y me vería ahorcado sin desplegar los labios.

Así, pues, cuando llegó el domingo, nuestro caminero no quedó muy satisfecho al ver que la señora Defarge le acompañaba a Versalles. ¿Cómo no había de turbarse teniendo a su lado en el coche público a aquella mujer, que sacó la media y principió a trabajar sin levantar la vista? ¿Cómo no había de desconcertarse más y más al encontrarla también a su lado entre la multitud, sin que la próxima llegada del rey pudiera distraerla de su sempiterno punto de calceta?

—¡Con cuánto afán trabajáis, señora! —le dijo uno de los que estaban a su lado!

—Tengo que trabajar mucho —respondió la señora Defarge.

—¿Puede saberse para qué destináis esas fajas de punto?

—Para muchas cosas.

—¿Qué cosas son esas?

—Sudarios.

El curioso se alejó de la taberna tan pronto como le fué posible, y el caminero experimentó un calor tan extraordinario, que se vió precisado a abanicarse con su gorro azul. Sin embargo, pocos momentos después le distrajo de su terror un espectáculo que tenía para él muchos atractivos. Aparecieron entonces en su carroza dorada el rey de robustas mandíbulas y la reina de hermoso rostro, seguidos de una multitud de brillantes señores y de damas risueñas y elegantemente ataviadas; de modo que al ver tantas alhajas, penachos, seda, esplendor, belleza, rostros desdeñosos y miradas insolentes, nuestro caminero sintió un vértigo de admiración y gritó en medio de su entusiasmo: “¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Vivan los nobles! ¡Vivan todos!”, como si nunca hubiera oído decir que existieran pobres Juanes.

Tanto miró aquellos jardines, aquellos patios, aquellas galerías, aquellas flores y aquellas fuentes, que después de contemplar al rey, a la reina y a toda su comitiva y de dar muchos ¡vivas!, acabó por llorar de admiración,

y durante las tres horas que duró este espectáculo no cesó de vitorear, tanto que el tabernero le contenía asiéndole de la blusa, como para impedir que se arrojase sobre los objetos de su culto y los hiciera pedazos.

—¡Bien! ¡Muy bien! —le dijo Defarge dándole golpes en el hombro—. Eres un buen muchacho.

Cuando volvió en sí el campesino principiaba a creer que tal vez se había equivocado y que sus manifestaciones habían sido una falta; pero Defarge le decía al oído:

—Has obrado bien, amigo mío; los hombres de tu carácter les hacen creer que esto durará mucho tiempo, y por lo tanto estarán más tranquilos y todo acabará más pronto.

—Es verdad —dijo el caminero con ademán pensativo.

—No sospechan nada esos locos orgullosos que te desprecian; darían la muerte a cien de tus iguales antes que a uno de sus caballos o de sus perros, pero creen lo que les dicen y no saben más. Continúa engañándoles, amigo mío, continúa; es preciso que la ilusión les ciegue.

La señora Defarge miró al caminero con expresión imperiosa e hizo una inclinación de cabeza afirmativa.

—¿Aplaudirás y llorarás siempre que la multitud grite? —le preguntó la tabernera.

—Es muy posible, señora.

—Si te enseñasen un montón de muñecas y te arrojasen sobre ellas diciéndote que las hicieras pedazos, ¿elegirías la más brillante?

—¡Sí, por cierto!

—Si te pusieran delante de una bandada de pájaros que no pudieran huir y te mandasen que los desplumaras en provecho tuyo, ¿exterminarías al que tuviese el plumaje más rico?

—Sí, sin vacilar.

—Pues has visto aquí magníficas muñecas y ricos pájaros —le dijo la tabernera indicándole el sitio por donde acababa de pasar la corte—; ya puedes volverte ahora a tu aldea.

## CAPITULO XVI

## LA TABERNERA SIGUE HACIENDO CALCETA

MIENTRAS la señora Defarge y su esposo volvían como buenos amigos al arrabal de San Antonio, un punto imperceptible cubierto con un gorro azul andaba entre las sombras y el polvo a lo largo de un camino interminable, y se dirigía hacia la comarca donde el castillo del Marqués oía murmurar las viejas encinas.

Las caras de piedra tenían ahora tantos ratos de ocio para prestar oído a los susurros de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que, buscando hierba para alimentarse y leña para calentarse, se extraviaban por las cercanías del inmenso patio, se imaginaban en su mente muerta de hambre que aquellas máscaras petrificadas no tenían la misma expresión. Circulaba un rumor por la aldea, rumor débil y extenuado como los que lo escuchaban, que en el momento de penetrar el puñal en el corazón del Marqués, el orgullo pintado en aquellas caras de piedra había sido reemplazado por una cólera mezclada de dolor, y que desde el día que el desdichado Juan pendía a cuarenta pies sobre la fuente, habían cambiado otra vez de expresión, tomando la de la crueldad satisfecha que seguían observando.

La que se asomaba sobre la ventana del aposento donde se había perpetrado el crimen tenía encima de la nariz dos arrugas aterradoras que todo el mundo reconocía y nadie había visto hasta entonces, de modo que en las raras ocasiones en que dos o tres aldeanos cubiertos de harapos se adelantaban para ver el rostro petrificado del Marqués, apenas un dedo huesoso lo designaba, cuando todos huían y se ocultaban entre el musgo y las malezas, tan gozosos como la liebre que encuentra un asilo en su fuga.

Castillo y cabañas, máscaras de piedra y esqueleto de

ahorcado, manchas sangrientas en las losas, agua pura en la fuente de la aldea, millares de toesas de terreno, toda una provincia, toda la Francia descansa en tinieblas en donde el espacio que ocupa se reduce el grueso de un cabello. Un mundo entero con todas sus pequeñeces está encerrado en la estrella que centellea, y lo mismo que la ciencia puede descomponer la luz y examinar cada uno de sus rayos, la inteligencia humana puede leer en el reflejo de nuestro planeta los actos, los vicios y las virtudes de los seres responsables que se mueven en su superficie.

Los esposos Defarge se dirigían en el carruaje público hacia las puertas de París a la claridad de las estrellas. Fué preciso como siempre detenerse en la barrera, y como siempre los faroles, apareciendo de pronto, se acercaron a proceder al examen con todo rigor. Defarge bajó del carruaje; conoció a uno o dos soldados de la guardia, y a uno de los agentes de policía, y era tan íntima su amistad, que le abrazó cordialmente. Cuando los Defarge, envueltos otra vez en las sombrías alas del arrabal de San Antonio, bajaron definitivamente de su vehículo, la esposa del tabernero tomó la palabra mientras buscaba su camino al través del lodo negruzco y las inmundicias, que cubrían la calle.

—¿Qué te ha dicho Juan de la policía? —preguntó a su marido.

—Lo único que sabía —respondió el tabernero—; se ha nombrado un nuevo espía para nuestro barrio, y tal vez haya algún otro, pero no ha podido decírmelo.

—¿Te ha dado las señas? —repuso la señora Defarge arrugando el entrecejo con expresión sombría—. ¿Qué hombre es ese?

—Un inglés.

—Mejor. ¿Cómo se llama?

—Barsad— respondió Defarge.

—Barsad —repitió la tabernera—. ¡Bien! ¿Y su nombre de pila?

—John.

—Bien, ¿Y cuáles son sus señas?

—Edad, unos cuarenta años; estatura, cinco pies, nueve pulgadas; cabellos negros; tez morena; el conjunto del

rostro más bien agraciado que feo; ojos hundidos; cara delgada, larga y pálida; nariz aguileña; fisonomía siniestra.

—El retrato es completo —dijo la tabernera—; lo apuntaré mañana.

La tienda estaba cerrada porque eran las doce de la noche, y los dos esposos entraron por una puerta interior. La señora Defarge se dirigió inmediatamente al mostrador, tomó las monedas que se habían recaudado en su ausencia, contó las botellas que quedaban, examinó los licores, comprobó el registro, apuntó varios artículos, hizo algunas preguntas al dependiente, y le envió por fin a acostarse. Vaciando después la taza que contenía los ingresos del día, colocó el dinero en una serie de nudos que hizo en el pañuelo con objeto de llevárselo a su aposento para mayor seguridad. Defarge se paseaba en tanto de un extremo a otro de la tienda con la pipa en la boca y admiraba las acciones de su esposa, pero sin intervenir en ellas. Es forzoso añadir que así pasaba la vida, sin ocuparse del comercio ni de sus negocios domésticos.

La noche era cálida, el aire abrasador; se exhalaban miasmas infectos de las paredes, y la taberna, cuyas ventanas estaban cerradas, contenía una atmósfera tan nauseabunda que asfixiaba. El aparato olfatorio de Defarge no era muy delicado, pero su vino tenía más hedor que sabor, lo cual sucedía también con el aguardiente y el ron que vendía, y sofocado por esta mezcla de olores inmundos, los rechazó lanzando con fuerza el humo que le llenaba la boca, y dejó la pipa sobre la mesa. Su mujer alzó los ojos y le preguntó sin dejar su tarea:

—¿Estás cansado? Es el olor de todos los días; aquí no hay otro.

— En efecto —dijo el marido—, estoy un poco cansado.

—Y no menos abatido —repuso la mujer, cuya mirada no estaba tan absorta en sus cuentas que dejase de dirigirse de vez en cuando hacia Defarge—. ¡Oh! ¡los hombres! ¡Los hombres!

—Pero, querida mujer...

—No hay pero que valga —dijo la tabernera interrumpiéndole y moviendo la cabeza con precipitación—; te lo conozco, te acobardas.

—¿Y por qué no? —dijo el tabernero con decisión—. ¡Hace tanto tiempo que dura esto!

—¿Tanto tiempo? —repuso su mujer—. La venganza es tardía en preparar sus medios, y exige tiempo... mucho tiempo. ¿Quién lo ignora?

—¡Se necesita tan poco para aniquilar a un hombre! —dijo Defarge.

—¿Cuánto se necesita para formar la tempestad?— preguntó la tabernera con calma.

Defarge alzó los ojos con ademán pensativo.

—Un terremoto puede tragarse una ciudad en menos de algunos minutos —continuó la mujer sin conmoverse—, y ¿cuánto tiempo se ha necesitado para preparar la catástrofe?

—Siglos tal vez —murmuró el tabernero.

—Pero cuando llega la hora, la tierra estalla y no queda vestigio de lo que existía antes. Hasta entonces todo se preparaba sin descanso, aunque nadie pudo verlo ni oírlo. Esto debe sostenerte y consolarte.

Y estrechando el nudo del pañuelo, sus ojos centellearon como si hubiera ahogado a un enemigo.

—Te aseguro —continuó tendiendo la mano para dar más fuerza a sus palabras—, te aseguro que a despecho del tiempo que tarda en llegar va acercándose la hora de la justicia. Mira en torno tuyo, examina el rostro de los que conoces, y verás el descontento y la rabia que fermentan y crecen de día en día en el corazón del pueblo oprimido. ¿Puede durar este estado? No, no; tu desaliento me inspira lástima y vergüenza.

—No lo dudo, mujer animosa y heroica —dijo el tabernero, que, en pie delante del mostrador, la cabeza baja y las manos cruzadas a la espalda, se parecía a un discípulo sumiso que tiembla ante su maestro—, pero está muy lejano ese día. ¿Es posible que llegue antes de nuestra muerte?

—¿Y qué importa? —preguntó la tabernera estrechando otro nudo como si hubiese ahogado a otro enemigo.

—En ese caso —repuso el marido encogiéndose de hombros con una expresión en que la queja se unía a la excusa—, en ese caso no veremos el triunfo.

—¿Y quién lo habrá preparado? —preguntó la señora Defarge con ademán enérgico—. Nada de lo que hagamos quedará perdido. Creo firmemente que tomaremos parte en la victoria; pero si estuviera persuadida de lo contrario y tuviera en mis manos el cuello de un aristócrata, de un noble, lo...

Y apretó los dientes e hizo otro nudo con rabia.

—Tampoco yo retrocedería ante ningún peligro —repuso el tabernero avergonzándose, al considerar que su mujer le acusaba de cobarde.

—Lo creo; pero necesitas estar cara a cara de tu víctima y ver la ocasión para sostener tu valor, y eso es debilidad. Saca las fuerzas de tí propio, cualesquiera que sean las circunstancias, y cuando llegue el momento sé un tigre, un demonio; pero tigre y demonio estén hasta entonces encadenados, y dispuestos siempre a acometer sin que nadie sospeche su existencia.

La tabernera descargó un golpe sobre el mostrador con el pañuelo lleno de dinero para apoyar sin duda sus palabras, y colocándose después debajo del brazo, hizo observar con acento tranquilo que era ya hora de acostarse.

La señora Defarge ocupaba a la mañana siguiente su sitio ordinario haciendo calceta con afán. Véase a su lado una rosa, a la cual dirigía de vez en cuando una mirada con el aire distraído que tenía casi siempre, y se encontraban dispersos por la tienda algunos parroquianos, bebiendo o no, sentados unos y otros de pie. Hacía un calor excesivo, e innumerables moscas, que llegaban en sus peligrosas excursiones hasta los vasos puestos junto a la tabernera, encontraban la muerte en el fondo. Su desgracia no producía la menor impresión a las demás moscas que desde fuera las miraban con suprema indiferencia, como si ellas fueran elefantes o animales muy diferentes de la clase de las difuntas, hasta el momento en que participaban de su desgraciada suerte. ¡Qué poca reflexión tienen las moscas! Pero es probable que en aquel día abrasador no reflexionaban mucho más en la Corte.

Un hombre cruzó la puerta y proyectó sobre la señora Defarge una sombra, en la cual reconoció un nuevo parroquiano. Dejó, pues, la calceta en el mostrador, y antes

de volver el rostro hacia el que acababa de entrar, se colocó la rosa en la cabeza. Esta acción no tenía nada de particular; pero desde el momento en que la señora Defarge se puso aquel adorno, se cesó de hablar en la taberna, y todos los que se hallaban en ella fueron saliendo uno tras otro a la calle.

—¡Buenos días, señora! —dijo el nuevo parroquiano.

—¡Buenos días, caballero! —respondió la señora Defarge que, volviendo a tomar la calceta, dijo para sí: Cuarenta años, cinco pies nueve y pulgadas, cabellos negros, moreno, ojos hundidos, cara larga y pálida, nariz aguileña, expresión siniestra; éste es... —¡Buenos días! ¿Qué deseáis tomar?

—Tened la bondad de mandar que me sirvan una copa de *cognac* y un vaso de agua fresca.

La señora Defarge le sirvió con la mayor amabilidad.

—Este *cognac* es precioso, señora.

Los licores del tabernero eran por vez primera objeto de semejante obsequio; pero la señora Defarge sabía que la lisonja encerraba una falsedad, con la cual quería granjearse el espía su amistad para arrancar un secreto. La tabernera respondió, sin embargo, que su licor podría ser bueno, pero que no era precioso, y continuó trabajando con mayor ahinco. El nuevo parroquiano la observó durante algunos momentos, se aprovechó de la ocasión para examinar la tienda, y volviendo a fijar su mirada en la dueña de la casa le dijo:

—Hacéis calceta con mucha habilidad.

—Es efecto del hábito —respondió la tabernera.

—¡Lindo dibujo!

—¿Os gusta? —dijo ella sonriendo.

—Es de un gusto perfecto. ¿Puede saberse para qué destináis esa faja?

—Es un pasatiempo —dijo la tabernera, que le miró sonriendo mientras sus dedos trabajaban con agilidad.

—¿No servirá para nada tan preciosa obra?

—¿Quién sabe? Es posible que más adelante sirva si la hago bien —continuó la tabernera respirando con fuerza e inclinando la cabeza con cierta coquetería—; es probable que sirva.



No podía negarse que una rosa en la cabeza de la señora Defarge era altamente antipática en el arrabal de San Antonio, si hemos de juzgar por el efecto que producía. Dos hombres acababan de entrar, e iban a pedir vino, cuando al ver la flor balbucieron, se acercaron a la puerta para ver si alguno de sus amigos venía, y desaparecieron. No se encontraba ya en la taberna ninguno de los que estaban allí antes que la señora Defarge se hubiera puesto la rosa, y aunque el espía observaba con atención, no había sorprendido entre los fugitivos ninguna señal de inteligencia; habían salido uno tras otro como distraídos y con actitud indiferente.

—John —pensó la señora Defarge examinando las hileras de puntos que acababa de hacer sin cesar de trabajar; y mirando al espía, murmuró para sí—: Espérate un momento y habré hecho las letras que componen tu apellido: Barsad.

—¿Sois casada, señora? —repuso el inglés.

—Sí, señor.

—¿Con hijos?

—No los he tenido nunca.

—El comercio no prospera mucho, según creo.

—Va muy mal. ¡Está tan pobre el trabajador!

—¡Oh! Sí, muy pobre. ¡Se le oprime tanto..., como decís con mucha razón!

—Vos lo decís —replicó la tabernera, añadiendo al nombre de Barsad algunos puntos de un dibujo particular, que no presagiaban nada bueno al que los provocaba.

—Perdonad, señora; es cierto que he sido yo quien ha proferido esas palabras, pero no he hecho más que expresar vuestra opinión, porque pensáis así.

—¡Yo! —exclamó la tabernera alzando la voz—. Mi marido y yo tenemos bastante con nuestros negocios para que podamos pensar en los ajenos. Nuestra opinión, nuestras ideas, nuestra ocupación continua, se reducen a saber cómo hemos de ganarnos el sustento; y como lo pasamos con apuros, nunca nos acordamos de las penas de los demás. Bastante hacemos con sufrir las nuestras con paciencia.

John Barsad, que había ido a la taberna para recoger las migajas que esperaba encontrar, supo reprimirse y disimular el efecto que le producía su desengaño. Su rostro siniestro tomó por el contrario una expresión risueña, y con el codo apoyado en el mostrador, continuó hablando con el tono más amable, mientras se mojaba los labios con el precioso licor.

—¡Qué desgracia ha sido para todo el barrio la ejecución de Gaspar! —dijo suspirando tristemente.

—Eso y mucho más debe esperar el que juega con puñales —respondió la tabernera—. Gaspar sabía de antemano lo que iba a perder en el juego, la puesta era crecida, no podía ignorarlo.

—Creo —dijo Barsad en voz baja y con un tono que invitaba a la confianza —que todo este barrio compadece al pobre muchacho, y sea dicho en secreto, está enojado contra los que le han hecho ahorcar.

—¿Será cierto? —dijo la señora Defarge manifestando sorpresa.

—¿Creéis que me equivoco?

—Aquí está mi marido.

En el momento que el tabernero entró en la tienda Barsad se llevó la mano al sombrero, y le dijo sonriendo.

—¡Buenos días, Juan!

El tabernero se paró bruscamente y miró al extranjero con sorpresa.

—¡Buenos días, Juan! —repitió el espía con menos desembarazo, porque le imponía la mirada del tabernero.

—Me tomáis por otro, caballero —dijo éste—; me llamo Esnesto Defarge.

—No importa —dijo el espía desconcertado—, no por eso dejo de saludaros.

—Buenos días —respondió Defarge con desdén.

—Decía a la señora, con quien tenía el gusto de estar en conversación cuando entrásteis, que en todo el arrabal, y esto nada tiene de extraño, se sentía compasión y hasta cólera por la desgraciada suerte del pobre Gaspar.

—No sé —dijo Defarge—; nadie me ha dicho una palabra de eso.

El tabernero pasó entonces detrás del mostrador, y apo-

yando la mano en el respaldo de la silla de su mujer, miró al extranjero, que estaba en pie delante de él. Barsad, que era muy hábil y astuto, conservó la actitud que había tomado, apuró la copa, bebió lentamente un sorbo de agua y pidió otra copa de cognac. La señora Defarge le sirvió inmediatamente, continuó trabajando y cantó entre dientes, mientras hacía mover las agujas.

—Veo que conocéis muy a fondo el barrio, mejor que yo mismo —dijo Defarge al espía.

—No tanto —respondió Barsad—; pero no tardaré en conocerlo, porque me interesa mucho por los desgraciados que lo habitan.

—No lo dudo —dijo el tabernero.

—El placer que tengo en hablar con vos, señor Defarge —prosiguió el espía—, me recuerda un acontecimiento en que tomásteis una parte muy activa

—¿Yo? —dijo Defarge con desconfianza.

—Sí, vos; he sabido que cuando fué puesto en libertad el doctor Manette, a quien servísteis en otro tiempo, os encargásteis de darle un asilo.

—Es cierto —dijo el tabernero.

Un ligero movimiento del codo de su mujer, que continuaba trabajando, había indicado al tabernero que era preciso responder a Barsad, pero con la mayor brevedad posible.

—Su hija hizo un viaje desde Inglaterra —prosiguió el espía—, y merced a vuestros cuidados pudo llevarse al doctor. ¿No la acompañaba un anciano muy aseado que llevaba un traje de color obscuro? ¿Cómo se llama? Era un anciano sonrosado, muy formal, con su peluca muy bien peinada... ¡Ah! Ya recuerdo; se llama Mr. Lorry, y era un comisionado de la casa de Banca Tellson y Compañía

—Todo eso es exacto —respondió Defarge.

—¿Qué recuerdos tan interesantes! —dijo Barsad—. He conocido al doctor y a su hija en Inglaterra.

—¿Y estaban buenos?

—¿Cómo es eso? ¿No tenéis noticias de ellos con frecuencia? —preguntó Barsad.

—No —respondió el tabernero.

—No las tenemos nunca —dijo la señora Defarge, que miró fijamente al espía—. Cuando llegaron a Londres la señorita Manette nos escribió para anunciarnos que no habían tenido novedad en el viaje, y recibimos después una o dos cartas; pero desde entonces han cesado completamente nuestras relaciones.

—En ese caso ignoraréis que va a casarse —dijo el espía.

—Es muy linda y hace mucho tiempo que podría estar casada —dijo la tabernera; —pero los ingleses sois tan fríos...

—¿Cómo sabéis que soy inglés?

—Os lo he conocido por el acento —respondió la señora Defarge.

El espía no quedó muy satisfecho de esta observación, pero lo tomó a broma, y añadió después de apurar la segunda copa.

—Sí, la señorita Manette se casa, pero no con un inglés; el novio es un francés que reside hace muchos años en Inglaterra. Y ya que hablábamos antes de Gaspar (¡es tan cruel pensar en ese desgraciado!), ¿no es extraño que la hija del doctor se case precisamente con el sobrino del personaje cuya muerte ha sido causa de que hayan ahorcado a ese infeliz? Pues es cierto; la señorita Manette se casa con el Marqués de Saint-Evremont. Debo añadir en honor de la verdad que no hace uso de su título, y que únicamente se le conoce en Londres con el nombre de Carlos Darnay. Su madre, como sabéis muy bien, se llamaba de soltera la señorita D'Aulnais.

La señora Defarge continuaba trabajando con ademán impasible; pero a su marido, por más que hacía esfuerzos para reprimirse, se le veía temblar la mano al encender la pipa, y no pudo disimular su turbación. El espía era muy diestro en su oficio para que dejase de advertirlo. Hecho este descubrimiento, Barsad pagó el gasto y se despidió de los Defarge, diciéndoles que tendría la satisfacción de verles con frecuencia.

Estos, temiendo que retrocediera, conservaron durante algunos minutos la actitud en que les había dejado.

—¿Será posible? —dijo en voz baja el tabernero, sin

dejar de apoyarse en la silla de su mujer—. ¿Crees en ese matrimonio?

—La noticia es probablemente falsa si se considera quién es el que nos la ha dado, pero no es imposible.

—Si fuera cierta... —dijo el tabernero.

—¿Qué sucedería? —preguntó su mujer interrumpiéndole.

—Y si la victoria ha de conseguirse antes de nuestra muerte, espero que por consideración a su esposa el destino no permitirá que el Marqués vuelva a poner los pies en Francia.

—El destino —repuso la señora Defarge con su calma habitual— conducirá al marido de Lucía Manette a donde debe ir, y le impondrá la muerte que merece.

—Pero, ¿no es extraño, muy extraño —dijo el tabernero esforzándose en convencer a su mujer del capricho de la suerte—, que amando tanto a su padre y a ella, el nombre del que se une con esa familia, que ha recibido de nosotros tantas pruebas de cariño y lealtad, quede proscrito por tu propia mano y unido al de ese perro maldito que acaba de salir?

—Cuando llegue la hora se verán cosas más extrañas aún —respondió la tabernera—. Es cierto que he puesto aquí sus dos nombres, pero no sin motivo. No necesitas saber más.

Y continuó su punto de calceta después de quitarse la rosa de la cabeza.

No sabemos si los habitantes del arrabal de San Antonio sabían por instinto cuándo cambiaba de sitio esta flor, o si estaba de acecho alguno de ellos para observar este cambio; pero lo cierto es que apenas se había quitado la rosa la señora Defarge, cuando todos recobraron ánimo y la taberna volvió a presentar su aspecto habitual. Al anoecer, el arrabal de San Antonio tomaba otro aspecto: todo el mundo salía a la calle, y las mujeres sentadas hacían calceta, mientras los hombres tomaban el aire. La señora Defarge salió con el trabajo y fué recorriendo los grupos hablando en voz baja, pero supliendo con el brillo de sus miradas el fuego que no podía exhalar con la energía de su acento. Aunque la

calceta que hacían las mujeres tenía un valor insignificante, aquella tarea mecánica les hacía olvidar el hambre, y las manos se movían en vez de las mandíbulas y funcionaban por el aparato digestivo. Si los dedos hubieran estado ociosos, el estómago habría alzado la voz pidiendo alimento. Al mismo tiempo que los dedos, se agitaban el pensamiento y la mirada, y mientras la señora Defarge iba de un grupo a otro, los dedos y el pensamiento corrían más aprisa, y eran más brillantes los ojos de las mujeres a quienes había dirigido la palabra. Su marido estaba fumando delante de la puerta de la taberna y la contemplaba con admiración.

—Terrible y esforzada mujer! —murmuraba—. Su entusiasmo admira y aterra al mismo tiempo.

La noche amontonó lentamente sus sombras y se oyó el tañido de las campanas y el rumor lejano de los tambores de la guardia real, pero las mujeres continuaban haciendo calceta, y después de envolverlas la obscuridad, aún se oía el choque de las agujas de acero. Otras tinieblas no menos densas debían envolverlas algún día cuando aquellas campanas, que daban al viento su voz en sus jaulas aéreas, se transformasen en cañones atronadores, y el redoble del tambor ahogase los gritos y lamentos; cuando aquellas mujeres, tan envueltas en sombra que ellas mismas no se verían, estuvieran sentadas en torno de un edificio haciendo calceta sin descanso y contando las cabezas que haría caer el verdugo.

## CAPITULO XVII

### UNA TARDE

NUNCA el sol se había ocultado más radiante en el albergue pacífico de Soho, ni la luna había asomado nunca derramado un resplandor más suave sobre la ciudad de Londres que una tarde en que, al través del follaje, iluminó el rostro del doctor y de su hija, sen-

tados uno al lado de otro bajo su árbol predilecto. Lucía iba a casarse al día siguiente; había dedicado aquel último a su padre, y estaban solos debajo del plátano.

—Padre mío, ¿estáis contento?

—Mucho, hija mía.

Aunque hacía rato que estaban allí, habían hablado muy poco. Ni aun en la hora en que hubiera podido leer o trabajar, Lucía había pensado en coger su labor o en leer a su padre, como lo hacía siempre por la tarde: aquel día no se parecía a ningún otro y nada podía quitarle este sello excepcional.

—Me siento dichosa, padre querido, muy dichosa al ver que el cielo bendice mi amor a Carlos; pero si no pudiera dedicaros más mis cuidados, si mi casamiento nos separase, aunque no fuera más que a la distancia de una casa a otra vecina, sería ahora muy desgraciada y me devorarían los remordimientos. Mirad, a pesar de lo adelantadas que están las cosas...

No le fué posible continuar, y se arrojó en brazos del doctor ocultando el rostro en su pecho.

—Decidme, padre mío, que estáis bien convencido, bien seguro de que no se interpondrá entre nosotros ninguna de mis nuevas afecciones, ninguno de mis nuevos deberes. Yo estoy muy segura; pero vos, ¿lo sentís en el fondo del corazón?

—Sí, ángel de bondad —le respondió su padre—. Sí; estoy seguro. Aún más —prosiguió abrazándola—: tu casamiento arroja una luz más brillante en mi porvenir.

—¡Si no me engañaseis!...

—No lo dudes, hija mía, no lo dudes. Reflexiona un momento, y verás que eso es muy sencillo, muy natural. Tienes muy poca edad y me amas demasiado para comprenderlo; pero no sabes cuánto terror me causaba el pensar que tu existencia podía agostarse por mi causa y verse arrojada del orden natural de las cosas. Tu abnegación te impedirá siempre llegar a saber hasta qué punto me atormentaba ese recelo; pero dime, hija mía, ¿sería completa mi ventura si no lo fuera la tuya?

—A no haber visto nunca a Carlos, hubiera sido completamente venturosa con vos.

El doctor se sonrió al oír que su hija daba a entender sin pensarlo que después de ver a Carlos hubiera sido desgraciada sin él.

—Pero le has visto —dijo—, y a no haber sido Carlos hubiera sido otro. Si nadie te hubiera gustado, yo habría sido la causa; la parte obscura de mi existencia hubiera proyectado su sombra más allá de mí mismo y habría caído sobre tí.

A excepción de la época en que Carlos estuvo procesado, nunca había oído Lucía a su padre hacer alusión alguna a su cautiverio; de modo que le produjeron una impresión profunda estas últimas palabras, y recordó mucho tiempo después la extraña emoción que la habían causado.

—Mírala —repuso el doctor alzando la mano hacia la luna—; la ví desde la reja de mi calabozo en una época en que no podía soportar su luz, y en que el pensamiento que brillaba sobre lo que había perdido era para mí un tormento tan espantoso, que golpeaba con mi cabeza las paredes. La ví más adelante, cuando, abismado en profundo letargo, ya no pensaba en nada si no es en contar las líneas transversales con que podía cubrirla cuando aparecía con todo su disco, y las perpendiculares con que le cortaba en seguida. De un extremo a otro —añadió con ademán pensativo— únicamente hay veinte, y era muy difícil incluir la veintiuna.

Lucía sintió estremecerse otra vez todo su cuerpo; pero nada justificaba su emoción, porque el doctor comparaba los tormentos de lo pasado con la felicidad presente, y no podían sorprenderle sus palabras.

—La contemplé mil veces pensando en el hijo que no había visto nacer —continuó el doctor—. ¿Había vivido? ¿Había muerto en el seno de su madre después de recibir ella un golpe tan doloroso? ¿Sería un hijo que algún día me vengase? Hubo una época en que el deseo de la venganza tenía para mí en el calabozo una fuerza inexplicable. Pero suponiendo que fue-



ra un hijo, ¿sabría mi historia? ¿No podría creer que había partido libremente, que le había abandonado? Y si era una hija, ¿crecería hasta llegar a ser mujer?

Lucía se acercó al doctor y le besó la mejilla y la mano.

—Mi hija —pensaba— olvidará que tiene un padre, lo ignorará tal vez, vivirá sin pensar en esto, se casará con un hombre para quien seré completamente desconocido, que no sabrá que estoy preso, y la generación próxima ni siquiera verá un vacío en el sitio que ocupaba.

—Padre mío, estos sentimientos que atribuí a un ser que nunca ha existido me llegan al corazón como si fuera esa hija.

—¿Tú, Lucía! No, tú me has dado consuelo y la inteligencia con que evoco esos recuerdos que pasan entre nosotros y la luna en esta última tarde... ¿Qué decía, hija mía?

—Que no os conocería, que olvidaría a su padre...

—Sí, ya me acuerdo. Pero otras veces, cuando la soledad y el silencio me habían dado ese reposo doloroso que se halla en el fondo de la desesperación, la luna me producía una impresión diferente. Me presentaba a mi hija entrando en mi calabozo, llevándome consigo, y restituyéndome al aire y a la libertad. Veía con frecuencia su imagen al resplandor de la luna como te veo hoy; pero ella no me abrazaba, se quedaba entre la puerta y las rejas de la ventana. Sin embargo, ahora lo comprendo; no era la hija de que hablaba.

—¿No era su imagen?

—No; era otra cosa. Se quedaba en pie; la veía con mis ojos oscurecidos por las lágrimas, pero no se movía. El fantasma que se representaba mi fantasía era el de una hija menos ideal. No le veía el rostro y únicamente sabía que se parecía a su madre. La otra se le parecía también, como tú, hija mía, pero no era la misma. ¿Puedes comprenderme, Lucía? ¿Es verdad que no? Es preciso haber estado solo en el fondo de un calabozo y estar allí mucho tiempo para comprender estas distinciones imposibles de explicar.

A pesar del imperio que ejercía sobre sí propio, el doctor sintió que la sangre se helaba en sus venas mientras se esforzaba en analizar sus antiguas impresiones. X

—En los momentos pacíficos de que te hablo —dijo— me imaginaba, al resplandor de la luna, que mi hija venía a buscarme, y que se me llevaba para demostrarme que su morada estaba llena de mi recuerdo. Tenía mi retrato en su aposento, mezclaba mi nombre en sus oraciones, su vida era laboriosa, útil y risueña, y sin embargo, mi pobre historia se revelaba en todo.

—Esa hija, padre mío, era yo; no tengo sus virtudes, pero he tenido todo su amor.

—Me enseñaba sus hijos —continuó el doctor—, los cuales sabían mi nombre y habían aprendido a compadecerme; de modo que cuando pasaban por delante de una prisión de Estado se apartaban de sus sombrías paredes, alzaban los ojos a las rejas de las ventanas y hablaban en voz baja. Ella no podía, sin embargo, libertarme, porque la encontraba otra vez en mi calabozo, y me figuraba que después de haberme enseñado todo aquello, me conducía nuevamente a la cárcel. Pero gozando entonces el beneficio de las lágrimas, caía de rodillas y bendecía a mi hija.

—Era yo, padre mío. ¡Oh! ¿Me bendeciréis mañana con igual fervor?

—Si evoco estos tristes recuerdos, es porque tengo esta tarde, hija mía, más motivo para amarte y dar gracias a Dios por mi felicidad. Nunca, en mis pensamientos más delirantes, soñé en la alegría que me has hecho sentir, y mucho menos en la que nos promete el porvenir.

La besó con ternura, la encomendó al Señor con acento conmovido, dió gracias a Dios por habérsela enviado, y algunos momentos después el doctor y Lucía entraban en su casa. Nadie había sido invitado al casamiento, a excepción del señor Lorry, y la novia no tenía más compañera de boda que la señora Pross. Nada se había cambiado en los hábitos

de la familia; los novios no se separarían del doctor, y para que este proyecto fuese más realizable, habían alquilado el piso superior, ocupado hasta entonces por un inquilino invisible.

El doctor estuvo muy alegre durante la cena; sintió que Carlos no se hallase presente, censuró lo conspiración mujeril que había alejado al joven y bebió de la manera más afectuosa a la salud de su futuro yerno. Llegó el momento de dar las buenas noches a su hija, y se separaron.

A las tres de la mañana, agitada Lucía por vagas inquietudes, salió de su aposento y entró en el de su padre. Su temor había sido infundado, porque reinaba la mayor tranquilidad y el orden más completo en su cuarto, y el doctor dormía con profundo sueño. Su almohada, donde sus canas se esparcían en rizos pintorescos, no tenía una sola arruga, y sus manos estaban tendidas con calma sobre la cubierta. Lucía, después de apartar la luz, se acercó a la cama, aplicó sus labios sobre la mejilla de su padre, e inclinando su cabeza, contempló largo rato al anciano. Las amargas lágrimas del preso habían surcado de arrugas su noble rostro; pero borraba él sus huellas con tanta fuerza y constancia, que las disimulaba hasta en el sueño. Aquel semblante lleno de calma y de decisión, que revelaba una lucha incesante con un enemigo invisible, inspiraba profundo respeto, y no se hubiera encontrado en el imperio inmenso del sueño una fisonomía más noble y distinguida. Lucía puso tímidamente la mano sobre aquel pecho venerado, y pidió al Señor que le inspirara tanto afecto hacia su padre como lo merecía por sus padecimientos. Retiró la mano, volvió a besar la mejilla del anciano y se retiró a su aposento.

.....

El sol principiaba a enviar sus rayos, y la sombra de las hojas del plátano se agitó con tanta suavidad sobre la frente del doctor como los labios de su hija cuando oraba por él.

## CAPÍTULO XVIII

## NUEVE DÍAS

**P**URO era el cielo y la luz viva y radiante. El doctor, encerrado en su gabinete, hablaba con Carlos, en tanto que la novia, el señor Lorry y la señora Pross esperaban en la sala para ir a la iglesia. Reconciliada poco a poco con el acontecimiento del día, el aya hubiera visto en aquel casamiento un verdadero beneficio si en el fondo del alma no hubiese pensado que valdría más que su hermano Salomón fuera el novio.

—¿Para llegar a este día —dijo el señor Lorry, que no se cansaba de admirar a Lucía y daba vueltas en torno suyo para ver todos los pormenores de su lindo traje—, para llegar a este día os hice cruzar el Estrecho en una edad en que podía llevaros en mis brazos? ¡Bondad divina! ¡Qué poco pensaba entonces en lo que hacía! ¡Cuán distante estaba de sospechar la obligación que confería a nuestro amigo Carlos!

—Si no lo pensábais —objetó la positiva señora Pross—, ¡mal podíais saberlo. Gastáis el tiempo inútilmente.

—No lo niego; pero ¿por qué lloráis? —preguntó el excelente amigo.

—No soy yo la que llora —respondió la señora Pross—, sino vos.

—¡Yo, buena Pross!

El señor Lorry se atrevía entonces de vez en cuando a permitirse un lenguaje familiar con el aya.

—Llorabais hace un momento. ¿Creéis que no lo he visto? Pero eso nada tiene de extraño: ¿quién no llorará de alegría al ver este pimpollo de oro? Además, confieso que me ha enternecido el regalo que me habéis hecho, señor Lorry. Vuestra vajilla de plata es magnífica.

—Gracias —dijo el banquero—. Y habéis de saber

que jamás me había ocurrido que llegaría una ocasión en que pudiera hacer un regalo de esta clase. Un acontecimiento como el de hoy hace recordar a un hombre todo lo que ha perdido. Cuando pienso que hace cincuenta años que hubiera podido existir en el mundo una señorita Lorry, y que...

—Eso es imposible —dijo la señora Pross interrumpiéndole.

—¿No creéis que pudiera existir una señorita Lorry?

—No —repuso el aya.

—¿Por qué?

—Porque nacisteis para ser soltero.

—Es probable —dijo el señor Lorry arreglándose la peluca con coquetería.

—Y estabais destinado para serlo aun antes de nacer —añadió la señora Pross.

—En tal caso —respondió el anciano—, se portaron muy mal conmigo, porque debían haberme consultado sobre la elección del patrón con que habían de cortarme. Pero bastante se ha hablado de mí. Querida Lucía —continuó—, oigo ruido en el gabinete de vuestro padre, y la señora Pross y yo somos personas sobrado prácticas para perder la última ocasión de decirnos alguna cosa que os sea agradable. Las manos en las cuales dejáis a vuestro padre no serán menos atentas ni menos afectuosas que las vuestras; se tendrán con él todos los cuidados imaginables; el mismo Tellson se esforzará en adivinar sus deseos, y cuando dentro de quince días vaya el doctor a reunirse con vosotros en el país de Gales, le encontraréis, no solamente bueno, sino lleno de satisfacción. Oigo que alguien se dirige hacia la puerta; permitidme que os abraze, hija mía, y os dé la bendición antes que vengan a reclamaros como un precioso tesoro.

Se abrió la puerta, y el doctor salió de su gabinete con el señor Darnay. Su rostro, de un blanco mate, no conservaba el menor vestigio de los colores que tenía un momento antes, y nada había cambiado en sus maneras a los ojos de la familia, exceptuando al señor Lorry, cuya mirada investigadora creyó ver que

el sentimiento de repugnancia y de temor, que había llamado en otras ocasiones su atención, había soplado de nuevo como un viento glacial en la frente del antiguo preso.

El doctor dió el brazo a su hija y la condujo al coche que el banquero había alquilado para la ceremonia. Los demás les siguieron en otro carruaje y se dirigieron a la iglesia inmediata, donde, lejos de toda mirada indiferente, se consagró la venturosa unión de Carlos Darnay y Lucía Manette. Terminada la ceremonia, además de las lágrimas que brillaron entre las sonrisas del pequeño grupo, centellearon en el dedo de la hermosa desposada algunos diamantes sacados de la obscuridad profunda de uno de los bolsillos del banquero. Volvieron a almorzar a casa, y las horas transcurrieron como minutos, y los cabellos de reflejos de oro que en París se habían confundido con la plata de las canas del pobre zapatero, volvieron a unirse en el umbral de la puerta. Aunque sólo habían de estar ausentes quince días, la separación fué cruel. Su padre la consoló por fin, y desprendiéndose con suavidad de los brazos que le estrechaban, dijo a su yerno: —Tomadla, Carlos; es vuestra ahora.

Ella agitó la mano en la portezuela, partieron los caballos y el coche desapareció.

El pacífico albergue que habitaba el doctor estaba tan lejos de los sitios frecuentados por los ociosos, que el anciano, el banquero y el aya se encontraron solos y permanecieron en el sitio en que se había separado de ellos Lucía. Guardaban silencio desde la partida de los novios, y el señor Lorry no observó el cambio que se había verificado en el doctor hasta que entraron en la sala, llena de sombra y de frescura; hubiérase dicho que el brazo de oro colocado encima de la puerta le había herido con una flecha envenenada. El doctor se había contenido delante de su hija, y era natural que la reacción apareciese cuando no hubiera ya motivo para disimular; pero aquella reacción se parecía a los ataques que había sufrido el señor Manette en otro tiempo, y la expresión con que

se apretaba la cabeza y se dirigía a su cuarto con paso incierto recordó al señor Lorry el loco de la guardilla de San Antonio y el viaje que había hecho con él a la claridad de las estrellas.

—Me parece —dijo a la señora Pross— que lo más prudente sería dejarle solo. Necesito indispensablemente ir a casa de Tellson, pero volveré en seguida. Le haremos pasear en coche, comeré aquí, y estoy convencido de que no habrá novedad.

Pero como era más fácil para el señor Lorry entrar en casa de Tellson que salir, su ausencia duró más de dos horas. Cuando volvió, subió la escalera sin hablar con la criada y se dirigió al gabinete del doctor, donde le detuvo el ruido de un martillo.

—¡Cielos! —exclamó estremeciéndose.

La señora Pross estaba a su lado temblando y con ojos despavoridos.

—¡Todo se ha perdido! —exclamó con desesperación—. ¿Qué diremos a nuestra niña? No me ha conocido y ha vuelto a coser zapatos.

El señor Lorry, después de emplear todos los medios para tranquilizar al aya, entró en el cuarto del doctor. El banquillo estaba vuelto hacia la luz como la primera vez que vió al zapatero trabajando, y éste, con la cabeza inclinada, parecía muy atareado.

—¡Doctor, querido amigo.

El loco alzó la cabeza, miró al señor Lorry con cierta curiosidad, como enojado de que alguno le dirigiese la palabra, y continuó trabajando. Se había quitado la casaca y el chaleco; llevaba la camisa abierta por el pecho como en la época en que le vimos por primera vez; su rostro marchito había recobrado la expresión adusta de los años de su desgracia, y trabajaba con ardor y hasta con impaciencia, como para reparar el tiempo que le había hecho perder la interrupción de su amigo. El zapato que parecía querer terminar era de una forma antigua. El señor Lorry tomó otro que había en el suelo, y le dijo:

—¿Qué clase de zapato es éste?

—Un zapato de mujer, un zapato para la calle —mur-

muró el anciano sin apartar los ojos del trabajo—, hace mucho tiempo que debía estar terminado, no me estorbéis.

—¡Doctor Manette, miradme!

Obedeció con la sumisión pasiva del preso, pero sin interrumpir el trabajo.

—¿Me conocéis, amigo mío? Reunid vuestros recuerdos; reflexionad, doctor. Ese trabajo no es digno de una persona como vos, doctor Manette.

El señor Lorry no pudo arrancarle una palabra. El pobre loco levantaba los ojos cuando se lo mandaban; pero le era imposible responder, y trabajaba, trabajaba, trabajaba en silencio. Todo cuanto podían decirle caía en su oído como sobre una pared sin eco y se dispersaba en el aire. Una sola circunstancia impedía que el señor Lorry perdiese toda esperanza, y era que el loco alzaba los ojos furtivamente sin que se lo mandase. Su mirada parecía expresar entonces la inquietud, como si se esforzase en comprender ciertas dudas que cruzaban por su mente.

El señor Lorry pensó que en la posición en que se encontraba eran indispensables dos cosas: la primera, ocultar completamente la recaída a Lucía, y la segunda, hacer que no tuvieran noticia de aquella crisis dolorosa los amigos y conocidos del doctor. Así, pues, con la cooperación de la señora Pross, se respondió a las personas que se presentaban para ver al doctor que éste se hallaba indispuerto y que su estado exigía un reposo absoluto. El aya escribió además una carta de cuatro páginas a Lucía anunciándole que su padre había sido llamado desde cincuenta millas de Londres para una consulta, y volvió a escribir al cabo de tres días diciendo que acababa de recibir algunas líneas del señor Manette pidiéndole varios objetos y encargándole que dijera a su querida hija que no tenía novedad.

Con la esperanza de que la curación del doctor estaba próxima, el señor Lorry, que tenía de reserva un medio que se proponía emplear cuando llegara el caso, tomó la resolución de cuidar al enfermo y hacer de modo que éste conociera que le vigilaban. Se ausentó,



pues, del despacho de Tellson por la primera vez en su vida, y fué a instalarse en el cuarto del doctor, donde se colocó cerca de la ventana. Desde el primer día se convenció de que no solamente era inútil dirigir la palabra al doctor, sino que todas las veces que le hablaban era para él una fatiga y un tormento; y decidiéndose entonces a guardar silencio, se contentó con permanecer enfrente del anciano para protestar con su presencia contra el error en que éste había caído, aunque por otra parte leía, escribía, mudaba de sitio y hacía todos los esfuerzos para demostrar al preso imaginario que se hallaba completamente libre. El doctor comió y bebió todo lo que le dieron, y después volvió a su trabajo, que no dejó hasta que se hizo de noche. Cuando el loco dejó a un lado sus instrumentos, como si no pudiera servirse de ellos hasta el día siguiente, el señor Lorry se acercó a él y le preguntó si quería dar un paseo. El doctor miró al suelo como en otro tiempo, alzó los ojos y repitió con voz débil:

—¿Un paseo?

—Sí, doctor, ¿quién os lo impide?

El señor Manette no respondió a esta pregunta; pero cuando sentado en la sombra y apoyando los codos en las rodillas se puso la cabeza sobre la mano, pareció repetirse a sí propio:

—¿Quién me lo impide?

La señora Pross y el banquero se repartieron el cuidado de velar durante la noche y le observaron desde el aposento inmediato. El doctor se paseó por el cuarto largo rato; pero por fin se acostó y se durmió en seguida. Luego que se despertó, que fué muy temprano, se dirigió al banquillo y continuó su trabajo. El señor Lorry entró en el gabinete, le dió los buenos días, le llamó por su nombre y le habló de diferentes cosas que le habían ocupado últimamente. El loco no respondió tampoco aquel día; pero era indudable que oía lo que le decían y que parecía reflexionar, aunque de una manera confusa.

Alentado el señor Lorry con este síntoma favorable, dijo a la señora Pross que entrase con su labor en

el gabinete y estuviese con ellos algunas horas durante el día. Se aprovechó de la presencia del aya para hablar con ella de Lucía y del doctor, como acostumbraban a hacerlo cuando estaban juntos y como si no hubiese ocurrido ninguna novedad en la casa. Los dos manifestaron la mayor naturalidad posible en sus conversaciones, que no prolongaron mucho para no fatigar al enfermo, y el banquero creyó ver que el antiguo preso levantaba la cabeza con más frecuencia y parecía admirarse de lo que pasaba en torno suyo. Cuando llegó la noche, el banquero le dijo como en el día anterior:

—Querido doctor, ¿queréis dar un paseo?

Como en el día anterior, repitió el enfermo maquinalmente las últimas palabras de la pregunta.

—¿Venís conmigo? —volvió a decirle el señor Lorry.

No habiendo obtenido respuesta, el banquero hizo ademán de despedirse, y no volvió al gabinete hasta después de una hora de ausencia, que había pasado en la sala. El doctor Manette se sentó junto a la ventana y fijó sus ojos en el plátano; pero cuando vió entrar al banquero, corrió a sentarse en el banquillo.

El tiempo transcurría con dolorosa lentitud, y cada tarde era más débil la esperanza del señor Lorry, y estaba su corazón más afligido. Terminó el tercer día; pasaron el cuarto y el quinto, y el banquero esperó seis días, siete, ocho, nueve días, cada vez más desconsolado, que recobrase la inteligencia su desgraciado amigo. El secreto se había guardado bien, y Lucía era venturosa. Pero el señor Lorry veía con dolor que el antiguo zapatero, que el primer día manejaba mal la lesna, adquiriría una habilidad desconsoladora. Nunca había trabajado con más ardor, ni sus dedos habían sido tan ágiles y expertos como en la tarde del noveno día.

## CAPÍTULO XIX.

## UNA CONSULTA

**A**BRUMADO de cansancio y de inquietud, pero sin abandonar su puesto, el señor Lorry había llegado a dormirse. La claridad del día que brillaba en la sala, donde reinaba la obscuridad cuando le había sorprendido el sueño, le despertó bruscamente. Era el décimo día de su cruel ansiedad. Se frotó los párpados para despertarse, se acercó a la puerta, dirigió una mirada al gabinete del doctor y se imaginó que soñaba, porque no tan sólo estaban los instrumentos del zapatero, el banquillo y el zapato en el rincón, donde habían sido colocados la noche anterior, sino que el señor Manette estaba cerca de la ventana leyendo con atención, vestido con bata y expresando en su rostro la calma y la inteligencia.

El señor Lorry tuvo que apoyarse para no caerse en su vértigo; estaba seguro de que no dormía, y principiaba a creer que todo lo que había padecido durante nueve días no había sido más que una horrible pesadilla. ¿No estaba allí, ante sus ojos, el padre de Lucía con el traje que llevaba todas las mañanas, con su aspecto ordinario y su ocupación habitual? ¿Distinguía en el gabinete el menor indicio de aquel acto de demencia de que conservaba una impresión tan viva? Pero la contestación se presentaba por sí propia; si la inquietud que había sentido no hubiera tenido un motivo real; si todo lo que creía haber visto no había sido más que un sueño, ¿cómo es que se hallaba en aquel sitio? ¿Cómo había ido a dormir vestido en un sofá, cerca del gabinete del doctor Manette? ¿Cómo, en fin, se hacía estas preguntas en la puerta de aquel gabinete a una hora tan impropia para una visita?

Algunos minutos después el aya le hablaba al oído,

y si el banquero hubiera conservado alguna duda, las palabras de la señora Pross habrían acabado de vencerle; pero había recobrado completamente su presencia de ánimo y se acordaba muy bien de todo lo que había sucedido. Después de discutir el sistema que debían seguir, el señor Lorry y el aya acordaron dejar al doctor ocupado en su lectura hasta la hora en que acostumbraba a almorzar, y sentarse a la mesa con él como si nada hubiera pasado. La señora Pross, sometiéndose enteramente a la opinión del señor Lorry, observó al pie de la letra lo que se había acordado; y habiendo tenido el banquero tiempo suficiente para entregarse a los cuidados metódicos de su tocado cotidiano, se presentó en el momento de almorzar con la camisa blanca, las medias immaculadas y el aseo que se admiraba en él siempre. El doctor, avisado por la fórmula de costumbre de que el almuerzo estaba dispuesto, se dirigió al comedor con una actitud que no revelaba vacilación ni sorpresa.

En cuanto era posible comprender, sin traspasar los límites de la prudencia, el doctor pareció suponer que la boda de su hija se había efectuado el día anterior. Una alusión indirecta, hecha con intención por el banquero relativamente al día de la semana y del mes en que estaban entonces, hizo reflexionar al doctor Manette y le produjo un malestar evidente. Sin embargo, estaba bajo todos conceptos tan libre de su delirio, que el señor Lorry se decidió a pedirle los consejos que hacía mucho tiempo deseaba. Así, pues, cuando el aya quitó las tazas y el doctor se quedó solo con el banquero, éste tomó la palabra y le dijo con voz afectuosa:

—Querido doctor, tengo vivísimo deseo de saber vuestra opinión, enteramente confidencial, sobre un caso muy curioso que me interesa sobremanera. Cuando digo muy curioso, hablo por mí, y es muy posible que con los conocimientos que tenéis sobre semejante materia penséis de una manera muy distinta.

El doctor dirigió una mirada rápida a sus manos, que había ennegrecido el trabajo, y escuchó atentamente.

—El caso de que os hablo —continuó el señor Lorry tocando el brazo del doctor— se refiere a un hombre a quien aprecio como un hermano. Os suplico me prestéis toda la atención que os sea posible y me deis un consejo; os lo pido por el amor que tengo a ese amigo y especialmente por su hija, ¿lo oís, doctor?, por su hija.

—Si no comprendo mal —dijo el doctor en voz baja—, el caso es una alteración moral, un delirio...

—Precisamente.

—Sed explícito —repuso el doctor—, y no omitáis el menor detalle.

—Se trata, en efecto, amigo mío, de un trastorno moral ya muy antiguo, pero al mismo tiempo violento y prolongado, que conmovió desde su base la más profunda de las afecciones, los sentimientos y la... la... misma inteligencia, para servirme del término que empleáis algunas veces. Aquel trastorno fué espantoso, y tuvo abismado, por decirlo así, a mi desgraciado amigo durante cierto número de años. Ignoro la duración, y como tan sólo él podía saberlo, me es imposible satisfacer esta duda, porque su estado no le permitía decirlo. Tampoco podría explicar por qué grados insensibles recobró sus abatidas fuerzas; así se lo he oído declarar en público de una manera que no olvidaré nunca. En una palabra, triunfó de tan terrible trastorno moral, y fué tan completa su curación, que en el día es un hombre de elevada inteligencia, capaz de esfuerzos sostenidos, tanto en lo moral como en lo físico, y que aumenta de día en día la suma de conocimientos que poseía en otro tiempo. Pero desgraciadamente hemos tenido —el señor Lorry hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro— una ligera recaída —añadió por fin.

—¿De largá duración? —preguntó el doctor.

—De nueve días.

—¿Por qué síntomas se ha manifestado? Supongo —el doctor se miró las manos— que el enfermo habrá vuelto a tomar cierta ocupación íntimamente enlazada con esa alteración moral.

—Así ha sucedido.

—¿Habéis tenido ocasión —continuó el doctor con firmeza, aunque en voz baja— de verle en otro tiempo entregado al trabajo de que habláis?

—Sí, una vez.

—¿Se ha parecido en esta última recaída bajo diversos conceptos a lo que era entonces?

—Bajo todos conceptos.

—Hablábais de su hija; ¿sabe ella que ha tenido esa recaída?

—No, se ha guardado el secreto, y espero que lo ignorará siempre. Sólo han tenido noticia de esa desgracia el amigo y otra persona en quien se puede fiar igualmente.

El doctor Manette estrechó la mano al banquero y murmuró:

—¡Cuánta bondad! ¡Qué delicadeza y qué atenciones!

El banquero estrechó también la mano del padre de Lucía, y hubo un momento de silencio.

—Querido amigo —continuó por fin el señor Lorry con el acento más discreto y afectuoso—, soy un hombre de negocios, incapaz, como sabéis, de luchar con tales dificultades; no me ayudan para triunfar el saber ni el talento necesarios; necesito un guía, y no conozco a nadie que me inspire sobre este punto tanta confianza como vos. Responded a mis preguntas: ¿Cuál ha sido la causa de esta recaída? ¿Debo temer que se repetirá? ¿Puede impedirse que tenga otras? ¿Qué tratamiento podríamos seguir si así sucediera por desgracia? Nadie ha sentido más vivo deseo de ser útil a un amigo como el que experimento por ese de quien os hablo, pero ignoro el medio. Si vuestra sagacidad y vuestra experiencia me prestasen un auxilio, estoy segurísimo de que triunfaría; pero abandonado a mis propias fuerzas, ¿qué queréis que haga? Dadme, pues, vuestros consejos, para que pueda ser útil a mi amigo.

El doctor, cuya actitud anunciaba la reflexión, permaneció algún tiempo sin responder.

—Es probable —dijo al fin rompiendo el silencio con esfuerzo— que vuestro amigo preveía esa recaída de que habláis.

—¿La temía? —preguntó el banquero.

—Sí, mucho —dijo el doctor estremeciéndose involuntariamente—; no podéis figuraros qué peso tan horrible es para su alma ese recelo, y cuán difícil, por no decir imposible, le sería explicar la angustia que le oprime.

—¿Sería para mi amigo un alivio verdadero si haciendo un esfuerzo explicase esas penas a alguno?

—Creo que sí; pero, como acabo de deciros, le sería muy difícil, y hasta en ciertos casos completamente imposible.

—¿Cuál es a vuestro parecer la causa de ese nuevo ataque? —preguntó el señor Lorry apoyando su mano en el brazo del doctor.

—Creo —respondió el doctor Manette— que diversos incidentes han despertado en vuestro amigo todo un orden de ideas y de recuerdos que fueron el origen del mal; que pensamientos e imágenes dolorosas habrán renacido en su mente de una manera demasiado viva, y que es probable que mucho ha temía esa crisis, porque sabía qué asociación de ideas haría nacer en él un hecho... una circunstancia particular, a la cual trató en vano de acostumar su alma; pero el esfuerzo que esta preparación exigía de su parte ha vuelto a abrir tal vez todas sus heridas.

—¿Creéis que se acuerda de lo que ha pasado durante esta última crisis? —preguntó el señor Lorry vacilando.

El doctor miró en torno suyo con desconsuelo, movió la cabeza y respondió en voz baja:

—No, de nada.

—¿Y qué debemos esperar?

—Tengo confianza en el porvenir —repuso el doctor recobrando su firmeza—, al ver que el cielo ha permitido en su misericordia que esta crisis no tuviese más duración; así, pues, podéis esperar. Vuestro amigo ha sucumbido bajo el dolor que reanimaban

las circunstancias, no ha podido resistir a la presión de los hechos y las tinieblas han penetrado en su cabeza; pero habiéndose curado tan pronto, espero que no debe temer.

—Me infundís un gran consuelo y doy gracias a Dios —exclamó el señor Lorry.

—Sí, demos gracias a Dios —repitió el doctor inclinándose con respeto.

—Hay dos puntos más sobre los cuales quisiera que aclaraséis mis dudas —continuó el banquero—; ¿me permitís que...?

—No podíais prestar mayor servicio a vuestro amigo —dijo el señor Manette interrumpiéndole y alargándole la mano.

—Continuaré, pues: el hombre notable de que hablamos es en extremo laborioso, y emplea en sus tareas una energía poco común: deseando incesantemente acrecentar su instrucción, estudia sin descanso, hace numerosas investigaciones, se dedica a diversos ensayos; en una palabra, tiene la imaginación inclinada constantemente hacia algún profundo problema. ¿No hay un peligro en este exceso de trabajo?

—Creo que no; la índole de su inteligencia exige tal vez que esté ocupado siempre. Esa necesidad imperiosa, que le es natural, ha crecido extraordinariamente a causa de sus penas, y cuanto menos ocupadas estén sus facultades intelectuales en el estudio, más habéis de temer que se entreguen a ideas perniciosas y se extravíen en una falsa dirección. Vuestro amigo ha podido hacer esta observación y convencerse de su exactitud.

—¿Creéis, pues, que le es favorable el estudio?

—Lo creo con certeza.

—Sin embargo, amigo mío, ¿y si el trabajo llegase a ser superior a sus fuerzas?

—Dudo que eso suceda, querido Lorry. Toda la energía de ese hombre ha sido rechazada con violencia hacia un punto, y necesita un contrapeso.

—Perdonad que os presente una objeción, doctor: soy, como sabéis, eminentemente práctico y do-



tado de esa constancia que se adquiere en los negocios. Supongamos por un momento que el trabajo haya superado a sus fuerzas; ¿creéis que el desorden que resultase de esto se manifestaría con un nuevo ataque de la antigua enfermedad?

—No lo creo —respondió el doctor Manette con acento de convicción—; tan sólo una cosa, una sola corriente de ideas pudiera producir el resultado que suponéis, y puedo afirmar que en adelante sería preciso hacer vibrar esa cuerda con terrible violencia para que el mal se renovase. Después de lo que ha sucedido, no veo nada bastante fuerte para acarrear semejante choque, y la conmoción más poderosa ha producido ya todo su efecto.

El doctor Manette hablaba con la desconfianza de un hombre que sabe cuán frágil es la inteligencia humana, y no obstante, con la firmeza del que ha adquirido, en medio de las pruebas, la certeza que puede tener en sí propio.

No debía el señor Lorry disminuir la confianza del doctor, y manifestó por el contrario mayor satisfacción de la que sentía en realidad. Así, pues, se preparó a entrar en el segundo punto, sobre el cual había de hacer objeciones al doctor Manette. La materia era espinosa, y no sabía cómo principiar; pero acordándose de una antigua conversación que había tenido un domingo con la señora Pross, y recordando especialmente lo que había visto durante los últimos días, conoció que era indispensable superar la dificultad.

—La recaída de mi amigo —dijo tosiendo para aclarar la voz— se ha manifestado, como habéis dicho vos mismo, con el acto de ocuparse nuevamente en un antiguo trabajo a que se había dedicado en otro tiempo, y que llamaré... el de un herrero, sí, de un herrero. Diré, pues, para expresar más exactamente mi idea, que tenía en otro tiempo la costumbre de trabajar en una fragua, y en ella precisamente se le ha encontrado hace algunos días cuando menos lo esperábamos. ¿No os parece que ha hecho mal en conservar ese recuerdo de una época desastrosa?

El doctor se cubrió los ojos con una mano y pateó el suelo con agitación febril.

—Mi amigo ha conservado esa fragua en un rincón del aposento. ¿No hubiera sido más prudente separarse de ella? —continuó el banquero lanzando una inquieta mirada al doctor.

Este conservó la misma actitud y pateó el suelo con la misma agitación.

—Os es difícil decidiros sobre este punto —dijo el señor Lorry—; conozco que la cuestión es delicada. Me parece, sin embargo...

El banquero movió la cabeza y no terminó la frase.

—¿Si supierais —continuó el doctor volviéndose hacia el señor Lorry después de un penoso silencio— cuán difícil es explicar de una manera satisfactoria la lucha que hay en el alma de ese pobre hombre! ¡Anheló en otro tiempo con tanto afán dedicarse a esa ocupación manual y sintió tan vivo alborozo cuando se lo concedieron! Fué para él tan gran consuelo, sustituyendo en un principio la inseguridad de la mano a las vacilaciones de su espíritu; y más adelante, cuando fué más diestro, la satisfacción del buen éxito al tormento moral, que nunca ha podido resolverse a abandonarla. Hoy mismo, en que cree en una curación completa y expresa su propia confianza, la idea de que un día podría necesitar ese trabajo manual y no encontrar a mano sus instrumentos, le causa un terror súbito, análogo al que debe helar el corazón de un pobre niño perdido.

—Pero, ¿no es permitido pensar... —replicó el banquero—, perdonad mi insistencia, propia de un hombre de negocios, acostumbrado a no tener relaciones más que con objetos materiales, con libras esterlinas y billetes de Banco; no es permitido suponer que la conservación del instrumento implica la de la idea? Si el instrumento dejara de estar a su vista, ¿no se desvanecería al mismo tiempo el temor de que hablabais no ha mucho? En una palabra: ¿no indica el conservar esa fragua que se abriga un presentimiento fatal?

Reinó un profundo silencio.

—¡Es un compañero tan antiguo! —dijo por fin el doctor con voz trémula.

—Sin embargo, me separaría de él —repuso el banquero con un ademán afirmativo y aumentando su firmeza viendo la turbación del doctor—. Sí, quisiera pedir a mi amigo que hiciera este sacrificio, y sólo espero ya una palabra de su boca. Estoy seguro de que esa fragua lo es fatal. Así, pues, sancionad mi deseo con vuestra autoridad; mandadle que se separe de ella, doctor... hacedlo por su hija, amigo mío.

Era un espectáculo curioso la reñida lucha que se trababa en el alma del doctor Manette.

—En su nombre —dijo— podéis hacer lo que os parezca; consiento. Pero pido que no se quite ese objeto en presencia de vuestro amigo. Aprovechad para eso un momento en que no esté en Londres, y haced de modo que una ausencia de algunos días le haya preparado a la pérdida de su compañero.

El señor Lorry se apresuró a acceder a lo que se le pedía; después cortó la conversación y propuso al doctor ir a pasar unos días al campo. Los tres días siguientes transcurrieron sin novedad, y el doctor Manette, completamente restablecido, se disponía a partir para ir a reunirse con los recién casados.

Como se le había dicho la estratagema de que se habían valido para ocultar a su hija su estado, escribió en el mismo sentido al anunciar su partida, y Lucía no tuvo la menor sospecha de lo que había sucedido.

La misma noche que siguió a la partida del doctor, el señor Lorry, armado de un escoplo, una hacha, una sierra y un martillo, y acompañado de la señora Pross, que llevaba la luz, entró en el gabinete del doctor Manette, y después de cerrar la puerta con ademán misterioso, procedió a la destrucción del banquillo del zapatero, en tanto que el aya, cuya figura displicente estaba en armonía con el acto, alumbraba como si asistiera a un asesinato. Cuando el banquillo quedó convertido en astillas, quemaron los restos en la chimenea de la cocina, y después se trasladaron al jardín

para hacer un auto de fe con los instrumentos, los zapatos y el cuero.

El horror que inspira a las almas honradas la destrucción y el misterio, es tan grande, que al cumplir con su acción caritativa y hacer desaparecer sus huellas, el señor Lorry y la señora Pross sentían las mismas emociones y estaban tan pálidos como si perpetrasen un crimen espantoso.

## CAPITULO XX

### UN DEFENSOR

**S**YDNEY Cartone fué el primero que se presentó a felicitar a los novios cuando Carlos Darnay, Lucía y el doctor regresaron a Londres. Sus hábitos no se habían mejorado y mucho menos su exterior; pero se veía en él cierto aspecto de amabilidad que era completamente nuevo para Carlos. Cartone acechó la ocasión de llevar a Darnay a una ventana para poder hablarle sin que les oyesen.

—Señor Darnay —le dijo—, deseo que seamos amigos.

—¿No lo somos ya, señor Cartone?

—En efecto; pero no estoy satisfecho con nuestra antigua amistad.

—¿Qué deseáis, pues?

—Deseo otra cosa: al expresar el anhelo sincero de ser vuestro amigo, no doy a mis palabras el sentido que podríais atribuirles.

—Explicaos, Cartone.

—¡Explicarme! —respondió Cartone sonriendo—. Lo que quiero decir es más fácil de concebir que de explicar, y especialmente de hacéroslo comprender. Sin embargo, voy a intentarlo. ¿Os acordáis de cierta circunstancia memorable en que estaba algo más embriagado... de lo que acostumbro?

—Lo único que recuerdo, es que en una circunstancia, muy memorable en verdad, me obligasteis a confesar que habíais bebido más de lo regular.

—¡Cuánto lo recuerdo, señor Darnay! La memoria de esos días malditos pesa terriblemente sobre mi alma. Espero que algún día, cuando todo haya acabado para mí, será tomado en consideración todo lo que he sufrido. Pero no os asustéis, no tengo intención de predicar.

—¿Por qué me he de asustar? La animación es en vos un síntoma propio para tranquilizar.

—Bien, bien —dijo el abogado haciendo un ademán como para alejar estas palabras—. En la circunstancia de que se trata, en la cual estaba ebrio, cosa por otra parte bastante frecuente, usé con vos de un lenguaje inconveniente, y tendría una satisfacción en que lo olvidáseis.

—¡Me recordáis sucesos tan antiguos!

—Sin embargo, señor Darnay, a mí me cuesta mucho olvidar, y aquella noche está muy presente en mi memoria para que una frase cortés pueda borrarla.

—Perdonad si no he hablado con formalidad de un asunto que me parece tan trivial —respondió Carlos—, y confieso mi sorpresa al ver la importancia que le dais. Declaro por mi honor que hacía mucho tiempo que había olvidado esos detalles, y por otra parte, ¿de qué podría acordarme sino del eminente servicio que me prestasteis entonces?

—Servicio insignificante —repuso Cartone—, un simple medio de defensa; a eso se reduce todo. Me veo obligado a deciros que me cuidaba muy poco de seros útil cuando os lo presté: advertid que hablo refiriéndome a lo pasado.

—Tratáis muy ligeramente la obligación que os conservo —dijo Darnay.

—Es la pura verdad; creedlo. Pero me he salido de la cuestión, porque os preguntaba si podíamos ser amigos. Ya me conocéis; sabéis que soy indigno de tratarme con una persona decente; preguntádselo a Stryver, y os lo dirá como yo.

—No necesito consultar a nadie para formar una opinión.

—Como gustéis. En todo caso, sabéis que soy un miserable, que jamás ha hecho nada y que nunca hará nada bueno.

—Creo que exageráis.

—No exagero, no, digo la verdad, y podéis creerme. Así, pues, si no os repugna admitir en vuestro aprecio a un ser de mi especie, a un hombre sin mérito ni reputación, desearía que me dieseis licencia para venir aquí algunas veces a ser considerado como un objeto inútil, a pesar de la semejanza que existe entre nosotros; como un mueble que se tolera por sus antiguos servicios, y del cual no se hace caso. No os figuréis que abusaré del permiso; podría apostarse ciento contra uno a que solamente lo aprovecharé tres o cuatro veces al año; pero será para mí una grata satisfacción el pensar que podría venir con más frecuencia.

—En ese caso, aprovechadlo.

—¿Es decir, que no rechazáis mi petición? Mil gracias, señor Darnay. ¿Puedo autorizarme con vuestro nombre para gozar de esa libertad?

—Desde hoy.

Se estrecharon la mano, y Cartone se alejó. Un minuto después había vuelto a abismarse en su indolencia, y no era más, según su costumbre, que una sombra de sí mismo. En el transcurso de la velada, cuando Carlos Darnay se encontró sólo en familia, incluso el señor Lorry, dijo alguna cosa sobre la conversación que había tenido con Sydney, y habló del abogado como de un problema indefinible, de un conjunto de desorden y de indolencia; pero habló sin amargura, sin enojo y como cualquiera otro lo hubiera hecho, juzgando por las apariencias. Carlos estaba muy lejos de pensar que su mujer había oído con interés lo que decía de Cartone; pero cuando subió a su aposento encontró allí a Lucía que le esperaba, y en cuya frente encantadora se veía una arruga profunda.

—Estamos muy pensativos esta noche —dijo Carlos.

—Sí —dijo Lucía poniendo las manos sobre el pecho

de su esposo y dirigiéndole una mirada grave y penetrante—; estoy pensativa porque guardo un pesar en mi corazón.

b —¿Qué pesar es ese, querida Lucía?

—¿Me prometes no repetir las preguntas cuando no quiera responder?

—¡Sí; lo prometo! ¿Qué no te prometería yo, ángel querido?

—Carlos, ese pobre Cartone merece ser tratado con más consideración y respeto de lo que lo has hecho esta noche.

—¿Será cierto, ángel mío? ¿Y por qué?

—He aquí una de las preguntas a que no debo responder; pero estoy segura de lo que digo.

—Eso me basta; también yo lo creo. ¿Cuáles son ahora tus órdenes, alma mía?

—Quisiera suplicarte que seas generoso con él, Carlos querido; que tengas indulgencia con sus defectos, y le defiendas cuando esté ausente. Quisiera persuadirte de que tiene buenos sentimientos, porque, aunque pocas veces lo manifiesta, abriga un corazón desgarrado por profundas heridas. Yo he podido verlas, y sus lágrimas cayeron un día a mi presencia.

—Siento en el alma haber sido injusto con un hombre que te ha descubierto su corazón —repuso Carlos sumamente sorprendido—; nunca hubiera pensado que Cartone abrigara sentimientos de ternura. Le compadezco.

—Es cierto, Carlos. Temo que hemos llegado tarde para salvarle, y tal vez no tenga ya remedio su situación; pero estoy segura de que es capaz de lealtad, de sacrificio, de una acción magnánima.

Estaba tan hermosa en la pureza de su fe en aquel hombre perdido, que Carlos hubiera pasado horas enteras contempiándola en aquella actitud.

—¡Carlos querido! —dijo Lucía apoyando la cabeza en su pecho y alzando los ojos hacia los suyos—. Recuerda cuánta fuerza nos da la ventura y cuán débil es él en su miseria.

—No lo olvidaré, vida mía —respondió Carlos pro-

fundamente conmovido—; lo recordaré hasta en mi postrer momento.

Si el hombre solitario que en aquel momento recorría las calles oscuras hubiera podido oír la tierna confianza de Lucía, si hubiera podido ver las lágrimas de piedad que brotaban de aquellos ojos azules y que Carlos enjugaba, hubiera exclamado en las tinieblas, y quizás no por vez primera.

—¡Bendita sea por su dulce compasión!

## CAPITULO XXI

### ECOS

COMO hemos dicho ya en uno de los capítulos anteriores, ¡qué albergue tan prodigioso para los ecos era el que habitaba el doctor Manette! Ocupada sin cesar en hilar la seda y el oro con que se tejía la vida tranquila y feliz de su esposo, de su padre, de la señora Pross y de ella misma, Lucía Darnay estaba sentada junto a la ventana escuchando los pasos cuyo eco le traía aquel albergue pacífico y sonoro. <sup>1</sup>

Aunque su dicha le parecía superior a cuanto podía imaginar, en los primeros días de su unión dejaba algunas veces su labor y obscurecían sus ojos las lágrimas porque había en el eco un rumor lejano, rumor ligero, murmullo confuso que llegaba hasta su corazón. La esperanza de un amor desconocido y el temor de cesar de vivir en el momento de gozar estas nuevas delicias, luchaban en su alma, y creía oír entonces entre los sonidos que la rodeaban el rumor de los pasos que se dirigían hacia su propia tumba, y sus lágrimas brotaban a torrentes al pensar que su esposo se quedaría solo, hundiéndole su muerte en la desesperación. Estas inquietudes pasaron, y el eco añadió al rumor de los pasos que se acercaban el de los pasos de un niño. Por grande que



fuera el ruido que le traían los ecos exteriores, Lucía, sentada junto a una cuna, oía aproximarse el desigual rumor de las pisadas de un niño y el acento de una voccecita que balbuceaba. Uno y otro llegaron, y la morada sombría se iluminó con una risa fresca y jovial, y el amigo celeste de los niños, a quien en sus padecimientos había confiado la madre el suyo, pareció tender sus brazos a la inocente criatura, trocando su protección en un júbilo sagrado para la joven.

Lucía, ocupada sin descanso en hilar el lazo de oro que los unía y añadiendo su dulce influencia a la trama de su vida sin mostrarla en parte alguna, sólo escuchó durante algunos años rumores cariñosos y propicios. El paso de su marido anunciaba la fuerza y la felicidad; el de su padre era igual y firme, y el aya despertaba vigorosamente el eco cada vez que andaba por debajo del plátano, como un caballo de batalla que da resoplidos y hiere el suelo con impaciencia. Hasta las lágrimas brotaron sin amargura cuando vinieron a mezclarse con los rumores exteriores, y unos cabellos dorados, iguales a los de Lucía, rodearon con una aureola el rostro marchito de un niño que con voz apagada decía sonriendo a su padre y a su madre: "Siento dejaros y separarme de mi hermana; pero me llaman y es forzoso que parta." Cuando el espíritu que se le había confiado se escapó de sus brazos, no vertió la madre lágrimas de desesperación, y dijo resignada: "Dejadle que parta a ver la faz del Señor. ¡Benditas sean vuestras obras, Dios mío!"

El rumor de las alas de un ángel se unió a todos los rumores del eco, y añadió alguna cosa celestial. Los suspiros de la brisa que besaba el pequeño mausoleo del jardín se agregaron también y Lucía les oía murmurar en el aire como se oyen suspirar las olas en la playa donde están dormidas, y sin dejar de trabajar prestaba oído a sus murmullos, en tanto que su hija estudiaba con gravedad cómica la lección de la mañana, o sentada a los pies de su madre vestía su muñeca murmurando la lengua de las dos ciudades que eran su doble patria.

Apenas reproducía el eco los pasos de Cartone, pues

sólo hacía uso cinco o seis veces al año del privilegio que había obtenido de ir sin ser invitado y de pasar algunas horas con sus amigos, como lo hacía en otro tiempo con frecuencia. Nunca había bebido cuando iba a casa del doctor, y sobre este punto el eco murmuraba otra cosa que han murmurado de siglo en siglo todos los ecos fieles. Un hombre que amó realmente a una mujer y que después de haberla perdido ha conservado su amor con toda intensidad, no puede nunca volver a verla sin evocar en el hijo de esta mujer una simpatía extraña, una piedad delicada e instintiva hacia él. ¿Cuáles son las corrientes invisibles que en tales casos despiertan esta sensibilidad exquisita? Ningún eco lo explica; pero el hecho es cierto y se demostró en Cartone. Este fué el primer extraño a quien la tierna Lucía tendió sus brazos llenos de hoyuelos, y al crecer le guardó esta preferencia. El niño que había muerto habló de Cartone en sus últimos momentos.

—¡Pobre Cartone! —balbuceó—. Dale un beso por mí. —El señor Stryver continuaba haciendo progresos en el foro, siguiendo su camino como una poderosa locomotora que pasa a viva fuerza al través del agua cenagosa, y arrastraba en pos a su indispensable amigo como un barco a remolque. Se sabe que en general los barcos que gozan de este favor se encuentran en una posición nada ventajosa y casi siempre sumergidos, de lo cual resultaba que el desgraciado Cartone estaba casi siempre encorvado. Pero el hábito, que es tan fuerte y tan cómodo, tenía más fuerza en él que el sentimiento de degradación a que le hacía llegar esta manera de vivir, y no pensaba ya en salir de la innoble dependencia en que le tenía su odioso compañero. Stryver era rico, y se había casado con una viuda joven aún, que poseía una envidiable fortuna y tres hijos, que no tenían de brillante en toda su persona más que los cabellos lacios de sus cabezas, que se parecían a tres cepillos. El abogado, exhalando por todos los poros un aire de protección de la cualidad más ofensiva, salió un día de su casa precedido de los tres hijos de su mujer, los llevó al albergue pacífico de Soho y los presentó como alumnos a Carlos Darnay, exclamando con delicadeza;

—Amigo mío, recibid los tres pedazos de pan que traigo a vuestra despensa matrimonial.

La negativa de aquellos tres pedazos de pan hinchó al señor Stryver de una indignación que redundó en beneficio de los tres muchachos, haciéndoles comprender el orgullo de los descamisados, a cuya categoría pertenecía, según su padrastro, aquel insolente profesor de idiomas.

Nuestro abogado tenía también la costumbre de contar entre vaso y vaso a la señora Stryver los manejos de que se había servido la señora Darnay en otro tiempo para seducirle, y de extenderse con elocuencia "sobre los artificios que había opuesto a tan insidiosos manejos y que le libraron de ser su víctima". Algunos de sus colegas del Banco del Rey, que iban de vez en cuando a participar de su excelente vino y de la susodicha elocuencia, excusaban a su amigo diciendo que de puro repetir aquella mentira había acabado por creerla; circunstancia tan agravante, por el contrario, del delito primitivo, que hubiera motivado la prisión del culpable y su ejecución en un lugar apartado.

Todas estas conversaciones repetidas por el eco se añadían a los rumores lejanos que Lucía Darnay, unas veces pensativa y otras risueña y divertida, escuchaba desde el fondo de su albergue sonoro. No es necesario decirnos cuán gratos eran a su oído los ecos de los pasos de su hija, de su esposo y de su padre, lleno siempre de fuerza y actividad; qué encanto tenía también para ella el eco de la felicidad que reinaba en su casa, en la que el orden se unía a la elegancia; cuánto se regocijaba en encontrar en el eco esa seguridad mil veces repetida por su padre, de que se creía más querido aún desde su casamiento, y cuánto amaba el eco de las palabras que Carlos le había dirigido con frecuencia cuando, enternecido con las pruebas de amor que le daba sin cesar, le preguntaba por qué secreto mágico hallaba el medio de dedicarse exclusivamente a cada uno de ellos, como si cada cual hubiese sido uno solo, y de no parecer nunca atareada ni absorbida por sus deberes. Pero al mismo tiempo bramaban a lo lejos sordos rumores, cuya voz ame-

nazadora repercutía el eco, y era preludio espantoso de una horrible tempestad que se anunció en el hogar pacífico del doctor en la época en que Lucía iba a cumplir siete años.

Una noche de mediados de julio de 1789 el señor Lorry entró en la casa de los Manette, y aunque era muy tarde, acababa de salir del despacho de Tellson. Tomó un asiento y se colocó entre Lucía y Carlos, cerca de la ventana. La sala no estaba alumbrada, y el calor sofocante y el cielo oscuro y nublado recordaron a los tres amigos la tempestad, cuyos relámpagos siniestros habían contemplado un domingo a aquella misma hora.

—Principiaba a creer —dijo el señor Lorry, arreglándose la peluca— que iba a pasar la noche en el despacho; hemos tenido tanto que hacer desde esta mañana, que no sabíamos adónde volvernos. Reina tan viva inquietud en París, que estamos literalmente muertos de cansancio; todo el mundo nos confía su fortuna, y al ver la precipitación con que nos esdían, se creería que los franceses están atacados de una manía universal de colocar sus fondos en Inglaterra.

—¡Mal presagio! —dijo Carlos.

—Es posible, querido Darnay; pero hasta ahora no veo motivo alguno fundado para tanta alarma. Nos hicimos viejos en casa de Tellson, y no debían imponernos un aumento de trabajo tan enorme sin una razón poderosa.

—Ya sabéis —repuso Darnay— cuán encapotado está el cielo.

—No lo niego —dijo el banquero tratando de persuadirse a sí propio de que estaba de mal humor y que lo manifestaban sus palabras—; pero después de la barranda de este largo día, estoy resuelto a desahogar mi enojo. ¿En dónde está el doctor?

—Aquí, señor Lorry —respondió el doctor Manette, que acababa de entrar en la sala.

—Me alegro, porque el desorden y el estado de precipitación en que me he encontrado todo el día, sin tener en cuenta esos tristes presagios, han excitado de una manera extraordinaria, mis nervios. Supongo que vais a salir.

—No, y' si os parece bien, vamos a jugar nuestra partida de todas las noches —dijo el doctor.

—Creo que no me parece bien, si me es permitido ser franco, pero no seré capaz de oponerme. ¿Han quitado las tazas y el té, Lucía?

—No, señor; han quedado aquí para vos.

—¡Gracias, amiga mía, gracias! ¿El angelito está acostado?

—Duerme profundamente.

—¿Sigue bien?

—Muy bien.

—Es justo, ¿por qué no? No veo ningún motivo, a Dios gracias, para que no sea todo felicidad en esta casa bendita. Pero ¡me he aturrullado tanto hoy! Conozco que me voy haciendo viejo. ¿Esta es mi taza de té? Gracias, hija mía; sentaos, no estéis en pie, y guardemos silencio para escuchar el eco. Tenéis sobre el tal eco una teoría completa.

—No es una teoría.

—Pues ¿qué es?

—Un convencimiento.

—No lo negaré, bella Lucía. En todo caso, los rumores que nos trae son numerosos; escuchad.

Pasos rápidos y confusos que se precipitaban en la vida de cada cual y se atropellaban con violencia, pasos cuya huella sangrienta sería difícil borrar un día, recorrían con furor las calles lejanas mientras nuestros amigos de Londres estaban sentados junto a su ventana oscura.

Aquella misma mañana el arrabal de San Antonio había ofrecido una sombría masa de gente, cuyas oleadas se agitaban bajo los relámpagos de las cortantes hojas alumbradas por el sol... Habíase alzado un bosque de brazos desnudos, parecidos a las ramas marchitas que agita el viento de invierno, y todas aquellas manos ávidas se habían apoderado de las armas que les arrojaban de las bodegas y de otros sitios, cuidándose muy poco del lugar donde se las proporcionaban. ¿Quién las había dado? ¿Quién las había recogido? ¿Por qué conducto vibraban sobre sus cabezas cuando brillaban de veinte en veinte

en el aire adonde las había lanzado? Nadie podría decirlo; pero se repartían fusiles, cartuchos, pólvora y balas, barrotes de hierro, palancas, cuchillos, hachas, picas y todos los instrumentos que el espíritu humano en su demencia puede convertir en medio de destrucción. Los que no encontraron otra cosa, arrancaron las piedras y los ladrillos de las paredes; el arrabal de San Antonio tenía fiebre, y cada uno de sus moradores estaba en su delirio dispuesto a sacrificar su vida.

Así como las aguas se precipitan hacia el centro en un remolino, la multitud se agrupa en su vértigo en torno de la casa del tabernero, y cada una de las gotas humanas que forman esta ola bullidora es atraída hacia el punto donde Defarge, manchado de sudor y de pólvora, da órdenes, distribuye fusiles, rechaza a éste llama a aquél, desarma a uno para armar a otro y sus brazos se agitan en medio del tumulto.

—No te alejes —dijo a Juan tercero—; Juan primero y Juan segundo, separaos y colocaos a la cabeza de un grupo de patriotas. ¿En dónde está mi mujer?

—¡Aquí! —respondió la señora Defarge tan impasible como siempre, pero sin hacer calceta aquel día. En vez del algodón y de la aguja, su mano empuñaba una hacha, y colgaban de su cintura una pistola y un cuchillo cruelmente afilado.

—¿Adónde vas? —le preguntó su marido.

—Con vosotros —respondió—; me pongo al frente de las mujeres.

—¡Estamos prontos; marchemos! —gritó Defarge con voz de trueno—. Patriotas y amigos: ¡a la Bastilla, a la Bastilla!

Como si la voz de toda la Francia hubiera resonado en esta palabra execrada, el oleaje humano se alza rugiendo, las olas se estrechan y el fondo del abismo se precipita hacia el cielo. Al tañido de las campanas tocando a rebato, al redoble de los tambores y a la voz atronadora de aquel mar furioso que se desata de su orilla, principia el ataque de la fortaleza. Al través del fuego y del humo, y hasta en medio del fuego, se ve a Defarge

a la cabeza de los sitiadores. El oleaje le ha arrastrado hacia un cañón, y al instante se convierte en artillero; pero hace dos horas que pelea como un valiente. Delante de la turba furiosa se ven aún un foso, un puente levadizo, muros de piedra, ocho grandes torres, cañones y metralla.

—¡Adelante, compañeros! ¡A ellos, Juan primero, Juan segundo, Juan tercero, Juan quinientos, Juan veinte mil, a ellos! —grita el tabernero sin separarse del cañón, cuyo metal está enrojecido.

—¡Mujeres, seguidme! —grita también su mujer—. Lo mismo que los hombres podremos matar cuando sucumba la plaza.

Y acude hacia ella lanzando salvajes alaridos un enjambre de mujeres diversamente armadas, pero impelidas todas por el hambre y la venganza.

¡Fuego y humo! ¡Cañones y metralla! Se ven aún el foso profundo, el puente levadizo, las recias murallas y los ocho torreones. La oleada furiosa se arremolina y separa con la caída de los heridos; las armas centellean, chisporrotean las antorchas y los carros de heno mojado arden y humean; se alzan barricadas en todas direcciones; se oyen por doquiera clamores, gritos de entusiasmo, de odio y de valor, sordos crujidos, la voz de la artillería y los rugidos furiosos de aquellas olas vivientes, y se ven aún el foso profundo, el último puente levadizo, las paredes de piedra y los ocho torreones. El cañón de Defarge está candeñte tras cuatro horas de espantoso combate. ¡Una bandera blanca en la fortaleza y después un oficial! Apenas se le ve al través del humo y no se oye nada de lo que su voz pronuncia. De pronto el mar furioso se extiende y levanta, arrastra a Defarge, y se lo lleva más allá del puente levadizo, dentro de los recios muros, y le deja en medio de las grandes torres, que al fin se han rendido. La fuerza que le arrastra es tan irresistible, que no puede volver la cabeza ni cobrar aliento hasta que llega al patio de la Bastilla. Apoyado en la pared, hace un esfuerzo y mira en torno suyo. Juan tercero está a su lado, y su mujer, siempre a la cabeza de las mujeres y con el cuchillo en la mano, se halla a poca distancia. Todo es estruendo, gri-

tería, alegría delirante, loca embriaguez, ademanes desenfrenados.

—¡ Los presos!

—¡ Los archivos!

—¡ Los calabozos!

—¡ Los instrumentos de tortura!

Pero de todos estos gritos y de otros mil que se alzan de la turba, el único que se repite es el que reclama los presos; y el oleaje se precipita en la cárcel, como si la eternidad existiera para el suplicio lo mismo que para el tiempo y el espacio, y debiera volver a encontrar en aquellas paredes a todos los cautivos que habían encerrado. Las primeras oleadas penetraron arrastrando con ellas a los empleados de la cárcel, amenazándoles con la muerte si quedaba un solo rincón que no les enseñasen. Defarge, seguido de Juan tercero, se apoderó de uno de los carceleros, hombre canoso que llevaba una antorcha en la mano; le separó de la multitud y le arrinconó en la pared.

—Llévame a la Torre del Norte, número 105 —le dijo.

—Venid —respondió el carcelero—; pero no encontraréis allí a nadie.

Defarge, su amigo y el carcelero atravesaron apresuradamente las sombrías bóvedas donde jamás penetró la luz del sol, cruzaron las puertas de oscuras cavernas, bajaron por escaleras tenebrosas, y después escalaron entre dos paredes surcos que se parecían al álveo enjuto de un torrente. La multitud les siguió al principio; pero cuando subían por la escalera de caracol que conducía hasta el extremo de la torre, no tan sólo no les seguía nadie, sino que el estruendo de la tempestad no era ya para ellos más que un murmullo ahogado, como si les hubiera ensordecido la violencia del huracán. El carcelero se paró delante de una puerta baja, puso la llave en una cerradura que rechinó, y dijo empujando la puerta con esfuerzo:

—Este es el número 105.

Un agujero cuadrado, defendido por una doble reja de hierro, abierto en lo alto de la pared y oculto en las tres cuartas partes de su diámetro por ladrillos, de modo que para ver el cielo era preciso echarse al pie de la pared



y alzar los ojos perpendicularmente, servía de ventana a aquel sitio maldito. Se veía en él una pequeña chimenea, cruzada por enormes barrotes, a algunos pies del suelo: había aún en ella un montón de ceniza fría, y un banquillo, una mesa y un jergón formaban todo su mueblaje. Las cuatro paredes estaban ennegrecidas, y en una de ellas había una arilla de hierro cubierta de óxido.

—Pasa lentamente la antorcha por delante de estas paredes para que pueda verlas —dijo Defarge al carcelero.

Este obedeció, y el tabernero, con los ojos fijos en la pared, siguió la luz con atención.

—¡Párate! Mira aquí, Juan.

—¡Una A y Una M! —dijo Juan tercero leyendo con avidez.

—Alejandro Manette —respondió el tabernero, cuyo índice profundamente incrustado de pólvora designaba las iniciales—. Las escribió un pobre médico, y no dudo que también haría él mismo este calendario. Dame esa barra de hierro.

Defarge llevaba aún en la mano el botafuego y lo cambió por la barra de que iba armado Juan. Volvióse entonces hacia la mesa y el banco y los hizo pedazos.

—Levanta la luz —dijo con impaciencia al carcelero—. Registra estos pedazos de madera, Juan, y mira con atención. Toma mi cuchillo, abre el jergón y examina bien la paja. ¡Más alta la luz!

Lanzó una mirada amenazadora al carcelero, penetró en la chimenea, alzó los ojos, rompió los barrotes y golpeó en las paredes.

Se desprendió un poco de polvo y de cal, y después de volver la cabeza para evitar que le cayesen en los ojos, registró minuciosamente las cenizas, las aberturas, los agujeros y las más insignificantes rendijas.

—¿No has hallado nada en la madera ni en la paja? —preguntó Juan.

—Nada.

—Reune todo eso en medio del calabozo y pégale fuego —dijo al carcelero.

Este acercó la antorcha al montón de paja y de frag-

mentos de madera podrida, que ardió inmediatamente. Inclinandose entonces para cruzar la puerta baja, se dirigieron por el mismo camino hacia el patio de la fortaleza, y parecieron recobrar el oído a medida que se acercaban a las furiosas olas. Las encontraron agitándose con rabia a causa de Defarge, a quien llamaban con rugidos. El arrabal de San Antonio quería que su tabernero se pudiese a la cabeza de la tropa encargada del gobernador, pues sin esta precaución, aquel hombre que había defendido la Bastilla y disparado contra los patriotas, no llegaría a las Casas Consistoriales, donde le esperaban sus jueces, y se salvaría. En medio de aquellas bocas que aullaban y de aquellas caras convulsas que rodeaban al gobernador, se destacaba una mujer de rostro impassible.

—¡Allí está mi marido! —gritó, designando al tabernero.

Después se acercó al anciano oficial; permaneció a su lado hasta el momento en que principió a salir el cortejo; no se separó de él en las calles, por las cuales le conducía un grupo de patriotas que llevaban a su cabeza a Defarge; permaneció también a su lado, tranquila y fría, cuando empezaron a herirle; a su lado, e impassible siempre, mientras la sangre brotaba a torrentes; y tan cerca de él, en fin, cuando cayó, que, animándose de un furor súbito, le puso el pie sobre el cuello y le cortó la cabeza con su cuchillo afilado. Había llegado la hora en que el arrabal de San Antonio iba a colgar hombres donde colgaban los faroles, para demostrar lo que era y lo que podía ser.

—¡Bajad el farol! —gritó la multitud después de buscar un nuevo instrumento de suplicio—. ¡Ahí tenéis un soldado que debe subir a su puesto!

El centinela se balanceó en el aire y siguió su curso el oleaje, ese mar oscuro y amenazador cuyas olas destructoras se empujaban con furia, cuya profundidad no se ha sondeado nunca y cuya fuerza no adivinó aún nadie; oleaje ciego y sin remordimiento, océano implacable del cual se alzan brazos inflexibles, gritos de odio y de venganza y rostros tan endurecidos por la miseria, que la compasión no puede ya marcar en ellos su sello.

Entre aquellas cabezas en que brillaba el furor unido a la embriaguez del triunfo, se veían catorce divididas en dos grupos, y cuyas facciones, pálidas, rígidas y sin expresión, contrastaban notablemente con el exceso de vida que rebosaba en las demás. Nunca el océano irritado arrojó de sus aguas restos más inmemorables: siete presos, cuyo sepulcro acababa de romper la tempestad, aparecían sobre la turba, aterrados y preguntándose si había llegado su última hora y si la alegría salvaje que manifestaban por su libertad era la de los espíritus infernales, y detrás de ellos siete cabezas que dominaban a las demás, siete cabezas cadavéricas, cuyos párpados esperaban para levantarse la hora del juicio supremo; siete máscaras inmóviles cuya expresión no estaba destruída, sino suspendida, como que sus ojos, cerrados un instante, debían volver a abrirse y su lívida boca gritar: "Tú has hecho esto." Siete cabezas sangrientas, siete presos llevados en triunfo; las llaves de las ocho torres de la Bastilla; algunas cartas, algunos recuerdos de antiguos cautivos muertos mucho tiempo hacía de desesperación; he aquí lo que escoltaba en 14 de julio de 1789 el arrabal de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetía el eco.

¡Permita el cielo que la idea de Lucía Darnay sea un error; que aquellos pasos, lejos de penetrar en su vida, se alejen de ella, porque derrocan furiosos y rápidos cuanto encuentran, y su huella, enrojecida esta vez, no de vino, sino de sangre, se borraré difícilmente!

## CAPITULO XXII

### CRECE LA TEMPESTAD

HABÍAN transcurrido apenas ocho días desde que el arrabal de San Antonio, embriagado de alegría, dulcificaba la amargura de su pan negro y duro y suplía la frugalidad de su comida con abrazos fraternales, cuando encontramos nuevamente a la señora Defarge en su mostra-

dor presidiendo como de costumbre el servicio de la taberna. No adornaba rosa alguna su cabeza, porque el gremio de los agentes de policía manifestaban hacia ocho días una extrema repugnancia en visitar el arrabal, y los reverberos de sus angostas calles tenían un balanceo de funesto augurio para ellos.

La señora Defarge estaba sentada, con los brazos cruzados, respirando el aire fresco y luminoso de la mañana y lanzando vagas miradas a la tienda y a la calle. En una y otra se veían algunos grupos de ociosos descarnados y mugrientos, pero en los cuales dominaba el sentimiento de la fuerza al de su miseria. La gorra de algodón roto que cubría ladeándose al más miserable de aquellos ociosos parecía decir: "Sé que me es difícil a mí, que llevo este harapo, sostener la vida en mis venas; pero ¿sabéis cuán poco me costaría extinguirla en las vuestras?" Cada brazo desnudo y flaco, que más de una vez había estado sin trabajo, sabía que a falta de otra ocupación podía herir, y los dedos de las mujeres habían adquirido la experiencia de que lo mismo sabían hacer calceta que deshacerla.

Se había verificado una transformación profunda en el aspecto del arrabal de San Antonio; hacía siglos que se estaba trabajando allí sin descanso, pero los últimos martillazos habían hecho resaltar poderosamente la expresión de la efigie. La señora Defarge lo advertía con un sentimiento de aprobación reprimida, como correspondía a la capitana de las mujeres del barrio. Una de sus colegas hacía calceta a su lado: era la obesa y rubicunda esposa de un pobre droguero, madre de dos hijos, y que en el desempeño del cargo de segunda de la tabernera se había conquistado ya el horrible sobrenombre de La Venganza.

—¿No oyes? —dijo esta mujer.

Como un reguero de pólvora que desde el extremo del arrabal hubiera llegado hasta la puerta de la taberna y se hubiese inflamado de pronto, venía un murmullo creciendo desde los límites de aquél.

—Es Defarge —dijo la tabernera—. ¡Silencio, patriotas!

Defarge entró sin aliento, se quitó el gorro encarnado y miró en torno suyo.

—¡Escuchadle! —dijo su mujer

En pie y jadeante se destacaba en un fondo de miradas inflamadas y labios entreabiertos agrupados fuera de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó la tabernera.

—Traigo noticias del otro mundo.

—¡Del otro mundo! —repitió la señora Defarge con desdén.

—¿Hay aquí alguno que se acuerde del viejo Faulon, aquel miserable que respondió que si el pueblo se moriría de hambre comiese hierba? Había muerto y había partido para el infierno.

Nadie había olvidado a Faulon.

—Hay noticias de él.

—¿No murió? —exclamaron todas las voces.

—¡Insensatos! Tenía tanto miedo de nosotros, y con razón —continuó el tabernero—, que se hizo pasar por muerto y se mandó celebrar un magnífico entierro, pero vive como nosotros. Le han encontrado en una aldea donde estaba oculto, y le han traído; le acabo de ver. Le han conducido a las Casas Consistoriales, donde muy pronto quedará despachado. Razón tenía de temernos; ¿no es cierto que tenía razón?

Si aquel anciano de setenta años hubiera podido dudar de lo que tenía que temer, se habría convencido al oír la imprecación que respondió al tabernero. Un profundo silencio siguió al tumulto. Defarge y su mujer se miraron, La Venganza bajó los ojos, y se oyó el sordo redoble de un tambor que tenía debajo de la mesa.

—Patriotas —dijo el tabernero con voz firme—, ¿estáis prontos a seguirme?

La señora Defarge se puso en el cinturón su cuchillo, resonó el tambor, La Venganza lanzó gritos agudos, y agitando los brazos sobre su cabeza, llamó de puerta en puerta con furia. Los hombres, terribles de cólera, se asomaron a las ventanas, tomaron las armas y se precipitaron a la calle. Las mujeres, cuyo aspecto hubiera helado de espanto a los más osados espectadores, dejaron las ocupaciones a que las sujetaba la pobreza, sus hijos, sus padres y sus enfermos, que yacían desnudos y ham-

brientos sobre duros jergones, y corrieron con los cabellos despeinados, embriagándose de odio, lanzando gritos salvajes y aumentando su delirio con su mutua furia: “¡El odioso Faulon está preso! ¡El infame, el perro, el hijo del diablo está preso!” Y corrían desgarrándose el pecho y mesándose los cabellos.

—¡Faulon vive! ¡Faulon, que cree que el pueblo sólo vale para comer hierba, que me lo dijo cuando no tenía pan para mi anciano padre! ¡Faulon, que tuvo valor para decirme que mi hijo podía chupar hierba cuando se secó mi seno! ¡Miserable! ¿Lo oyes, hijo mío, pobre hijo mío, que sucumbiste de hambre? ¿Lo oís, padre mío, que agonizasteis tanto tiempo y a quien juré de rodillas sobre las frías losas que os vengaría de ese Faulon? Esposos, hermanos, dadnos la sangre de Faulon, dadnos su corazón, dadnos su cuerpo para que lo hagamos pedazos, y con nuestras uñas le abriremos una tumba donde se hartará de hierba.

Y exaltadas hasta la rabia, saltaban, daban vueltas aullando y atropellando a sus propios amigos, y algunas se desmayaron y hubieran sido pisoteadas a no haberlas levantado del suelo los hombres. Sin embargo, no se perdió un minuto ni un segundo. Aquel Faulon estaba en las Casas Consistoriales y podía ser puesto en libertad... ¡No! ¡No! El arrabal de San Antonio se acordaba mucho de lo que había padecido para desistir de su venganza. La multitud, al precipitarse con violencia, atrajo en pos la hez del barrio con una fuerza tal de aspiración, que en menos de un cuarto de hora no quedaron allí más que algunos enfermos y los niños en la cuna. Llenaban ya el espacioso salón donde estaba el viejo Faulon y llegaban hasta las calles inmediatas. Los Defarge, marido y mujer; La Venganza y Juan tercero se hallaban en primera fila y a corta distancia del acusado.

—¿Le veis? —gritó la señora Defarge designando al contralor general con la punta del cuchillo—. Allí está el monstruo! Debieran haberle cargado con un haz de hierba; ¡que le den hierba y que coma!

Y colocándose el cuchillo debajo del brazo aplaudió como en el teatro.

Los hombres que estaban detrás de ella explicaron el motivo de su satisfacción a los que se hallaban detrás de ellos, y de grupo en grupo los aplausos resonaron hasta en las calles inmediatas. De este modo se transmitieron a lo lejos las palabras que durante tres horas arrancaba la impaciencia a la mujer de Defarge, y la rapidez de la comunicación era tan prodigiosa porque algunos hombres encaramados en las cornisas exteriores dirigían sus miradas por las ventanas, y dominando a la multitud formaban un telégrafo humano entre la tabernera y las masas que se extendían por las calles.

Por fin un rayo de sol, que al mediodía penetró en el salón, cayó directamente sobre la cabeza del anciano y pareció protegerle. Este favor excitó la desesperación del populacho; la frágil barrera, que por milagro estaba aún en pie, se hizo pedazos, y el arrabal de San Antonio se apoderó del preso. Se supo inmediatamente, hasta en las últimas filas de la multitud, que Defarge había saltado la barandilla y la mesa y había dado un abrazo mortal al desventurado Faulon, y que la mujer de aquél había seguido a su marido y había puesto la mano en una de las cuerdas que ataban al preso. Juan tercero y La Venganza no habían tenido aún tiempo para acercarse, y los hombres que estaban en las ventanas no habían podido saltar al salón, cuando los gritos de: "¡A la linterna! ¡A la linterna!" resonaron y se propagaron por toda la ciudad.

Le arrojan al suelo, le arrastran a la escalera, le pegan y le lanzan a la cara puñados de heno y de paja. El desventurado, pálido y sin aliento, con el rostro y las manos ensangrentadas, suplica, implora, o levantándose con un esfuerzo de energía, siempre que retroceden para mirarle, lucha con desesperación. Finalmente, arrastrado como un madero al través de millares de piernas, le llevan a una esquina inmediata donde se balancea un reverbero. Al llegar allí, la mujer de Defarge le suelta, como hubiera hecho un gato con un ratón, y le contempla con sangre fría, mientras él se esfuerza en enternecerla. Las mujeres le miran y le lanzan injurias, y los hombres piden que muera con la boca llena de hierba. Le cuelgan, pero la cuerda se rompe. Vuelven a colgarle, y vuelve a romperse la cuerda,

y le levantan entre furiosos alaridos. Finalmente, la tercera cuerda tiene piedad de él y le estrangula. Clavan su cabeza en el extremo de una pica, y llenan su boca de hierba, mientras la turba lanzan gritos de alegría y baila con embriaguez.

No había terminado aún la sangrienta tarea de aquel día. El arrabal de San Antonio se había exaltado tanto bailando y gritando, que hirvió su sangre cuando le anunciaron que llegaba bajo escolta de quinientos caballos el yerno de Faulon, otro enemigo del pueblo. El arrabal de San Antonio, después de apuntar en deslumbrantes hojas de papel los crímenes del yerno, corrió a prenderlo en medio de los quinientos guardias —lo hubiera arrebatado a un ejército— para ahorcarlo en compañía de su suegro. Su cabeza y su corazón fueron puestos en el extremo de una pica y paseados por la ciudad como trofeos de la victoria.

Era de noche cuando los habitantes del arrabal volvieron adonde les esperaban sus hijos en la cuna llorando de hambre. Asaltaron entonces las panaderías, y esperaron en la puerta de las tiendas con paciencia que les tocase el turno. En tanto, con el estómago vacío y el cuerpo desfallecido, se abrazaban unos a otros dándose la enhorabuena y hablaban para matar el tiempo. Aquellas largas hileras de harapientos fueron disminuyéndose poco a poco hasta que desaparecieron; pálidos resplandores brillaron al través de las ventanas, se encendieron hogueras con algunos restos de muebles viejos en las calles, guisaron en ellas en común y cenaron delante de sus puertas. Cenas miserables, exentas de toda especie de carne y sin tener más salsa que un poco de agua en la sopa. Pero una profunda sociabilidad, una fraternidad real daba al pan negro la substancia nutritiva y hacía brotar una alegría franca y espontánea. Despuntaba el alba cuando Defarge, cuyos últimos parroquianos acababan de retirarse, dijo a su mujer pasando el cerrojo a la puerta:

—¡Llegó por fin la hora del triunfo.

—¡Apenas principia— respondió la tabernera.

Todo quedó dormido en San Antonio, incluso Defarge



y su mujer. Hasta La Venganza yacía en brazos de profundo sueño, y descansó el tambor, que era la única voz robusta del barrio en el motín.

## CAPÍTULO XXIII

### SUBEN LAS LLAMAS

TAMBIÉN se había verificado una transformación en la aldea donde murmuraba la fuente y de la cual salía todos los días el caminero para ir a extraer de los guijarros el escaso pan que retenía su alma ignorante en su cuerpo empobrecido. La cárcel edificada en el peñasco tenía un aspecto menos aterrador que en otro tiempo, pues aunque todavía la custodiaban soldados, eran en menor número, y entre los oficiales que mandaban a los soldados, ni uno solo podía asegurar lo que harían sus hombres en caso de ataque, y sospechaban que no harían lo que les mandasen.

En el campo reinaban la ruina y la desolación. Todas las hojas, todas las matas de hierba y las espigas de cebada o de centeno estaban agostadas como los habitantes de la aldea. Casas, vallados, animales domésticos, hombres, mujeres y niños, y hasta el suelo que sostenía su miseria, todo cuanto abarcaba la mirada era pobre, débil y moribundo.

Su Excelencia (como individuo, caballero perfecto muchas veces) era un tesoro nacional que sabía dar un aspecto de magnificencia a las acciones más sencillas; era el modelo de la cortesanía refinada y de la vida elegante y espléndida, y servía para otras mil cosas de la misma importancia; pero, considerado como clase social, había sido la causa de tan desastrosa miseria.

Las venas exprimidas no daban ya una gota de sangre; las mandíbulas, después de haberlo molido todo, no tenían ya que moler, y Su Excelencia había huído del sitio donde se presentaba este espectáculo

tan imprevisto como implacable. Pero no era esto lo que constituía la transformación de que hemos hablado y que se veía en muchas otras aldeas. Hacía tiempo que Su Excelencia había hecho producir a sus haciendas todo lo que podían dar, y era raro que las favoreciese con su presencia, a excepción de las ocasiones en que se entregaba a los placeres de la caza, cuya conservación exigía la reserva de terrenos considerables condenados a una bárbara esterilidad. Lo que transformaba la fisonomía de aquella aldea era la aparición de extrañas caras que pertenecían a la ínfima plebe, y no la desaparición de las facciones de noble estirpe que caracterizaban a Su Excelencia. Vamos a demostrarlo.

Nuestro caminero estaba trabajando en medio de un torbellino de polvo, pensando en lo poco que tenía para comer, y en todo lo que comería si pudiera disponer de más comida. Levantó los ojos, los apartó de su trabajo solitario para contemplar el horizonte, y vió a un viajero que se dirigía hacia él, una de aquellas caras que eran tan raras en otro tiempo en aquel sitio y cuya presencia era ahora tan frecuente. El viajero se acercó, y nuestro caminero vió sin sorprenderse que era un hombre de elevada estatura, aspecto severo, miradas hoscas, tez morena, cabellos en desorden, zapatos toscos y vestido harapiento impregnado del polvo de los caminos, manchado con el lodo de los charcos, y erizado de espinas, hojas y musgos recogidos en los bosques y al través de las malezas. Aquel hombre se dirigió como un espectro hacia el caminero, y le alcanzó en el momento de acurrucarse en una de las cavidades del margen para resguardarse del granizo que principiaba a caer en abundancia. El forastero miró al caminero y miró la aldea en el valle y la torre que dominaba el cerro, y después de este reconocimiento, tomó la palabra en un dialecto apenas inteligible.

—¿Cómo va, Juan?

—Toda va bien, Juan —respondió el caminero.

Se dieron la mano, y el viajero se sentó al lado del campesino.

—¿No comes?

—No, no comeré hasta la noche —dijo el labriego con ademán hambriento.

—Es la moda —murmuró el viajero—; en ninguna parte he encontrado gentes que coman.

Sacó del bolsillo una pipa ennegrecida, la llenó lentamente, encendió yesca y chupó hasta que el tabaco quedó completamente encendido. Sacándosela entonces de la boca, arrojó en ella unos granos de pólvora que se inflamaron de pronto y produjeron una pequeña columna de vapor ceniciento.

—¡Aprieta!

Esta palabra la pronunció el campesino después de observar atentamente la operación.

—¿Esta noche? —preguntó después de estrecharle la mano.

—Esta noche —respondió el forastero volviéndose a poner la pipa en la boca.

—¿En dónde?

—Aquí.

Los dos Juanes guardaron silencio mientras cayó sobre ellos el granizo; pero luego que se despejó el cielo, se pudo ver distintamente la aldea, y el desconocido dijo al caminero después de subir al extremo de la colina:

—Enséñame el camino.

—Seguirás la carretera respondió el aldeano—, cruzarás toda la calle, pasarás junto a la fuente...

—Yo no entro en las calles ni me acerco a las fuentes —dijo el viajero interrumpiéndole y mirando la campiña—. ¿Y después?

—Andarás unas dos leguas más hasta el otro lado del monte.

—Bien. ¿A qué hora dejas el trabajo?

—Al anochecer.

—¿Quieres despertarme antes de partir? Hace dos días y dos noches que ando sin descansar ni dormir.

Déjame fumar mi pipa y dormiré como un niño. ¿No te olvidarás de despertarme?

—No me olvidaré.

El viajero fumó su pipa, la guardó en el pecho, se quitó los zapatos, se acostó sobre un montón de piedras y se durmió al momento.

Las nubes se habían desgarrado y dejaban aparecer brillantes líneas de azul, a las cuales correspondían en el paisaje islas de vivo resplandor. Nuestro campesino, que había sustituido su gorro azul con otro encarnado, había continuado su trabajo y parecía fascinado por el hombre que dormía sobre el montón de piedras. La tez morena, los cabellos negros y la revuelta barba del viajero, su gorro encarnado, su extraño traje de lienzo tosco y de piel de carnero, su cuerpo robusto, enflaquecido por el ayuno; sus labios comprimidos con fuerza y su ademán implacable aún durante el sueño, inspiraban al caminero un respeto mezclado de temor. El viajero venía de lejos; sus pies estaban desgarrados y sangrientos; sus enormes zapatos llenos de hierba le habían pesado mucho durante tan largo viaje, y su carne tenía tantas llagas como agujeros su vestido.

El caminero trató de descubrir si llevaba armas ocultas, pero se inclinó en vano para mirar debajo de la zamarra del viajero, porque éste tenía los brazos cruzados sobre el pecho y tan apretados como los labios. Las plazas fuertes con sus trincheras, sus cuerpos de guardia, sus baluartes y sus puentes levadizos, parecieron al campesino fantasmas en comparación de aquel hombre, y cuando alzó los ojos para mirar a lo lejos, vió en su apagada imaginación otros hombres, igualmente intrépidos, que se dirigían hacia todos los puntos de Francia y que ningún obstáculo podía contener. El viajero continuó durmiendo hasta el momento en que el sol desapareció del horizonte, y después de recoger sus instrumentos, el caminero le despertó como habían convenido.

—Gracias —dijo el viajero apoyándose en el codo—. ¿Dices que está a dos leguas al otro lado del valle?

—Unas dos leguas.

—Bien.

El caminero, precedido por el polvo que el viento empujaba, llegó muy pronto cerca de la fuente, y penetrando entre las vacas que estaban allí para abrevarse, pareció confiarles su secreto al mismo tiempo que se lo comunicaba a la aldea. Cuando todo el mundo acabó su parca cena, en vez de irse a dormir como de costumbre, salió a la calle y se formaron corrillos. ¡Cosa extraña! La manía de hablar en voz baja y al oído del vecino había llegado a ser contagiosa para nuestros aldeanos, cuyas miradas se dirigían todas hacia un mismo punto. Esto alarmó al señor Gabelle, primer funcionario de la comarca, el cual subió al tejado para mirar hacia el mismo punto del cielo, y después de dirigir sus miradas a sus administrados, envió a decir al sacristán que guardase las llaves de la iglesia y que no se sorprendiese si le mandaba tocar a rebato.

La obscuridad era por momentos más densa, y los árboles que cercaban el castillo y lo separaban del resto del valle se agitaron bajo los primeros esfuerzos de la tempestad y parecieron amenazar al edificio señorial, cuya negra masa aparecía en la sombra. La lluvia cayó después con violencia, bajó como un torrente por las dos escaleras de piedra y azotó las ventanas y las puertas como un mensajero rápido que quiere despertar a los que debe avisar. Bocanadas de viento plañideras corrieron por el gran salón entre las lanzas y cuchillos, cruzaron la escalera sollozando y sacudieron las cortinas del lecho donde dormía en otro tiempo el Marqués.

En tanto, de los cuatro puntos del horizonte, cuatro hombres de marcha intrépida y cabellos incultos hollaban la hierba bajo sus pies, y hacían crujir las ramas, dirigiéndose hacia el edificio. Aparecieron cuatro luces, que cruzaron entre las tinieblas, y todo volvió a quedar sumido en la obscuridad. Pero no fué para mucho rato: el castillo se alumbró por sí propio y apareció iluminado; una lista de fuego se dibujó en la fachada, dejó ver el sitio donde estaban las ventanas, los bal-

cones y las cornisas; se hizo más billante y se ensanchó, y la llama que brotó de pronto por todas las aberturas alumbró las máscaras de piedra aterradas y con la boca abierta. Alzase un grito, un hombre corre a las caballerizas, un caballo parte a escape animado por la voz y la espuela; cruza el espacio al través de las tinieblas, párase bañado en espuma cerca de la fuente de la aldea, y una voz exclama:

—¡Auxilio, Gabelle, auxilio!

Toca la campana a rebato con impaciencia, pero nadie acude a prestar auxilio, a pesar de hallarse junto a la fuente el caminero y sus doscientos cincuenta amigos, que contemplan la llama que brilla en el cielo, y que dicen sin moverse y mirando de reojo al que pide auxilio:

—Debe tener lo menos cuarenta pies de altura, como la horca de Juan.

El jinete del castillo y su caballo cubierto de espuma se alejan, suben la cuesta peñascosa y se dirigen hacia la cárcel.

En la puerta hay un grupo de oficiales que contemplan el incendio.

—¡Socorro, señores oficiales, socorro! Está ardiendo el castillo. Se salvarían algunos objetos preciosos si vinieran a auxiliarnos.

Los oficiales se vuelven a los soldados, que miran el incendio, pero no dan orden alguna, y contestan encogiéndose de hombros y mordiéndose los labios:

—¿Qué hemos de hacer?... No tiene remedio.

Cuando el jinete y su caballo, que volvían sin esperanza, cruzaron la aldea, los habitantes celebraban con una iluminación general el incendio del castillo. El caminero y sus doscientos cincuenta amigos, inspirados como un solo hombre, habían corrido a sus casas y ponían velas y candiles en sus ventanas. La penuria general había obligado a los aldeanos a pedir prestados el aceite y las velas al desventurado Gabelle, y como éste parecía resistirse, el caminero, en otro tiempo tan humilde con la autoridad, había hecho observar a sus conciudadanos que los coches arden magníficamente

y que los caballos de posta se asarían muy pronto en la llama que formarían.

El castillo continuaba ardiendo. Un viento rojo que soplabá de aquella región infernal dispersaba sus restos, y al fulgor vacilante de las llamas, que lamían con furia las paredes, las máscaras de piedra parecían retorcerse y padecer el suplicio de los condenados. Se desmoronó un lienzo de pared arrastrando una parte del techo, y la máscara, cuyas narices se movían como si se estremeciesen, se obscureció de pronto, salió de la nube que la envolvía, luchó otra vez con las llamas y pareció la faz cruel del Marqués expirando en la hoguera.

Los árboles inmediatos al edificio, alcanzados por el fuego, se abrasaron y se encogieron; y los que estaban lejos, incendiados por los hombres siniestros que habían llegado de los cuatro puntos del horizonte, rodearon el castillo con un cinturón de humo y llama. En el receptáculo de mármol de la fuente hervían el hierro y el plomo derretidos; el agua se agotaba ante la llama; los techos que cubrían los torreones se desvanecían como la nieve bajo un sol ardiente, y caían en el fondo de las torres transformadas en pozos de fuego. Las hendiduras estallaban en las paredes, donde se extendían en todas direcciones como una arborización fulgurante; y en tanto que las aves, revoloteando fascinadas en torno del abismo de fuego, se precipitaban en él, los cuatro individuos siniestros, alumbrados por el incendio, que les servía de antorcha, se dirigían hacia los cuatro puntos del horizonte, adonde les llamaba su ministerio.

Los aldeanos se habían apoderado de la campana, y en vez del toque de rebato se oía un alegre toque de repique. Después, con el estómago vacío y la cabeza exaltada con el estruendo y las llamas, recordaron que el señor Gabelle tenía íntimas relaciones con la recaudación de contribuciones, diezmos y arriendos, y manifestando vehementes deseos de tener con él una entrevista formal, reclamaron con amenazadora gritería la presencia del publicano. Pero el señor Gabelle

volvió a retirarse al tejado de su casa, y acurrucándose detrás de dos chimeneas, decidió (era un hombrecillo de genio vengativo) que si llegaban a forzar la puerta se arrojaría de cabeza sobre la multitud y tendría al menos la satisfacción de aplastar a uno o dos hombres.

Es probable que la noche parecería muy larga al señor Gabelle con el castillo por luz y con el estruendo que hacían en su puerta por música, sin contar la inquietud que le inspiraba el farol colgado delante de sus ventanas y que la multitud deseaba mudar de sitio para colgarle a él. ¡Terrible prueba es pasar toda una noche en el borde de un abismo sin más consuelo que el de arrojarse en el fondo, como había resuelto Gabelle! Pero asomó, por fin, la bendita claridad del día; se apagó la iluminación de la aldea después de apurar la última gota; los sitiadores se retiraron, y nuestro publicano pudo bajar conservando la vida.

Aquella noche, y muchas otras noches seguidas, se vieron al resplandor de los incendios numerosos funcionarios menos afortunados que el señor Gabelle balanceándose al amanecer al través de las calles que habitaban desde su nacimiento, y hubo también campesinos y villanos, menos felices que nuestro caminero y sus amigos, que fueron perseguidos por la tropa y ahorcados; pero los hombres que se dirigían hacia los cuatro puntos del horizonte seguían su camino con paso intrépido, y el fuego brotaba todas las noches, y las llamas devoraban los castillos. Ningún funcionario era capaz de calcular cuántos pies hubieran debido añadirse a las horcas para convertirlas en manantiales que pudiesen apagar el incendio.



## CAPITULO XXIV

## ATRAÍDO HACIA EL ABISMO.

TRES años transcurrieron, tres años de tempestad, en medio de las llamas devoradoras, de las olas espumosas y de los estremecimientos de la tierra, conmovida por las sacudidas de un océano que subía, que subía con terror de los que lo contemplaban desde la playa. Tres años más añadieron sus hilos de oro a los hilos con que Lucía Darnay tejía los días de los que amaba, y trajeron tres veces el fausto cumpleaños de su hija.

¡Cuántas veladas habían pasado los habitantes del albergue pacífico escuchando los rumores, cuyo eco les aterraba porque no ignoraban que los pasos que oían eran los de una turba furiosa que seguía la bandera roja, declarada la patria en peligro y un terrible encanto había transformado en fieras! Su Excelencia (tomado en sentido colectivo), asombrado de que no se le apreciase como merecía, había huído de un estado social que presentaba semejante fenómeno, y no podía acabar de convencerse de que la Francia no tuviera necesidad de poseerle, y de que quedándose hubiera sido arrojado, no tan sólo del territorio francés, sino también de este mundo. Toda la corte había emprendido la fuga, desde el círculo íntimo que era su centro, hasta sus límites apolillados, donde rebosaban la intriga, la corrupción y la hipocresía; el Rey había partido, había sido preso y sitiado en su palacio, y acababa de ser suspendido en el momento en que las últimas noticias habían cruzado el Estrecho.

Era el mes de agosto de 1892 y Su Excelencia se hallaba en completa dispersión. Naturalmente, la casa de Banca de Tellson y Compañía, en Londres, era su cuartel general: los espíritus frecuentan con preferencia los sitios que habitaron sus cuerpos, y Su Excelencia, cuyo bolsillo estaba vacío, se dirigía a la casa donde antes habían estado sus luises. La casa de Tellson era, además, un alber-

gue hospitalario, que tenía grandes consideraciones con sus parroquianos tronados; y entre los emigrados había también algunos nobles, que previendo el saqueo o la confiscación, habían colocado sus fondos en Londres en los primeros días de la tempestad. Añádase a esto que todos los que llegaban de Francia acudían a la casa de Tellson, de lo cual resultaba que en aquella época era el despacho del banquero, en cuanto a noticias, una especie de Bolsa altamente privilegiada. Esta circunstancia era tan notoria para el público, y las personas que iban a preguntar allí habían llegado a ser tan numerosas, que Tellson había tomado el partido de escribir en una hoja de papel las últimas noticias recibidas y de fijarla con obleas en las ventanas en beneficio de los transeuntes.

Después de una tarde húmeda y sofocante, Carlos Darnay, con los codos apoyados en el escritorio del señor Lorry, hablaba en voz baja con su antiguo amigo.

—Sois indudablemente uno de los hombres más jóvenes que han existido —decía Carlos con cierta vacilación—; pero no puedo menos de manifestaros...

—¿Que soy demasiado viejo? —preguntó el señor Lorry.

—Una estación rigurosa, un largo viaje, la incertidumbre de los medios de transporte, un país desorganizado, una ciudad donde vos mismo debéis temer...

—Precisamente estáis exponiendo, querido Darnay, los motivos que me inducen a partir, y ninguno de ellos me acobarda. Nada temo: ¿quién hará caso de un anciano de cerca de ochenta años cuando hay tantos individuos dignos de su cólera? ¡La desorganización del país, decís! Si no existiera, no habría necesidad de enviar allá gente de nuestra casa, y, por otra parte, ya conocéis que es indispensable que ese agente haya viajado, esté enterado de los negocios y posea la confianza de Tellson. En cuanto al mal tiempo, a lo penoso del viaje y a las dificultades que se encontrarán, si después de tantos años de servicio no me prestara a encargarme del negocio en interés de la casa. ¿quién se encargaría?

—¡Tengo tanto deseo de ir! —dijo Carlos con agitación y como un hombre que piensa hablando.

—¡Vos! —exclamó el señor Lorry—. ¿Y me habláis

de prudencia? ¿Siendo francés quisiérais ir a Francia? Eso es el colmo de la locura.

—Lo deseo precisamente porque soy francés. Es imposible no compadecer a ese pueblo miserable, no lamentar su extravío y no esperar, en nombre del escaso bien que se le ha hecho, darle una dirección menos desastrosa. Ayer noche —continuó con aire pensativo—, cuando estábamos solos, decía a Lucía...

—¿A Lucía? —dijo el anciano interrumpiéndole—. ¿No os avergonzáis de pronunciar su nombre en el momento de hablar de partir a Francia?

—Me ha ocurrido esa idea —dijo Carlos sonriendo— al reflexionar sobre lo que acabáis de decirme.

—Para mí es indiferente; es forzoso que parta, y ningún obstáculo me hará retroceder. No sabéis, querido Darnay...

El señor Lorry dirigió una mirada al jefe de la casa, que se veía a lo lejos, y añadió bajando la voz:

—No podéis figuraros con cuánta dificultad se hacen en Francia los negocios y qué de peligros corren nuestros libros. Dios tan sólo podría decir qué consecuencias tan fatales podrían resultar si nuestros documentos desapareciesen o fuesen destruídos; y ¿quién puede asegurar que París no sea entregado a las llamas esta noche y mañana al saqueo? Comprendéis muy bien que una decisión prudente y en el plazo más breve evitaría la pérdida de documentos esenciales, y nadie podría juzgar mejor que yo de su importancia relativa. Así lo cree Tellson, y ¿puedo negarme cuando se me suplica en interés de una casa, donde estoy ganando mi subsistencia hace sesenta años? ¿Puedo faltar al cumplimiento de mi deber bajo el pretexto de que mis miembros están un poco pesados? Por otra parte, soy joven en comparación de las momias que tenemos en nuestros escritorios.

—¡Cuánto admiro la generosidad y la firmeza de vuestro carácter! Sí; aún sois joven, amigo mío.

—No os burléis, señor Darnay. Debéis saber, amigo —añadió el banquero volviendo a dirigir una mirada al jefe de la casa—, que es imposible saear de París actualmente cosa alguna. Os diré en confianza, y confieso que

no debería hacerlo ni aun con vos, que hoy han llegado a nuestras manos documentos y objetos preciosos por conducto de emisarios los más extraños que podéis figuraros, y cuya vida pendía de un hilo cuando pasaron las barreras. En otro tiempo nuestros paquetes viajaban por Francia con la misma facilidad que en la mercantil Inglaterra; pero en el día nada puede ya circular...

—¿Y pensáis partir esta noche?

—Esta misma noche; la situación es muy apremiante para admitir la menor dilación.

—¿Partís solo?

—Me han propuesto toda clase de compañeros, pero ninguno de ellos me conviene. Tengo intención de llevarme a Ferry; es hace muchos años mi guardia de corps y estoy acostumbrado a sus servicios. Nadie sospechará de él, y es un perro de presa que no abriga otro designio que el de morder al que intente tocar a su amo.

—Lo repito, no me canso de admirar vuestra nobleza y vuestra generosidad.

—Y yo os repito que no os burléis de mí. Cuando haya llevado a cabo este último negocio, es muy posible que acepte la proposición que me hace Tellson y tome mi retiro para vivir a mis anchas. Entonces tendré tiempo para sentir el peso de los años y recordar que ya no soy joven.

Este diálogo, como hemos dicho al principio, tenía lugar cerca del escritorio del señor Lorry. A dos pasos de allí Su Excelencia se vanagloriaba del castigo que impondría antes de mucho a la canalla insurreccionada. Su Excelencia tenía muy arraigada la idea, en medio de sus perances, de considerar la revolución francesa como la única cosecha que había madurado hasta entonces en el mundo sin haber sido sembrada, y de hablar de ella como si nada se hubiera hecho para acarrear este resultado, y como si algunos observadores, al ver la suerte de las masas y el mal empleo de los recursos que podían haber producido la prosperidad del pueblo, no hubieran visto amontonarse la tempestad, ni hubiesen dicho francamente lo que estaban viendo. Esta excesiva fatuidad de Su Excelencia, unida a sus proyectos extravagantes para restablecer un

orden de cosas que había cansado al cielo y a la tierra, era intolerable para toda persona sensata y que estuviese enterada de la situación. Estos humos de fatuidad, que zumbaban a los oídos de Carlos, aumentaban el malestar moral que sentía sin explicárselo y causaban su agitación.

En el número de los circunstantes se encontraba el señor Stryver, el abogado del Banco del Rey, que estando a punto de llegar a un puesto oficial, desplegaba su elocuencia sobre el susodicho tema, y exponía a Su Excelencia una multitud de planes ingeniosos para exterminar al pueblo, hacerle desaparecer de la faz de la tierra y pasarse en lo sucesivo sin tan detestable polilla; en una palabra, para llegar a la abolición de las águilas poniendo un grano de sal sobre la cola de toda la raza. Carlos, que había llegado al colmo de la indignación, estaba perplejo entre el deseo de oír más y el de quedarse para emitir su parecer, cuando un acontecimiento imprevisto decidió la cuestión. Tellson se levantó, dejó sobre el escritorio del señor Lorry una carta sueña y cerrada, y preguntó a nuestro amigo si había descubierto alguna cosa sobre la persona a quien iba dirigida aquella carta. Carlos, que estaba al lado del señor Lorry, no pudo menos de ver el sobre, en el cual se leían estas palabras:

“Urgentísima. Al ex-Marqués de Saint-Evremont, por conducto de los señores Tellson y Compañía, banqueros de Londres”.

El día del casamiento de su hija el doctor había exigido al señor Darnay la promesa de no revelar su nombre a nadie, a no ser que él le eximiese de esta obligación imperiosa. Carlos había guardado, pues, el secreto que le impusiera su suegro; la misma Lucía estaba muy lejos de sospechar que su esposo tenía otro apellido, y en igual caso se hallaba el señor Lorry.

—Nada —respondió éste al jefe de la casa—. He enseñado esta carta a todos los que vienen aquí, y nadie ha podido decirme el paradero de ese Marqués.

Las agujas del reloj iban a señalar la hora en que se cerraba el despacho y los aficionados a noticias que se dirigían a la puerta pasaron junto al señor Lorry, que les presentó la carta y les interrogó con la mirada. Su Ex-

celencia, en la persona de aquellos emigrados de lenguaje altanero y conspirador, lanzó una mirada hacia el sobre, y cada cual dijo lo que le pareció acerca del misterioso Marqués.

—Creo que es el sobrino, pero en todo caso el indigno heredero de aquel noble distinguido que murió asesinado en su castillo —dijo uno de los que pasaron—. Me alegro de no haberle conocido.

—Un cobarde que desertó de su patria hace unos quince años —dijo otro que acababa de llegar de París medio ahogado en un carro de heno.

—Infectado de doctrinas filosóficas —añadió otro mirando el sobre al través del lente—, hizo una oposición constante a su tío, cuyos bienes a entregado a la vil canalla. Espero que esos infames le darán el pago que merece.

—¿Será cierto? —dijo Stryver.— Quisiera saber el nombre de ese extravagante. Veamos el sobre... ¡Vaya al diablo la filosofía!

Darnay, no pudiendo contenerse más, puso la mano sobre el hombre del abogado del rey y le dijo:

—Yo conozco a ese extravagante filósofo.

—Pues lo siento.

—¿Por qué?

—¿No habéis oído lo que han dicho estos caballeros?

—Sí.

—Pues no preguntés por qué.

—Por lo contrario, lo pregunto.

—Pues bien, señor Darnay; os repito que lo siento por vos, y siento, además, que me hagáis semejante pregunta. Ese Marqués es un ser imbuído en pestilentes doctrinas, gangrenado por principios blasfemos, que abandona sus haciendas a la escoria de la sociedad, a una gente malvada que se entrega al asesinato en grande; ¿y me preguntáis por qué siento que semejante estúpido sea conocido del hombre que instruye a la juventud? Sólo tengo que daros una contestación, señor mío: lo siento porque el contacto de ese perillán debe manchar a los que le tratan.

Carlos ahogó su ira, aunque con mucho trabajo, recordando que había jurado guardar su secreto, y dijo al abogado:

—Tal vez ignoráis los motivos que mueven al Marqués y por lo tanto, no podéis comprender...

—En todo caso, no ignoro la manera de cerraros la boca, señor Darnay —dijo el abogado interrumpiéndole—; si ese canalla es verdaderamente hijo de noble estirpe, no comprendo su conducta ni quiero comprenderla. Podéis decírselo saludándole de mi parte y añadir que me 'extraña mucho que, después de haber cedido sus bienes, no haya ido 'a ponerse a la cabeza de esos rústicos transformados en verdugos. Pero no, señores —dijo el orador mirando en torno suyo majestuosamente—, sobrado conozco a los hombres para saber 'que semejante pícaro no se fía de la gratitud de sus infames protegidos. Véase si no que cuidado ha tenido en largarse y ser el primero en huir.

Después de acentuar sus últimas palabras, el señor Stryver salió en medio 'de la aprobación de su noble auditorio, y los señores Lorry y Darnay se quedaron solos en el despacho.

—Si conocéis al Marqués —dijo el señor Lorry—, ¿tendréis la amabilidad de 'encargaros de esta carta?

—Con mucho gusto.

—Hacedme el favor de 'decirle que hemos hecho todos los esfuerzos posibles para descubrir su paradero, y que sentimos vivamente no haber podido entregarle más pronto esta carta, que se halla en nuestro poder hace muchos días.

—Quedaréis servido. ¿Partiréis pronto?

—Sí, amigo mío, a las ocho.

—Volveré a despedirme.

Enojado de sí propio, del abogado y de la mayor parte de los hombres, Carlos se dirigió hacia 'el Temple, y cuando llegó a este sitio solitario, rompió el sobre de la carta, 'y leyó lo siguiente:

—París, cárcel de la Abadía, 21 de junio de 1792.

“Señor ex-Marqués:

“Después de verme 'expuesto a morir a manos de los habitantes de la aldea, me prendieron con violencia y me condujeron a París, obligándome a hacer 'el viaje a pie. No os hablaré de lo que padecí por el camino, pues

no es esto lo más importante; pero os diré que han destruído mi casa hasta sus cimientos.

"El único crimen de que me acusan, que me tiene en esta cárcel, y por el cual voy a ser condenado a muerte si no sois bastante generoso para acudir en mi auxilio, señor ex-Marqués, es el de haberme hecho culpable de alta traición contra el pueblo obrando en nombre de un emigrado. En vano trato de manifestarles que obraba, por el contrario, en favor del pueblo al cumplir vuestras órdenes; que mucho antes del secuestro había perdonado siempre, también por orden vuestra, el impuesto a los que no lo pagaban (y nadie lo pagaba), y que, a pesar de no percibir el pago de los arriendos, me había abstenido de perseguir a los deudores. Me contestan a esto que, sin embargo, obraba por poderes de un emigrado, y me preguntan en dónde está ese emigrado.

"¡Ah! ¿En dónde estáis, señor ex-Marqués? Os llamo en mis sueños, y os pido en nombre del Señor que acudáis en mi auxilio. Pero ¡no me contestáis! ¡Ah! Señor, dirijo a Inglaterra esta súplica con la esperanza de que podrá llegar hasta vos por conducto de Tellson y Compañía, banqueros muy conocidos en París.

"Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor, os suplico, señor ex-Marqués, que vengáis a libertarme. Mi único delito consiste en haberos sido fiel, y por lo tanto, os ruego ahora que no me abandonéis.

"Desde esta horrible prisión, donde por momentos me aproximo a la muerte, os protesta su lealtad vuestro respetuoso y afligido servidor,

"GABELLE."

Carlos comprendió en seguida la causa del malestar que sentía; era el remordimiento por haber faltado a su deber. El peligro de aquel antiguo servidor se alzaba en su alma como un espectro acusador. Sabía muy bien que en su horror al hecho que había llevado al colmo la mala reputación de su familia, en su resentimiento hacia la memoria de su tío y en su aversión a los bienes de que podía haber dispuesto, no había obrado como debía; sabía muy



bien que absorbido por su amor, si al cambiar de vida había renunciado a los privilegios y a la riqueza que había heredado, esta renuncia era incompleta y no tenía mérito alguno, y decía para sí que, en vez de aquella cesión personal que ninguna formalidad había sancionado, debía haber reconocido sus derechos, disponer de la fortuna de que era depositario, y darla una aplicación fecunda. En otra época había pensado hacerlo, y al llegar la ocasión oportuna lo había perdido todo por su indolencia.

Los goces del hogar doméstico, la necesidad de un trabajo continuo, las turbulencias que habían ocurrido en Francia, la rapidez de los acontecimientos y su inestabilidad que destruía hoy los proyectos formados ayer, eran las razones que le habían impedido cumplirse a sí propio sus promesas. Esperaba el momento de obrar, pero la ocasión huía siempre, y esta vacilación duró hasta la época en que los nobles tuvieron que huir de Francia y fueron confiscados sus bienes, destruídos sus castillos y anulados sus títulos. Pero no había oprimido a nadie, ni había tenido a nadie en prisión, y en vez de emplear la fuerza para tomar posesión de lo que le pertenecía, lo había renunciado por su propio impulso. Despojado de todos los favores que debía a su nacimiento, se había ganado la subsistencia con un trabajo decoroso. El señor Gabelle, el administrador de las haciendas empobrecidas que poseía desde la muerte de su tío, había recibido la orden escrita de su propia mano de tener consideración con los aldeanos, y de darles la poca leña en invierno y el poco centeno en verano que les dejasen los acreedores. ¿No era esta conducta suficiente para que nada debiera temer? Esta persuasión confirmó el designio que formaba Carlos de partir para París. Como el marino de la leyenda, las olas y los vientos le empujaban hacia el peñasco imantado que le atraía a su pérdida, y todas sus reflexiones le conducían a ella con mayor fuerza. X

El estado penoso de su alma, cuya causa no acertaba a explicarse algunos momentos antes, procedía del mal que se había cometido en sus haciendas. ¿Por qué había abandonado a seres indignos la influencia que hubiera podido adquirir? ¿Por qué no estaba allí para contener la

efusión de sangre y para hablar en nombre de la humanidad? Se acusaba de esto interiormente cuando había comparado su flaqueza con el valor del señor Lorry, en quien el sentimiento del deber suplía a la fuerza. A esta comparación tan desventajosa para él habían seguido las insolencias de los nobles y las injurias del abogado que tan profundamente le habían ofendido, y por último, la carta de Gabelle, el grito de dolor de un inocente que le suplicaba en nombre de la justicia y del honor que acudiese en su auxilio.

Estaba resuelto; iría a París. Le parecía que cuando llegase a Francia le bastaría probar sus buenas intenciones para ser creído por sus palabras y alcanzar el consentimiento general. Le ocurría después la idea de hacer bien, esa gloriosa perspectiva que se presenta a las almas generosas; y seducido por esta ilusión, se creía con bastante influencia para guiar la revolución que corría con furia hacia nuevos delitos. Cuando hubo madurado bien su proyecto, no pensó más que en los preparativos del viaje.

Lucía y el doctor no debían saber su partida hasta que estuviera lejos de ellos, pues de este modo evitaría a su esposa el dolor de la separación, y al doctor Manette los vanos esfuerzos que indudablemente hubiera hecho para desviarle de su idea.

Carlos continuó paseando hasta el momento de volver a casa de Tellstone para despedirse del señor Lorry: tenía intención de presentarse a su excelente amigo cuando estuviera en París; pero debía dejarle partir sin confiarle su secreto. Vió delante de la casa un coche y caballos de posta, y el señor Lorry con su traje de camino esperando las órdenes de su principal.

—He entregado la carta a quien iba dirigida —dijo Carlos a su amigo—, y me ha dado la contestación; pero no he consentido que la diera por escrito, porque confiaba que os encargaríais de transmitirla verbalmente.

—Con mucho gusto; ¿no ofrece peligro alguno?

—Ninguno, aunque es para un preso de la Abadía.

—¿Su nombre? —preguntó el señor Lorry abriendo la cartera.

—Gabelle.

—Está bien. ¿Qué se ha de responder a ese desdichado?

—Únicamente que se ha recibido su carta y que espere a la persona a quien escribe.

—¿No le diré cuándo llegará?

—Partirá mañana por la noche.

Carlos acompañó a su amigo hasta el coche, y cuando los caballos iban a partir, el señor Lorry dijo asomándose a la portezuela:

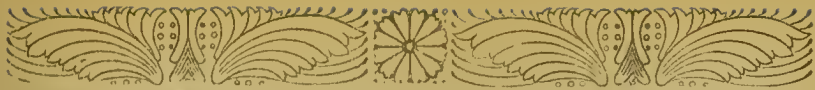
—Mis recuerdos a Lucía y a la niña; cuidadlas bien hasta mi regreso.

Carlos movió la cabeza y le respondió con una sonrisa de duda. Aquella noche (era el 14 de agosto), Carlos, en vez de acostarse cuando salió del salón, escribió dos cartas fervientes. En la primera, que iba dirigida a Lucía, explicaba el motivo de su partida, la imperiosa obligación que tenía de ir a Francia, y demostraba claramente que nada debía temer; en la segunda, destinada al doctor, se extendía igualmente sobre su persuasión de que no corría peligro alguno; y finalmente, prometía al padre y a la hija que les escribiría tan pronto como llegase y que lo haría después con frecuencia.

El día siguiente fué doloroso para Carlos, pues por primera vez, desde que estaban casados, tenía un pesar que ocultaba a Lucía, y le era muy costoso conservar el secreto. A cada instante se veía tentado a revelárselo, porque le parecía extraño pensar y obrar sin el dulce apoyo que en ella encontraba; pero al verla tranquila y serena, ahogaba las palabras que pugnaban por salir de sus labios y continuaba disimulando su turbación. Por penosa que le pareciera esta lucha, el día transcurrió rápidamente. Por la noche dijo que tenía que salir, y que tal vez volvería tarde; abrazó varias veces a su esposa y a su hija, sacó de casa la pequeña maleta que había preparado en secreto y se alejó con el alma más triste que las calles sombrías y desiertas, llenas de densa niebla. Confió sus dos cartas a un amigo fiel, le encargó que no las entregase hasta las once y media, montó a caballo, tomó el camino de Douvres y principió su viaje con el corazón desfallecido al recordar los seres queridos que abandonaba.

“Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor”, murmuraba; y recobrando fuerzas al repetir estas palabras de desesperación, corrió hacia el escollo, sin que ningún sentimiento fuera bastante poderoso para apartarle de su atracción irresistible.





## LIBRO TERCERO

### CAPITULO PRIMERO

#### EN EL SECRETO

**E**L viajero que en el mes de agosto de 1792 iba de Inglaterra a París acometía una empresa difícil y llena de peligros. Aunque el monarca de Francia hubiera reinado con toda su gloria, el deplorable estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos habría sido más que suficiente para retardar al viajero; pero las circunstancias políticas oponían a la rapidez de su marcha obstáculos de mayor gravedad. Encontrábase en las puertas de las ciudades y en la entrada de las aldeas una partida de ciudadanos patriotas, armados de fusiles, prontos siempre a hacer explosión, que detenían a los que entraban y salían, les hacían sufrir interminables interrogatorios, examinaban sus pasaportes, buscaban sus nombres en las listas que poseían, les dejaban pasar, les enviaban al punto de donde habían venido, o los ponían en la cárcel según el capricho del tribunal improvisado lo juzgaba más favorable al sostenimiento de la República una e indivisible y al advenimiento de la divisa: *libertad, igualdad, fraternidad o muerte!*

Apenas había andado Carlos Darnay algunas leguas por Francia, cuando se convenció de la imposibilidad en que

se hallaba de retroceder antes de llegar a París a recibir un certificado de civismo. Nuevos incidentes le obligaban a continuar su viaje, no porque se hubiesen cerrado en el camino puertas o barreras, sino porque veía que por momentos se alzaba entre él y la Gran Bretaña un obstáculo insuperable. Aunque le hubiesen cogido en una red o le hubieran transportado en una jaula a su destino, no habría estado más convencido de que había perdido su libertad. La vigilancia recelosa de los patriotas no le entorpecía tan sólo de una puerta a otra, sino que corría tras él y le conducía al punto de partida, le precedía y detenía anticipadamente, le servía de escolta y paralizaba su marcha. En una palabra, habían transcurrido algunos días desde su llegada a Francia, y estaba aún lejos de París, cuando, no pudiendo sufrir más, hizo noche en una pequeña ciudad por la cual cruzaba la carretera. Las dificultades sin número que le habían opuesto en el último cuerpo de guardia le inducían a pensar que se acercaba a un punto crítico de su viaje. No le causó, pues, gran sorpresa cuando entraron en su aposento a despertarle a media noche. Era la autoridad local, a saber: un funcionario tímido, acompañado de tres patriotas con gorro encarnado y que, con la pipa en la boca, se sentaron sin cumplidos sobre la cama del viajero.

—Emigrado —dijo el funcionario—, os envió a París bajo escolta.

—Precisamente mi mayor deseo consiste en llegar a París, ciudadano, pero no necesito la escolta.

—¡Silencio, aristócrata —gritó uno de los hombres de gorro encarnado golpeando en la cama con la culata del fusil.

—Como dice este buen patriota —añadió el funcionario—, sois un aristócrata, y por eso necesitáis una escolta, y vos la pagaréis.

—Me someto, porque no tengo libertad para elegir —replicó Darnay.

—¡Elegir! ¿Oís lo que dice? —exclamó el del gorro encarnado—. Como si no le hicieran un favor no colgándole de una linterna.

—Tiene razón este buen patriota —repitió el fun-

cionario—. Emigrado, levantaos y vestíos inmediatamente.

Carlos fué conducido al cuerpo de guardia, donde fumaban, bebían o dormían otros ciudadanos cubiertos con sus correspondientes gorros encarnados; le obligaron a entregar una cantidad bastante crecida para pagar la escolta, y se puso en camino a las tres de la mañana. Dos patriotas a caballo, con gorro encarnado, escarapela tricolor y armados con el sable y fusil nacionales, marchaban al lado de Carlos Darnay. Este dirigía su caballo, pero había una cuerda atada a la rienda, cuyo extremo llevaba arrollada en el brazo uno de los hombres de la escolta. De este modo cruzaron la ciudad mientras llovía a torrentes, y de este modo salieron al campo, que parecía un inmenso pantano, sin modificar las precauciones y acelerando tan sólo el paso de los caballos. Viajaban de noche, hacían alto una hora o dos antes de amanecer y descansaban hasta la caída de la tarde. Los dos hombres de la escolta, para no mojarse tanto, se cubrían las piernas y los hombros con paja torcida. A pesar de la contrariedad de llevar semejante cortejo y del peligro a que le exponía uno de sus custodios que, en medio de su embriaguez crónica, llevaba el fusil en una dirección nada tranquilizadora, Carlos no perdió la confianza que tenía en sus antecedentes.

—Nada de todo esto me concierne en particular —decía para sí—; es una medida general cuyo rigor se desvanecerá ante los hechos especiales que expondré en mi abono y que confirmará el pobre Gabelle.

Pero cuando llegaron por la noche a Beauvais no pudo disimularse el aspecto alarmante que tomaban sus negocios. La multitud se agrupó en torno de los caballos de posta para contemplar a los viajeros y se oyeron gritos nada lisonjeros.

—¡Abajo el emigrado! —gritaban—. Muera el aristócrata!

Darnay, que iba a desmontar, permaneció en la silla, donde supuso que estaría con más seguridad.

—¡Un emigrado! —dijo—. ¿No veis que estoy aquí, en Francia, por mi propia voluntad?

—¿Pues qué eres? —preguntó un herrador que con el martillo en la mano se acercó al viajero—. ¿Qué eres más que un emigrado, un perro aristócrata?

El maestro de postas impidió que aquel hombre se apoderase de las riendas del caballo, y le dijo con tono conciliador:

—Déjale, amigo mío, déjale; será juzgado en París.

—Sí, juzgado —repitió el herrador enarbolando el martillo—, y condenado como traidor.

La multitud lanzó un alarido de aprobación. Carlos Darnay detuvo al maestro de postas en el momento que éste guiaba al caballo hacia el patio de la posada, y dijo a la turba cuando cesó la gritería:

—Os engañan, o estáis equivocados; yo no soy un traidor.

—¡Miente! —gritó el herrador—. Según el decreto vigente es traidor, y su vida pertenece al pueblo.

Carlos Darnay vió brillar la indignación en los ojos de los que le rodeaban; la multitud hizo un movimiento, y hubiera sucumbido si el maestro de postas no hubiese tomado de las riendas al caballo para entrarle en el patio. Los dos ciudadanos que componían la escolta, y que hasta entonces habían permanecido inmóviles, siguieron al aristócrata, y el posadero cerró la puerta y se apresuró a pasar los cerrojos. Apenas se había terminado esta operación, cuando el martillo del herrador cayó sobre la puerta con sordo estruendo; la multitud lanzó gritos de muerte y se alejó sin llevar adelante sus hostilidades.

—¿Qué decreto es ese de que ha hablado el herrador? —preguntó Carlos al maestro de postas después de darle las gracias.

—El que ordena la venta de los bienes de los emigrados.

—¿Cuándo se ha publicado?

—El día 14.

—¡Y el 15 parti de Inglaterra!

—Hay más; se dice que los emigrados son desterra-



dos del territorio y condenados a muerte si vuelven a Francia. Por eso decía el herrador que vuestra vida pertenece al pueblo.

—Pero, ¿existen esos decretos?

—¿Qué sé yo? —respondió el maestro de postas encogiéndose de hombros—. Si no se han publicado, se publicarán, que es lo mismo.

Se acostaron en un pajar y se pusieron en camino cuando la ciudad quedó silenciosa, esto es, a una hora avanzada de la noche.

Entre los numerosos cambios que habían experimentado los detalles de la vida ordinaria, uno de los que más contribuían a dar a aquel viaje nocturno un sello fantástico, era la falta de sueño. Después de expolear largo rato al caballo en la obscura carretera, nuestro viajero y su escolta llegaban a algún pobre lugarejo, donde, en vez de las tinieblas, se veían luces en las ventanas, y los habitantes bailando en torno de un árbol de la libertad y repitiendo cantos patrióticos. Afortunadamente, se durmió aquella noche en Beauvais. Los tres jinetes salieron de la ciudad sin tropiezo, y se encontraron en medio del camino, con un frío precoz y entre campos estériles, cuya monotonía interrumpían los restos ahumados de casas que el fuego había destruído, las bruscas apariciones de las emboscadas y los altos violentos exigidos por las patrullas que recorrían la carretera. Al amanecer llegaron, por fin, a las murallas de París. El rastrillo estaba cerrado y custodiado por una fuerza numerosa.

—¡Los papeles del preso! —dijo con voz breve una de las autoridades de la guardia que había sido llamada por el centinela.

Carlos Darnay, ofendido, naturalmente, al oír aquel nombre desagradable, suplicó al jefe con amabilidad que observase que era un ciudadano francés y que viajaba libremente, bajo una escolta, en efecto, pero exigida por la situación del país y pagada de su bolsillo.

—¡Los papeles del preso! —repitió el mismo indi-

viduo sin prestar la menor atención a las palabras del viajero.

El patriota de la embriaguez crónica llevaba en el gorro los papeles y los entregó a quien los pedía. El jefe se turbó al reconocer la letra de Gabelle, manifestó alguna sorpresa y clavó en el señor Darnay una mirada profunda y escudriñadora.

Sin embargo, entró en el cuerpo de guardia sin pronunciar una palabra, dejando a la escolta fuera del rastrillo.

Nuestro viajero examinó en tanto lo que pasaba en torno suyo, y vió que la guardia que había en la puerta se componía de algunos soldados y de muchos patriotas; que los carros de legumbres y otras mercancías, los campesinos y los traficantes de toda clase que abastecían la ciudad, entraban sin estorbo, pero que era muy difícil la salida hasta para las personas de la ínfima plebe. Una multitud compacta de hombres y mujeres de diversas condiciones, sin hablar de los animales y vehículos de toda clase, esperaban que les permitieran el paso; pero el examen previo de los individuos cuya identidad se trataba de reconocer se practicaba con tanto escrúpulo, que la multitud pasaba lentamente al través del rastrillo.

Algunos de ellos, sabiendo que tardaría largo rato su turno, se habían reclinado para dormir o fumar, en tanto que los demás hablaban o se paseaban. Hombres y mujeres llevaban el gorro encarnado y la escarapela tricolor, cuyo uso era universal.

Después de media hora de esperar, Carlos vió salir nuevamente al jefe que había pèdido sus papeles el cual entregó a los dos patriotas un recibo del preso y mandó a éste que desmontase. El viajero obedeció, y la escolta se llevó su caballo y tomó el camino de Beauvais sin cruzar las murallas de París. Carlos Darnay siguió al hombre que le había mandado desmontar, y entró en una sala del cuerpo de guardia que olía a vino y tabaco, y donde algunos soldados y patriotas, dormidos o despiertos, borrachos o en ayunas, y entre uno y otro de estos diversos estados, yacían

en los rincones, se apoyaban en las paredes o estaban en pie en medio de la sala. La luz que les alumbraba, procedente a un tiempo de los últimos reflejos de una lámpara moribunda y de los primeros rayos del un cielo encapotado, oscilaba indecisa entre las sombras de la noche y la claridad del día. Se veían sobre una mesa varios registros, y delante de ellos un hombre de maneras bruscas y de aspecto repugnante.

—Ciudadano Defarge —dijo preparándose a escribir y dirigiéndose al que acompañaba a Darnay—. ¿Es ese el emigrado Evremont?

—Sí, ciudadano.

—¿Qué edad tienes, Evremont?

—Treinta y siete años.

—¿Estado?

—Casado.

—¿En dónde?

—En Inglaterra.

—¿En dónde está tu mujer?

—En Londres.

—Está bien. Te han destinado a la cárcel de la Force, Evremont.

—¡Justo cielo! —exclamó Darnay—. ¿Por qué delito y en nombre de qué ley me priváis de la libertad?

El patriota levantó los ojos y miró al preso.

—Existen nuevos crímenes y nuevas leyes desde que partiste de Francia, Evremont —dijo con sonrisa cruel y tomando la pluma para escribir.

—Os suplico que observéis que he venido por mi propia voluntad para responder al llamamiento de uno de mis conciudadanos cuya carta tenéis. Vengo con la intención de justificarme, y pido que se me permita hacerlo sin dilación; ¿no estoy en mi derecho?

—Los emigrados no tienen ningún derecho —respondió con dureza su interlocutor, que continuó escribiendo, leyó el auto de prisión, puso arenilla en el papel y se lo entregó al ciudadano Defarge, diciéndole:— “En el secreto.”

Defarge indicó al preso con la mano en que tenía

el papel que le siguiese, y salieron del cuerpo de guardia escoltados por dos patriotas.

—¿Sois vos —le preguntó el tabernero en voz baja cuando entraron en París— el que se casó con la hija del doctor Manette, antiguo preso de la Bastilla, de execrable memoria?

—Sí —respondió Darnay mirándole con sorpresa.

—Yo me llamo Defarge y soy tabernero en el Arrabal de San Antonio. ¿Habéis oído hablar de mí?

—Muchas veces; mi mujer fué a buscar a su padre a vuestra casa.

Las palabras mi mujer llamaron súbitamente al orden al ciudadano Defarge, cuyo rostro se entristeció.

—En nombre de la guillotina, ¿por qué habéis venido? —dijo con impaciencia.

—Ya lo habéis oído hace un momento; ¿creéis que no es verdad?

—¡Triste verdad para vos! —dijo Defarge con expresión siniestra y fijando en él su mirada.

—En efecto, todo está tan cambiado, tan diferente de lo que existía en otro tiempo, que ya no reconozco nada; me parece que estoy en país perdido. ¿Queréis prestarme un servicio?

—Ninguno —dijo Defarge sin volver la cabeza.

—¿Queréis al menos contestar a lo que voy a preguntaros?

—Según lo que sea.

—¿Podré comunicar libremente con el exterior desde esa cárcel adonde se me envía, contra justicia?

—Ya lo veréis.

—¿Van a sepultarme allí sin juzgarme, sin oír mi defensa?

—Ya lo veréis. Y aunque así sucediese, ¿qué os admira? Otros han estado sepultados en cárceles peores que esa.

—No tengo yo la culpa, ciudadano.

Defarge le contestó lanzándole una mirada oblicua y siguió andando con más rapidez.

Suponiendo Carlos que cuanto más se prolongase

el silencio menos esperanza tendría de enternecer al tabernero, se apresuró a añadir:

—Ya conoceréis que es para mí de la mayor importancia dar aviso de mi llegada a un agente de la casa de Tellson de Londres, que se halla actualmente en París, y que sepa que estoy en la cárcel de la Force. ¿Queréis anunciárselo?

—No —respondió Defarge con tono brusco—. Pertenezco al pueblo y a la patria, y he jurado servirles contra vosotros.

Carlos comprendió que sería inútil reiterar su súplica, y por otra parte se lo impedía su orgullo. Mientras andaba, y a pesar de los pensamientos que le distraían, pudo observar la indiferencia con que se veía llevar un preso. Era preciso un gran hábito para haber familiarizado a la multitud con este doloroso espectáculo, porque apenas los niños se volvían para mirarle. Un hombre bien vestido y conducido a la cárcel era un objeto tan común en aquella época, como un jornalero que con el traje cotidiano se dirigiera a su trabajo. Al pasar por una calle estrecha y llena de lodo, Carlos vió un fogoso orador que, encaramado en un banco, enumeraba a su auditorio los crímenes que el rey y la familia real habían cometido contra el pueblo. Las pocas palabras que oyó anunciaron a Carlos Darnay que el rey estaba preso y que habían salido de París los embajadores de las potencias extranjeras.

Cuando partió de Inglaterra creía que tendría que superar algún peligro, pero no de tanta gravedad como los que había encontrado. Las dificultades habían crecido a cada paso, y lo crítico de la situación tomaba por momentos gigantescas proporciones. A buen seguro que no hubiera partido de Londres a haber sabido lo que le esperaba en Francia, porque encerrado en una cárcel se veía imposibilitado de llevar a cabo su proyecto; pero su inquietud no era tan viva como lo hubiera sido de estar enterado de los acontecimientos que ignoraba. Por tenebroso que fuese el porvenir, era, sin embargo, lo desconocido, y su obscuridad albergaba la esperanza. Las horribles ejecucio-

nes, cuya duración debía cansar a los verdugos y manchar con sangre la época de la siega fecunda, estaban tan lejos de la mente de Carlos Darnay como si, en vez de algunas vueltas del cuadrante, hubieran debido transcurrir siglos enteros. Apenas había oído hablar de la guillotina; la masa del pueblo no estaba mucho más enterada, y es probable que los actos espantosos que iban a realizarse ni siquiera habían sido previstos por los hombres que debían ejecutarlos. ¿Cómo había de germinar el temor a estas crueldades en el alma de quien no podía concebirlas? La prisión y sus padecimientos, los dolores de una separación cruel cuya duración no podía fijar, el pesar que sentirían los que le amaban; he aquí lo que Carlos Darnay creía el colmo de sus desgracias, y con este pensamiento, bastante sombrío ya, llegó a la cárcel de la Force. Abrió la puerta un hombre obeso y de cara abultada y rubicunda, a quien Defarge presentó el emigrado.

—¡Qué inundación! —exclamó el hombre.— Cualquiera diría que llueven emigrados.

Defarge tomó el recibo del alcaide y se retiró con sus dos guardias cívicas.

—¡En el secreto! —murmuró el alcaide leyendo el auto de prisión—. ¡Como si pudiera haber ya nadie en el secreto!

Pasó el papel por un alambre y volvió a entregarse a su mal humor. El preso, ora recorriendo el aposento de un extremo a otro, ora sentándose en un banco de piedra, esperó cuarenta minutos para que el alcaide y sus acólitos grabasen sus facciones en su memoria.

—¡Sígueme! —dijo el jefe tomando al fin las llaves.

Carlos acompañó a su guía al través de la fúnebre claridad que envolvía los corredores, subió escaleras, las bajó, se paró delante de pesadas puertas que se cerraron rechinando y fué introducido en una inmensa sala baja atestada de presos de ambos sexos. Las mujeres, sentadas delante de una larga mesa, escribían, leían o tenían en la mano la costura o la

media, y la mayor parte de los hombres estaba en pie detrás de ellas o se paseaban por la sala.

Dominado por la idea instintiva que asociaba en él la palabra presos a la de infamia, Carlos Darnay se replegó en sí propio al entrar en aquella sala que le causaba horror; mas para que llegase al colmo la inexactitud de la realidad que se había imaginado, todos los presos se levantaron para recibirle, y le acogieron con la cortesanía refinada de la época, con todas las gracias y todas las seducciones de la vida elegante. Aquellos modales llenos de finura, aquellos saludos exagerados vistos a la claridad dudosa que penetraba en la sala y apareciendo de pronto en aquellas paredes sucias y desnudas y en medio de aquel aire impuro, causaron una ilusión a Carlos, que creyó haber descendido a la morada de los muertos. No eran más que espectros, la sombra de la belleza, la sombra de la grandeza y de la elegancia, la sombra del orgullo y la frivolidad, del talento y de la lozanía; la sombra de la vejez; espíritus todos esperando que les sacasen de aquel lugar, y que dirigían al recién llegado la sombra de las miradas que habían tenido en otro tiempo. Toda aquella multitud parecía muerta al entrar en el sombrío calabozo.

—En nombre de todos mis compañeros de infortunio —dijo a Carlos un noble de majestuosa presencia que fué a saludarle—, tengo el honor de daros el pésame por la calamidad que os ha traído a este sitio. ¡Dios quiera que termine pronto y felizmente para vos! Por otra parte, podría ser una indiscreción preguntaros por vuestro nombre y vuestra posición social, pero es pregunta que no debe extrañaros en este sitio.

Carlos dió gracias al noble como le fué posible.

—Espero que no os habrán destinado al secreto —repuso el noble siguiendo con la mirada al carcelero.

—Ignoro lo que significa esa expresión, pero la han pronunciado cuando me traían aquí.

—Creed que lo sentimos en el alma, pero no os desaniméis; han puesto ya en el secreto algunos de los

que tenéis presentes y han vuelto a salir después de algunos días. Tengo el sentimiento —añadió alzando la voz— de anunciar a la reunión que este caballero va a ser conducido al secreto.

Oyóse al momento un murmullo de conmiseración, y Carlos, al atravesar la sala para dirigirse a la puerta donde le esperaba su guía, recibió al paso la expresión simpática de los deseos y consuelos que le prodigaban, especialmente las mujeres. Volvióse para manifestarles su gratitud, se cerró la puerta, y las sombras que acababa de ver desaparecieron para siempre de sus ojos. El corredor terminaba en una escalera de piedra que se dirigía hacia los pisos superiores. Después de subir cuarenta escalones (apenas hacía tres cuartos de hora que estaba preso y ya contaba lo que le separaba de los vivos), su guía abrió una puerta baja y le hizo entrar en un calabozo húmedo y frío.

—Aquí —dijo el carcelero.

—¿Por qué me encierran aparte?

—No lo sé.

—¿Puedo proporcionarme tinta, pluma y papel?

—No me han dado órdenes sobre este punto; vendrán pronto a verte y podrás pedirlo. Lo único que te permiten por ahora es que compres comida.

El calabozo contenía una silla, una mesa y un jergón. Mientras el carcelero pasaba revista a estos objetos y examinaba el aposento, Carlos, que apoyado en la pared le miraba maquinalmente, le encontró el cuerpo y la cara tan hinchados, que creyó ver en él un ahogado saturado de agua. Cuando salió el carcelero se dijo para sí:

—Me ha dejado aquí como a un cadáver.

El, inclinándose después hacia el jergón, añadió volviendo el rostro con repugnancia:

—Y cuando se ha cesado de vivir, los gusanos forman la primera transformación de la carne.

Se paseó por el calabozo murmurando:

—Cinco pasos y cuatro y medio; cuatro pasos y medio y cinco; cinco pasos y cuatro y medio...



Y voces téticas repitieron dominando los rumores de la ciudad, que llegaban a sus oídos debilitados como el sonido de un tambor cubierto de paño negro:

—¡Hacía zapatos, hacía zapatos, hacía zapatos!

El preso volvió a medir el calabozo, aceleró sus pasos y los contó en voz alta para ahuyentar su dolorosa alucinación.

Entre las sombras que se desvanecieron cuando se cerró la puerta, una joven enlutada estaba apoyada en la reja de la ventana, un pálido rayo de luna brillaba en sus cabellos de oro y se parecía... ¡En nombre del cielo! Corramos por los caminos al través de las aldeas, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailan con frenesí... ¡Hacía zapatos!... ¡Cielos!... ¡Cinco pasos y cuatro y medio! ¡Cinco pasos y cuatro y medio!...

El preso, sacudiendo uno tras otro estos jirones de frases que surgían de lo profundo de su alma, precipitaba cada vez más su marcha, contaba con obstinación los pasos que medía, y a los rumores de la ciudad, que remedaban sin cesar el sonido de los tambores fúnebres, se añadían las voces desgarradoras de todos los que amaba.

## CAPÍTULO II

### LA PIEDRA DE AFILAR

LA sucursal que la casa Tellstone había establecido en París ocupaba en el barrio de San Germán el ala izquierda de un palacio inmenso situado en el fondo de un vasto patio, y una recia y alta pared separaba este patio de la calle y flanqueaba a cada lado una puerta cochera de una resistencia a toda prueba. El noble a quien pertenecía este palacio lo había habitado hasta el momento en que huyó de la capital dis-

frazado con el traje de su cocinero, dirigiéndose a toda prisa hacia la frontera más próxima.

Luego que partió Su Excelencia, sus robustos criados se absolvieron del crimen de haber recibido su salario, y se declararon dispuestos a cortarle el cuello. Su palacio había sido confiscado: las cosas iban tan deprisa, y los decretos se sucedían con tanta rapidez, que el 3 de septiembre por la noche algunos emisarios de la ley estaban en posesión del palacio, que habían adornado con una bandera roja, y bebían aguardiente en sus lujosos salones.

En Londres, un local semejante al que Tellson ocupaba en el palacio de Su Excelencia hubiera contribuido a que esta transformación se citase como un fenómeno extraordinario en la *Gaceta*. ¿Qué hubieran dicho, en efecto, la austeridad y la respetabilidad británica al ver naranjos en el patio de una casa de comercio y un Cupido en el escritorio? Esto existía, sin embargo, en París. En Londres, la bancarrota hubiera salido infaliblemente de aquel dios pagano, de la alcoba de cortinajes elegantes situados detrás de este niño inmortal, del espejo incrustado en la pared y de sus dependientes jóvenes y alegres que hubieran bailado en público a la menor invitación; pero un Tellson francés podía hacer excelentes negocios con estos excesos, y desde su origen ni un solo cliente había emprendido la fuga a su aspecto ni había temblado por su fortuna.

¿Cuántas restituciones tenía que hacer Tellson en adelante? ¿Cuánto dinero no reclamado quedaría en sus arcas? ¿Cuántas alhajas y vajillas de plata se oxidarían en sus escondites después de la muerte de los que las habían depositado? Entre aquellas cuentas corrientes, ¿cuántas habría cuyo balance no se haría en este mundo? Nadie hubiera podido decirlo, ni aun el mismo señor Lorry, a quien estas preguntas hacían discurrir a todas horas.

El agente de Tellson estaba junto a la chimenea (se hacía sentir el invierno prematuro), y en la bondadosa fisonomía del señor Lorry se veía una sombra más den-

sa que la que podían proyectar los objetos que le rodeaban. En su fidelidad a la casa, de la que había llegado a ser una parte integrante, se había hospedado en el palacio, y su aposento estaba inmediato al escritorio. La casualidad permitió que estuviese protegido por la ocupación patriótica del edificio principal, pero ese hombre excelente no lo había tenido en cuenta; con tal de cumplir con su deber, lo demás le era indiferente. En la parte opuesta del patio, enfrente de la habitación del señor Lorry, estaba la cochera del palacio, sostenida por una columnata, donde se veían aún las carrozas de Su Excelencia, y en una de las pilastras había, sobre sustentáculo de hierro, dos antorchas que ardían al aire libre y esparcían su resplandor rutilante sobre una enorme piedra de afilar, máquina tosca, traída allí de la tienda de algún carpintero.

El señor Lorry, que se había acercado a la ventana, palideció al ver estos objetos, inocentes por sí propios, y volvió a sentarse junto a la chimenea. Había abierto para entornar las persianas y se estremecía de pies a cabeza. A los rumores de la tarde que zumbaban en la ciudad, como sucedía todos los días, se agregaba a diversos intervalos alguna cosa que nada tenía de terrestre: un rumor indefinible, sonidos punzantes y desconocidos que subían hasta el cielo.

—¡Dios mío! —murmuró el señor Lorry cruzando las manos—. Os doy gracias por no tener en esta ciudad ninguno de los seres que amo tanto. ¡Compadecednos sin embargo, de los que están en peligro!

Muy pronto se oyó la campanilla de la puerta principal.

—¡Ya vuelven! —pensó el agente que escuchó a pesar suyo.

Pero no se verificó una invasión estrepitosa en el patio como esperaba, porque la puerta volvió a cerrarse lentamente y reinó de nuevo el silencio en el palacio. La emoción febril y el horror que sentía acrecentaba en el señor Lorry la vaga inquietud que causa siempre la responsabilidad de un cargo importante. El banquero se levantó —la caja y los libros es-

taban bien guardados— y se disponía a reunirse con los leales dependientes que velaban en el escritorio, cuando la puerta se abrió de pronto y dejó pasar a dos personas cuya aparición le hizo retroceder de sorpresa. ¡Eran Lucía y su padre!... Lucía con los brazos extendidos y el aspecto desesperado de los tiempos de desgracia.

—¿Qué sucede? —preguntó el señor Lorry con estupor—. ¿Qué significa esto, doctor Manette? Lucía, ¿por qué estáis en París? ¿Qué desgracia os ha traído?

Lucía, pálida, azorada y con los ojos fijos, se arrojó en los brazos del anciano.

—¡Mi marido! —dijo con voz anhelosa.

—¿Vuestro marido, hija mía?

—Sí... Carlos.

—¿Qué le ha sucedido?

—Está aquí.

—¿En París?

—Hace algunos días... tres o cuatro, no lo sé... ya no tengo memoria. Una excitación a su pundonor le hizo partir sin decirnos nada... Le prendieron al entrar en París, y está en la cárcel.

Éxhalóse un grito del pecho del anciano. Al mismo tiempo se oyó la campanilla de la puerta principal, y voces y pasos se precipitaron con violencia en el patio.

—¿Qué estruendo es ese? —preguntó el doctor Manette corriendo hacia la ventana.

—No habráis —exclamó el señor Lorry—; doctor, en nombre del cielo no os asoméis.

El doctor se volvió sonriendo y le dijo con calma:

—No temáis, amigo mío; soy para ellos un ser sagrado. No hay en Francia un patriota que, al saber que he estado en la Bastilla, pusiera la mano sobre mí sino para estrecharme en sus brazos o llevarme en triunfo. El recuerdo de mi antiguo martirio me abrió libre paso en París y me ha hecho saber dónde estaba Carlos y llegar hasta vos. No dudaba de mi influencia, y Carlos se salvará como se lo he prometido a Lucía. Pero ¿qué ruido es ese?

—¡No os asoméis... os lo suplico! Ni vos tampoco, ángel querido —dijo abrazando a la joven—. No os lo digo para que os asustéis, porque juro que no tengo noticia alguna alarmante respecto de Carlos, ni siquiera llegué a figurarme que hubiera venido a París. ¿En qué cárcel está?

—En la Force.

—¡En la Force!... Lucía, hija mía, sois buena y animosa, y lo habéis sido siempre; os suplico que no os alarméis. Haced lo que voy a deciros, lo cual es mucho más importante de lo que podéis imaginaros. Nada podréis hacer esta noche, porque os será difícil salir. Os lo digo en nombre de Carlos y por su interés; sé cuán penoso es el sacrificio; pero entrad en mi habitación y dejadme solo con vuestro padre. Os lo suplico, obedeced; dejadnos solos... pronto, en nombre de los que os aman.

—Ya sabéis, amigo mío, que soy obediente y sumisa; pero no me engañaríais porque os lo conocería en la cara.

El anciano la condujo a un aposento inmediato, cuya puerta cerró con llave. Cuando volvió al lado del doctor, abrió la ventana, alzó ligeramente las persianas y dirigieron su mirada al patio. Hallábanse reunidos allí más de cincuenta individuos de ambos sexos. Cuando el centinela les abrió la puerta corrieron hacia la piedra de afilar y se pusieron a trabajar con ahinco. Habían traído indudablemente para ellos aquella máquina para que pudiesen entregarse sin estorbo a su tarea. Pero ¡qué personajes eran aquellos! ¡Qué tarea la suya!

La máquina tenía doble manecilla para dar movimiento a la rueda, y dos hombres la manejaban con furia, dos demonios, cuyo rostro, cercado de largos cabellos que caían hacia adelante y se dirigían hacia atrás a cada vuelta de la rueda, tenía un aspecto más horrible que el de los más repugnantes salvajes. Cejas y bigotes enormes parecían pegados a sus asquerosas máscaras; sus facciones, manchadas de sangre, estaban desencajadas por los gritos y el coraje; sus ojos

dilatados y fijos lanzaban miradas hoscas y estaban enrojecidos por la embriaguez y el insomnio. Mientras daban vueltas a la máquina azotándose el rostro con sus despeinados cabellos, que caían después sobre el cuello y los hombros, algunas mujeres les llevaban un vaso lleno de vino hasta los bordes para que pudieran beber sin pararse, y las gotas rojizas que se desprendían de sus caras y de sus vestidos, y las chispas que brotaban de la piedra, creaban en torno suyo una atmósfera infernal. X

No se veía en aquel grupo ninguno que no estuviese tinto en sangre. Unos, desnudos hasta la cintura, llevaban el cuerpo y los miembros manchados; otros vestían harapos impregnados de sangre, y algunos hombres estaban diabólicamente adornados con cintas y encajes que habían teñido en el cieno sangriento. Los cuchillos, las hachas, las bayonetas o los sables, todas las armas que habían traído para afilar, estaban rojas y húmedas. Pedazos de tela anudaban en la muñeca de algunos los aceros de filo embotado; pero aunque el tejido era diferente, su color era igual, y cuando los dueños de aquellas armas las separaban de la piedra y se precipitaban en la calle blandiéndolas con frenesí, el tinte rojo que había desaparecido del acero se encontraba en sus miradas, que el espectador más insensible habría querido apagar con una bala a precio de veinte años de existencia.

Todo esto fué visto en un momento. El hombre que va a ahogarse o se halla enfrente del peligro, vería un mundo en un minuto si lo tuviera ante sus ojos. Los dos amigos se apartaron de la ventana, y el doctor interrogó con la mirada al banquero acerca de aquella visión.

—Asesinan a los presos —dijo el anciano bajando la voz y lanzando en torno suyo una mirada—. Si es cierto que tenéis la influencia de que hablábais antes, daos a conocer a esos salvajes y corred con ellos a la Force. No sé si será tarde, pero no hay que perder un segundo.

El doctor salió precipitadamente y sin sombrero de

la habitación, y llegó al patio en el momento que el señor Lorry volvía a asomarse a la ventana. Sus largos cabellos canos, su rostro venerable y la confianza con que penetró en medio de las armas que apartaba al pasar, llenaron de asombro a los espectadores, y en menos de un minuto llegó al centro del grupo que rodeaba la piedra. La máquina se paró, y hubo un momento de silencio. Después se oyó un murmullo que fué creciendo y al cual se unió la voz del doctor. El señor Lorry vió que el grupo se movía, que veinte hombres rodeaban al doctor Manette y que salían del patio gritando:

—¡Viva el preso de la Bastilla! ¡Plaza al preso de la Bastilla!

—¡A la Force, a libertar al yerno del preso de la Bastilla!

El banquero cerró la ventana, y se apresuró con el corazón palpitante a ir a reunirse con Lucía para decirle que su padre, auxiliado por el pueblo, corría a libertar a Carlos Darnay. Lucía tenía a su lado a su hija y a la señora Pross; pero el banquero no reparó en ellas hasta algunos minutos después cuando, sentado junto a la chimenea, recobró toda la sangre fría que era posible tener después del horrible espectáculo que había presenciado. La pobre joven, abismada en el estupor, estaba de rodillas asiéndose de la mano del banquero como de su último apoyo. La señora Pross había acostado la niña en la cama del señor Lorry, y su cabeza, inclinándose poco a poco, había caído sobre la almohada.

¡Qué larga fué la noche al lado de aquella mujer desconsolada! ¡Qué larga fué, Dios mío! El doctor no volvía, y no se sabía si había triunfado o sucumbido. Dos veces se oyó la campanilla de la puerta principal; dos veces invadió el patio la turba, y dos veces dió vueltas la máquina haciendo brotar chispas de la piedra en medio del estruendo.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucía con terror.

—¡Silencio, hija mía! Se afilan aquí los sables de

los soldados. El palacio es ahora propiedad de la nación, y sirve de taller para fabricar armas.

Sin embargo, la segunda invasión había sido más breve que las demás, y los afiladores habían trabajado con menos entusiasmo. Pocos momentos después empezó a brillar el primer albor de la mañana. El señor Lorry se desprendió con suavidad de la mano de Lucía, se acercó a la ventana, la abrió con precaución y dirigió una mirada al patio. Yacía junto a la piedra de afilar un hombre tan ensangrentado, que se le hubiera tomado por un soldado tendido en el campo de batalla. Extenuado por la matanza, se levantó penosamente, lanzó en torno suyo una estúpida mirada, y descubriendo a la luz de la aurora una de las carrozas de Su Excelencia, se dirigió bamboleándose hacia el suntuoso carruaje, subió a él, cerró la portezuela y se durmió sobre sus elegantes almohadones. La tierra, esa máquina colosal, había dado vuelta cuando el señor Lorry se asomó segunda vez a la ventana, y el sol enrojecía las losas y las paredes del patio. Únicamente la piedra de afilar se distinguía en la atmósfera tranquila de la mañana, y tenía un reflejo rojizo que el sol no dió nunca y que no puede borrar su luz.

### CAPITULO III

#### LA SOMBRA

UNA de las primeras consideraciones que acudieron a la mente del señor Lorry, fué que no tenía derecho para comprometer los negocios de Tellson hospedando en su casa a la esposa de un emigrado. Hubiera sacrificado por Lucía y por los seres que amaba su fortuna, su libertad y su vida sin vacilar un instante; pero el depósito que se le había confiado no era suyo, y desde este punto de vista era el agente es-



crupuloso y rígido de la casa que en él depositara su confianza.

Como eran las doce del día y el doctor no había vuelto, y cada minuto de dilación podía comprometer el Banco, el señor Lorry manifestó su inquietud a Lucía, la cual le respondió que el doctor Manette tenía intención de alquilar una habitación en las inmediaciones. Esta determinación no perjudicaba los negocios, y siéndoles imposible partir, aun suponiendo que Carlos fuese puesto en libertad, el señor Lorry salió al momento a buscar una habitación, y no tardó en hallar una conveniente, situada en una calle silenciosa y melancólica, cuyas casas anunciaban con sus persianas cerradas que estaban desiertas.

Condujo allí inmediatamente a Lucía, a la niña y a la señora Pross, y les proporcionó todas las comodidades posibles. Les dejó para servirles a Cruncher, en quien tenía confianza para custodiar la puerta y recibir sin quejarse una granizada de golpes en la cabeza, y volvió a su despacho. Se puso a trabajar con el corazón muy triste y el alma atribulada, y transcurrió para él el día con dolorosa lentitud.

Pero llegó la noche y se cerró el despacho, y el señor Lorry volvió a encontrarse solo en el aposento donde estaba la noche anterior, y reflexionaba sobre lo que iba a hacer, cuando se oyó ruido de pasos en la escalera. Algunos instantes después entró en el aposento un hombre que contempló al banquero con mirada atenta y le dirigió la palabra llamándole por su nombre.

—Servidor vuestro. ¿Me conocéis acaso? —le preguntó el señor Lorry.

Era un hombre robusto, de cuarenta y cinco a cincuenta años, cuya enérgica cabeza cubría una cabellera negra, recia y rizada.

—¿No me conocéis? —dijo en vez de responder.

—Efectivamente, os he visto...

—En mi taberna.

—¿Venís de parte del doctor? —repuso vivamente el banquero.

—Sí, del ciudadano Manette.

—¿Qué os ha dado para mí?

Defarge entregó a la mano trémula que se dirigía hacia él una hoja de papel, donde se leía lo siguiente: “Carlos está sano y salvo, pero sería imprudente separarme de él. He conseguido que el dador se digne encargarse de un recado del preso para Lucía; conducidle al lado de mi hija.” El señor Lorry, libre de un gran peso con la lectura de estas líneas, dijo a Defarge:

—¿Queréis ver a la señora Darnay?

—Sí —respondió el tabernero.

El anciano tomó el sombrero sin reparar entonces en el tono seco y automático de las palabras del ciudadano, y se dirigió al patio, donde encontraron dos mujeres, una de las cuales hacía calceta.

—¡Señora Defarge! —exclamó el señor Lorry, que la encontraba cual la había dejado diecisiete años antes.

—La misma —respondió el tabernero.

—¿Viene con vos? —preguntó el anciano al ver que se disponía a seguirles.

—Para conocer a la gente es preciso verla.

El señor Lorry, que principiaba a reparar en el tono breve y las maneras del tabernero, le miró con expresión de inquietud, pero abrió la marcha y se dirigió a la casa de Lucía. De las dos mujeres que le seguían, la segunda era La Venganza. Cruzaron con rapidez las calles por donde habían de pasar, subieron la escalera, fueron introducidos por Ferry, y encontraron a Lucía sola y llorando. Grande fué su alegría al oír las noticias que le dió el anciano, y estrechó la mano que le presentaba el billete de Carlos, sin sospechar lo que había hecho esta mano en las dos noches anteriores y lo que la casualidad tan sólo le había impedido hacer contra Carlos.

“Animo, querida mía” —decía el billete—: “estoy sano y salvo, y tu padre ejerce gran influencia en torno mío. No trates de contestarme y da un beso a nuestra hija.” El papel no decía más; pero estas cortas líneas eran tan preciosas para quien las recibía, que en su

gratitud se volvió hacia la Defarge y le besó la mano. En vez de corresponder a esta demostración de gratitud, la mano volvió a caer fría e inerte y continuó haciendo calceta. Lucía se contuvo helada por aquel contacto cuando iba a ponerse en el seno el billete de Carlos, y miró a la tabernera con terror. La Defarge arqueó las cejas y contempló con mirada impasible y fija el aterrado rostro de la joven.

—Querida —dijo el señor Lorry para explicar la visita de la tabernera—, los trastornos son comunes en el tiempo que alcanzamos, y aunque no es probable que os causen desgracia alguna, la señora Defarge ha deseado veros para reconoceros y protegeros cuando llegue el caso. Creo —añadió el señor Lorry cada vez más turbado por la impasibilidad de los tres personajes presentes y deteniéndose a cada palabra—, creo, ciudadano Defarge, que debemos hacer un esfuerzo para salvar al preso. X

El ciudadano lanzó una mirada sombría a su mujer, y sólo respondió con un sordo gruñido que podía creerse afirmativo.

—Lucía —continuó el banquero con ademán y acento de conciliación—, dignaos llamar a la señora Pross y a la niña. Ciudadano Defarge, la señora Pross es inglesa y no sabe el francés.

La señora Pross, íntimamente convencida de que valía tanto, si no más, que una extranjera cualquiera, no era mujer que se dejase abatir por la desgracia o desconcertar por el peligro; se paró delante de La Venganza, cuyos ojos se habían clavado desde luego en ella, y dijo en inglés:

—Esta mujer puede alabarse de ser fea.

Después tosió con ademán de reto mirando cara a cara a la tabernera, pero ni ésta ni La Venganza repararon en ella.

—¿Es su hija? —preguntó la tabernera señalando a la tierna Lucía con su aguja de hacer calceta, como si esta aguja hubiese sido el dedo del destino.

—Sí —respondió el señor Lorry—, es la hija de nuestro pobre preso, su única hija.

La sombra de la tabernera cayó tan densa y amenazadora sobre la pobre niña, que Lucía se arrodilló cerca de su hija y la estrechó contra su corazón.

La sombra fatal se extendió entonces sobre la madre y sobre la hija, envolviéndolas con un velo fúnebre.

—Bien, ya las he visto; podemos salir —dijo la Defarge.

Había en el acento con que fueron pronunciadas estas palabras una expresión tan terrible, que Lucía, deteniendo con mano suplicante a la tabernera, le dijo:

—Seréis buena para mi marido, no le haréis mal. ¿Podréis alcanzarme el permiso para verle?

—No pienso en tu marido —respondió la Defarge—, sino en la hija de tu padre.

—Pues sed buena ¡por mí... por mi hija! Mirad cómo cruza las manos para suplicaros que seáis generosa. Ya lo veis, os tememos a vos más que a todos nuestros enemigos.

La ciudadana recibió esta confesión como un cumplido y se volvió a su marido. Defarge, que se mordía la uña del dedo pulgar con angustia, tomó una fisonomía más severa bajo la mirada de su mujer.

—¿Qué te dice el preso en ese billete? —preguntó la Defarge a Lucía—. ¿No habla de influencia?

—Dice que mi padre tiene mucha —respondió Lucía sacando el billete del pecho y fijando en la tabernera sus hermosos ojos llenos de terror.

—Tu padre le pondrá en libertad —dijo la señora Defarge con indiferencia.

—Compadeceos de nosotros —exclamó Lucía con fervor—; os lo pido en nombre del cielo. No ejerzáis vuestro poder contra mi pobre marido... Os aseguro que es inocente... Haced que le vuelvan a mis brazos. Sois mi hermana porque sois mujer...; ¡tened piedad de una esposa y de una madre!...

Después de mirar friamente a la suplicante, la Defarge se volvió hacia La Venganza, y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y de las

madres que hemos conocido nosotras, y con frecuencia les han arrancado sus padres y maridos para hundirlos en un calabozo. Desde que estamos en el mundo hemos visto sufrir a nuestras hermanas en su persona y en la de sus hijos, y padecer frío, hambre, sed, opresión y todas las miserias y todos los desprecios.

—No hemos visto otra cosa —dijo tranquilamente La Venganza.

—Pues bien —repuso la Defarge dirigiéndose a Lucía—, ¿crees que pueda interesarnos el dolor de una esposa y de una madre?

Y volviendo a hacer calceta, salió acompañada de La Venganza y seguidas de Defarge, que cerró la puerta.

—¡Valor, hija mía! —dijo el señor Lorry alzando a Lucía—. ¡Valor! Todo va bien. ¡Qué diferencia entre vuestra suerte y la de tantas pobres criaturas! Vamos, hija mía, no os desalentéis; debéis estar agradecida a la Providencia. •

—Lo sé, y no soy ingrata con ella; pero esa mujer ha lanzado sobre mí una sombra que obscurece el porvenir y mata mi esperanza.

—¿Cómo? ¿Qué significa ese desaliento? —repuso el anciano—. Una sombra, querida Lucía, no tiene substancia, y por consiguiente no es de temer.

A pesar de cuanto podía decir, los Defarge habían tendido también su sombra sobre él, y en el fondo de su alma sentía una extraña agitación.

## CAPITULO IV

### CALMA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD

EL doctor Manette estuvo cuatro días ausente. Después de encargar el secreto al señor Lorry, lo cual no era necesario, el doctor contó a su amigo que la turba de asesinos que le había conducido desde el

palacio a la Force había penetrado en la cárcel para pasar a cuchillo a los presos de toda edad y sexo; que había encontrado allí un tribunal que juzgaba por su propia autoridad, y que los acusados comparecían uno tras otro ante los jueces, los cuales, después de un breve interrogatorio, daban orden de poner en libertad al preso o matarlo, y lo que era menos frecuente, volverlo a su calabozo. Presentado a este tribunal por los que le habían conducido, el doctor Manette había declarado su nombre, su título y su cualidad de antiguo preso de la Bastilla, donde había pasado dieciocho años sin previa formación de causa. Uno de los miembros del tribunal popular había confirmado estas palabras, y en este juez improvisado había reconocido el doctor al ciudadano Defarge.

✓ Después de compulsar los registros que había sobre la mesa, y cerciorándose el antiguo preso de que su yerno no había sido ejecutado por los asesinos, abogó con entusiasmo por él delante del tribunal; los jueces, de los cuales algunos estaban dormidos y otros despiertos, éstos en ayunas y aquéllos ebrios y mañchados de sangre, le escucharon con benevolencia, y en medio de los transportes de entusiasmo que había excitado como mártir del sistema derrocado, se accedió a su demanda, a saber: que el preso Evremont fuera presentado ante el tribunal para ser interrogado inmediatamente.

Carlos Darnay había sido declarado inocente e iba a recobrar la libertad cuando, por una circunstancia inexplicable para el doctor Manette, se contuvo de pronto la corriente que estaba en favor del preso. Los individuos del tribunal se habían reunido en conferencia secreta, y el que presidía anunció al doctor que era imposible poner en libertad al acusado; pero que en consideración a los méritos de su suegro, dicho Evremont era declarado inviolable. Y a una señal del presidente condujeron otra vez a Carlos a su calabozo. El doctor solicitó entonces el favor de velar por su yerno, para cerciorarse por sí propio de que por una equivocación no fuera entregado a los verdugos, cuya

furiosa gritaría penetraba en el salón y confundía la voz de los jueces. Y habiendo obtenido lo que pedía, se había visto precisado a no salir de aquel edificio manchado de sangre hasta que pasó el peligro.

No describiremos las escenas espantosas de que el doctor fué testigo durante aquellos tres días, en el transcurso de los cuales apenas tomó alimento ni pudo dormir algunos instantes. Cuando se restableció el orden, la loca alegría de los presos que se habían salvado de los asesinos asombró casi tanto al doctor Manette como la locura furiosa de que habían sido víctimas los que yacían en el sueño eterno. Entre otras cosas que habían excitado su sorpresa, contó al señor Lorry que un preso, restituído a la libertad, había sido herido por equivocación de una puñalada al salir de la cárcel, y que habiéndole llamado para asistir a aquel desgraciado, lo había encontrado en los brazos de un grupo de patriotas sentado sobre un montón de cadáveres. Con una inconsecuencia no menos extraordinaria que todos los actos de aquella abominable pandilla, los asesinos habían auxiliado al doctor Manette a hacer la curación y prodigado los más tiernos cuidados al herido, y mandando traer una litera, le habían colocado en ella con precauciones infinitas para trasladarle a un lugar seguro, rodeado de una escolta que velaba por él con solicitud.

Aquellos hombres frenéticos volvieron entonces a empuñar las armas, y continuaron la matanza con tanta ferocidad, que el doctor había llegado a desmayarse en medio de un charco de sangre.

Mientras escuchaba estos horribles detalles con la mirada fija en el rostro del doctor, el banquero pensó estremeciéndose que semejantes pruebas podían conmover nuevamente las facultades intelectuales de su amigo. Sin embargo, el doctor Manette, a pesar de sus sesenta y dos años, no le había parecido nunca dotado de tanta energía física ni de tanta fuerza moral. En efecto, el doctor pensaba por vez primera en su antiguo martirio para felicitarle por él, y no deploraba ya aquella época de padecimientos en que había for-

jado la palanca que abriría la cárcel de Carlos y le permitiría salvar al esposo de su hija.

—Ya veis —dijo— cómo debían servirme algún día mis desgracias, y que no era todo desastre y ruina en el pobre zapatero. Mi hija adorada me restituyó a la vida y a la razón, y yo le restituiré ahora la parte más querida de su ser. Estad seguro, amigo mío, de que lo conseguiré.

El banquero, al ver su mirada firme, sus facciones tranquilas y su actitud resuelta, no pudo menos de creer lo que decía aquel hombre, cuya vida parecía haberse parado como el movimiento de un reloj y que recobrabá de pronto su primitiva actividad. Mayores dificultades que las que tenía que combatir habían cedido ante los esfuerzos constantes del doctor. Mientras ejercía la medicina y prestaba sus cuidados a los que los reclamaban, ora fuesen libres o cautivos, ora ricos o pobres, inocentes o culpables, el doctor Manette empleó con tal acierto su influencia, que no tardó en conseguir la plaza de médico inspector de tres cárceles, una de las cuales era la Force. Pudo entonces anunciar a su hija que Carlos había salido del calabozo y se encontraba con los presos en la sala común.

Cada ocho días, al pasar la visita, veía a su yerno y enviaba a Lucía algún dulce mensaje del preso. Algunas veces la pobre joven recibía una carta de su marido por conducto de su padre, pero no le era permitido contestar a estas líneas preciosas, porque de todos los presos de quienes se sopechaba que conspiraban contra el pueblo, los emigrados eran los que excitaban más vivamente la ira de los patriotas, especialmente aquellos a quienes se acusaba de tener correspondencia, ya con sus amigos, ya con sus familias.

Es verdad que el nuevo género de vida del doctor no estaba exento de inquietud y de fatiga; pero, lejos de desanimarse, desplegaba mayor fuerza y valor y el buen señor Lorry creyó descubrir que en los sentimientos que sostenían a su amigo predominaba un noble orgullo, digno a la par que puro, que parecía anciano muy natural y cuyos efectos inesperados ob-



servaba con alegría. Pero a pesar de todos sus esfuerzos y de toda su perseverancia, el doctor Manette no pudo conseguir la libertad de Carlos, ni que siguiese los trámites regulares su proceso: la corriente de los sucesos era demasiado rápida y poderosa para que fuera fácil dominarla.

Principiaba la nueva era: el rey había sido procesado, y la República, una e indivisible, sola contra la Europa armada, se levantaba para vencer o morir. La bandera negra ondeaba en las torres de Nuestra Señora, y trescientos mil hombres, llamados contra los tiranos, salían de todos los puntos de la Francia, como si los dientes del dragón de la fábula, sembrados a manos llenas, hubieran igualmente fructificado en las ciudades y en las aldeas, al sol ardiente del Mediodía y bajo el cielo nebuloso del Norte, en los bosques y en las llanuras, entre las viñas y los olivares, las praderas y las chozas, en las fértiles orillas de los ríos y en la arena de las playas. ¿Qué interés privado era bastante fuerte para hacerse oír en medio de este alzamiento general, de este diluvio procedente de la tierra y no del cielo, que todo y a todos inundaba?

No había vacilación, piedad, ni reposo. El tiempo no existía ya; los días y las noches podían girar en su círculo ordinario, y traer como siempre la mañana y la tarde; pero no se contaban ya las horas, y se había perdido la medida del tiempo en medio de la fiebre ardiente que se apoderaba de un pueblo. De pronto, rompiendo el silencio insólito de la ciudad, el verdugo presentó la cabeza del rey a los ojos de la multitud, y poco después, casi al momento, enseñaba también la hermosa cabeza de la reina, cuyos cabellos habían encanecido ocho meses de viudez y de miseria.

Un tribunal revolucionario en París; cuarenta o cincuenta mil comités revolucionarios esparcidos sobre toda la superficie del territorio; una ley de sospechosos que amenazaba la libertad y la vida de todos y entregaba la inocencia y la honradez a merced del furor y del crimen; las cárceles inundadas de individuos no culpables y que no podían alcanzar que fuesen

oídas sus quejas: tal era el orden de cosas vigentes, y su aplicación parecía antigua, aunque todo lo más contaba algunos meses de existencia. Finalmente, dominándolo todo, una horrible figura, la guillotina, desconocida algún tiempo antes, era tan familiar a todas las miradas como si hubiese existido desde la creación del mundo.

La guillotina servía de tema a los chistes populares: era el remedio más eficaz para curar el dolor de cabeza, un cosmético infalible contra las canas, el barbero que afeitaba con más destreza; y el que abrazaba la guillotina, miraba por la ventana y después estornudaba en el saco. La guillotina había llegado a ser el signo de la redención humana y reemplazaba al crucifijo; pequeños modelos de este instrumento libertador adornaban los pechos, de donde había desaparecido la cruz y se le rendían los homenajes que se negaban a Jesucristo. La guillotina hizo derramar tanta sangre, que el terreno que la sostenía se empapó y se pudrió la madera, y cuando cayó a pedazos como el juguete del hijo del demonio, fué reconstruída y colocada en el paraje que exigía la ejecución del día.

Continuó su obra sangrienta sin consideración a la elocuencia, al poder, a la virtud ni a la hermosura, y veintidós amigos que merecían el aprecio público veintiún vivos y un muerto fueron decapitados una mañana a razón de minuto por cabeza.

En medio de estos actos sangrientos y del terror que por todas partes infundían, el doctor Manette seguía su marcha sin desfallecer, confiando en su fuerza y sin dudar un solo instante de la influencia que debía salvar al marido de su hija. Quince meses habían transcurrido desde su primer esfuerzo, quince meses de lucha inútil sin que asomase en su alma el desaliento. La rabia de los verdugos había llegado a ser tan violenta y tan perverso su delirio, que en el mes de diciembre, a que hemos llegado en nuestra historia más de un río se inundaba de cadáveres, porque se arrojaban a sus aguas las víctimas en masa para no cansar la mano del verdugo, y en muchos puntos los

prisioneros, formados en hilera o en cuadro, caían bajo las balas. El doctor conservaba, sin embargo, su firmeza.

Nadie era más conocido en París que el doctor Manette; nadie se había formado una posición más extraña. Humano y silencioso, indispensable en la cárcel como en el hospital, y haciendo uso de su ciencia en beneficio de los asesinos lo mismo que de las víctimas, era un hombre extraordinario. Su título de antiguo preso de la Bastilla hacía de él un ser excepcional que podía ir a todas partes; nadie le preguntaba, y se le consideraba como un hombre que hubiera vivido entre los muertos y que al volver del otro mundo fuera un puro espíritu errante por la tierra.

## CAPITULO V

### EL SERRADOR

DURANTE estos quince meses Lucía no había abrigado un solo instante la certeza de que su marido no sería guillotinado al día siguiente. Los carros mortuorios cargados de víctimas pasaban todos los días por las calles, y jóvenes graciosas, mujeres brillantes de cabellos negros y de cabellos canos, niños y ancianos, nobles y plebeyos, formaban el vino rojo que se sacaba todas las mañanas de las bodegas de la cárcel para apagar la sed devoradora del monstruo. ¡Libertad, igualdad, fraternidad o muerte! ¡Oh, guillotina! ¡La última es más fácil de obtener que las otras tres.

Desde que Lucía se instaló en su nueva habitación, lo dispuso todo con tanto orden y buen gusto como si Carlos estuviese a su lado; cada objeto ocupó su puesto, y cada hora del día tuvo su empleo particular. Las lecciones de la tierna Lucía fueron tan regulares como si no hubiera partido de Londres, y lo único que revelaba su dolorosa inquietud era el cuidado que tenía

en engañarse a sí misma, manifestando la creencia de que muy pronto estarían reunidos. Algunas veces, sin embargo, al abrazar a su padre por la noche, prorrumplía en llanto, y le decía al través de sus sollozos que había perdido ya la esperanza.

—No temas —le respondía el doctor con el acento de la firmeza y de la convicción—; no puede sucederle desgracia alguna sin que yo lo sepa. Estoy seguro, hija mía, de que le salvaré.

Apenas hacía cuatro meses que estaban en París, cuando un día dijo el doctor Manette a su hija al retirarse a su casa:

—Tengo que darte una buena noticia: hay en la cárcel una ventana alta, a la cual puede llegar Carlos a ciertas horas sin ser visto.

—¿A qué horas, padre mío?

—A las tres de la tarde. Cuando se lo permitan, lo cual depende de diversas circunstancias, podrá veros a tí y a tu hija, si estáis en la calle, en cierto paraje que no es difícil indicarte; pero tú no podrás verle, querida Lucía, y si por una casualidad lo consiguieras, no olvides que sería peligroso hacerle señas.

—Me diréis dónde está ese sitio, padre, e iré todos los días.

Desde aquella época acudió a la cita en todas las estaciones y permanecía dos horas. Cuando no hacía frío o demasiada humedad, se llevaba consigo a su hija, de lo contrario, iba sola. Este sitio era el ángulo de una callejuela oscura, sucia y tortuosa. La única morada de este rincón desierto era una barraca, donde vivía un hombre que serraba madera, y lo restante lo formaba una pared alta, al menos hasta donde alcanzaba la vista. La tercera vez que Lucía acudió a la cita llamó la atención del serrador.

—¡Buenas tardes, ciudadana! —le dijo.

—Buenas tardes, ciudadano.

Esta manera de saludar estaba prescrita por un decreto. Admitida al principio por los patriotas más celosos, pero voluntariamente, había llegado después a ser obligatoria.

—¿Otra vez por aquí, ciudadana?

—Ya lo veis, ciudadano.

El serrador, un hombrecillo de aspecto vulgar (en otro tiempo era caminero), dirigió una mirada a la cárcel, la designó con un ademán de cabeza, y colocándose los diez dedos sobre la cara, como representando una reja, miró sonriendo al través de sus barrotes simulados.

—Al fin y al cabo —murmuró entre dientes—, ¿qué me importa a mí?

Y nuestro hombrecillo, que en otro tiempo llevaba un gorro azul, continuó con ardor su interrumpido trabajo. El día siguiente acechó a Lucía, y al verla dijo luego:

—¿También vienes hoy, ciudadana?

—Sí, ciudadano.

—¡Y con una niña! ¿Es tu madre, ciudadanita?

—¿Debo responder, mamá? —dijo en voz baja la niña acercándose con miedo a su madre.

—Sí, ángel mío.

—Sí, ciudadano; es mamá.

—Ya me lo figuraba. Pero ¿qué me importa a mí? Lo que importa es trabajar. ¿Ves esta sierra? La llamo mi pequeña guillotina. ¡La, la, la, la... plan! Ya ha cortado otra cabeza.

Un trozo de madera cayó al pronunciar estas palabras, y, recogéndolo, arrojólo a un cesto.

—Soy el Sansón de la madera. Vais a verlo. ¡Fro, fro, fro! Es la cabeza de la mujer. Ahora le toca a la hija: ¡Fric, fric, fric! Ha caído toda la familia.

Lucía se estremeció al ver echar en el cesto los dos trozos que añadía a los demás; pero no era posible acudir a la cita cuando aquel hombre trabajaba sin hallarse a su lado. Una indiscreción podía perderla, y como era necesario que se granjeara el aprecio del patriota, era la primera en dirigirle la palabra y hasta le daba con frecuencia algunas monedas, que se apresuraba el serrador a guardarse en el bolsillo. Lucía pasaba allí dos horas, y todos los días al partir besaba

la pared de la cárcel. Su marido pudo verla cinco o seis veces y distinguirla dos o tres veces pasando.

X Una tarde del mes de diciembre de 1793 había ido a la calle desierta pisando la nieve. Era día festivo, de regocijo público; todas las casas que había visto Lucía al pasar estaban adornadas con pequeñas lanzas, en cuyo extremo había un gorro encarnado y cintas tricolores, y en muchas de ellas se leía esta inscripción: "República una e indivisible; libertad, igualdad, fraternidad o muerte."

La barraca del serrador estaba cerrada, y Lucía Darnay se vió con gran satisfacción completamente sola; pero el hombrecillo no se hallaba muy distante, y su reposo no fué de larga duración. Pasos tumultuosos acompañados de ruidosas aclamaciones se aproximaron adonde estaba Lucía y la llenaron de terror. Algunos minutos después la multitud salió de la calle inmediata y rodeó la cárcel y la barraca, que estaba arrimada a sus paredes. Quinientas personas, entre las cuales se distinguía en primera fila La Venganza dando la mano al serrador, se pusieron a bailar con el frenesí de cien mil espíritus infernales; mujeres con mujeres, hombres con hombres, según les había juntado la casualidad. Servíales de música un canto popular, cuyo ritmo feroz, rigurosamente observado por los danzantes, se parecía al rechinar de dientes hambrientos.

Avanzaron y retrocedieron, se dieron mutuamente golpes en la mano, se cogieron de la cabeza, hicieron piruetas aisladamente en torno de los demás, se reunieron y valsaron de dos en dos, hasta que rodaron por el suelo la mayor parte de las parejas. Las que quedaron en pie formaron un galop infernal en torno de los que habían caído, y la inmensa rueda se dividió en pequeños círculos de dos a cuatro personas que dieron vueltas con vertiginosa rapidez. Se volvieron a dar las manos, se cogieron de la cabeza, se separaron uno a uno y dos a dos, y recomponiendo la rueda la hicieron girar en dirección inversa. Hubo una pausa; cada cual siguió el compás con estrépito; la

masa se dividió en líneas a lo largo de la calle, y los danzantes de ambos sexos corrieron de frente con la cabeza baja y las manos levantadas lanzando espantosos alaridos. Aquel baile era la Carmañola. Mientras se alejaban, dejando a la pobre Lucía helada de terror en la puerta de la barraca del serrador, la nieve caía con tanta calma y pureza como si hubiera sido un sueño aquella odiosa visión.

—Padre mío, ¡qué cuadro tan horrible!

El doctor Manette estaba al lado de su hija en el momento que Lucía alzaba la cabeza y se descubría los ojos que se había tapado con las manos.

—Lo he visto muchas veces, hija mía; pero no debes temer, porque ninguno de esos hombres querrá hacerte mal.

—No tiemblo por mí, padre; pero cuando pienso que Carlos está a merced de esa gente...

—Te prometo que muy pronto no lo estará. Cuando me he separado de él se dirigía a la ventana y he venido para avisarte. Estamos solos; puedes enviarle un beso hacia aquel torreón que domina a los demás.

—Lo hago con placer, padre querido, y le envío toda mi alma.

—Tú no puedes verle, hija mía.

—¡Ah, no! —dijo ella llorando mientras le besaba con la mano dirigida al torreón donde debía estar el preso.

Se oyó rumor de pasos en la nieve. Era la tabernera.

—Os saludo, ciudadana —dijo el doctor al verla.

—Salud, ciudadano.

Y pasó sin volver la cabeza y se deslizó como una sombra por la nieve.

—Dame el brazo, ángel querido, y ten valor. Debemos estar contentos porque mañana comparece Carlos ante sus jueces.

—¿Mañana?

—El tiempo urge. He hecho todos mis preparativos; pero se han de tomar ciertas precauciones, y no podían adoptarse antes de saber exactamente el día del

proceso. Aún no se lo han notificado; pero sé por buen conducto que mañana es la vista y que será trasladado esta noche a la Conserjería. Anímate; tengo esperanza de salvarle. Van a terminar todos nuestros pesares; mañana por la noche abrazaremos a Carlos. Pero es preciso que vea...

El doctor se interrumpió, porque llegó a sus oídos y a los de su hija un rumor fúnebre que reconocieron. Tres carros mortuorios pasaban a corta distancia cargados de víctimas.

—Es preciso que vea al señor Lorry al momento —continuó el doctor tomando otro camino.

El tinte rojizo que coloreaba las nubes y la niebla que se alzaba del Sena indicaban el término del día, y era casi anochecido cuando el doctor y su hija llegaron al magnífico palacio. ¿Quién estaba con el señor Lorry? ¿A quién pertenecía la capa de viaje que se veía sobre una silla? ¿Quién era el personaje del que se acababa de separar el anciano cuando se acercó conmovido a Lucía para estrecharla en sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella había balbuceado cuando, volviendo la cabeza hacia la puerta del aposento de donde él salía, repitió alzando la voz:

—Trasladado a la Conserjería para ser juzgado mañana?

## CAPITULO VI

### TRIUNFO

EL tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenían apelación, celebraba audiencia todos los días. La lista de los acusados que debían comparecer ante este tribunal, se enviaba el día anterior a cada cárcel.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!



Con este nombre principiaba la lista en la Force el día en que la pobre Lucía había visto bailar la Carmañola. Cuando era llamado un preso, éste debía salir de la sala común y trasladarse a un sitio reservado. Carlos tenía tristes razones para no ignorar esta costumbre, pues durante quince meses había visto desaparecer a todos sus compañeros de infortunio después de ser sometidos a esta formalidad. El carcelero miró por encima de sus anteojos para cerciorarse de que dicho Evremont había ido a colocarse en el sitio reservado para los que iba llamando, y continuó su lectura, parándose del mismo modo a cada nombre que pronunciaba. La lista contenía veintitrés; pero sólo veinte presos respondieron: los tres restantes habían muerto, uno en la misma cárcel y los otros dos en el cadalso; mas lo habían olvidado.

La lectura de esta lista fatal se verificaba en la sala donde Carlos había sido introducido el día que entró en la Force. Todos los que había encontrado allí en aquella época habían sido asesinados en septiembre; desde entonces los amigos que viera partir sólo habían salido de la cárcel para subir al cadalso.

Se despidieron los presos incluídos en la lista; pero la separación se terminó muy pronto, porque era un incidente cotidiano al cual se habían acostumbrado, y precisamente aquella noche la sociedad de la Force se preparaba a distraerse con juegos de prendas y debía haber un pequeño concierto.

Todos se asomaron a las rejas para ver salir a los acusados; derramáronse algunas lágrimas por los desventurados que se alejaban; pero como quedaban veinte puestos vacíos, era preciso llenarlos para que no se frustrase la diversión que se había dispuesto. Por otra parte, se hacía tarde y muy pronto vendría el alcaide que cerraría las puertas y entregaría la sala común y los corredores a los carceleros que vigilaban durante la noche. Ésta fué larga y fría para los veinte acusados en sus nuevos calabozos, llenos de inmundicia. Conducidos al tribunal por la mañana, comparecieron quince de ellos delante de los jueces antes que

Carlos Darnay, y todos fueron condenados a muerte. Su interrogatorio, su acusación, su defensa y su sentencia sólo habían ocupado hora y media al tribunal.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay! —gritó el ujier.

Los magistrados llevaban sombrero con plumas; pero dominaba en todos los puntos del salón el gorro frigio adornado con la escarapela tricolor. El acusado hubiera podido creer, dirigiendo una mirada a los jurados y al auditorio, que se había invertido el orden natural de las cosas, y que los criminales juzgaban a los hombres de bien. Todo lo más vil y más atroz que hay en el populacho de una gran ciudad dirigía los debates, hacía estrepitosos comentarios, desaprobaba y anticipaba el fallo sin la menor oposición por parte del tribunal.

Casi todos los hombres estaban armados, y algunas mujeres llevaban puñales y cuchillos, viéndose entre ellas no pocas que comían y bebían mientras miraban lo que pasaba en la audiencia, y otras que hacían calceta. Una de éstas tenía una faja de punto debajo del brazo, y no era la que trabajaba con menos actividad. Colocada en primera fila, estaba a su lado un hombre que el acusado no había visto desde su llegada a París, pero en quien reconoció inmediatamente al ciudadano Defarge. La mujer de la faja habló una o dos veces al oído de su vecino, de lo cual dedujo Carlos que era la tabernera, y lo que más le llamó la atención fué la afectación con que dirigían la mirada hacia los jurados sin hacer caso de él a pesar de hallarse muy cerca.

Cerca del presidente estaba sentado el doctor Manette con su traje ordinario, y en cuanto Carlos Darnay pudo juzgar, él y el señor Lorry eran en el auditorio los únicos que no habían adoptado las insignias revolucionarias. Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, comparecía ante el tribunal como aristócrata acusado de emigración, y el acusador público pedía su cabeza en nombre del decreto de destierro, que prohibía bajo pena de muerte entrar en Francia a los emi-

grados. Importaba poco que el regreso del acusado hubiese sido anterior al decreto invocado; dicho Evremont estaba allí, le habían preso en Francia, existía el decreto y era forzoso que se le aplicase.

—¡Que le corten la cabeza! —gritó el auditorio—. Es un enemigo de la República.

El presidente agitó la campanilla, y preguntó al acusado si era cierto que había vivido muchos años en Inglaterra.

—Es cierto —respondió Darnay.

—Luego sois emigrado. ¿Cómo podéis negarlo?

Decía que era francés que vivía en Inglaterra, pero no emigrado en el sentido que se daba a esta calificación.

—¿Y por qué? —le preguntaron.

Porque había renunciado voluntariamente a una posición y a un título que le eran odiosos, y si había partido de su país, lo cual había hecho antes que la palabra emigrado tuviese la significación que le daba el tribunal, era porque había preferido vivir de su propio trabajo en Inglaterra que a costa del pueblo en Francia. ¿Qué pruebas aducía? El testimonio de Luis Gabelle y de Alejandro Manette.

El presidente le recordó que, sin embargo, se había casado en Londres.

—Sí, pero no con una inglesa.

—¿Con una ciudadana de Francia?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Lucía, hija del doctor Manette, ex preso de la Bastilla.

Esta contestación produjo el mejor efecto en el auditorio. Resonaron en toda la sala gritos en elogio del buen doctor, y era tal la inconstancia del pueblo, que corrieron las lágrimas por algunos de aquellos rostros feroces que un momento antes expresaban el furor. Carlos había seguido hasta entonces las instrucciones reiteradas de su suegro, cuyos consejos habían allanado todos los obstáculos de la senda peligrosa en que había penetrado el esposo de su hija.

—¿Por qué regresó el acusado a fines del año anterior? ¿Qué había esperado hasta entonces para volver a su patria? —le preguntó el presidente.

—Si no he regresado antes —respondió Darnay— fué porque no tenía en mi país otros medios de existencia que el señorío a que había renunciado, en tanto que en Inglaterra me ganaba el sustento enseñando la lengua y la literatura francesas. Si partí de Londres fué a ruego de uno de mis compatriotas, cuya vida ponía en peligro mi ausencia. Vine para salvar la existencia de este ciudadano y para declarar la verdad, exponiéndome a la muerte. ¿Es esto un crimen a los ojos de la República?

—¡No ¡No! —gritó el auditorio con entusiasmo.

El ciudadano en cuestión era el primer testigo en pro. El acusado se refería con confianza a la carta de este ciudadano, carta que le habían quitado en la barrera al entrar en París, pero que se encontraba indudablemente en los autos que tenía a la vista el tribunal. El doctor había tenido cuidado de hacerla incluir en la causa, y en efecto, fué leída por el presidente. Habiendo sido llamado el ciudadano Gabelle para prestar declaración, confirmó, no tan sólo todo lo que había dicho el acusado, sino que insinuó con extrema delicadeza que en medio del cúmulo de negocios impuestos a la justicia por los numerosos enemigos del pueblo, había permanecido durante tres años en la Abadía, completamente borrado de la memoria patriótica del tribunal, hasta los últimos días de la semana anterior en que había sido llamado a comparecer, y que se le había puesto en libertad por decisión del jurado, declarando que la acusación dirigida contra dicho Gabelle quedaba anulada con la presencia del ciudadano Carlos Darnay.

Fué interrogado después el doctor Manette. La popularidad que había alcanzado y la precisión de sus contestaciones produjeron desde el principio un efecto notable; pero cuando demostró que el acusado había sido su primer amigo al salir de la Bastilla, que no había cesado de protegerle y amarle desde entonces

en su destierro y que, lejos de ser mirado con favor por el gobierno aristocrático de Inglaterra, Carlos Darnay había sido procesado como enemigo de la Gran Bretaña y como amigo de los Estados Unidos republicanos de América, el tribunal participó de los sentimientos del auditorio. Finalmente, cuando apoyándose en todos estos puntos con la fuerza y el entusiasmo de la verdad invocó el testimonio del señor Lorry, ciudadano de Londres, actualmente en la sala, y que había prestado declaración en el proceso de que había hablado antes, el jurado declaró que había oído bastante y estaba dispuesto a dar su fallo si el presidente se dignaba recibirlo. Cada voto (los jurados votaban verbalmente y en alta voz) fué acompañado de entusiastas aclamaciones. Todos los individuos se pronunciaron en favor del acusado, y Carlos Darnay fué declarado inocente por unanimidad.

Principió entonces una de las manifestaciones a que se entregaba algunas veces el populacho aun en aquella época de furor sanguinario. ¿Lo hacía obedeciendo a un espíritu versátil, o cediendo a los impulsos generosos que germinaban en él, o para compensar los actos feroces que pesaban sobre su conciencia? Nadie podría decirlo, y es probable que estos tres motivos interviniesen. Sea lo que quiera, apenas fué absuelto Darnay brotaron abundantes lágrimas, y le abrazaron y besaron tantas personas de ambos sexos, que casi se desmayó, porque estaba debilitado por su larga prisión y profundamente conmovido al pensar que aquella misma multitud, empujada por otra corriente, le hubiera despedazado con igual entusiasmo.

La necesidad de juzgar a los demás acusados libertó a nuestro amigo de las caricias del populacho. Acababan de comparecer ante el tribunal para ser juzgados a un tiempo cinco presos acusados de enemigos de la República, en el sentido de que no la habían auxiliado con sus palabras ni con sus obras, y fué tal la rapidez con que los individuos del tribunal indemnizaron al pueblo y se indemnizaron a sí propios de la absolución anterior, que aún no había salido Carlos

Darnay de la sala cuando había decidido ya que fuesen ejecutados en el término de veinticuatro horas. A decir verdad, esta última causa no había tenido auditorio que pudiera prolongar sus debates, porque el doctor y su yerno se hallaron al salir del tribunal en medio de una multitud considerable, en la cual reconoció el doctor Manette todas las caras que había visto en la sala, a excepción de dos personas a quienes buscó en vano con la mirada.

Luego que vieron a Carlos acompañado del doctor, se renovaron las aclamaciones, las lágrimas, los gritos, los aplausos y los abrazos, tanto que el vértigo universal pareció llegar hasta el río y apoderarse del agua, enloquecida como el pueblo, que estaba en sus orillas. Tenían una silla que habían sacado del mismo tribunal o de alguna de las salas inmediatas, y que después de cubrirla con una bandera roja, la habían adornado con una pica, en cuyo extremo se veía un gorro frigio.

A pesar de las súplicas del doctor elevaron a su yerno sobre esta silla patriótica, y mientras le llevaban en triunfo en medio de aquel mar agitado de gorros de color de sangre, Carlos se preguntó más de una vez si le conducían en un carro a la guillotina. Así llegaron a casa del doctor, enrojeciendo con el color republicano las calles, cuyo empedrado habían enrojecido ya con un tinte más sombrío, y entraron en el patio, donde depositaron a Carlos Darnay.

Lucía, preparada al espectáculo que iba a ver por el doctor Manette, que se había adelantado a avisarla, llegó al patio cuando Carlos bajaba de la silla triunfal, y cayó desmayada en los brazos de su marido. Mientras la estrechaba contra su corazón, teniendo cuidado de colocarse entre ella y los que le escoltaban, para ocultarla a las miradas de la multitud, algunos individuos se pusieron a bailar, y habiendo seguido inmediatamente su ejemplo todos los demás, se improvisó la Carmañola en el patio.

Después llevaron en la silla triunfal a una joven que representaba la diosa de la libertad, y la Carma-

ñola, saliendo del patio del doctor, invadió las calles vecinas, el muelle y el puente; se alejó arremolinándose y aumentándose como el alud que baja de las montañas.

Después de estrechar la mano del doctor, que le contemplaba con orgullo, la del señor Lorry, que llegaba sin aliento y cansado de la lucha que había tenido que sostener con los danzantes, y después de dar un beso a la tierna Lucía y de saludar a la fiel Pross, que sostenía a la niña, tomó en sus brazos a su esposa, y le dijo:

—¡Lucía, vida mía..., me he salvado..., soy tuyo!

—Carlos, amado mío, déjame dar gracias a Dios por haberme concedido esta dicha.

Todos inclinaron sus frentes y sus corazones.

—Ahora, ángel mío, habla a tu padre y dile cuánta es mi gratitud; nadie en el mundo hubiera podido hacer lo que ha hecho por mí.

Lucía reclinó la cabeza sobre el pecho del doctor Manette, como se había apoyado en otro tiempo sobre su corazón la pobre cabeza del zapatero, el cual había conseguido en fin la recompensa de todos sus males, y estaba gozoso y lleno de orgullo.

## CAPITULO VII

### LLAMAN A LA PUERTA

**S**ALVADO! —repetía Lucía.

¿No se realizaba la ilusión que la alentaba durante quince meses? Carlos estaba allí, y sin embargo, temblaba; una vaga inquietud se apoderaba de su alma, y tenía miedo. ¡Estaba el cielo tan sombrío! ¡Era tan inconstante la multitud y estaba tan sedienta de venganza! ¡Morían todos los días tantos inocentes, tantos desgraciados, tan irrepreensibles como su esposo y tan caros para los que les lloraban! Le era imposible tran-

quilizarse; la sombra principiaba a descender; se oía aún el rumor de los carros mortuorios; los seguía con la imaginación; buscaba a su marido en medio de los que conducían al cadalso, y estrechándose contra Carlos para cerciorarse de su presencia, temblaba, y su terror crecía por momentos.

Su padre se esforzaba en animarla, y consideraba su debilidad con ademán de superioridad compasiva, lo cual era un espectáculo verdaderamente curioso. No se veían ya en él las huellas de la guardilla de San Antonio; ningún recuerdo de los trabajos del zapatero, nada del número 105; nada de la torre del Norte. Había consumado su obra y realizado su promesa; había salvado a Carlos, y toda la familia podía apoyarse en él.

Su manera de vivir era muy sencilla, no solamente porque constituía un medio de seguridad, en el sentido de que semejante género de vida no insultaba la pobreza del pueblo, sino porque no eran ricos. Era preciso pagar muy caros los malos alimentos que Carlos recibía en la cárcel y los servicios de los carceleros, y contribuir al sustento de los presos que carecían completamente de recursos; de lo cual resultaba que por una economía forzosa, así como para evitar todo espionaje, no tenían más criados que Ferry, de quien se había desprendido el banquero.

Estaba mandado por un bando municipal que se escribiesen sobre las puertas de las casas los nombres de todas las personas que vivían en ellas, con caracteres claros y a una altura conveniente para ser leídos fácilmente. Así, pues, el nombre de Ferry Cruncher adornaba la casa del doctor, y mientras descendían las sombras de la noche sobre la ciudad, acompañaba en la puerta a un pintor que el doctor Manette había enviado a llamar para que añadiese en la lista al ciudadano Evremont, llamado Carlos Darnay.

El temor y la desconfianza que reinaban entonces habían modificado los hábitos más inocentes de la vida; en casa del doctor, así como en otras muchas familias, se hacía las provisiones por la noche, y las



compraban por menor, en pequeñas tiendas, no siempre en las mismas, para no llamar la atención y no excitar la envidia de nadie. La señora Pross y Ferry eran los encargados de la compra; la primera pagaba y el segundo llevaba la cesta. Todas las tardes, en el momento de encender los reverberos, salían los dos a recorrer las tiendas. Después de una permanencia de quince años en casa del doctor, la señora Pross hubiera podido saber el francés lo mismo que su propia lengua; pero había puesto tan poco de su parte para aprenderlo, que esta jerga absurda, como llamaba a la lengua francesa, le era tan extraña como al mismo Cruncher.

—Podemos salir ya —dijo el aya, cuyos ojos estaban enrojecidos por las lágrimas de alegría que había derramado.

Ferry declaró con voz ronca que estaba a la disposición de la señora Pross.

—Salgamos pronto —dijo ésta—, porque necesitamos una infinidad de cosas. Hemos de comprar ante todo vino, porque los gorros encarnados van a beber a nuestra salud en la taberna donde nos surtimos.

—Ya comprenderéis, señora, que es indiferente que beban a nuestra salud o a la del viejo —replicó Ferry—; ¿De qué viejo habláis?

Ferry explicó tímidamente que hablaba del diablo.

—¡Ah! —dijo el aya—. No se necesita intérprete para saber lo que significan esos monstruos encarnados, porque no tienen más que un sentido: asesinato y desgracia.

—¡Chist! —dijo Lucía.

—Sí, sí, no temáis, señorita —respondió la vieja—, seré prudente; pero aquí, para entre nosotros, bien puedo decir que me causan horror esas bocas que huelen a cebolla y a tabaco, y espero no encontrarlas en mi camino. Vos, hija mía, no os separéis de vuestro cuarto, cuidad de vuestro marido y no salgáis al aire libre como lo hacéis ahora.

Y salió, seguida de Ferry, dejando a Lucía, a Carlos, al doctor y a la niña cerca de la chimenea, que

esperaban de un momento a otro al señor Lorry. La señora Pross había encendido una luz antes de salir, pero la había colocado en un ángulo para que la familia pudiera disfrutar de la claridad de la llama de la chimenea. La tierna Lucía estaba al lado de su abuelo, cuyo brazo tenía entre los suyos, y el doctor, hablando en voz baja, principió a contarle la historia de un hada poderosa que había hecho caer las paredes de una cárcel para libertar a un cautivo que en otro tiempo le había prestado un servicio. La calma reinaba, no tan sólo en la habitación del doctor sino también en toda la vecindad, y Lucía principiaba a tranquilizarse.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—Hija mía —dijo el doctor interrumpiendo su historia y tomando la mano de Lucía—, no te dejes dominar así por tus impresiones. Nunca te he visto tan nerviosa; el ruido más insignificante te hace estremecer.

—He creído oír pasos en la escalera —dijo excusándose con voz trémula.

—No, hija mía; nunca ha estado la casa tan quieta.

Mientras pronunciaba estas palabras llamaron con fuerza a la puerta.

—¡Oh! ¡Padre, ocultémosle! ¿Le salvaréis, padre mío?

—No temas —dijo el doctor levantándose—; le salvaré. Pero ¿quién puede amenazarle? Déjame que vaya a abrir.

Tomó la luz, cruzó los dos aposentos que precedían a la sala y abrió la puerta de la escalera. Se oyó entonces sordo rumor de pasos en el recibidor, y cuatro hombres armados de sable y pistolas entraron en la sala donde estaba Carlos con su mujer.

—¿Quién es el ciudadano Evremont? —dijo uno de ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó Carlos.

—Le buscamos —respondió el patriota—; pero eres tú, te conozco; estabas esta mañana en el tribunal. Eres preso de la República.

Los cuatro hombres rodearon a Carlos, a quien se asían Lucía y su hija.

—¿En virtud de qué orden y por qué crimen se me prende otra vez?

—Lo sabrás mañana, porque mañana te juzgarán; pero por de pronto síguenos a la Conserjería.

El doctor, que petrificado con tan inesperada visita parecía una estatua, se adelantó al oír estas palabras, puso la luz sobre la mesa, miró al patriota, y cogiéndole sin violencia por la pechera de la camisa, le preguntó:

—Le conocéis, pero ¿me conocéis a mí?

—Perfectamente, ciudadano.

El doctor le miró con ademán resuelto, y dijo en voz baja después de un momento de silencio:

—¿Por qué le prendéis?

—Ciudadano doctor, ha sido denunciado a la sección de San Antonio.

—¿De qué se le acusa?

—No lo preguntéis, ciudadano, si la República exige de vos un sacrificio, sabemos que sois buen patriota para hacerlo sin vacilar. La República ante todo, y nadie ignora que el pueblo es soberano.

—Una palabra tan sólo —repuso el doctor con voz suplicante—: ¿quién le denuncia?

—Es contra la regla, pero os lo diré todo. Le han denunciado...

Se interrumpió, y tras algunos momentos de silencio, continuó con tono más grave:

—En primer lugar el ciudadano y la ciudadana Defarge, y en segundo lugar... otra persona.

—¿Quién es?

—Mañana lo sabréis, pero hasta entonces seré mudo.

## CAPITULO VIII

## EL ESPÍA

LA señora Pross pasó por las angostas calles que conducían al Sena, y cruzó el Puente Nuevo, repasando en su memoria los objetos que tenía que comprar y sin sospechar la nueva desgracia de sus amos. Ferry iba a su lado con el cesto en la mano, y los dos miraban de derecha a izquierda en las tiendas, desviándose para no encontrarse con los individuos parados en la calle ni con los grupos donde se hablaba con animación.

El frío era intenso, y en el río cubierto de niebla las luces brillantes y el ruido de voces agudas indicaban la estación de los barcos donde se fabricaban fusiles para los ejércitos de la República.

Después de hacer varias compras en la droguería, la señora Pross se acordó que le faltaba vino. Continuó, pues, su correría, y examinando con la mirada el fondo de todas las tabernas, se paró en la de Bruto el buen republicano, situada a dos pasos del palacio Nacional o de las Tullerías.

Reinaba en esta taberna una tranquilidad relativa, y aunque dominaban los gorros patrióticos, el interior estaba menos rojo que el de las otras tabernas que el aya había encontrado al paso. Habiendo consultado a Ferry, que fué de su misma opinión, la señora Pross entró seguida de su escudero en la taberna de Bruto el buen republicano, sin hacer caso de los humosos quinqués, ni de los hombres que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con naipes sucios o dominós amarillentos; ni del jornalero que, con los brazos desnudos, el pecho descubierto y la cara ennegrecida, leía en voz alta el periódico; sin mirar a los que le escuchaban, ni las armas que

llevaban los bebedores o que estaban arrimadas a la pared, y finalmente, sin ver a los dos o tres hombres que, tendidos en el suelo y cubiertos con la chaqueta negra y peluda que era entonces de moda, parecían enormes perros de presa dormidos.

Mientras el tabernero llenaba las botellas, un hombre sentado delante de una mesa en el extremo opuesto de la tienda se despidió del compañero con quien había bebido y se dirigió hacia la puerta. Para salir era preciso pasar cerca del mostrador, y cuando llegó a él, la señora Pross cruzó las manos y lanzó un grito penetrante. Todos los que se hallaban en la tienda se levantaron al momento. Suponían que acababan de asesinar a alguno, pero en vez de una víctima tendida en el suelo, vieron un hombre y una mujer que en pie y cara a cara se miraban con sorpresa. El hombre tenía el exterior de un excelente patriota, y la mujer, no era posible equivocarse, era una inglesa. Las palabras vehementes que el chasco inspiró a los parroquianos de Bruto hubieran sido griego para la señora Pross y su escudero, aun cuando hubieran prestado oído; pero ni una ni otro oían ni veían nada, porque el asombro de Ferry corría parejas con el del aya.

—¿Qué tenéis? —dijo en inglés y en voz baja el hombre que causaba su asombro.

—¡Querido. Salomón! —exclamó la señora Pross—. ¡Encontrarte aquí después de tanto tiempo sin tener noticias tuyas!

—¿Deseas mi muerte? —dijo el hombre con terror.

—Hermano mío —repuso la anciana prorrumpiendo en llanto—, ¿merezo acaso que me hagas semejante pregunta?

—Detén al menos la lengua. Si tienes que decirme alguna cosa, salgamos, me hablarás en la calle. ¿Quién es este hombre que te acompaña?

La señora Pross respondió moviendo la cabeza y mirando a su hermano con cariño:

—Es el señor Cruncher.

—Que salga con nosotros —dijo Salomón—. ¡Cómo me mira! ¿Me toma acaso por algún fantasma?

Era muy posible. Sin embargo, Ferry no respondió, y examinando el aya los rincones del saco, acabó por hallar el bolsillo y pagó el vino. Salomón daba en tanto a los concurrentes una explicación que pareció satisfacerles, y cada cual volvió a su puesto y continuó jugando o bebiendo.

—¿Qué quieres? —preguntó Salomón parándose en una esquina.

—¡Qué doloroso es —exclamó la señora Pross— ser recibida así por un hermano a quien siempre he querido tanto!

—¡Qué diablos! —replicó Salomón abrazando a su hermana—. Vamos... ¿estás contenta ahora?

La señora Pross movió la cabeza y continuó llorando.

—Si crees haberme sorprendido hace un momento, te equivocas —dijo el hermano—; sabía que estabas en París, conozco a casi todos los habitantes de esta ciudad, y si no tienes intención de causar mi muerte, como estoy tentado a creer, sigue tu camino, ocúpate en tus negocios y déjame que yo me ocupe en los míos. No puedo perder tiempo, soy empleado público.

—¡Mi propio hermano —exclamó la señora Pross alzando al cielo los ojos llenos de lágrimas—, Salomón, el que podía prestar los servicios más eminentes a su patria natal, admitir empleos en un pueblo extranjero! ¡Y qué pueblo!... Prefiriría verle sin aliento...

—No me equivocaba —dijo Salomón interrumpiéndola; quieres mi muerte; vas a hacerme sospechoso en el momento en que principiaba a prosperar.

—¡El cielo aleje de mí tal pensamiento! —dijo la señora Pross—. Prefiriera no volverte a ver en toda mi vida, querido Salomón, y Dios sabe cuánta sería mi pena. Respóndeme una sola vez con cariño; dime que no estás enojado y me alejo en seguida.

¡Excelente mujer! ¡Como si hubiera mercedido el

desdén de su hermano! ¡Como si no supiera que un día —habían pasado ya algunos años— el perillán había abandonado a su hermana después de gastarle todo el dinero que tenía! Sin embargo, Salomón concedió la palabra cariñosa que le pedía su hermana, y acababa de pronunciarla con el aire de protección y condescendencia que hubiera tomado a haberse cambiado los papeles, cosa muy común en este mundo, cuando Ferry le tocó en el hombro y le dirigió esta pregunta imprevista:

—¿Puedo preguntaros si os llaman John Salomón o bien Salomón John?

El funcionario se volvió con presteza y miró al inglés con desconfianza.

—Hablemos con franqueza, señor mío —continuó Ferry—. Ella os llama Salomón, y debe saber lo que se dice porque sois su hermano; pero yo os conozco con el nombre de John: ¿cuál de los dos precede al otro? En cuanto al apellido Pross, me consta que ni siquiera en Londres lo usábais.

—No os entiendo; ¿qué queréis decir?

—¿No me entendéis, eh? Pues lo confesaríais inmediatamente si pudiera acordarme del nombre con que os conocían en Inglaterra.

—¿Y qué nombre es ese? —preguntó John en tono de burla.

—Era un nombre de dos sílabas.

—¿No sabéis nada más?

—Y el de vuestro compañero sólo tenía una sílaba. Os conozco; servíais de espía y de testigo falso en el tribunal. En nombre del espíritu de la mentira, vuestro padre, ¿cómo diablos os llamaban entonces?

—Barsad —dijo un individuo acercándose al grupo.

—¡Barsad, sí, sí; Barsad! —exclamó Ferry—. Ése es el nombre que buscaba.

El individuo que lo había pronunciado era el señor Cartone. Estaba al lado de Ferry con las manos debajo del gabán y cruzadas en la espalda, con tanta indolencia como en otro tiempo en Old-Baley.

—No os asustéis, señora Pross; llegué ayer tarde

con gran sorpresa del señor Lorry, y convinimos que no me presentaría en parte alguna, á no ser en caso indispensable. Si me he acercado ahora a saludaros es porque necesito hablar con vuestro hermano. Siento, señora Pross, que no tenga otro empleo que el de *carnero* de los presos.

Se designaba así, y el apodo se ha perpetuado, a los individuos encargados en aquella época del espionaje de las cárceles. John Barsad se puso pálido como un cadáver y balbuceó:

—¿Cómo... os atrevéis?..

—No os acaloréis, buena pieza —dijo Cartone—. Éstaba mirando hace una hora las paredes de la Conserjería en el momento en que salíais de la cárcel, y por una casualidad pasasteis por mi lado. Cuando he visto una cara una vez, ya no se me despinta, y la vuestra es muy notable para que pueda borrarse de la memoria. Habiendo entrado en curiosidad, quise saber de qué clase eran vuestras relaciones con las cárceles francesas, y os seguí hasta la taberna. Allí me senté detrás de vos, y pude deducir de vuestras palabras y de los elogios que os hacían cuál era la categoría de vuestro empleo. Este descubrimiento ha convertido paulatinamente una idea vaga que había concebido en un proyecto en toda regla, señor Barsad.

—¿Qué proyecto? —preguntó el espía.

—Sería peligroso explicároslo aquí. ¿Me haréis el favor de acompañarme hasta un sitio seguro, a casa de Tellstone, por ejemplo?

—¿Con amenaza de...?

—¿Quién os habla de amenaza?

—¿Por qué he de ir si nada me obliga?

—No sé si podéis negaros.

—Sabéis mucho más de lo que decís —repuso el espía con inquietud.

—Tenéis talento y penetración, señor Barsad; sé, en efecto, muchas cosas.

La indolencia de Cartone le servía poderosamente en esta circunstancia, tomados en consideración el



designio que abrigaba y el hombre con quien tenía que tratar. Lo conoció y no dejó de aprovecharse.

—No en vano temía que me pondrías en un conflicto —dijo el espía mirando a su hermana—; si esto para en mal, tú habrás sido la causa.

—Señor Barsad —repuso Cartone—, no seáis ingrato; a no ser por el respeto que me merece vuestra hermana, os hubiera tratado con menos miramientos y sabríais ya la proposición que tengo que haceros. ¿Venís a casa de Tellson?

—Sí; deseo saber lo que tenéis que decirme.

—Acompañemos primero a la señora Pross a su casa. Señora Pross, aceptad mi brazo; sería peligroso dejaros volver sola, porque como FERRY conoce a Barsad, importa que venga conmigo.

La señora Pross recordó hasta el último día de la vida que en el momento de apoyarse en el brazo que se le ofrecía y de mirar al señor Cartone implorándole por el indigno Salomón, vió en los ojos, cuya mirada buscaba, una firmeza y un entusiasmo que desmentían la indolencia habitual del abogado y le transformaban completamente; pero estaba entonces muy ocupada en su hermano para detenerse en hacer esta observación.

Cuando llegaron a la casa del doctor, se separaron de la señora Pross los tres individuos que la acompañaban, y se dirigieron al palacio que habitaba Tellson y que se hallaba a corta distancia. El señor Lorry acababa de levantarse de la mesa y miraba la llama clara y viva que chisporroteaba en la chimenea. Tal vez buscaba en sus lenguas de fuego el retrato de aquel agente de Tellson, que en otro tiempo se había sentado delante del hogar de la fonda del Real Jorge. Volvió la cabeza cuando abrieron la puerta y manifestó alguna sorpresa al ver a un extraño.

—El hermano de la señora Pross, John Barsad —dijo Cartone.

—¿Barsad! —repitió el anciano—. ¿Barsad! Recuerdo vagamente haber oído ese nombre, y no me son desconocidas las facciones de este caballero.

—No en vano os decía que teníais una cara que no

se olvida fácilmente —repuso con indiferencia Cartone—. Sentaos, John Barsad.

Y dándole una silla, añadió con ademán severo:

—Figuró como testigo en el proceso de alta traición.

El señor Lorry se acordó inmediatamente y miró al falso testigo con una repugnancia que no disimuló.

—La señora Pross ha encontrado en el señor Barsad al hermano de quien le habéis oído hablar con tanto cariño, y él ha reconocido el parentesco —dijo Cartone—. Pero hablemos de negocios más tristes: Darnay está otra vez preso.

—¡Qué decis! —exclamó el anciano lleno de consternación—. Apenas hace dos horas que me he separado de él y estaba libre sin la menor inquietud...

—Pues está preso. ¿A qué hora han ido a prenderle, Barsad.

—Tal vez no ha llegado aún a la cárcel.

—John Barsad es sobre este punto una excelente autoridad —dijo Sydney—, pues por él he sabido la noticia que comunicaba a uno de sus amigos con quien bebía una botella. “He dejado —decía— los cuatro hombres encargados de prenderle en la puerta de la casa que habita y les he visto entrar.” Ya veis que la noticia es auténtica.

La mirada práctica del señor Lorry vió en el rostro de Sydney que era inútil insistir sobre este punto y que la prisión era indudable. Conmovido con tan inesperada nueva, pero conociendo que tenía necesidad de toda su sangre fría, el excelente anciano dominó su agitación y prestó oído atento a las palabras de Sydney.

—Espero —repuso éste— que el nombre y la influencia del doctor producirán mañana... ¿No habéis dicho que mañana se sentenciaría al preso, señor Barsad?

—Lo supongo.

—Espero que la influencia del doctor Manette producirá mañana el mismo efecto que hoy; pero es posible que suceda todo lo contrario, y hasta me inquieta el pensar que no hayan avisado al doctor.

—Es probable que nada sabría —dijo el señor Lorry—, pues a no ser así...

—Eso es precisamente lo que me alarma; no comprendo por qué no le han dado parte de un negocio que le interesa tan personalmente.

—Es verdad —dijo el anciano llevándose la mano trémula a la barba y mirando con ansiedad a Cartone.

—En una palabra, hemos llegado a una época en que sólo puede ganarse el juego haciendo esfuerzos desesperados —dijo Sydney—. Dejemos al doctor las cartas mejores y me reservo toda la parte perdida. La vida es tan insegura que ya no tiene valor alguno. Esta noche os llevan en triunfo y mañana os condenan a muerte, y perderéis el dinero un momento después de entregarlo por vuestro rescate. Mi puesta en juego es la existencia de un amigo, y John Barsad es el adversario que me propongo ganar.

—Necesitáis muchos tantos para ganar la partida—replicó el espía.

—Juguemos, pues. Ya sabéis las cartas que tengo en la mano. Pero antes de principiar la partida, quisiera, señor Lorry, que me dierais con qué remojar la garganta, y que sea un licor fuerte... Ya sabéis que soy un gran bebedor.

Le presentaron aguardiente, bebió un vaso, después otro, y alejó la botella con ademán pensativo.

—Señor Barsad —añadió como si verdaderamente tuviera cartas en la mano—, *carnero* entre los presos, emisario de los comités de la República, hoy carcelero, mañana preso, delator siempre y tanto más apreciado como espía en cuanto un inglés tiene menos probabilidades de ser seducido por quien se interesase en compraros: a pesar de circunstancias tan ventajosas habéis ocultado vuestro nombre a los que os ocupan. ¿Qué os parece de esta carta? Barsad, hoy al servicio de la República francesa, era en otro tiempo el alma condenada del gobierno aristocrático de Inglaterra, enemigo de la Francia y de la libertad. ¿No es excelente esta carta? Por lo cual es fácil probar, como dos y dos son cuatro, a los custodios vigilantes de la nación, que dicho John Barsad, pagado aún por el Gobierno inglés, es un es-

pía de Pitt, traidor a la República francesa y el agente de todos los males de que se habla sin saber la causa. Este triunfo no se mata con ninguna baza. ¿Habéis visto bien mi juego, señor Barsad?

—¿Qué intentáis? — preguntó el espía con inquietud.

—Vais a verlo —respondió Sydney—. He jugado el as: denuncia de John Barsad al comité más inmediato. ¿Qué cartas tiráis? Examinad vuestro juego, señor Barsad.

Llenó el tercer vaso de aguardiente y lo apuró de un trago. El espía tuvo miedo de que se embriagara y fuera inmediatamente a denunciarle. Cartone lo advirtió, y llenándose otro vaso dijo después de beberlo:

—Mirad vuestras cartas, señor Barsad; pero no os deis prisa sobre todo.

El juego que tenía Barsad era muy pobre, más pobre de lo que se imaginaba Cartone, el cual no veía las cartas falsas de su adversario. Destituído del honorífico cargo que desempeñaba en Londres por haber sufrido muchos percances en materia de falsos testimonios, había pasado el Estrecho para entrar al servicio de Francia. Empleado al principio por sus compatriotas, había llegado a ser gradualmente espía y agente provocador de los franceses. Se acordaba de que el Gobierno caído le había agregado al barrio de San Antonio y le había enviado a la taberna de los Defarge, que la policía le había proporcionado datos sobre el doctor Manette para que pudiera granjearse el aprecio del tabernero y de su mujer, que había tratado de hacer hablar a la señora Defarge y que había fracasado en su empresa. Se estremecía al recordar que aquella mujer implacable no había cesado de hacer calceta en su presencia mientras le miraba con expresión siniestra, porque posteriormente la había visto muchas veces sacar su faja de punto de media en la sección de San Antonio y leer en sus dibujos la acusación de individuos entregados a la guillotina. Sabía, como todos los de su calaña, que era imposible la fuga, que estaba enlazada al cadalso, y que, a pesar de su adhesión al nue-

vo régimen, bastaría una sola palabra para hacer rodar su cabeza. Una vez denunciado, veía a la señora Defarge, cuyo carácter conocía, desplegar su fatal registro y descargarle el último golpe. Todos los espías se asustan fácilmente; pero es preciso confesar que había en las cartas de Barsad una aglomeración muy siniestra de puntos de un mismo palo para motivar el terror del que las jugaba.

—Me parece que no estáis muy contento de vuestro juego —repuso Sydney con calma.

—Caballero —dijo el espía volviéndose al señor Lorry con expresión vil y rastrera—, apelo a vuestra edad y a vuestro carácter generoso para suplicaros que preguntéis a este joven, que estoy seguro de que os escuchará, si cree poder jugar el as de que me hablaba hace un momento. Confieso que soy un espía, y convengo en que es un empleo poco honorífico —sin embargo, alguno lo ha de desempeñar—; pero este caballero tiene sobrado honor para dedicarse a semejante oficio.

—John Barsad —dijo Cartone, que se encargó de la respuesta y sacó el reloj—, voy a jugar el as dentro de cinco minutos y lo haré sin escrúpulo.

—Hubiera esperado, señores —repuso Barsad esforzándose en atraer al señor Lorry a la discusión—, que por consideración a mi hermana...

—Creo que de ningún modo puedo demostrarle mejor el interés que me inspira que librándola de su hermano —dijo Sydney interrumpiéndole.

—No pensáis lo que decís, caballero.

—Estoy resuelto.

El espía, cuya humildad formaba un vivo contraste con el traje que llevaba y sin duda con sus maneras habituales, quedó tan desconcertado al ver la formalidad de su adversario, que balbuceó dos o tres palabras ininteligibles y no terminó la frase.

—Encuentro una carta que no había visto aún —dijo Sydney después de un instante de silencio—: ¿quién era ese *carnero* que se alababa de pacer en las provincias y que bebía con vos en la taberna?

—Un francés que no conocéis —respondió Barsad.

—¿Francés? —repitió Cartone con ademán pensativo.

—Lo afirmo; fuera de que eso no tiene importancia.

—Probablemente —continuó Sydney sin cesar de meditar—; sin embargo, yo conozco aquella cara.

—No lo creo; estoy seguro de lo contrario; no puede ser —se apresuró a decir el espía.

—¿No puede ser? —murmuró Cartone—. Habla bien el francés, pero tiene acento.

—No es de París.

—Es un extranjero —gritó Cartone dando un golpe sobre la mesa—; es Cly; ahora lo recuerdo; estaba con vos en Old-Bailey.

—No os precipitéis caballero —dijo Barsad con una sonrisa que aumentó la oblicuidad de su nariz aguilena—; acabáis de incurrir en un renuncio.

—Pues no paso.

—Os enseñaré el triunfo. Mi antiguo compañero Roger Cly murió hace doce o quince años, y fué enterrado en Londres en el cementerio de San Pancracio de los Campos. Recibí su postrer suspiro, y le hubiera acompañado a su última morada a no ser por cierto motín que movió el populacho con motivo de sus funerales, pero yo mismo le deposité en el ataúd.

El señor Lorry vió desde el sitio donde se hallaba dibujarse una sombra fantástica en la pared, y buscando quién podía causarla, descubrió que procedía de los cabellos de Ferry Cruncher, que se habían erizado instantáneamente.

—Permitid que os dé una prueba de mis palabras —continuó el espía—. Puedo demostraros el error en que estáis presentándoos la certificación del entierro de Roger Cly, documento que por casualidad llevo en mi cartera. Miradlo; dignaos leerlo, porque está en regla y debidamente legalizado.

El señor Lorry vió crecer la sombra de la pared y aparecer a Cruncher, que se acercó sin ser visto por Barsad, y dijo dando un golpe en el hombro al espía:

—¿Sois vos, señor mío, el que puso en el ataúd a Roger Cly?

—Sí, yo.

—¿Podéis decirme —añadió con ademán sombrío— quién lo sacó?

—¿Qué queréis decir? —balbuceó Barsad sentándose y poniéndose pálido como un cadáver.

—Que Roger Cly no ha estado nunca en huesa —respondió Cruncher con voz lúgubre—. Que me ahorquen si miento.

El espía miró a Cartone y a Lorry, quienes por su parte miraban a Cruncher con creciente sorpresa.

—Lo que pusisteis en el ataúd no era un cadáver, sino piedras y tierra.

—¿Cómo lo sabéis?

—No os importa —murmuró Cruncher—. Hace mucho tiempo que os guardo rencor por esa mala pasada. ¡Pues qué! ¿Así se engaña a un honrado comerciante? Os ahogaría con gusto por media guinea.

Sydney Cartone y el anciano, asombrados con este incidente, suplicaron a Cruncher que se explicase.

—En otra ocasión será —respondió Ferry con tono evasivo—; la época en que nos hallamos no es la mejor para explicaciones. Digo únicamente que Roger Cly no estaba en el ataúd donde este hombre pretende haberlo depositado. Que se atreva a sostener lo contrario aunque no sea más que con un ademán, y le ahogo por media guinea.

Ferry Cruncher creía seguramente hacer una oferta generosa.

—Esto prueba una cosa —repuso Synded—: que mi carta es buena. Señor Barsad, en medio de las sospechas que llenan la atmósfera, os podéis dar por muerto si demuestro que estáis aquí en relaciones con otro agente de Pitt antiguo compañero vuestro, que para engañar mejor a sus enemigos se hace pasar por difunto y por enterrado. Acusación de conspiración contra la República; es una excelente carta, una carta de guillotina. ¿No jugáis, señor Barsad?

—No, renuncio a la partida. Nuestro empleo es tan

mal visto del populacho, que por poco me arrojó al agua la canalla en el momento de embarcarme para Francia, y al pobre Cly le hubiera sido imposible partir a no haber concebido la excelente idea de hacerse pasar por muerto. Pero lo que es para mí un enigma que no acierto a comprender, es que este hombre haya podido descubrir el fraude.

Ferry Cruncher no pudo menos de dar una prueba de su liberalidad ofreciéndose a estrangular al espía por cinco chelines. Este se volvió, y dijo con aire más resuelto dirigiéndose a Cartone:

—No puedo perder tiempo; estoy de servicio, y es forzoso que me aleje. Si tenéis que hacerme alguna proposición, hablad pronto. No me exijáis nada que tenga relación con mi empleo, porque me expondríais a una muerte segura, y preferiría negarme rotundamente a engañar a mis superiores. Habláis de rasgos de desesperación, y creo que todos seguimos un juego desesperado. Pensadlo bien, porque yo también puedo denunciaros, jurar lo que quisiera y perderos inmediatamente. ¿Qué tenéis que pedirme?

—Un servicio insignificante. ¿Sois carcelero en la Conserjería?

—Ya os he dicho que una evasión es imposible —dijo Barsad con firmeza.

—¿Quién os habla de evasión? ¿Sois carcelero en la Conserjería?

—Algunas veces.

—¿Podéis serlo cuando queréis?

—Entro en la cárcel.

Sydney llenó el vaso y lo vació lentamente en la chimenea. Cuando cayó la última gota, se levantó y dijo a Barsad:

—Os he hecho venir aquí porque importa que tuviese testigos del valor de mis cartas. Pasemos ahora a aquel aposento. No necesitamos luz. Allí os diré lo que exijo de vos.



## CAPITULO IX

¡QUE SE LEAN!

**M**IENTRAS Sydney Cartone y Barsad estaban en el aposento inmediato, donde hablaban tan bajo que ni siquiera se oía el murmullo de sus voces, el señor Lorry miró al tío Cruncher con manifiesto descontento. El aspecto del honrado comerciante no era, en efecto, el más propio para inspirar confianza; apoyado, ya sobre un pie, ya sobre otro, y cambiando continuamente de actitud, examinaba sus uñas con sospechosa atención, y cuando tropezó con la mirada de su amo, se apoderó de él aquella tos especial que le obliga a ponerse el hueco de la mano delante de la boca y que no indica jamás un carácter lleno de franqueza.

—Acercaos, Ferry —dijo el anciano.

Nuestro hombre avanzó oblicuamente.

—¿En qué os ocupábais antes de ofrecer al servicio del público en la puerta de la casa de Tellson?

Después de algunos instantes de reflexión, Ferry tuvo una idea luminosa.

—Era labrador —respondió.

—Tengo motivos para suponer —dijo el anciano, agitando el dedo índice con ademán severo— que os habéis valido del apoyo de la casa de Tellson para encubrir un oficio ilegal e infamante. Si es cierto lo que pienso, no esperéis que continúe mis relaciones con vos cuando estemos en Inglaterra, ni siquiera que guarde el secreto. No se dirá que se ha abusado del nombre de Tellson.

—Señor —dijo Cruncher con voz contrita—, permitid que espere que un caballero, cuyas órdenes he tenido el honor de cumplir durante tantos años, lo pensará dos veces antes de perjudicar a un pobre hombre que ha encanecido en su servicio. Aun cuando fuera

cierto, no quiero decir que lo sea, pero suponiendo que lo fuese, no sería toda la culpa mía, pues por no hablar de algunos médicos que embolsan guineas en un negocio en que un pobre hombre sólo recoge ochavos, también son culpables los conductores de los coches fúnebres y los enterradores, gente atrevida que maneja en el negocio; y os aseguro que el pobre hombre no se ganaría la vida, ni aun suponiendo que fuese cierto lo que decís. Lo poco que ha ganado no le ha servido, por otra parte, de mucho; está muy lejos de ser rico, y con gusto abandonaría este tráfico si pudiera ganarse el pan de otro modo, suponiendo que fuese cierto lo que pensáis.

—¡Basta... basta! Me causáis repugnancia —dijo el señor Lorry, que, sin embargo, principiaba a compadecerle.

—Señor, os suplico humildemente que, aun cuando fuera cierto, y no digo que lo sea...

—No quiero tantos rodeos —dijo el anciano.

—No, señor, no —repuso Cruncher—; no más rodeos; quiero deciros únicamente que no se ven las cosas espantosas que suceden en esta ciudad respecto a los cadáveres decapitados, sin hacer serias reflexiones. Y os suplico que recordéis, señor Lorry, que si he descubierto el hecho en cuestión es para servir la buena causa, porque hubiera podido callar y no incurrir en vuestro desagrado.

—Eso es cierto —dijo el anciano—; doblemos la hoja y no hablemos más del asunto. Es posible que os conserve en mi servicio si vuestro arrepentimiento se manifiesta, no con palabras, sino con obras.

Cruncher saludaba a su amo, golpeándose la frente con el dorso de la mano cuando salían Sydney Carton y el espía del aposento inmediato.

—Adiós, señor Barsad; quedamos acordes y nada debéis temer —dijo Carton.

Y tomando una silla se sentó al lado del anciano, que tan pronto como estuvieron solos, le preguntó:

—¿Qué habéis conseguido?

—Poca cosa —respondió Carton—; si es sentencia.

do a muerte me introduciré en el calabozo de Darnay.

El rostro del señor Lorry expresó su descontento.

—Es todo lo que he podido conseguir —repuso Cartone—; exigir más hubiera sido poner la cabeza de ese hombre bajo el filo de la guillotina. ¿Qué podía suceder si le hubiese denunciado? Perder toda la ventaja de la situación.

—Pero si es sentenciado a muerte —dijo el anciano— no le salvará el que entréis en su calabozo.

—No he dicho yo lo contrario.

Los ojos del señor Lorry se fijaron en la chimenea. El cariño que sentía por Lucía y lo imprevisto de aquel golpe tan terrible debilitaron su valor; era ya un anciano abatido por la inquietud, y vertió lágrimas amargas.

—Sois un hombre excelente, un verdadero amigo —dijo Sydney con voz conmovida—. Perdonad si sorprendo vuestro dolor, pero no podría permanecer insensible ante las lágrimas de mi padre, y vuestra aflicción me es tan sagrada como me hubiera sido la suya. Afortunadamente, no tenéis el disgusto de llamarme hijo vuestro.

Aunque pronunció estas palabras con aparente indiferencia, había en su voz una expresión de respeto y sentimiento a la cual no estaba preparado el señor Lorry, que nunca le había oído hablar con tanta formalidad.

—Pero volvamos a ese pobre Darnay —repuso Cartone estrechando con emoción la mano que le alargaba el anciano—; sobre todo no habléis a su mujer de la entrevista que me han prometido. Como el arreglo que hemos hecho entre Barsad y yo no permitiría que ella pudiera ver al reo, es inútil, por lo tanto, hablarle de este asunto; se figuraría que he pedido esta entrevista para proporcionar a su marido algún medio de suicidio.

El anciano miró a Sydney para adivinar si verdaderamente abrigaba semejante designio.

—Se imaginaría una infinidad de cosas —prosiguió Cartone, que había comprendido la mirada del banque-

ro—, y esto sólo contribuiría a aumentar su inquietud. No le habléis de mí, y como os he dicho antes, es preferible que no la vea. ¿Vais a su casa? ¡Qué desconsolada estará!

—Voy al momento.

—Me alegro; ¡os quiere tanto! ¿Está muy cambiada?

—Su tristeza es profunda; pero está tan hermosa como siempre.

—¡Ah!

La exclamación de Cartone fué un sonido prolongado, triste como un suspiro, casi como un sollozo. Sorprendido el señor Lorry al ver el dolor comprimido que revelaba esta exclamación, se volvió hacia Cartone, que tenía el rostro inclinado sobre la chimenea. Una sombra o un rayo (el anciano no podía asegurar si era una de estas dos cosas) pasó por su frente con tanta rapidez como la luz en la cima de un monte cuando asoma el sol entre las nubes, y rechazó con el pie uno de los tizones encendidos que había caído hacia fuera. Cartone llevaba un sobretodo de paño blanco y las botas de campana, que estaban entonces en boga; y la llama, al reflejarse en su traje, aumentó su palidez. El señor Lorry le advirtió con viveza que el pie, que continuaba apoyado en el tizón, estaba en medio de las ascuas.

—No lo había advertido —dijo.

El tono con que pronunció estas palabras le atrajo nuevamente la mirada del anciano que, al ver sus facciones marchitas, pensó sin quererlo en el rostro demudado de los presos.

—Así, pues —dijo Cartone volviéndose hacia el anciano—, ¿muy pronto partiréis de París?

—Sí; como os decía ayer noche cuando entró Lucía, nada me detiene ya en esta ciudad; tengo los pasaportes arreglados, y estoy pronto a partir.

Reinó un intervalo de silencio.

—Tenéis una larga carrera de la que podéis acordaros —repuso Cartone con ademán pensativo.

—Muy larga, en efecto: tengo setenta y ocho años.

—Siempre habéis sido útil, habéis estado constantemente ocupado, y poseéis la confianza, el aprecio de todos.

—Estoy en casa de Tellson desde que tuve uso de razón; casi era un niño cuando principié a trabajar.

—¡Qué puesto ocupáis aún en los negocios! ¡Cuántas personas os llorarán! ¡Qué vacío tan grande dejaréis en el mundo!

—¡Un viejo solterón! —dijo el señor Lorry moviendo la cabeza—. ¿Quién podrá llorar mi muerte?

—¡Oh, señor Lorry... os llorará ella; tendréis sus lágrimas y las de su hija.

—Es cierto; no sabía lo que me decía.

—Y eso me parece que vale la pena para que se den gracias a Dios.

—Sí, sí; también me lo parece a mí.

—Pero si en el fondo de vuestro corazón solitario os dijeseis esta noche: “No me he atraído la gratitud y el aprecio de nadie en el mundo, no he merecido ningún cariño, no he hecho nada bueno ni útil de que puedan acordarse”, ¿no os pesarían vuestros setenta y ocho años como otras tantas maldiciones?

—Es indudable.

Cartone miró los tizones y permaneció silencioso.

—Quisiera haceros una pregunta —dijo después de una pausa bastante larga—. ¿Os parece muy lejana vuestra infancia? ¿Os parece que es una época muy remota la edad en que estabais sobre el regazo de vuestra madre?

—Me lo parecía veinte años atrás, pero no ahora; cuanto más me acerco al fin, más próximo estoy al principio. Esta es una de las cosas que a mi edad hacen más fácil y suave el camino; mi corazón se conmueve con una multitud de recuerdos que en otro tiempo dormían; evoco en mi memoria el hermoso rostro de mi madre, que tan vieja sería ahora; la veo en su juventud, y por medio de las ideas que despierta, me encuentro en los días en que las realidades de lo que llaman mundo no existían para mí.

—Comprendo lo que experimentáis —dijo Cartone

con entusiasmo—. Y eso os alienta y consuela, ¿no es cierto?

—Sí.

Cartone se levantó para ayudar al anciano a ponerse el abrigo.

—Pero vos —le dijo el banquero continuando la conversación—, voís sois joven.

—Sí; pero la senda que he seguido no conduce a la vejez. Mas, ¿por qué hemos de ocuparnos de mi persona?

—¿Y de la mía? —dijo el anciano—. ¿Venís conmigo hasta la puerta?

—Sí; he de salir. Si volviera tarde, no paséis cuidado; ya sabéis mis hábitos. ¿Iréis al tribunal?

—Desgraciadamente debo ir.

—Estaré allí confundido entre la multitud. Aceptad mi brazo.

Algunos minutos después el anciano llegó a la puerta de la casa del doctor.

Cartone se despidió; pero después de recorrer algunas calles inmediatas, volvió a la puerta de Lucía y la tocó con mano respetuosa.

—De aquí salía todos los días para dirigirse a la cárcel —dijo—; tomaba esa calle y después aquélla. Ha andado sobre estas piedras; sigamos la huella de sus pasos.

Eran las diez cuando llegó al extremo de la calle tortuosa adonde Lucía había ido tantas veces. El serrador había cerrado su barraca y fumaba delante de la puerta.

—Buenas noches, ciudadano —le dijo el inglés parándose, porque el hombrecillo le examinaba con atención.

—Buenas noches, ciudadano.

—¿Cómo va la República?

—Querrás decir la guillotina; ¿no va mal: sesenta y tres cabezas hoy, y muy pronto llegaremos al centenar. El verdugo y sus ayudantes se quejan de cansancio.

El hombrecillo prorrumpió en una carcajada estúpida y añadió:

— ¡Qué picaruelo es Sansón... y qué buen barbero!

— ¿Vais alguna vez a verle?...

— ¿A verle trabajar? Todos los días. ¿No le habéis visto trabajar nunca?

— Nunca.

— Creedme; no dejéis de ir, y escoged una buena hornada. Figuraos, ciudadano, que hoy ha afeitado sesenta y tres cabezas en dos pipas, en menos de dos pipas, ciudadano, palabra de honor.

El hombrecillo le enseñó al decir esto la pipa llena de tabaco para explicar el modo con que media el tiempo. Cartone experimentó tan vivo deseo de estrangularle, que se volvió para alejarse.

— No sois inglés aunque llevéis el traje de tal — dijo el serrador.

— ¿Por qué lo decís? — respondió Cartone parándose.

— Porque habláis como un francés.

— He hecho mis estudios en París.

— Cualquiera diría que habéis nacido en Francia. ¡Buenas noches!

— Buenas noches, ciudadano.

— No dejéis de ir a ver a ese diablo de Sansón — dijo el serrador —, y sobre todo llevaos una pipa.

Quando Sydney perdió de vista al patriota, se paró debajo de un reverberc y escribió dos líneas con lápiz sobre un pedazo de papel. Andando después con la firmeza de una persona que sabe el camino, atravesó varias calles negras y tanto más sucias cuanto en aquellos días de terror ni aun se barrían las principales, y se paró delante de una tienda de farmacéutico, cuyas puertas cerraba éste lentamente. Era una botica pequeña, oscura, llena de botes viejos, y el que la dirigía era un hombre bajo, flaco y cojo. Cartone después de saludar al farmacéutico, que había vuelto a entrar en la tienda, le presentó el pedazo de papel. El boticario leyó la nota en voz baja, y dijo:

— ¿Es para vos, ciudadano?!

—Para mí.

—Los guardaréis aparte, ciudadano. ¿Sabéis lo que resultaría de esta mezcla?

—Lo sé muy bien.

El farmacéutico hizo varios papeles, y Cartone se los colocó uno por uno en el bolsillo más interior de su traje; pagó lo que debía y salió de la botica.

—Nada más tengo que hacer hasta mañana —dijo mirando las nubes que el viento empujaba con rapidez—; sin embargo, me sería imposible dormir.

En el acento con que pronunció estas palabras no se revelaba la indiferencia ni el reto, sino el sentimiento de un hombre que, después de extraviarse, ha buscado por mucho tiempo su camino, y abrumado de cansancio, encuentra la senda que hubiera debido tomar y ve su término. Era aún casi un niño en la época en que daba tantas esperanzas por su talento, cuando siguió el féretro de su padre (su madre había muerto algunos años antes); y mientras recorría algunas calles oscuras donde la luna, rasgando las nubes, aparecía a intervalos, acudían a su memoria las palabras solemnes que había leído en el cementerio:

“Yo soy la resurrección y la vida —dice el Señor—, el que cree en mí vivirá aunque haya muerto, y el que vive en mí, está seguro de vivir eternamente.”

Solo, en medio de aquella noche de invierno, en una ciudad dominada por el cadalso, pensando con dolor en las sesenta y tres cabezas que habían caído aquel día, y acordándose de los presos a quienes esperaba igual suerte, Cartone hubiera podido descubrir fácilmente la asociación de ideas que traían estas palabras a su memoria como un áncla perdida hacía mucho tiempo en el fondo del mar; pero no la buscó, y no hizo más que repetir las palabras sagradas siguiendo su camino.

Miraba con atención las ventanas de los aposentos, donde sus habitantes iban a encontrar en el sueño el olvido de los horrores del día; se detenía en el atrio de las iglesias, donde nadie oraba ya; pensaba en los sitios consagrados al eterno descanso, como lo



decía la inscripción puesta en las verjas de los cementerios, y pensaba en las cárceles, llenas de víctimas; en el camino que seguían los reos para dirigirse al suplicio. Y tomando un verdadero interés por la vida que dormitaba en la sombra, cruzó el río y llegó a las calles mejor alumbradas.

Encontró allí pocos carruajes. El que hubiese salido en coche hubiera pasado por sospechoso, y las personas distinguidas, ocultando su cabeza bajo el gorro republicano, calzaban zapatos rústicos y andaban por el lodo.

Pero los teatros eran muy frecuentados, y la multitud que salía de ellos se deslizó alegremente junto a Cartone, y se dividió después en pequeños grupos, que se dirigieron luego en animada conversación a sus casas.

Pasó la noche. Mientras Cartone, apoyado en el pretil de un puente, escuchaba cómo azotaba el Sena en los murallones de la Cité y miraba el conjunto pintoresco del antiguo París alumbrado por la luna, el día asomó fríamente como una faz muerta que salía del cielo; las estrellas y las tinieblas palidecieron y se borraron, y durante algunos momentos la creación pareció dominada por la muerte. Pero el sol, asomando con toda su gloria, repitió aquellas palabras de vida que resonaron en cada uno de sus rayos. Cartone las sintió vibrar en su corazón, y contempló con respetuosa mirada el arco luminoso que entre él y el sol se desplegaba y bajo el cual centelleaba el río. La corriente rápida y profunda se le apareció al través del aire tranquilo de la mañana como una amiga cuya esencia era igual a la suya. Se acercó al río, y tendiéndose sobre la orilla, se durmió a la claridad del día.

Al despertar se paseó junto al agua durante algunos momentos, y mirando una onda que daba vueltas sin objeto, dijo cuando el río se apoderó de ella y la arrastó para lanzarla al mar:

— ¡Es como yo!

Y del fondo de su corazón brotó una súplica para implorar a Dios que tuviese piedad de él.

El anciano había salido ya cuando Sydney entró en su casa. Era fácil adivinar adónde había ido aquel amigo excelente. Sydney tomó una taza de café, comió un poco de pan, cambió de traje y se dirigió al tribunal. Reinaba en la sala un gran tumulto cuando el espía hizo penetrar a Cartone en el ángulo más obscuro, confundiéndose entre la multitud. El señor Lorry y el doctor estaban en la primera fila, y Lucía se hallaba al lado de su padre. Cuando entró Darny y la joven dirigió hacia él una mirada tan llena de valor y cariño, que la sangre generosa animó el rostro del acusado y vivificó su corazón. Si alguno hubiera podido observarlo, habría visto que la mirada de la joven ejercía la misma influencia en Cartone que en el preso. Ante aquel tribunal excepcional ninguna forma de procedimiento garantizaba el derecho de defensa.

Todos los ojos estaban fijos en el jurado, formado por los mismos patriotas que lo componían el día anterior y que lo compondrían el día siguiente. Distinguiase, sin embargo, entre sus miembros un hombre de rostro famélico, cuyos dedos vagaban perpetuamente en torno de sus labios y que con su presencia causaba una viva satisfacción a la multitud. Este patriota, sediento de sangre, de mirada salvaje y de ideas mortíferas, era el Juan tercero de la guardilla de San Antonio, y todo el tribunal en masa formaba una trailla de perros elegida para juzgar al gamo. Cada mirada examinó después al acusador y a los cinco jueces. No debía temerse por su parte la menor debilidad, porque se veía en sus rostros una expresión fría y cruel, una gravedad impasible y una marcada tendencia al asesinato legal. Todos los ojos se buscaron en la multitud y se designaron el tribunal con una sonrisa de aprobación, y todas las cabezas se hicieron mutuamente una señal de júbilo antes de inclinarse con atención ante los jueces.

—Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay —grito una voz—, absuelto en la mañana de ayer, acusado nuevamente en el mismo día, preso por la noche, denunciado como enemigo de la República, aristócrata, individuo de una familia de tiranos, de una raza proscrita, por haber empleado sus privilegios en la infame opresión del pueblo, en virtud de cuya proscripción, Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, ha muerto civilmente.

El fiscal pronunció sobre este punto un dictamen lacónico.

—¿El acusado ha sido denunciado abierta o secretamente?

—Abiertamente.

—¿Por quién?

—Por tres individuos.

—¿Sus nombres?

—Ernesto Defarge, tabernero en el barrio de San Antonio.

—Bien.

—Teresa Defarge, su mujer.

—Bien.

—Y Alejandro Manette, doctor en Medicina.

Un tumulto en la sala. Se ve al doctor Manette pálido y temblando de pie en el sitio que ocupa.

—Presidente —exclama—, protesto. La acusación que se me atribuye es una mentira, una abominable calumnia. Sabéis que el acusado es esposo de mi hija, y los seres que ella ama son para mí más preciosos que la vida. ¿Quién es el infame que ha podido decir que denunciaba al que es la alegría de mi hija?

—Cálmate, ciudadano Manette; la falta de sumisión al fallo del tribunal te pondría fuera de la ley. En cuanto a los individuos que son para ti más preciosos que la vida, nada puede ser tampoco más precioso que la República a un buen ciudadano.

Vivas aclamaciones acogen esta reprensión. El presidente agita la campanilla y continúa con entusiasmo:

—Si la República te pidiera tu propia hija, tu deber sería sacrificársela. ¡Oye y calla!

Vuelven a oírse furiosos aplausos; el doctor se sienta abatido con los labios trémulos y mirando en torno suyo; su hija se acerca a él con ternura, y el patriota famélico se frota las manos y se lleva la derecha a los labios.

Llaman a Defarge para declarar, luego que se restablece el silencio, y el tabernero cuenta, brevemente que servía al doctor en la época en que éste fué preso, y explica el estado en que se encontraba el cautivo cuando consiguió la libertad, después de dieciocho años de prisión.

—¿No te distinguiste en la toma de la Bastilla, ciudadano?

—Ya lo creo.

—Peleaste como un valiente, ¿por qué no has de decirlo? —gritó una mujer, cuya voz penetrante se alzó de en medio de la multitud—. Disparaste como un héroe el cañón y fuiste uno de los primeros que entraron en la fortaleza maldita. Patriotas, no digo más que la verdad.

Esta mujer era La Venganza, que, con satisfacción general, interrumpía la audiencia. El presidente la llamó al orden.

—Me burlo de tu campanilla —gritó ella con des-  
caro.

Y ahogaron su voz frenéticos aplausos.

—Informa al tribunal, ciudadano, de lo que hiciste después de penetrar en la Bastilla.

—Sabía —respondió Defarge lanzando una mirada a su mujer, que, desde el balcón adonde se había subido para hablar, tenía los ojos fijos en él—; sabía que el preso en cuestión había ocupado el número 105 de la torre del Norte. En la época en que hacía zapatos en mi guardilla no se daba otro nombre que el número de su calabozo. El día de la batalla, mientras cargaba mi cañón, resolví entrar en la plaza luego que se rindiera y examinar el número 105. Vence el pueblo, entro, subo a la prisión con un amigo que actualmente es miembro del jurado, examino el aposento con cuidado y encuentro detrás de una de las

piedras de la chimenea estos papeles. Conocía la letra del preso y vi que era la misma. Puedo, por lo tanto, afirmaros que estas líneas son escritas del puño y letra del doctor Manette, y os las entrego, presidente, tales como las encontré.

—¡Que se lean! ¡Que se lean! —gritó la multitud.

En medio del más profundo silencio, mientras el acusado miraba a su mujer con ternura, en tanto que Lucía no apartaba sus ojos de su esposo sino para mirar a su padre, en tanto que la señora Defarge clavaba los suyos en el acusado, el tabernero contemplaba a su mujer que triunfaba y todo el auditorio examinaba al doctor, el presidente principió a leer el papel que le había entregado el testigo.

## CAPITULO X

### EL CUERPO DE LA SOMBRA

Yo, Alejandro Manette, doctor en Medicina, natural de Beauvais, residente en París, escribo estas líneas en el calabozo que ocupó en la Bastilla en diciembre de 1767. Lo hago a ratos perdidos y me cuesta gran trabajo llevar adelante mi obra. Tras largos esfuerzos, he separado una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella tengo intención de ocultar esta página. Tal vez alguna mano caritativa las encontrará algún día, cuando no sea más que polvo y mis dolores no serán ya ni un recuerdo.

”A fines del presente mes hará diez años que estoy en esta prisión y he perdido completamente la esperanza. Terribles síntomas me advierten que muy pronto se alterará mi razón; pero juro que en este momento estoy en posesión de toda mi inteligencia, que mis recuerdos son exactos y que estoy pronto a responder ante el Juez eterno de la verdad de las líneas que trato de escribir. Son las últimas que saldrán de mi mano, y las escribo con conciencia, estén o no

destinadas a caer más adelante en manos de los hombres.

"El 22 de diciembre de 1757, una noche oscura, aunque hacía luna, me paseaba por la orilla del río a una gran distancia de mi casa, que estaba situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que venía rápidamente detrás de mí. En el momento de apartarme para dejarle sitio, una persona se asomó a la portezuela, mandó al cochero que parase y me llamó por mi nombre. Me dirigí hacia el carruaje, que los caballos habían llevado a bastante distancia antes que los pudieran detener, y dos caballeros que habían salido de la carroza me esperaban al lado de la portezuela. Iban embozados en anchas capas como si hubieran tenido intención de ocultarse; pero vi que eran de mi misma edad, tal vez más jóvenes, y me parecieron de una excesiva semejanza: la misma estatura, la misma voz y la misma cara.

"—¿Sois el doctor Manette? —me preguntó uno de los dos hermanos.

"—Sí, señor.

"—¿Sois el que habitaba en Beauvais, y que desde su llegada a París se ha adquirido una gran reputación? —dijo el otro.

"—Yo soy esa persona de quien habláis de un modo tan lisonjero —les respondí.

"—Hemos ido a vuestra casa; nos han dicho que probablemente os encontraríamos aquí, y nos hemos apresurado a venir a buscaros. Doctor, dignaos subir al coche.

"Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tono imperioso.

"Los dos hermanos se habían colocado de modo que me era imposible huir; llevaban además armas, y yo no tenía ninguna.

"—Señores —les dije—, perdonad que os diga que acostumbro a preguntar quién me hace el honor de pedir mis servicios y cuál es la clase de enfermedad que necesita mis cuidados.

“--Doctor —me respondieron—, los que os llaman son personas distinguidas, y en cuanto a la enfermedad que reclama vuestro auxilio, cuando veáis al enfermo vuestra ciencia la juzgará mucho mejor que nosotros podríamos explicarla. Pero dejémonos de rodeos: tened la bondad de subir.

“Me vi obligado a ceder y obedecí en silencio. Los dos nobles subieron después, la portezuela se cerró y los caballos partieron a escape. El coche cruzó la barrera y dejó detrás a París. Después de andar unos tres cuartos de hora por la carretera, entró en una calle de árboles y se paró delante de la verja de una casa aislada. Bajamos del coche, y cruzando un jardín inundado por una fuente, cuyas aguas rebosaban, llegamos a la casa.

“Luego que traspuse la verja, oí gritos que salían de un aposento del primer piso. Me hicieron subir la escalera, me introdujeron en este aposento y vi tendido en el lecho un enfermo atacado de fiebre y de delirio. Era una mujer tan hermosa como joven, pues apenas tendría unos veinte años. Sus cabellos estaban despeinados y sus brazos atados con fuerza al cuerpo por medio de una faja de seda y de varios pañuelos de bolsillo, salidos indudablemente del guardarropa de un noble, porque en una de las puntas de la faja se veía bordado un escudo de armas con una corona de marqués.

“Estoy seguro de ello; en el momento de acercarme a la cama, la desgraciada mujer, que se retorció convulsivamente, llegó a coger la punta de la faja con los dientes, y se hubiera ahogado a no haberle quitado la tela de la boca. Entonces vi las armas y la letra E que formaban la marea.

“Después de acostar con tiento a la enferma, de espaldas, apoyé mi mano en su pecho para conservarla en la posición en que la había colocado y le examiné la cara. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y en medio de los gritos penetrantes que salían de sus labios, se distinguían estas palabras que pronunciaba con desesperación:

"—¡Esposo mío! ¡Padre mío! ¡Hermano mío!

"Después contaba hasta doce, articulaba la palabra ¡chist! y tras un instante de silencio volvía a gritar, y repetía las mismas palabras con el mismo orden, igual entonación, los mismos gritos y la misma mirada.

"—¿Hace mucho tiempo que se encuentra en este estado? —pregunté.

"Uno de los dos hermanos, el que llamaré el mayor, porque parecía tener más autoridad, me respondió:

"—Unas veinticuatro horas.

"—¿Tiene marido, padre y hermano?

"—Un hermano.

"—¿Puedo verle?

"—No —respondió el noble con acento de desprecio.

"—¿A qué se refiere el número doce que no cesa de repetir?

"—A la hora que era entonces —dijo el más joven con impaciencia.

"—Ya veis, señores, que tenía razón cuando os pregunté el género de la enfermedad que iba a combatir; estoy desarmado delante del mal. Si hubiera sabido su índole, me habría proporcionado medicamentos. El tiempo urge, y ¿en dónde encontraremos ahora un farmacéutico?

"—Aquí hay drogas —repuso el mayor lanzando una mirada a su hermano.

"Este salió y trajo de un aposento inmediato una caja, que puso sobre la mesa.

"Abrí algunos de los frascos, y después de olerlos, apliqué sus taponés a mis labios. Si hubiera necesitado drogas que no fueran narcóticas, es decir, venenosas, no me habría servido de ninguna de las que habían presentado.

"—¿No os inspiran confianza? —me preguntó el más joven de los dos hermanos.

"—Ya veis, caballero, que voy a hacer uso de ellas.

"Administré a la enferma, no sin muchos trabajos, la dosis que deseaba hacerle tomar, y como era preciso renovar la medicación y observar sus efectos, tomé una silla y me senté cerca de la cama.



"Una humilde criatura (la mujer del criado que nos había abierto la puerta) se hallaba en el aposento y se había retirado luego que entramos. La sala era húmeda y sus muebles ordinarios, y no podía dudarse que la habitaban hacía poco tiempo y de una manera interina.

"A pesar de la poción calmante de que me había valido, continuaba con igual violencia el delirio de la joven, que repetía los mismos gritos y las mismas palabras: "¡Esposo mío! ¡Padre mío! Hermano mío!", seguidas de uno, dos, tres hasta doce y de la palabra ¡chist!, para volver a principiar un momento despues. Lo único que pudo darme alguna esperanza era la influencia que mi mano parecía ejercer en las facciones de la desgraciada; pero nada bastaba a ahogar sus gritos, que se exhalaban con la regularidad de una péndola. Hacía media hora que estaba a su lado sin que se hubiesen alejado los dos hermanos, cuando el mayor me dijo rompiendo el silencio:

"—Hay otro enfermo en la casa.

"—¿Es un caso urgente? —pregunté con sorpresa.

"—Vais a verlo —respondió tomando la luz.

"El otro enfermo estaba en una especie de pajar, encima de una caballeriza. La tercera parte del techo de aquel escondite estaba revocada con cal, y en el resto se veían los maderos y la punta del tejado, y en el suelo, heno, haces de leña y manzanas, que tuve que cruzar para llegar adonde estaba el paciente.

"Yacía en el suelo sobre un lecho de paja y una almohada un aldeano que apenas tendría diecisiete años. Estaba acostado con los dientes convulsivamente apretados, la mano cerrada sobre el pecho y la mirada brillante y dirigida al cielo. Me arrodillé a su lado, y sin saber dónde estaba herido, vi que moría de una herida hecha con un instrumento agudo.

"—Soy médico, pobre amigo mío —le dije—; dejad que os examine.

"—Es inútil —me respondió.

"La herida estaba en el sitio que ocultaba su mano, y logré descubrirla. Era una estocada recibida veinte o

veinticuatro horas antes, y que hubiera sido mortal aun cuando se le hubiesen prestado con tiempo los auxilios del arte.

"Dirigí la mirada hacia el mayor de los hermanos, que contemplaba la agonía de aquel hermoso joven como si se tratara de un pájaro o de una liebre, y le pregunté:

"—¿Cómo ha sido herido?

"—Es un perro, un rústico que ha obligado a mi hermano a defenderse contra él, y ha recibido una estocada como si fuera un caballero.

"El moribundo volvió lentamente los ojos hacia aquel hombre y los fijó en mí.

"—Esos nobles son orgullosos —dijo—; pero nosotros, perros y rústicos, lo somos también algunas veces. Nos roban, nos ultrajan, nos maltratan; pero conservamos nuestro orgullo... ¿La habéis visto, doctor?

"Los gritos de la desgraciada, aunque debilitados por la distancia, llegaban hasta nosotros.

"—Sí —respondí.

"—Es mi hermana... Estos nobles tienen derechos vergonzosos que ejercen hace mucho tiempo; pero hay jóvenes honradas entre nosotros, y las ha habido siempre, como he oído decir a mi padre. Mi hermana era una de ellas. Debía casarse con un joven de valor, de buen corazón, uno de sus vasallos. Todos éramos arrendatarios de ese hombre que está a vuestro lado; el otro es su hermano y es el peor de una mala raza.

"El moribundo articulaba con dificultad las palabras, pero su alma hablaba con terrible energía.

"—Nos había saqueado hasta tal punto ese hombre, como nos sucede a los rústicos y perros, que nos imponía tributos sin piedad y nos obligaba a trabajar por él sin salario, a moler sus trigos en nuestro molino y a alimentar su gallinero con nuestra pobre cosecha, sin poder criar un palomo siquiera para nosotros: nos había saqueado y apurado tanto, que si por casualidad teníamos un pedazo de carne, lo co-

míamos con la puerta y las ventanas cerradas, para que sus satélites no vinieran a quitárnoslo de la boca. Sin embargo —continuó el moribundo—, mi hermana se casó. El hombre que ella amaba estaba entonces enfermo, y se casó para poderle curar, haciéndole venir a nuestra casa, a nuestra madriguera, como diría un noble. Tres meses hacía que estaba casada, cuando la vió el hermano de ese hombre, y se prendió de ella. Pero mi hermana era virtuosa, y tenía a ese hombre un odio tan terrible como el mío.

”El herido clavó su mirada en el que acusaba, y cuyo rostro me confirmó la verdad de las palabras del moribundo. Me parece que les veo aún desde el fondo de esta fortaleza; por una parte el insolente desprecio del noble, y por otra la sed de venganza del desgraciado que pisotean y se levanta.

—”Sabéis —prosiguió el aldeano— que los nobles tienen derecho para uncirnos a un carro y hacérnoslo arrastrar, y el de obligarnos a pasar la noche agitando sus estanques para impedir que las ranas turben su sueño. Estos se aprovecharon de su derecho para enviar al marido al borde de un estanque, desde la noche hasta la mañana, y para uncirle desde la mañana hasta la noche; pero él no cedió..., ¡no! Un día le quitaron el yugo para que fuera a comer, suponiendo que tuviera pan; aquel día sollozó doce veces mientras el reloj daba las doce del día y murió en los brazos de su mujer.

”Como el deseo de publicar los crímenes de sus enemigos era lo único que podía contener su postrer aliento, alejó las sombras de la muerte que se acumulaban sobre su frente y obligó a su mano derecha a cerrar la herida.

—”Entonces —continuó el aldeano— robó el noble a mi hermana sin hacer caso de sus lamentos. Pasó por mi lado, que me encontraba en el camino, y cuando anuncié esta noticia en casa estalló el corazón de mi padre. Nadie sabrá jamás los sinsabores de que estaba lleno. Conduje a mi hermana menor, porque tenía otra, a un sitio donde ese hombre no pudiera des-

cubrirla y donde al menos no será su amo; y corriendo después en persecución de su hermano, entré en esta casa. El rústico, el perro, tenía un arma. ¿Dónde estará mi pobre hermana? me decía. Y me acerqué a una ventana y la llamé. Mi hermana me oyó y vino. Entonces vino también él, y me arrojó el bolsillo, que no recogí. Al ver que lo despreciaba, cogió un látigo; pero, aunque era un rústico, le obligué a sacar la espada. Que la rompa en tantos pedazos como quiera, porque está teñida en mi sangre miserable; pero eso no le hará olvidar que tuvo que desplegar toda su destreza para defender su vida.

—Acababa de descubrir los pedazos de una espada que habían arrojado en el heno y un sable viejo que había pertenecido a algún soldado.

—Levantadme, doctor, levantadme; ¿en dónde está?

—Acaba de salir —respondí, suponiendo que hablaba del raptor.

—¡Ah! Por orgulloso que sea, tiene miedo de un villano. ¿En dónde está el otro? Colocadme enfrente de él.

Levanté la cabeza del moribundo, que apoyé en mi rodilla; pero revestido en el momento supremo de una fuerza sobrehumana, se incorporó con tanta energía, que me obligó a levantarme para sostenerle.

—Marqués —dijo tendiendo la mano derecha y lanzando al noble una mirada vidriosa—, cuando llegue el día en que os pedirán cuenta de vuestros crímenes, os intimo a que comparezcáis ante los jueces vos y los vuestros, hasta el último de vuestra raza, para responder de lo que nos habéis hecho sufrir. Intimo a vuestro hermano, el más perverso de una familia maldita, a que responda separadamente, y haga sobre él una cruz sangrienta para que le designe a los vengadores.

—Mojó la mano en la sangre que brotaba de su herida y trazó una cruz en el aire. Después inclinó la cabeza, y cuando le desprendí de los brazos... era cadáver.

"Encontré a la joven en el mismo estado de fiebre y de delirio, lanzando los mismos gritos y repitiendo con el mismo orden las palabras que profería cuando llegamos. Le hice beber una parte de la poción, y me senté a su lado; pero continuaba repitiendo, en medio de gritos penetrantes: "¡Esposo mío! ¡Padre mío! ¡Hermano mío!" Contaba hasta doce, imponía silencio y volvía a empezar. Hacía treinta y seis horas que la había visto por primera vez; había salido y entrado en el aposento varias veces, y me hallaba a su lado cuando su voz se alteró, sus gritos se debilitaron y sus palabras fueron cada vez más confusas. Hice todo género de esfuerzos para secundar la calma que se apoderaba de ella, y poco tiempo después cayó en un profundo letargo. Esto nos produjo el mismo efecto que cuando el viento y la lluvia cesan de pronto tras una espantosa tempestad. Le desaté los brazos, y llamé a la mujer que velaba conmigo para colocarla en mejor posición y arreglarle el vestido.

"—¿Ha muerto? —preguntó el marqués, esto es, el mayor de los dos hermanos, que entraba con las botas de camino puestas y venía de fuera de casa.

"—No —respondí—; pero es probable que va a morir.

"—Estas gentes del pueblo tienen siete vidas como los gatos —dijo mirando a la enferma con cierta curiosidad.

"—Hay en la desesperación una fuerza prodigiosa —repliqué.

"Estas palabras le hicieron sonreír de pronto, pero después le irritaron. Empujó con el pie una silla hasta donde estaba la mía, mandó a la criada que se retirase, y dijo en voz baja:

"—Viendo a mi hermano apurado con estos villanos, le aconsejé que os llamase. Vuestra reputación principia, sois joven, vais a hacer fortuna, y como es probable que no estéis reñido con vuestros intereses, no hablaréis a nadie de lo que acabáis de ver aquí.

"Escuchaba la respiración de la enferma y no le respondí.

"—¿Queréis prestarme atención, doctor?

"—Caballero —respondí—, todo lo que tiene relación con los enfermos es sagrado para el médico y guarda sobre este punto la discreción más absoluta.

"Evitaba de este modo responder con más franqueza, pues profundamente turbado por lo que acababa de ver y oír, conocía la necesidad de obrar con la mayor reserva. La respiración de la enferma era tan difícil de observar que, embebido en el examen del pulso y de los latidos del corazón, no oía nada de lo que hablaban en el aposento. Volví a sentarme, y mirando en torno mío, vi que los dos hermanos me examinaban con atención. Mi recuerdo está aún presente en mi espíritu, y me sería fácil referir las palabras más insignificantes que cambié con ellos; pero tengo que escribir tanto, el frío es tan intenso y me infunde tanto miedo el pensar que pueden sorprenderme escribiendo estas líneas y encerrarme en un calabozo privado de luz, que abrevio esta narración. La infeliz estuvo agonizando ocho días.

"Una noche, viendo que movía los labios, acerqué el oído y entendí algunas de sus palabras. Me preguntó en dónde estaba y quién era, y le respondí; pero en vano traté de saber su nombre: siempre me hizo un ademán negativo, y como su hermano, se llevó el secreto al sepulcro. Hasta entonces no había podido hacerle preguntas, porque continuamente estaba a la cabecera de la cama uno u otro de los dos nobles, sin permitirme que hablase con ella, a excepción de los últimos momentos en que no les inspiró cuidado lo que podía decirme, como si yo hubiera de morir al mismo tiempo de su víctima. Confieso que más de una vez me estremeció esta idea.

"Había advertido cuánto había ofendido su orgullo aquel desafío con un aldeano. Era para la familia un suceso degradante y ridículo que les martirizaba dolorosamente; pero en cambio no hacían el menor caso de la muerte del joven, de su padre y de su hermana.

La mirada del que se había visto obligado a batirse se fijaba con frecuencia en mí, y veía en ella el odio profundo que le inspiraba desde la revelación que había recibido del difunto. Era también un motivo de disgusto para su hermano, a quien le repugnaba mi presencia.

”La joven murió a las diez de la noche. Hacía ocho días que estaba a su lado. Me hallaba junto a su lecho cuando su cabeza se inclinó suavemente sobre el hombro y acabaron todos sus pesares con su postrer suspiro.

”—¿Ha muerto por fin?—dijo el mayor de los dos hermanos entrando en el aposento.

”—Sí —respondí.

”—Te doy la enhorabuena —dijo a su hermano que estaba detrás de él.

”Me entregó un cartucho de monedas de oro que puse sobre la mesa. Había rehusado ya el día anterior la cantidad que me había ofrecido, porque estaba resuelto a no aceptar nada.

”—Perdonad —le dije—, en semejantes circunstancias me es imposible aceptar.

”Los dos se miraron, me saludaron y nos separamos en silencio. El día siguiente muy temprano trajeron a mi casa el cartucho de monedas en una cajita donde se veía mi nombre.

”Pensé toda la noche lo que debía hacer: estaba resuelto a escribir al ministro y a informarle confidencialmente de los dos casos de muerte cuyos pormenores acabo de referir; pero como no ignoraba las influencias de corte, las inmunidades que gozaban los nobles, y recelaba que mi carta no tendría resultado, así como también era este suceso para mí un caso de conciencia, guardé el más profundo secreto y hasta mi mujer lo ignoraba todo.

”Era el último día del año, y acababa de terminar mi carta cuando entraron a anunciarme que una señora deseaba hablarme. Era joven, bella y graciosa; pero llevaba en su rostro el sello de una muerte prematura. Parecía muy conmovida y me dijo que era la

esposa del marqués de Saint-Evremont. Como el moribundo había dado este título a uno de los dos nombres, lo comparé con la inicial que había visto bordada en la faja, y deduje de esto que el esposo de dicha señora era uno de los raptos de la difunta.

"Aquella señora había descubierto casi todos los hechos de esta dolorosa historia y la parte que había tomado en ella su esposo; pero ignorando que la joven hubiera muerto, venía a verme con la esperanza de serle útil y manifestarle su compasión, porque trataba por todos los medios posibles de desviar la cólera celeste de una familia odiosa a tantos desgraciados.

"La marquesa tenía muchos motivos para creer que la difunta había dejado una hermana menor y su deseo más ardiente era acudir en su auxilio. Sabía yo también que esta joven existía porque su hermano me lo había dicho; pero ignoro aún su nombre y el sitio que habitaba.

"La marquesa era buena y sensible, pero desgraciada en su casa, lo cual era muy natural. Su cuñado la odiaba y empleaba contra ella toda su influencia.

"La pobre señora le tenía miedo y no era menos lo que temía a su marido. Le di la mano hasta su carroza, y ví en el carruaje un niño de dos o tres años.

"—Doctor —me dijo con los ojos bañados en lágrimas—, por amor a este niño me esfuerzo en reparar en cuanto es posible el mal que hacen ellos. ¡Qué carga será para él semejante herencia! Abrigo el presentimiento de que, si no son expiados todos estos agravios, le pedirán a él cuenta algún día. Todo lo que poseo es muy poco aparte de mis joyas, pero se lo legaré con expresa condición de que se lo entregue a los demás individuos de esa desgraciada familia, y le encargaré que busque a la hermana de la pobre víctima y le diga que la he amado como una madre.

"La señora abrazó al niño.

"—¿Lo prometerás, Carlos? —le dijo acariciándole—. ¿Cumplirás fielmente tu promesa?

"Besé la mano a aquella señora, a quien no debía ver más. Cerré la carta sin añadir nada, y no querien-



do confiarla a manos extrañas, yo mismo la llevé a su destino. A las nueve de la noche llamó a mi puerta un hombre vestido de negro, preguntó por mí, y siguió a Ernesto Defarge, un niño que tenía a mi servicio. Cuando éste entró en la sala, donde estaba con mi mujer, vimos a aquel hombre, que Defarge creía aún en la antesala y que le había seguido.

—”Os llaman —me dijo— de la calle de San Honorato para un caso muy grave; os espera un coche y pronto estaréis de vuelta.

”Aquel coche debía conducirme aquí, a mi tumba. Apenas llegué a la calle me taparon la boca con una faja, mientras me ataban los brazos por la espalda. Los dos hermanos salieron entonces de un rincón obscuro, cruzaron la calle, y con un ademán testificaron mi identidad. El marqués sacó del bolsillo la carta que había escrito al ministro, me la enseñó, la quemó en la luz de un farol que llevaba en la mano y apagó las cenizas con el tacón del zapato. El coche partió y me encerraron en vida en el sepulcro.

”Si Dios les hubiera inspirado la idea de enviarme noticias de mi mujer, de hacerme saber únicamente si está muerta o vive, habría creído que el Señor no les había dejado de su mano. Pero la cruz sangrienta con que están marcados les es fatal; Dios no quiere que participen de su misericordia, y yo, Alejandro Manette, en esta última noche del décimo año de mi agonía, los denuncié hasta el último de su raza a los tiempos venideros en que tendrán que responder de todos estos crímenes, los denuncié al cielo y a la tierra.”

Un espantoso estruendo se alzó en todos los puntos de la sala, estruendo confuso en que sólo se distinguía un rumor de voces sedientas de sangre. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el frenesí el furor vengativo de la época, y ninguna cabeza se hubiera salvado en Francia, por elevada que estuviera, con tan terrible acusación.

Ante semejante tribunal era inútil preguntar cómo no habían unido los Defarges este documento a to-

dos los que se encontraron en la Bastilla, ni por qué lo habían conservado para publicarlo cuando les conviniera, e inútil también demostrar que el nombre de aquella familia estaba urdido hacía mucho tiempo en los archivos de la tabernera y designado a la venganza del arrabal de San Antonio.

Lo que perjudicaba especialmente al acusado consistía en que el denunciador era un ciudadano conocido, su amigo, el padre de su esposa. El populacho aspiraba en su loco entusiasmo a imitar las virtudes más que dudosas de los antiguos republicanos, y quería que se sacrificasen los seres más queridos en el altar de la patria. Por esta razón, cuando el presidente dijo (de lo contrario su cabeza no hubiera estado segura sobre sus hombros) que el doctor Manette había merecido bien de su país cooperando a desarraigarse del territorio de la República una familia de aristócratas, y que experimentaría indudablemente una alegría sagrada en dejar a su hija viuda y a su nieta huérfana con la muerte de un odioso enemigo del pueblo, estas palabras excitaron un arranque salvaje de fervor patriótico, pero no despertaron el menor sentimiento de humanidad.

El primer juez pronunció su fallo. Un rugido de júbilo acogió su respuesta afirmativa. Votó otro juez y después otro, y un rugido siguió a otro rugido. Carlos Darnay fué reconocido culpable por unanimidad de aristócrata de corazón y de nacimiento, de enemigo de la República y de opresor del pueblo, y fué condenado a muerte y conducido a la Conserjería para ser ejecutado dentro de veinticuatro horas.

## CAPÍTULO XI

## ULTIMA ESPERANZA

LUCÍA inclinó su cabeza al oír la sentencia, como herida de un golpe mortal; pero no profirió la menor queja, y la voz interior que le decía que sostuviera a su esposo en aquella última prueba tuvo tanta fuerza, que alzó inmediatamente la cabeza para consolarle con su mirada. Los individuos del tribunal, que debían tomar parte en una demostración patriótica, aplazaron para el día siguiente las causas que quedaban pendientes de fallo, y la multitud salió con estrepitosa gritería. Lucía, cuando se quedó sola delante del balcón de los acusados, tendió los brazos a su esposo y alzó hacia él sus ojos con amor.

—¡Si pudiera abrazarle por vez postrera! —exclamó—. ¡Tened piedad de nosotros, buenos ciudadanos! Sólo quedaban en la sala el carcelero, John Barsad y los cuatro hombres que el día anterior habían ido a prender a Carlos.

—Concedámosle lo que sea —dijo el espía—: será cosa de un momento.

Los demás hicieron un ademán afirmativo, ayudaron a la joven a saltar sobre los bancos del pretorio y la condujeron a un sitio donde el reo pudo estrecharla en sus brazos.

—¡Adiós, amor mío, adiós! Mi último pensamiento será para tí, mi último suspiro para bendecirte. No te inquietes; nos volveremos a ver donde reciben consuelo los desgraciados.

—Tengo fuerza para sobrellevarlo todo, Carlos; Dios me sostiene. Tengo valor; no sufras por mí, no te entristezcas. ¡Tu bendición para nuestra hija!

—Bendícela de mi parte; le darás un beso por su padre y le dirás adiós por mí.

—¡Carlos!... ¡Oh! No...; ¡aun no!

Carlos se desprendió de sus brazos.

—No estaremos mucho tiempo separados —añadió Lucía—; conozco que mi corazón se despedazará y que pronto me reuniré contigo; pero cumpliré con mi deber hasta el fin, y cuando haya de separarme de nuestra hija, Dios le dará amigos, como me los ha dado a mí.

Su padre, que la había seguido, iba a arrodillarse delante de ellos; pero Darnay tendió la mano exclamando:

—¡No..., no! ¿Qué habéis hecho de que debáis acusaros? Ahora sabemos la lucha que habéis sostenido: conocemos lo que sufriríais cuando descubristeis el nombre de mi familia, y comprendemos la antipatía instintiva que vencísteis por ella. Os damos las gracias de todo corazón y os amamos cual nunca. ¡El cielo os guarde y proteja!

En vez de contestar, el antiguo preso de la Bastilla se llevó las manos a sus canas y se las mesó, lanzando un grito de dolor.

—Debía suceder; ¿por qué hemos de asombrarnos? —continuó Darnay—. Todo ha contribuido a este triste resultado. Los vanos esfuerzos para cumplir el postrer deseo de mi madre me condujeron hacia vos; pero el bien no podía salir del mal, y semejantes premisas no podían dar conclusión más feliz. Consolaos y perdonadme por lo que habéis padecido.

Se llevaron a Carlos, y su mujer le miró con las manos cruzadas mientras se alejaba, dirigiéndole una sonrisa consoladora. Cuando le vió desaparecer, apoyó su frente en el pecho de su padre, quiso hablar y cayó sin movimiento. Sydney Cartone corrió a levantarla, saliendo del ángulo de la sala donde estaba oculto, y tomándola en sus brazos, fué a dejarla con cuidado en los almohadones del coche. El doctor y el señor Lorry se colocaron junto a ella, y Sydney subió al pescante y se sentó al lado del cochero. Al llegar a la puerta adonde la noche anterior había estado en medio de la obscuridad para seguir la huella de

sus pasos, la sacó del carruaje y la llevó a su aposento, donde su hija y la señora Pross la cubrieron de lágrimas y caricias.

—Dejadla —dijo—; no la despertéis de su letargo; está mejor así, sin sentir la realidad del dolor.

—Querido Cartone —dijo la niña arrojándose en sus brazos—, ¿has venido de Londres para consolar a mamá y salvar a papá? Mírala, querido Cartone; tú que tanto la amas, impedirás que sea desgraciada.

Cartone alzó a la niña, juntó con las rosadas mejillas de aquel ángel hermoso las suyas marchitas, y miró a Lucía, que continuaba sin movimiento. Al salir del aposento se encontró de pronto con el señor Lorry, y dijo al doctor que seguía a su amigo:

—Vuestra influencia fué ayer poderosa; ensayadla hoy también. Os aprecian los jueces, y todas las personas de importancia agradecen vuestros servicios.

—Las circunstancias no son ya las mismas: ayer sabía lo que iba a suceder, y tenía la certeza de salvarle —respondió el doctor Manette con lentitud y con una expresión que revelaba su temor.

—No cejéis por eso; de aquí a mañana queda poco tiempo; pero esto es un motivo más para emplearlo bien.

—Ésa es mi intención; no cejaré hasta hacer todo lo que pueda.

—Muy bien; la energía puede llevar a cima grandes empresas. Bien es verdad, sin embargo. . . —añadió exhalando un suspiro—; pero no importa, es preciso probarlo. Por poco valor que tenga esta vida, y por mal uso que se haya hecho de ella vale, no obstante, la pena de defenderla, porque cuesta abandonarla.

—Voy a salir —dijo el doctor Manette—; veré al presidente, a los jueces, al fiscal; veré a otros; escribiré... Pero hoy es fiesta nacional, y todo el mundo estará fuera de casa y no hallaré a nadie hasta la tarde.

—No desesperéis; el caso es tan grave que ese contratiempo no os debe detener. Vendré, no obstante,

a saber el resultado de vuestras visitas. ¿A qué hora habréis visto a todos vuestros amigos?

—Una hora a dos después de anochecido.

—Se hace de noche a las cuatro; de modo que si voy a casa del señor Lorry entre ocho y nueve, sabré lo que habéis conseguido, ya por vos mismo, ya por conducto de vuestro amigo.

—Es probable.

—¡Ojalá. logréis un feliz éxito!

El señor Lorry acompañó a Sydney hasta la puerta, y le dijo poniéndole la mano en el hombro:

—Ya no tengo esperanza.

—Ni yo tampoco.

—Suponiendo que los magistrados y los jefes de la Municipalidad le sean favorables, lo cual es una suposición gratuita, porque ¿qué es para ellos la vida de un hombre?, no creo que tengan valor para salvarle después de los aplausos con que la multitud ha saludado la sentencia.

—Soy de la misma opinión; he creído oír el golpe de la cuchilla en sus aclamaciones.

El señor Lorry se apoyó en la aldaba de la puerta.

—No os dejéis abatir —dijo Cartone con dulzura—; he animado al doctor Manette a dar esos pasos, porque esto será un consuelo para su hija. Si se declarase vencido, Lucía diría que no se ha hecho ningún esfuerzo para salvarle, y esta convicción turbaría tal vez su reposo.

—Es verdad —respondió el anciano enjugándose los ojos—, pero morirá; no me queda ninguna esperanza.

—Ninguna —dijo maquinalmente Cartone.

Y bajó la escalera con paso firme.

## CAPITULO XII

## TINIEBLAS

CUANDO Cartone llegó a la calle se paró sin saber adónde debía ir.

—He de volver a las nueve a casa del señor Lorry —dijo con aire pensativo—. ¿No sería prudente presentarme en tanto a sus enemigos para que me conozcan? Sí; esta precaución puede ser necesaria. Sin embargo, debo reflexionarlo mucho.

En vez de seguir el camino que había tomado, se paseó por la calle, que empezaba a obscurecerse, y después de examinar su proyecto bajo todos los aspectos y de confirmarse en su primera resolución, se dirigió hacia el barrio de San Antonio. Defarge había declarado ante el tribunal que era tabernero de este arrabal, y era fácil encontrar su tienda. Sydney Cartone pasó a la otra parte del río, entró en una fonda y se durmió después de haber comido. Por la primera vez hacía mucho tiempo, no bebió licores fuertes; la noche anterior había derramado el aguardiente en la chimenea del banquero como quien renuncia para siempre a un hábito antiguo. Serían las siete cuando salió de la fonda. Cuando se acercó al barrio de San Antonio, se paró delante de la ventana de una tienda donde había un espejo; se arregló el lazo de la corbata, se dobló el cuello de la casaca y se alisó los cabellos que llevaba despeinados. Terminada esta operación, se dirigió a la taberna de Defarge. Por casualidad el único extraño que había en la tienda era Juan tercero, el hombre de cara de tigre, de mano inquieta y de voz ronca que por la mañana formaba parte del jurado. Estaba bebiendo en el mostrador mientras hablaba con el tabernero, con su mujer y con La Venganza, que parecía ser de la familia. Car-

tone se acercó colocándose de modo que pudieran verle, y pidió vino en mal francés. La tabernera le dirigió al principio una mirada indiferente; pero después le miró con más atención, y por último se acercó a él para preguntarle lo que pedía. Cartone repitió la petición.

—¿Sois inglés? —preguntó la tabernera fijando en él su mirada.

Sydney la miró como si le costara trabajo entenderla, y respondió con acento muy pronunciado:

—Sí, señora, sí, yo inglés.

Después tomó un periódico jacobino, y mientras fingía que estaba absorto en su lectura como si fuese para él muy difícil, oyó que la señora Defarge, después de volver a su sitio, decía a sus amigos:

—Juraría que es Evremont.

El tabernero fué a servirle y le dió las buenas noches.

—¿Cómo? —dijo Cartone.

—Os doy las buenas noches.

—¡Oh! Buenas noches, muy buen vino Bebo a la República.

—En efecto —dijo el tabernero cuando volvió adonde estaba el grupo—, se le parece algo.

—Se le parece tanto que los confundiría —repuso su mujer con tono suspicaz.

—Le tienes de tal modo en la cabeza, que le ves en todas partes, ciudadana —dijo Juan tercero como deseando tranquilizarla.

—¡Es cierto —añadió La Venganza—, sin hablar del placer que tendrá mañana viéndole por última vez.

Cartone, con la cabeza inclinada sobre el periódico, seguía las líneas con el dedo índice y con rostro atento. Los cuatro amigos continuaban hablando en voz baja con los brazos cruzados sobre el mostrador, y después de un momento de silencio durante el cual miraron al inglés sin distraerle de su lectura, siguieron la interrumpida conversación.

—La ciudadana tiene razón —dijo Juan tercero—;



¿por qué hemos de contentarnos con él? El caso no tiene réplica.

—No lo niego —dijo Defarge—; pero será preciso darnos por satisfechos algún día. La dificultad estriba en saber cuándo.

—Después del exterminio completo —respondió su mujer.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el jurado.

—¡Bravo! —dijo La Venganza.

—El exterminio será bueno en principio, mujer —repuso el tabernero algo conmovido—, y lo apruebo en general; pero ¡ha padecido tanto ese pobre doctor! ¿Reparasteis qué palido estaba cuando leían el papel?

—Sí —respondió la ciudadana con desprecio e ira—, sí; le miré a la cara, y os digo que no es la de un patriota. ¡Que tenga cuidado con su cara pálida!

—¿Has visto el dolor de su hija? —repuso Defarge con voz suplicante—. Debía ser para el doctor un horrible tormento.

—Sí, he visto a su hija —dijo la tabernera—, y más de una vez; la he visto con frecuencia en el callejón que hay detrás de la cárcel. Que yo levante tan sólo un dedo...

Cartone oyó el ruido seco que produjo la mano de la tabernera al caer sobre el mostrador, como si fuera el cuchillo de la guillotina.

—¡Qué sublime está! —exclamó el jurado.

—Es un ángel —dijo La Venganza abrazándola.

—Veo —continuó la tabernera mirando a su marido— que si en tu mano estuviera, lo cual por fortuna no es así, salvarías hasta al yerno. -

—¡No! —gritó Defarge protestando—. Pero no iría más lejos.

—Hace mucho tiempo —dijo la tabernera con furor concentrado— que he inscrito el nombre de esa familia maldita como condenada a una completa destrucción, y no tan sólo por sus crímenes de tiranía general. Juan y tú, Venganza, preguntádselo a mi marido.

Defarge hizo un ademán afirmativo.

—En el principio de los grandes días, cuando sucumbió la Bastilla, encontró ese papel, lo trajo a casa, y cuando nos quedamos solos y cerramos la puerta, lo leímos juntos aquí, en este mostrador. ¿Es cierto?

—Sí —respondió Defarge.

—Cuando terminamos la lectura, la luz acababa de apagarse, se hacía ya de día, y dije a mi marido que tenía que revelarle un secreto. ¿Es cierto?

—Sí —respondió el tabernero.

—Me puse las manos sobre el pecho, y le dije: “Defarge, unos pescadores me recogieron en la orilla del mar, y esos desgraciados cuya historia cuenta el papel, esa familia tan horriblemente perseguida por esos dos Evremont, es la mía. Esa hermana del joven que ellos asesinaron era mi hermana; ese hombre cuyo corazón despedazaron era mi padre, y tengo obligación de pedir cuenta de esas muertes.” ¿Es cierto, Defarge?

—Es cierto —murmuró el tabernero.

—Di, pues, al viento y a las llamas que se paren; pero no me lo digas a mí —repuso su mujer.

Juan tercero y La Venganza sentían una horrible satisfacción al descubrir el origen mortal de su odio y la felicitaron con entusiasmo. Defarge, que formaba una débil minoría, invocó la memoria de la marquesa y recordó sus intenciones generosas; pero sólo consiguió que su mujer repitiera estas palabras:

—Di al viento y a la llama que se paren; pero no a mí.

Entraron varias personas y el grupo se dispersó. Cartone pagó lo que había tomado, contó con ademán embarazado el dinero que le devolvían y suplicó a la Defarge que le indicase el camino del Palacio Nacional. La tabernera le acompañó hasta la puerta, le puso la mano izquierda sobre el brazo y le indicó con la derecha la dirección que debía tomar.

Cartone se alejó, desapareciendo en la obscuridad.

A la hora convenida se presentó en casa del señor Lorry, a quien encontró paseándose por el aposento

con agitación. El banquero llegaba de casa de Lucía, y sólo se había separado de ella para acudir a la cita que había dado a Cartone. Nadie había visto al doctor Manette desde su salida de casa del banquero cuatro horas antes. Su hija concebía alguna esperanza suponiendo que sus esfuerzos le habrían alentado a dar nuevos pasos, pero los demás se preguntaban dónde podría estar. Dieron las diez y aún no había vuelto.

No queriendo el señor Lorry que Lucía se quedase sola por más tiempo, salió para hacerla compañía, diciendo que volvería a las doce de la noche y suplicando a Cartone que recibiera al doctor durante su ausencia. El reloj señaló las once, dieron las doce, y el doctor no parecía. El señor Lorry volvió sin que pudieran darle noticias de él y sin traer ninguna. Discutía el hecho con Cartone, y principiaban a augurar bien de su larga ausencia, cuando creyeron oír rumores de pasos en la escalera. Era el doctor, pero desde que entró comprendieron los dos amigos que todo estaba perdido. No se supo nunca si había ido a ver a alguno o si había vagado al azar desde su partida. El banquero y Cartone no le dirigieron pregunta alguna, porque su rostro les anunciaba todo lo que tenían saber.

—No he podido encontrarlo —dijo mirando en torno de la sala—, y sin embargo, lo necesito. ¿En dónde lo han puesto?

No llevaba corbatín ni sombrero, y mientras su mirada examinaba el pavimento, se quitó la casaca y la dejó caer al suelo.

—Mi banco... ¿en dónde está? Lo he buscado por todas partes. ¿Qué he hecho de mis instrumentos, de mi trabajo? El tiempo urge... es preciso que acabe estos zapatos.

Los dos amigos se miraron y sintieron desfallecer su corazón.

—Por favor —dijo con voz quejumbrosa—, devolvédmelo; necesito trabajar.

No recibiendo contestación, se tiró de los cabellos y pateó el suelo como un niño enojado.

—No atormentéis a un pobre miserable —exclamó con voz desgarradora—; dadme 'mi trabajo. ¿Qué será de mí si no acabo los zapatos?

¡Estaba perdido... perdido sin recurso! Lorry y Cartone le hicieron sentar delante de la chimenea, y le prometieron que muy pronto tendría 'sus instrumentos y los zapatos. El pobre loco se dejó caer en el sillón, miró 'la llama con mirada fija y se cubrieron de lágrimas sus mejillas. Todo lo que había pasado en aquellos dieciocho años pareció que no era más que un sueño, y el señor Lorry volvió a encontrarse al lado del infeliz que Defarge albergaba en su guardilla. Por grande que fuera el dolor que inspiraba a los dos amigos aquel espectáculo, no era el momento oportuno para entregarse a la emoción que sentían, y el recuerdo de la pobre mujer que perdía a un tiempo su última esperanza y su único sostén les recordaba vivamente lo que tenían que hacer.

—Creo —dijo Cartone al señor Lorry— que deberíais conducir al doctor a su casa; pero dignaos antes escucharme. No me hagáis preguntas acerca de los consejos que voy a daros ni de la promesa que he de pedirlos; tengo un motivo poderoso para obrar así.

—No lo dudo —dijo el señor Lorry—; os lo prometo todo desde ahora.

El doctor movía en tanto la cabeza con expresión dolorosa y gimiendo. Los dos amigos hablaban en voz baja como si hubieran estado al lado de un enfermo. Cartone levantó del suelo la casaca del doctor, que éste tenía cruzada en los pies, y en el momento de hacerlo salió del bolsillo una cartera que cayó en el pavimento.

—¿Podemos abrirla? —dijo Cartone al anciano.

—Sí —respondió éste.

Cartone encontró un papel que desplegó, y exclamó al leerlo:

—¡Alabado sea Dios!

—¿Qué papel es ese? —preguntó el señor Lorry.

—Os lo diré al momento —respondió sacando de su bolsillo un papel parecido al que tenía en la mano—.

Este es mi pasaporte; guardadlo hasta mañana. Como he de ir a ver al señor Darnay, conviene que no lo lleve conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé; pero si lo guardáis vos estaré más tranquilo. Lo que acabo de encontrar en la cartera del doctor es un salvoconducto para él, su hija y su nieta, que les permite salir de París cuando les parezca bien y dirigirse a la frontera. Juntadlo con vuestro pasaporte y el mío, y no lo perdáis; tengo mis razones para creer que nos será muy útil.

—¿Es decir, que ningún peligro les amenaza?

—Por el contrario, la señora Defarge va a denunciarlos; lo sé de su propia boca. Ha dicho delante de mí diferentes cosas que me inspiran serios temores, e inmediatamente he ido a ver a Barsad, que ha confirmado mis sospechas. Según parece, un serrador que vive detrás de la Force, y que está bajo la autoridad de la tabernera, le ha contado que la había visto (Cartone no pronunciaba nunca el nombre de Lucía) hacer señas a los presos. Es fácil prever una acusación de conspiración contra la República, acusación que se castiga con la pena de muerte, y que podría extenderse a su padre y a su hija... No temáis; los salvaremos.

—¡Dios lo quiera! Pero ¿cómo haremos?...

—Eso depende de vos, es decir, que el éxito es seguro. La denuncia de la Defarge no se hará hasta pasado mañana. Sabéis que es un crimen llorar por los desgraciados que perecen en el cadalso; el doctor y su hija se harían indudablemente culpables de este crimen, y la denunciadora, cuyo odio inveterado es imposible describir, añadirá esta nueva acusación a los cargos anteriores. ¿Haréis lo que os digo? ¿Me prestáis atención?

—Sí, y tanta, que hasta le había olvidado —dijo el anciano designando al doctor.

—Habéis hecho ya todos los preparativos para regresar a Inglaterra; pedís mañana caballos de posta y partís a las diez.

—Lo haré así.

El entusiasmo con que hablaba Cartone inspiraba al anciano un ardor que no era propio de su edad.

—Sois un noble amigo —repuso Cartone—, y sabía que podíamos contar con vos. Id en seguida a anunciarle el peligro que le amenaza, decidle que su padre y su hija perecerían con ella, e insistid especialmente en esta consideración, porque tendría un placer en dejar su hermosa cabeza en el cadalso al mismo tiempo que su marido.

Su voz se alteró al pronunciar estas palabras; pero continuó con firmeza:

—Por el amor que os inspira, por su hija y por su padre, haced que comprenda la necesidad de partir inmediatamente. Decidla que es la última voluntad de quien la ama. ¿Creeis que su padre obedecerá en el estado en que se encuentra?

—Obedecerá.

—Bien. Haced con reserva todos los preparativos necesarios. Que el coche esté en el patio a las diez, y subid vos primero para que ella pueda partir luego que vuelva yo de la cárcel.

—Se hará todo como decís. ¿Debo esperaros, suceda lo que suceda?

—Indudablemente, tenéis mi pasaporte y mi equipaje; guardadme un asiento, y no partáis sin que esté ocupado; pero no os detengáis entonces ni un momento.

—Bien —dijo el señor Lorry estrechándole la mano—; no dependerá todo de un pobre viejo, pues tendré para sostenerme un hombre joven y fiel.

—Así lo espero; pero prometedme que ninguna influencia os hará modificar las disposiciones que acabo de daros y que nos comprometemos mutuamente a cumplir.

—Os lo prometo, Cartone.

—Os lo suplico... no vaciléis ni retardéis un momento la partida. Abandonad al que nadie podrá salvar para no sacrificar tantas vidas preciosas.

—No temáis, no lo olvidaré; cumpliré mi misión.

—Y yo la mía. Podemos separarnos... ¡Adiós!

Aunque pronunció esta palabra con expresión risueña y grave y besó la mano del señor Lorry, no salió inmediatamente; ayudó al anciano a levantar al loco, que continuaba gimiendo, envolvió en una capa al pobre doctor, le puso un sombrero y le persuadió a que les siguiese, diciéndole que iban a ver dónde le habían ocultado el banquillo y los zapatos. Y sosteniendo en su brazo al doctor Manette, se dirigió Cartoné a la casa donde velaba la mujer afligida, que era tan feliz en la época en que le descubrió su corazón. Se detuvo algunos instantes en el patio, alzó los ojos hacia el aposento que ocupaba Lucía, y antes de partir le envió una bendición y un adiós ferviente.

## CAPITULO XIII

### CINCUENTA Y DOS CABEZAS

Los que debían morir aquel día esperaban su última hora en la Conserjería. Su número era igual al de las semanas del año; cincuenta y dos personas, arrebatadas por la corriente, iban a ser lanzadas en el océano eterno y sin orillas. Aún no habían salido de sus calabozos y ya estaban designados sus sucesores; antes que su sangre se hubiese mezclado con la del día anterior, se había separado ya la que al día siguiente iría a reunirse con la suya. Carlos estaba solo en su prisión, sin abrigar la menor esperanza; mientras el presidente leía la fatal historia de su familia, se convenció de que ninguna influencia le salvaría del suplicio.

Sin embargo, como sus ojos no veían más que una imagen adorada, le era difícil aceptar el fallo de sus jueces; lazos poderosos le unían a la existencia; lo que había sucedido durante los dos días anteriores había duplicado sus fuerzas, devolviéndole la libertad, y cuando toda su energía se empleaba en volver a go-

zar la felicidad, le arrancaban bruscamente la existencia. Corrientes tumultuosas se estrellaban en su corazón y en su mente, de donde la rebelión ahuyentaba al espíritu de resignación, y si llegaba a prestar oído a ésta, su esposa y su hija protestaban contra su egoísmo. Tales fueron al principio los sentimientos del preso; después reflexionó que no era un baldón padecer el castigo que le esperaba; que todos los días eran enviados al cadalso una multitud de inocentes y subían las gradas fatales con paso firme, y que sería en lo venidero un consuelo para los seres que debían sobrevivirle saber que había muerto con serenidad. Por último, tranquilizándose poco a poco, elevó a mayor altura su espíritu y la paz descendió a su alma.

El día iba a expirar cuando recobró toda su presencia de ánimo, y habiéndole permitido comprar luz y recado de escribir, hizo uso de este permiso hasta el momento de apagar las lámparas.

En la carta que dirigía a su esposa le dijo que había ignorado la prisión del doctor hasta que ella misma se lo había contado, y que hasta que el presidente leyó el papel entregado por Defarge no había sabido la parte que habían tomado su padre y su tío en aquella infamia. Le dijo además que le había ocultado su verdadero nombre para obedecer al doctor Manette, que le exigió esta promesa el día de su casamiento. Le encargaba que no tratase de saber si el doctor había olvidado la existencia del documento que había escrito, ni si lo había recordado cuando oyó contar la historia de la Torre de Londres, que él, Carlos, había referido un domingo por la noche estando debajo del plátano. Suponiendo que el doctor hubiera conservado el recuerdo de aquel escrito, debió creer que no había sido encontrado en la toma de la Bastilla, pues no se mencionaba en diversos relatos de aquel acontecimiento en que se hablaba minuciosamente de los más insignificantes vestigios que habían dejado los presos.

Aunque no tenía necesidad de que se lo suplicase,



Carlos decía a Lucía que emplease todos los medios que le inspirase su cariño para demostrar al doctor que no había hecho nada de que tuviera que arrepentirse, y para recordarle que por el contrario se había sacrificado siempre por sus hijos, y que éstos se lo agradecían. Finalmente, después de darle gracias por la felicidad que le había proporcionado, y de suplicarle que venciese su dolor para consagrarse a su hija, le encargaba que consolase a su padre y que no dejase de cumplir con esta tarea filial en consideración al día que debía reunirles.

Escribió al doctor en el mismo sentido, le recomendó su esposa y su hija, le recordó que no tenían más apoyo que el que podía darles, y se lo repitió varias veces con la esperanza de que esta idea ayudaría a su suegro a vencer un abatimiento cuyas consecuencias temía y le arrancaría a recuerdos que podían serle funestos. Confió los tres seres queridos al señor Lorry, a quien explicó el estado de sus negocios; dirigió algunas expresiones de afecto y gratitud al excelente anciano, y no dijo una palabra a Cartone, de quien no se acordó siquiera. Cuando terminó sus cartas se acostó en el jergón que le servía de lecho, y pensó que había acabado con las cosas de la tierra. Pero se las recordó el sueño, en el cual el mundo tomó ante sus ojos formas seductoras. Soñó que era libre, que volvía a encontrarse en la casa de Soho, la cual reconocía, aunque no se parecía a la que era en realidad. Salvado de la muerte por un prodigio que no se explicaba, volvía a ver a Lucía, la cual le decía que todo había sido un sueño, y que nunca había ido a Francia ni se había separado de ella. Sobrevino una pausa, se había ejecutado el fallo fatal, y, sin embargo, se hallaba al lado de los que amaba, gozaba una dicha pacífica, y a pesar de haber muerto, no había sufrido cambio alguno.

Todo desapareció por segunda vez, sin que tuviera conocimiento de este misterio, y después se despertó y recobró la memoria.

—Hoy es el último día de mi vida —dijo.

Pero como estaba tranquilo y no tenía que luchar ya consigo mismo, un nuevo orden de ideas se apoderó de su alma y le causó una extraña inquietud.

Nunca había visto el instrumento que debía cortar su cabeza. ¿A qué altura se alzaba el cadalso? ¿Cuántos escalones había de subir? ¿Estarían manchadas de sangre las manos que le tocasen? ¿Cómo estaría colocado? ¿Sería el primero o el último en morir? Estas y otras preguntas de la misma clase acudían a su mente a pesar de sus esfuerzos. No le acudían por estar dominado por el terror, sino que procedían del deseo de saber qué es lo que le quedaba por hacer hasta llegar el momento fatal; deseo extraño, ajeno a la rapidez de los preparativos a que se refería, y que más que al preso parecían pertenecer a un espíritu diverso encerrado en su propio ser.

Mientras recorría su prisión esforzándose en imponer silencio a esta voz importuna, las horas seguían su curso ordinario y el reloj daba el número de golpes que ya no debía oír más. ¡Nueve! Pasaron para siempre. ¡Diez..., once! Pasaron para siempre. Iban a dar las doce, y Carlos había triunfado por fin de las preguntas que le asediaban. Cesó de pasear, repitió en voz baja los nombres queridos, y libre de toda preocupación enojosa, rezó por su alma y por los que le sobrevivían.

El reloj dió las doce. Carlos sabía que la ejecución se verificaba a las tres, y como sabía también que era preciso partir con tiempo para que los carros mortuorios pudieran llegar a su destino, consideró dos horas como el instante definitivo, y resolvió emplear el tiempo que le quedaba en fortalecer su alma para poder sostener la de sus compañeros durante el fúnebre trayecto. Se oyeron pasos en el corredor, una llave penetró en la cerradura, y en el momento de abrirse la puerta Carlos oyó que decían en inglés y en voz baja:

—He tenido cuidado de que no me viera, y no sabe que estoy aquí. Entrad solo; os espero; sobre todo no perdáis tiempo.

La puerta se cerró, y Carlos se vió enfrente de Cartone que, con las facciones animadas por una sonrisa, se llevaba el dedo a los labios para encargarle el silencio. El rostro de Cartone tenía una expresión tan extraña, que Darnay creyó al principio en una aparición; pero era el mismo Cartone que le tomaba la mano y se la estrechaba con fuerza.

—No me esperábais —dijo éste.

—No podía figurarme que fuérais vos, y apenas creo en la realidad. ¿Estáis preso también?

—No; por una casualidad tengo cierta influencia en la cárcel; me he servido de ella y vengo a veros. Me envía vuestra esposa, querido Darnay.

El reo se retorció las manos con dolor.

—Vengo a pedir os un favor de su parte.

—¿Cuál?

—Os lo suplico con aquella voz ferviente que no habréis olvidado.

Carlos volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—No tengo tiempo para explicar os el motivo de lo que voy a hacer, ni me lo preguntéis; pero haced lo que ella desea. Quitaos las botas y poneos las mías.

Había en el aposento una silla donde Cartone se había sentado con rapidez, y se acercó a Carlos con los pies descalzos, diciéndole:

—Poneos mis botas... pronto; el tiempo urge.

—La fuga es imposible, Cartone, y es inútil pensar en ella.

—¿Y quién os habla de huir? Dadme vuestro corbatín, tomad el mío y cambiemos de traje. Permitid que desate esa cinta y aparte vuestros cabellos.

Cartone, con una prontitud prodigiosa y una energía física y moral que no eran en él naturales, impuso estas condiciones al preso, que obedeció como un niño.

—Os repito, Cartone, que es una locura, una empresa imposible; la han intentado más de una vez y siempre ha salido mal. No añadáis el pesar de vuestra muerte a la amargura de la mía.

—¿Acaso os exijo que me sigáis? Hay papel, plu-

ma y tintero en esta mesa. ¿Tenéis la mano firme?

—La tenía cuando habéis llegado.

—Dominad vuestra emoción, y escribid lo que voy a dictaros... ¡Pronto, amigo mío, pronto!

Darnay se sentó delante de la mesa y se apretó la cabeza con ambas manos. Cartone se acercó después de introducir la mano derecha debajo del chaleco y se puso en pie a su lado.

—Escribid.

—¿A quién se dirige?

—A nadie.

—¿Se ha de poner fecha?

—No. “Si recordáis lo que os dije un día (dictó Sydney), comprenderéis inmediatamente estas líneas. Estoy seguro de que os acordais de mis palabras, porque no sois capaz de haberlas olvidado.”

En el momento en que el preso, sorprendido con lo que le dictaba, alzaba los ojos para interrogar a Cartone, éste, que sacaba la mano derecha de debajo del chaleco, se paró bruscamente.

—¿Estáis armado? —le preguntó Carlos.

—No.

—¿Qué tenéis en la mano?

—Pronto lo sabréis. Escribid; luego terminaremos. “Tengo la dicha de haber encontrado una ocasión propicia para demostraros la sinceridad de mis palabras. Lo que hago hoy es tan sencillo que nadie debe sentirlo.”

Cuando acabó de dictar esta frase, su mano derecha pasó lentamente por delante de la cara de Darnay. Éste dejó caer la pluma y miró en torno suyo con ojos azorados.

—¿Qué vapor es éste? —preguntó.

—¿Un vapor?

—Alguna cosa ha pasado por delante de mí.

—No he visto nada, no siento nada. Tomad otra vez la pluma, y acabemos. El tiempo urge, amigo mío.

Carlos hizo un esfuerzo para dominar la extraña sensación que experimentaba. Su pensamiento esta-

ba confuso, su respiración era anhelosa, y su vidriosa mirada se dirigió hacia Cartone, que había vuelto a ponerse la mano derecha debajo del chaleco.

—No tardemos —dijo éste.

Carlos tomó la pluma, y Cartone continuó dictando: “Si no me aprovechara de esta ocasión, todo se perdería para siempre.” La mano de Cartone volvió a rozar la cara del preso. “Creedlo; el porvenir no haría más que aumentar las faltas de que voy a dar cuenta. Si no me aprovechara...” Carlos sólo trazaba ya caracteres ininteligibles. Se levantó de pronto y lanzó un mirada furiosa a Sydney, que con la mano izquierda se tapaba la nariz y con la derecha cogió al preso por el cuerpo. Un instante después había cesado la lucha, y Carlos yacía en el suelo completamente insensible. Cartone, cuya mano era tan firme como pronta, se puso el traje del preso, se tiró hacia atrás los cabellos, los ató con la cinta que llevaba Darnay, y dijo en voz baja entreabiendo la puerta:

—Podéis venir.

Entro John Barsad.

—Ya lo veis —prosiguió Cartone colocando entre el chaleco y la camisa de Darnay el papel que acababa de escribir—; no arriesgáis gran cosa.

—No me inquieta él, señor Cartone —respondió el espía con voz tímida—; lo más importante es que cumpláis hasta el fin vuestra promesa.

—La cumpliré, no temáis.

—Es preciso que no falte ninguno; si vestido como estáis completáis los cincuenta y dos, nada debo temer.

—Pronto dejaré de importunaros, y entonces, a Dios gracias, habrán salido ya de París. Tened ahora la bondad de tomarme y de ponerme en el coche.

—¿A vos? —dijo el espía con voz trémula.

—Al que me reemplaza; volveréis por el mismo camino que me habéis hecho seguir.

—Naturalmente.

—Suponed que me hallaba indispuerto cuando me acompañasteis a este sitio y que la impresión de la despedida me ha causado un desmayo: esto sucede con mucha frecuencia en una cárcel. Vuestra vida está en vuestras manos, y confío en vos. Llamad para que os ayuden.

—¿No me haréis traición? ¿Me lo juráis?

—No perdamos instantes preciosos —respondió Cartone con un movimiento de impaciencia—. Colocadlo vos mismo en el coche, acompañadle hasta el paraje que sabéis, entregádselo al señor Lorry, a quien recomendaréis que no le haga volver en sí, pues bastará el aire libre, y decid sobre todo al banquero que recuerde la promesa que me hizo ayer noche y que partan inmediatamente.

El espía salió y volvió a entrar casi al momento con dos hombres que había ido a buscar. Sydney estaba sentado delante de la mesa con la cabeza apoyada en las manos que le ocultaban el rostro.

—Aquí tenemos un hombre afligido porque su amigo ha sacado un buen número —dijo uno de los satélites contemplando a Darnay.

—No podría estar más triste un buen patriota si el aristócrata se hubiera salvado.

Colocaron a Darnay en una camilla que habían dejado en la puerta y se dispusieron a salir.

—La hora se acerca, Evremont —dijo Barsad.

—Lo sé —respondió Cartone—; tened cuidado de mi amigo y dejadme.

—¡Vamos, muchachos! —dijo el espía.

Cuando Cartone se vió sólo, concentró todas sus facultades auditivas para percibir el más leve rumor que pudiera denotar sospecha. Las llaves rechinaban en las cerraduras, crujían las puertas y resonaban los pasos a lo lejos en los corredores; pero no gritos, pasos precipitados ni rumores que anunciassen la alarma. Cartone respiró, volvió a sentarse junto a la mesa, y prestó nuevamente oído hasta que el reloj dió las

dos. Alzáronse entonces rumores de pasos y cerrojos; pero no se asustó, porque adivinaba la causa. Abrieron varias puertas, una tras otra, hasta que llegó el turno a la suya, y un carcelero que llevaba una lista en la mano asomó la cabeza y dijo:

—Sígueme, Evremont.

Era un sombrío día de invierno, y como la niebla exterior aumentaba la obscuridad de la cárcel, Cartone no pudo ver sino de una manera confusa a los individuos que se encontraban con él en la sala adonde les había conducido el carcelero para atarles los brazos. Unos estaban sentados, otros en pie y algunos se agitaban exhalando quejas, pero eran los menos; casi todos estaban tranquilos, cabizbajos y guardando profundo silencio.

Mientras conducían a las últimas víctimas, un individuo se paró al pasar y abrazó a Cartone como a un amigo. Fué para él un momento de terror; pero aquel hombre, que creía reconocerle, siguió al carcelero sin manifestar duda ni sorpresa, y Cartone se tranquilizó. Algunos instantes después una joven pequeña y débil, de rostro pálido y delicado, ojos rasgados y llenos de dulzura, se levantó del banco donde estaba sentada y se acercó a Cartone.

—Ciudadano Evremont —dijo tocándole la mano con sus dedos helados—, soy la jornalera que estaba con vos en la Force.

—Es verdad —murmuró Cartone—; pero no me acuerdo de qué os acusan.

—De conspiración, pero Dios sabe que soy bien inocente; ¿quién había de conspirar con una pobre criatura como yo?

La pálida sonrisa que acompañó estas palabras conmovió tanto a Cartone, que brotaron de sus ojos las lágrimas.

—No tengo mucho miedo, ciudadano Evremont, ni me niego a morir si la República, que debe hacer tanto bien a los pobres, ha de aprovecharse de mi muerte; pero no veo en qué puedo serle útil... ¡valgo tan poco!

Era la vez postrera que a Cartone le era permitido enternecerse en este mundo, y su corazón se conmovió y se enardeció para animar a aquella pobre niña.

—Ciudadano Evremont —añadió ésta—, oí decir que os habían absuelto; lo creí y me alegré de ello.

—Efectivamente, me pusieron en libertad; pero volvieron a prenderme por la noche.

—Si vamos en el mismo carro, ciudadano Evremont, ¿me permitiréis que os tome la mano? Soy débil y esto me dará valor.

Su dulce rostro se alzó hacia el de Cartone, y en los rasgados ojos que le miraban se retrataron la duda y la sorpresa. Cartone estrechó la mano enflaquecida por el trabajo y se puso un dedo en los labios.

—¿Morís acaso por él? —murmuró la niña.

—Tiene esposa y una hija...; ¡silencio!

—¡Oh! Buen caballero, ¿permitiréis que os dé la mano?

—Sí, pobre hermana mía; pero llamadme Evremont.

La sombra que envolvía la cárcel caía al mismo tiempo sobre la ciudad cuando un coche, que salía de París, se paró delante del cuerpo de guardia de una de las puertas.

—¡Los pasaportes! —dijo el oficial—. Alejandro Manette, doctor en Medicina, francés, ¿en dónde está?

—Aquí.

Designaron un anciano abatido que murmuraba palabras incoherentes.

—Parece que el ciudadano está loco; la fiebre revolucionaria ha sido demasiado fuerte para él.

—Sí; demasiado fuerte.

—No es el único que no ha podido resistirla. Lucía Darnay, su hija, francesa, ¿en dónde está?

—Allí.

—Bien; ¿no es la mujer de Evremont?

—Precisamente.



—El ha tomado otro camino. Lucía, su hija... Supongo que es esa niña.

—Sí.

—Dame un beso, hija de Evremont. Puedes alabarte de que te ha besado un buen republicano. Es cosa nueva en tu familia; no lo olvides. Sydney Carton, abogado inglés, ¿en dónde está?

—Allí, en el fondo del coche.

—¿Está indispuerto?

—No será nada; el aire libre le hará volver en sí. Goza de una salud muy delicada; es muy propenso a desmayarse, y acaba de separarse de un amigo íntimo que ha tenido la desgracia de disgustar a la República.

—Hay otros muchos que la disgustan y que por este motivo dejarán la cabeza en el cesto. Jarvis Lorry, banquero inglés, ¿en dónde está?

—Soy yo.

Y él era también el que había contestado a las preguntas anteriores, el que había bajado del coche, y que, con los pies en el lodo y la mano en la portezuela, continuaba respondiendo a un grupo de patriotas y empleados, los cuales rodearon varias veces el coche, subieron al pescante y examinaron a su antojo el equipaje, en tanto que los campesinos, que entraban y salían, se acercaban a las dos portezuelas y miraban dentro del coche. Una mujer, que llevaba un niño en los brazos, le hizo alargar la mano para que pudiese tocar a la viuda de un aristócrata enviado a la guillotina.

—Aquí están tus pasaportes, Jarvis Lorry.

—¿Podemos partir?

—Sí; ¡arrea postillón! Buen viaje.

—Salud, patriotas... Pasó el primer peligro —continuó el banquero, cruzando las manos y alzando los ojos al cielo.

Reina el terror en el coche, donde se oyen sollozos ahogados, la voz quejumbrosa de un anciano y la respiración anhelosa de un hombre sumido en profundo sueño.

—¿No podrían ir más aprisa los caballos? —preguntó Lucía, tomando las manos a su amigo.

—Parecería que huíamos, hija querida; una marcha demasiado rápida despertaría las sospechas.

—Asomaos y mirad; tal vez nos persiguen.

—El camino está desierto; en cuanto alcanza la vista no veo a nadie.

Pasan junto a grupos de dos o tres cabañas, quintas aisladas, ruinas de antiguos edificios, calles de árboles, despojados de sus hojas, fábricas, hornos de cal y grandes llanuras descubiertas. El piso desigual de la carretera se desplegaba debajo del coche; de vez en cuando dan un rodeo; pero no evitan los charcos, donde el lodo llega hasta el eje de las ruedas, y la impaciencia es tan viva entonces, que en su angustia quieren bajar, huir a lo lejos, ocultarse en los matorrales antes que detenerse. Los campos se alejan, y vuelven a aparecer por los lados del coche las quintas solitarias, los castillos destruidos por las llamas, las fábricas, los grupos de cabañas y las calles de árboles, cubiertas de hojarasca.

—¡Los postillones nos engañan, nos llevan al camino donde estábamos hace dos horas! ¿No hemos visto esas ruinas y esas dos o tres cabañas? No, gracias al cielo era yo la que me equivocaba. ¡Una aldea! Mirad si nos persiguen.

—¡Silencio!... Llegamos a la parada.

Los cuatro caballos son conducidos con lentitud desconsoladora, y el coche está inmóvil delante de la puerta del mesón, de donde no parece que deba alejarse. Llegan por fin los cuatro caballos de relevo uno tras otro, seguidos de sus postillones, que arreglan sus látigos con la mayor cachaza. Los que les reemplazan cuentan el dinero sin darse prisa, se equivocan en la suma, vuelven a principiar sus cálculos y vuelven a equivocarse. El corazón de nuestros pobres viajeros, lleno de temor, tiene en tanto latidos más rápidos que el galope del caballo más veloz. Ya han montado por fin los postillones; el coche cruza la aldea, sube la colina con lentitud, la baja al paso

y penetra en una hondonada por donde se arrastra con trabajo. Se oyen entonces gritos, los postillones hablan con animación, gesticulan con fuerza y paran los caballos.

— ¡Señor... nos persiguen!

— ¡Alto... alto al coche! Tenemos que hablaros.

— ¿Qué queréis —preguntó el señor Lorry asomándose a la portezuela.

— ¿Cuántos han dicho que había?

— No os entiendo.

— ¿Cuántos son los guillotizados hoy?

— Cincuenta y dos.

— ¡Bien seguro estaba! Los otros apostaban a que eran cuarenta y dos. Diez cabezas más, esto ya vale la pena. La guillotina se luce. Bien, gracias.

Llega la noche. El viajero que dormía desde París se agita, se despierta y pronuncia estas palabras con voz anhelosa, creyéndose aún en la cárcel:

— Cartone, ¿qué tenéis en la mano? ¿Es un arma?

— ¡Apiadaos de nosotros, Señor! Va a descubrirse... Mirad si vienen.

El viento y las nubes se precipitan en pos de ellos, la luna toma parte en la fuga, y las tinieblas les siguen y los envuelven. Pero el camino está desierto, y nadie trata de perseguirles.

## CAPITULO XIV

### LA SEÑORA DEFARGE

**M**IENTRAS en la Conserjería llamaban a las cinco ta y dos víctimas, la señora Defarge celebra consejo con Juan tercero y La Venganza. Esta reunión no tenía lugar en la taberna de San Antonio, sino en la barraca del serrador, nuestro antiguo caminero, el cual, apostado en una esquina inmediata como centinela, no debía tomar parte en la discu-

sión hasta el momento en que fueran necesarias sus explicaciones, pero sin tener voto deliberativo.

—Defarge es un buen republicano —dijo Juan tercero.

—No hay otro mejor —añadió La Venganza.

—No tanto, amiga mía —repuso la tabernera poniendo la mano sobre la boca de su ayudanta de campo—; mi marido es un buen patriota, tan valiente como sincero, y ha merecido bien de la República, cuya confianza posee; pero tiene un lado flaco y se deja enternecer por ese doctor.

—Es lástima —dijo Juan llevándose los dedos a su boca de tigre—; eso no es propio de un buen ciudadano.

—Me cuido muy poco de ese doctor, y tanto me importa que viva como que muera; pero la familia de los Evremont ha de desaparecer, y es forzoso que la mujer y la hija sigan pronto al que va a morir.

—¡Magnífica cabeza! —murmuró Juan tercero—. Los ojos azules y los cabellos de oro brillarán en las manos de Sansón.

El ogro tenía los gustos refinados de un epicúreo. La tabernera estaba con los ojos bajos y reflexionaba.

—También la hija tiene cabellos rubios y ojos azules —dijo Juan saboreando sus palabras—. Por otra parte, es raro que tengamos una niña. ¡Son tan graciosas esas cabecitas!

—En una palabra —dijo la tabernera levantando de pronto la cabeza—, en esta ocasión no puedo fiarme de mi marido. No sólo haría mal en comunicarle mi proyecto, sino que es hombre capaz de avisarles y proteger su fuga.

—No puede ser —exclamó Juan—; nadie debe salvarse. Tenemos hecha la cuenta y necesitamos el centener por día.

—Defarge —continuó la tabernera— no tiene las mismas razones que yo para encarnizarse con esa familia; y yo tengo las mías para no compadecerme de

ese doctor. Así, pues, no debo contar con él y he de obrar por mí en este negocio.

Llamó al serrador, a quien siempre había inspirado tanto respeto como temor, y que se presentó inmediatamente con el gorro en la mano.

—¿Estás pronto —le dijo con expresión sombría— a prestar hoy mismo tu declaración relativamente a las señas de que me has hablado?

—¿Y por qué no? —repuso el hambrecillo—. Ella venía todos los días, que lloviese o nevase; algunas veces con la chiquilla, pero por lo regular sola, y en cuanto a las señas, era cosa de ver... Yo sé lo que sé; lo he visto con mis propios ojos, y lo contaré a todo el mundo.

El serrador gesticulaba mientras hablaba para imitar las señas políticas que nunca había visto.

—Conspiraba —dijo Juan tercero—; es evidente.

—¿Se puede contar con el jurado? —le preguntó la tabernera con sonrisa siniestra.

—No lo dudes, querida ciudadana; respondo de todos mis colegas.

—Veamos —repuso la Dafarge con aire pensativo—; ¿debo hacer a mi marido el sacrificio del doctor? No tengo sobre este punto ninguna idea: que viva o no, me interesa poco.

—Sería una cabeza más —observó Juan tercero—. Le designaba la cárcel y gesticulaba con ella cuando les ví a los dos —continuó la tabernera—, y por consiguiente, no sé por qué se ha de acusar a la hija sin denunciarle a él. Ya lo veremos cuando llegue el caso. No puedo dejar solo a este hombre en un negocio tan importante, y como mi testimonio es poderoso, mi declaración confirmará la suya. ¿Estarás allí a las tres, ciudadano?

El antiguo caminero se apresuró a contestar afirmativamente, y aprovechó la ocasión para añadir que era un ardiente patriota, y que se consideraría el más desgraciado de los hombres si se viera privado del placer de fumar en su pipa admirando la destreza del barbero nacional.

—Allí me verás —dijo la tabernera—. Ven después a encontrarme al arrabal. ¿Te olvidarás?

—¡Oh!, no, ciudadana.

—Desde allí iremos a la sección a denunciar a los tres.

El serrador añadió que tendría orgullo en acompañar a la ciudadana.

La Defarge se alejó a un extremo de la calle, adonde le siguieron La Venganza y su jurado, y les comunicó sus intenciones en los siguientes términos:

—La mujer de Evremont estará en su casa esperando la hora del suplicio, y debe gemir, desesperarse, derramar lágrimas y hallarse, en una palabra, en un estado que la hace culpable, porque la ley prohíbe simpatizar con los enemigos de la República. Voy a sorprenderla.

—¡Admirable idea! —dijo Juan tercero con entusiasmo.

—¡Eres divina!—exclamó La Venganza dándole un beso.

—Guárdame el trabajo —repuso la tabernera entregando su faja de punto de media a su ayudanta de campo—; lo dejarás en mi silla. Date prisa en ir allí y no te distraigas por el camino. Hoy habrá más gente que otros días y podrían tomarnos el sitio.

—No temas, te obedeceré fielmente —respondió La Venganza besándola por segunda vez—. ¿Tardarás mucho?

—Llegaré antes que principien.

—Hemos de ver los carros; ¿estarás en la plaza para verlos llegar? —gritó la Venganza corriendo detrás de la tabernera, que había doblado ya la esquina.

Esta agitó la mano haciéndole seña de que la oía y de que podía estar segura de que no tardaría, y se alejó dejando a Juan tercero y a La Venganza admirados de su buen talle y de sus facultades morales. Había entonces gran número de mujeres espantosamente desnaturalizadas por el furor contagioso de la época; pero la más temible entre todas era la que vemos dirigirse hacia la casa del doctor.

De un carácter a la par prudente y audaz, de una voluntad inflexible, de un espíritu resuelto, de una penetración prodigiosa y de una belleza varonil que imponía al espectador y le hacía confesar su poder, la señora Defarge habría surgido en todos los casos del oleaje revolucionario; pero imbuída en el recuerdo de las iniquidades de que había sido víctima su familia, alimentando desde la infancia un odio inveterado contra los nobles y esperando sin cesar el momento de vengarse, la ocasión la había transformado en una fiera, arrancándole la piedad, si es que esta virtud tuvo albergue alguna vez en su corazón.

¿Qué le importaba que un hombre fuera decapitado por las faltas de sus padres? No veía en él al inocente, sino al que había recibido su herencia. Y no le bastaba que esta muerte dejase una viuda y una huérfana, porque la hija y la mujer que llevaban el apellido odiado eran su presa natural y no tenían derecho a vivir. En vano se hubiera tratado de enternecerla... ¿Cómo había de enternecerse si para ella misma no tenía compasión? Aunque hubiera sucumbido en la calle, en medio de los combates, no le habría ocurrido la idea de quejarse, y si la hubiesen llevado al cadalso, habría subido sus gradas fatales sin sentir otra cosa que el no poder presenciar el suplicio de sus jueces. Tal era el corazón que latía bajo el vestido de aquella mujer. Cruzaba rápidamente el espacio que la separaba de la casa del doctor, andando con la firmeza que en todo desplegaba y con la agilidad de una mujer que en su niñez había pisado la playa sin zapatos.

.....

Había llamado la atención al señor Lorry la dificultad de dar un asiento al aya en el coche, pues no solamente no debía recargarse de peso el carruaje, que era ya demasiado pesado, sino que convenía reducir, en cuanto fuera posible, el tiempo que se perdiera en la puerta con el examen de los viajeros, porque un retardo de algunos minutos podía hacer fracasar su empresa. Así, pues, había propuesto a la se-

ñora Pross que podía partir cuando quisiera, pero que debía esperar tres horas y subir con Ferry en un coche ligero que se proporcionarían de antemano, con el cual alcanzarían fácilmente a los demás viajeros y se adelantarían para preparar los caballos en el camino; inmensa ventaja, especialmente durante la noche, en que podía serles fatal la menor tardanza.

La señora Pross, comprendiendo el servicio que este arreglo debía prestar a los fugitivos, había aceptado con alegría, y sólo esperaba el momento de ponerlo en ejecución. Presenció la partida de Lucía, reconoció a la persona conducida por Salomón, y después de pasar diez minutos en una inquietud imposible de describir, hablaba con Ferry sobre las últimas medidas que tenían que tomar. La tabernera se acercaba en tanto con paso rápido.

—¿Qué os parece, señor Ferry? —decía la señora Pross, cuya agitación era tan profunda que apenas podía hablar—. ¿No sería mejor ir a buscar los caballos que dejarlos venir al patio? Dos coches de viaje que salen de un mismo sitio pueden excitar sospechas.

—Me parece que tenéis razón; pero aunque no la tuvierais, pensaría lo mismo que vos.

—Estoy tan turbada —dijo el aya sollozando—, que soy incapaz de formar un proyecto. ¿Estáis vos en el caso de tomar una decisión, señor Ferry?

—Relativamente a mi porvenir tengo formados mis proyectos; pero en cuanto a lo presente me sería imposible hacer el menor uso de mi inteligencia. ¿Queréis hacerme el favor de atender a lo que voy a decir?

—En nombre del cielo, hablad pronto, y ocupémonos en lo que nos falta que hacer.

—En primer lugar, hago voto de renunciar para siempre, si no tienen desgracia vuestros amos...

—Comprendo, y os suplico que no designéis el hecho más particularmente.

—No lo nombraré, no temáis; me comprometo



además a dejar a mi esposa en completa libertad para arrodillarse y rezar cuanto quiera.

—La dirección de vuestra casa debe pertenecer a vuestra mujer —respondió el aya enjugándose los ojos—. ¡Oh! ¡Pobres amos míos!

—Y no me contentaré con eso —continuó Ferry—; mis opiniones han cambiado tanto sobre este punto, que espero que mi mujer estará invocando al cielo en este momento.

—¡Dios la escuche! —exclamó la señora Pross sollozando con más fuerza.

—Permita Dios —continuó Ferry con una tendencia alarmante a prolongar la conversación y a pronunciar sus palabras con solemne acento—; permita Dios que sea castigado por mis faltas, pero que escuche mis ruegos en favor de los fugitivos. Permita Dios que yo... me equivoque, que vos...

Después de hacer esfuerzos para encontrar el fin de su peroración, Ferry tuvo a bien interrumpirse y poner punto final.

La señora Defarge continuaba acercándose con paso rápido.

—Si llegamos a pisar nuestro país natal —dijo la señora Pross—, creed que recordaré a vuestra digna esposa lo que acabáis de decir de una manera tan contrita, y suceda lo que quiera atestiguaré el interés que habéis tomado por mis pobres amos en esta ocasión. Pero acordemos lo que hemos de hacer y no perdamos tiempo.

La señora Defarge se acercaba cada vez más.

—Si vais adonde está el coche —dijo la señora Pross—, impediréis que venga aquí, y yo iré a encontraros al momento. ¿No os parece bien?

—Muy bien.

—¿En qué sitio me esperaréis?

El pobre hombre estaba tan trastornado, que sólo le fué posible pensar en Temple-Bar. ¡Ah! El Temple-Bar se hallaba a centenares de millas, y la señora Defarge estaba ya cerca.

—Si fuerais a esperarme a la puerta de la catedral...  
¿Os parece largo el rodeo?

—No, señora.

—En tal caso, corred a la casa de postas y haced que cambien la dirección que debía tomar el coche.

—Me inquieta dejaros sola —dijo Ferry moviendo la cabeza—; ¿quién sabe lo que puede suceder?

—No os inquietéis por eso, señor Cruncher; estad a las tres en la puerta de la catedral, y yo llegaré allí al mismo tiempo que vós. ¡Daos prisa! En vez de pensar en mí, acordaos de las personas cuya vida está en vuestras manos.

Estas palabras, pronunciadas con desesperación, decidieron por fin a Ferry a salir y hacer lo que la señora Pross le pedía. Cuando el aya se vió sola y libre de la inquietud que le causaba la llegada del carruaje, se enjugó las lágrimas, y pensó que era necesario borrar sus huellas para no llamar la atención de los transeuntes. Aterrada con la soledad de aquellos aposentos desiertos, que su alma agitada poblaba de individuos ocultos detrás de las puertas, tomó agua fría y se lavó los ojos, levantando la cabeza y volviéndose a cada instante para ver si la espiaban. De pronto lanzó un grito, dejó caer el barreño, que se rompió en el suelo, y el agua se extendió sobre los pies de la señora Defarge. ¿Por qué sendas misteriosas y al través de qué oleadas de sangre habían llegado los pies de la tabernera hasta aquella agua cristalina?

—¿En dónde está la mujer de Evremont? —preguntó.

Una idea súbita cruzó por la mente del aya: como las puertas abiertas podían hacer sospechar la partida de los fugitivos, corrió en el acto a cerrarlas y fué a apoyarse en la del aposento que había ocupado Lucía. La tabernera siguió con los ojos al aya y fijó su mirada en el rostro de ésta luego que estuvieron frente a frente. La señora Pross no era bella, ni el tiempo había dado a su fealdad la dulzura y la gracia que que a veces la compensan; pero era valiente, y miró a la desconocida con altivez y expresión de reto.

—Podréis ser la mujer de Satanás —pensó el aya—; pero esto no es una razón para que triunféis: soy inglesa y vamos a verlo.

A pesar de la frialdad desdeñosa que se revelaba en su rostro, era evidente que la señora Defarge veía la determinación de su adversaria. Sabía perfectamente que aquella mujer alta, de fuertes puños y de una robustez masculina, era fiel a las personas que ella quería perder, y la señora Pross no dudaba por su parte que la tabernera era la enemiga encarnizada de los que ella amaba.

—Al dirigirme allá —dijo la tabernera extendiendo la mano en dirección al sitio fatal—, he entrado en esta casa para darle la enhorabuena y desearía hablar con ella.

—Sólo puedes tener malas intenciones —respondió el aya—, y por lo tanto, me opondré con todas mis fuerzas a que saigas con la tuya.

Cada cual empleaba su propia lengua, sin entender nada de lo que le decía la otra; pero ambas se miraban fijamente y trataban de adivinar por la fisonomía de su adversaria el sentido de las palabras que vibraban en su oído.

—¿Para qué ocultarse? —repuso la tabernera—. Ya se sabe, sin embargo, lo que hace. Dile que estoy aquí; ¿no me oyes?

—Aunque tus ojos fueran tenazas y me apretaran, no cedería.

Los detalles de esta observación pasaron probablemente desapercibidos para la Defarge, que comprendió, sin embargo, su sentido.

—¡Vieja imbécil! —exclamó arrugando el entrecejo—. ¿No responderás? Quiero verla; corre a decírselo o déjame pasar.

El ademán enérgico con que acompañó estas palabras las explicó bastante.

—Nunca creyera —repuso la señora Pross— que desearía entender tu jerga; pero diera ahora un año de mi vida para saber si sospechas la verdad.

La tabernera, que hasta entonces no se había movido, dió un paso hacia la señora Pross.

—Soy inglesa, estoy desesperada —dijo el aya—, y tanto me importa la vida como una moneda de dos peniques. Cuanto más tiempo te haga perder, más ganará mi pobre niña, y si te atreves a tocarme tan sólo con la punta del dedo, no te quedará en la cabeza un puñado de cabellos.

Así habló la señora Pross, cuyos ojos brillaban de indignación; nunca había puesto las manos sobre nadie, pero estaba dispuesta a ejecutar sus amenazas. Sin embargo, como su valor procedía de un sentimiento de ternura, le fué imposible contener las lágrimas, y la Defarge para quien era completamente extraña toda emoción, creyó que su llanto era indicio de debilidad.

—¡Hola! ¿Ya estás rendida? —exclamó riendo—. ¡Ea, vieja loca!, llama o déjame pasar. No estoy aquí para perder el tiempo. ¡Ciudadano doctor, ciudadana Evremont, responded! Soy la ciudadana Defarge.

Tal vez el silencio que siguió a sus palabras, la fisonomía del aya o algún presentimiento le hicieron concebir sospechas; pero lo cierto es que pensó por primera vez que podían haber huído, y abrió las tres puertas que había cerrado el aya.

—Esos tres aposentos están sin muebles. ¿Quién hay en ese cuarto? —añadió designando la puerta en que estaba apoyada la señora Pross.

—No te dejaré mirar —repuso ésta, que había entendido la pregunta, así como su adversaria entendió la respuesta.

—Si no están ahí, han partido —dijo la tabernera—; pero pueden perseguirlos y traerlos.

—Todo el tiempo que emplees en preguntar si están en ese cuarto, será una ventaja para mis amos, y, por otra parte, cuando ya no te quede duda sobre este punto, no te moverás de aquí mientras tenga fuerzas para detenerte.

—Te haré pedazos si es preciso, pero abriré esa puerta.

—Estamos solas en el último piso de una casa que tiene pocos inquilinos; el patio está desierto y nadie nos oirá. Que sea bastante fuerte para impedir que salgas, y cada minuto de retardo valdrá millones de guineas para mi Lucía.

En el mismo instante la tabernera corrió hacia la puerta, se vió sujeta por los dos brazos del aya que le rodearon el cuerpo. En vano trató de luchar la tabernera, porque el amor, mucho más poderoso que el odio, centuplicaba la fuerza de la señora Pross. En vano le descargó puñetazos o le arañó el rostro, pues la valerosa aya no soltaba su presa y se asía a su enemiga con más fuerza que un ahogado al objeto que encuentra. De pronto la ciudadana cesó de defenderse y se llevó la mano al cinturón.

—Está debajo de mi brazo —dijo la señora Pross con voz sorda—; pero no lo sacarás. A Dios gracias soy más fuerte que tú.

La tabernera se llevó la mano al pecho, y la inglesa siguió con la vista esta acción: vió una pistola, se apoderó de ella, la disparó, y se halló al momento sola y cegada por el humo. Un silencio espantoso siguió a la detonación que acababa de oirse, y la nube de humo se desvaneció al mismo tiempo que el último suspiro de la tabernera, cuyo cuerpo inanimado yacía en el pavimento. El primer impulso del aya fué correr a la escalera para ir a pedir auxilio; pero afortunadamente pensó en las consecuencias de tan imprudente paso, y a pesar del horror que le inspiraba aquel aposento, se apresuró a volver a entrar en él, se puso el chal y el sombrero, cerró la puerta, quitó la llave, se paró en el primer tramo de la escalera para tomar aliento y se alejó rápidamente.

Por dicha suya su sombrero tenía un velo muy denso y era muy fea para que nada pudiera desfigurarla. A no ser por esta circunstancia, hubiera llamado indudablemente la atención, porque los dedos de su adversaria habían dejado huellas profundas en su rostro; llevaba el cabello despeinado, y aunque con mano

tremula había tratado de poner en orden su traje, lo llevaba arrugado y roto de una manera capaz de comprometer a la señora más negligente. Cuando llegó al puente arrojó en el Sena la llave y se dirigió hacia la plaza de Nuestra Señora.

Habiendo llegado tan pronto a la cita, durante los pocos minutos que esperó y que le parecieron horas, pensó en que tal vez habían sacado ya del río la llave, que podía haber caído en una red de pescadores; que la habían reconocido sin duda; que iban a abrir la puerta; que encontrarían el cadáver y que sería presa al salir de la ciudad, conducida a una cárcel y condenada por crimen de asesinato. En pugna con estos pensamientos delirantes la encontró Ferry, que la hizo subir al coche y dijo al postillón que partiera.

—¿Hay mucho ruido en las calles? —preguntó la señora Pross a su compañero de viaje.

—Como todos los días —respondió éste, tan asombrado de la pregunta como del aspecto del aya.

—¿Qué decís?

En vano repitió Ferry sus palabras, y no pudiendo hacerse oír, se lo preguntó con un ademán.

—¿Hay mucho ruido en la calle? —preguntó por segunda vez el aya.

—¿Qué decís?

—No oigo nada.

—¡Se ha vuelto sorda en menos de una hora! —exclamó Ferry con aire pensativo—. ¿Qué le habrá sucedido?

—Me parece —dijo la señora Pross— que esa detonación es el último ruido que oiré en toda mi vida.

—¡Dios me bendiga..., está loca! —dijo Ferry cada vez más turbado—. ¿Qué podría decirle para volverla el juicio? Escuchad, señora. ¿Oís el ruido que hacen esos carros?

—No oigo nada —respondió la señora Pross—. ¡Oh!, un silencio de muerte ha seguido a esa detonación, y no se romperá nunca mientras viva.

—Si no oye el estruendo que hacen esos carros —dijo

Ferry—, me parece que, en efecto, no oiré nada más mientras viva.

La excelente mujer ya no oía nada en el mundo.

## CAPITULO XV

### ÚLTIMOS ECOS.

FÚNEBRES carruajes rechinan y ruedan lentamente por las calles, conduciendo a la guillotina su ración cotidiana. Sus ruedas siniestras hienden el populacho, donde abren un surco tortuoso; a los dos lados del carril profundo se forma una cima de rostros humanos rechazados a derecha e izquierda, y el arado sigue el camino que se le ha trazado. Los habitantes de las casas que se hallan en su curso están ya tan acostumbrados a verlos, que hay poca gente en las ventanas, y las manos de algunos de los espectadores ni siquiera suspenden su trabajo en tanto que sus miradas se dirigen con indiferencia hacia los rostros que se ven en los carros.

Entre los que van en ellos, algunos miran con indiferencia todo lo que les rodea; otros se despiden del cielo y de la tierra con una postrera mirada a la vida de la naturaleza, y otros bajan la cabeza con sombría desesperación. La mayor parte cierran los ojos para meditar, y uno solo está tan agitado por la perspectiva del suplicio, que habiendo perdido la razón canta y trata de bailar, pero ninguno de ellos implora la compasión del pueblo con su mirada o sus ademanes. Un piquete de caballería precede al convoy. Varios curiosos hacen preguntas a estos heraldos de la muerte, y parece que todos preguntan lo mismo, porque la multitud se apresura a ir al encuentro del carro donde los soldados designan uno de los reos con la punta de su sable.

Preguntan quién es aquel individuo; su curiosidad llega a hacerse general, y todas las miradas se dirigen hacia un hombre que, con la cabeza baja, está hablando con una humilde joven, cuyas manos estrecha entre las suyas. Cuando pasa por la calle de San Honorato se alzan contra él diferentes voces; pero recibe las injurias con una sonrisa y baja un poco más la cabeza para ocultar el rostro. Un espía espera con impaciencia en las gradas de una iglesia la llegada de los carros. Mira con avidez el primero: no está allí... el segundo: tampoco.

—¿Me habrá sacrificado? —dice Barsad para sí con terror.

Pero al ver el tercer carro se serena de pronto su rostro.

—¿Quién es Evremont? —le pregunta un hombre que está detrás de él.

—El último del carro.

—¿El que estrecha las manos de esa muchacha?

—Sí.

—¡Muera Evremont! —grita el hombre con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡A la guillotina los aristócratas!

—¡Silencio! —dice tímidamente Barsad.

—¿Por qué he de callar, ciudadano?

—Va a expiar sus faltas; dentro de cinco minutos habrá pagado su deuda; no le atormentemos, es inútil.

Pero el patriota continuó gritando:

—¡Muera Evremont! ¡Mueran los aristócratas!

El reo insultado levanta la cabeza, ve al espía, le mira fijamente y continúa su camino. Van a dar las tres; los carros vuelven una esquina y abren su surco en la plaza donde se alza el cadalso, y la multitud se cierra detrás de ellos, porque todos se dirigen hacia la guillotina. En la primera fila se ven algunas mujeres sentadas en sillas, como para una fiesta pública, y haciendo calceta con actividad. La Venganza se ha subido sobre su silla y mira por todas partes.

—¡Teresa! —grita con voz estridente—. ¿Quién ha visto a Teresa Defarge?



—No ha faltado nunca —dice una de las que hacen calceta.

—Ni faltará hoy —replica La Venganza—. ¡Teresa!

—Alza más la voz —le aconseja la vecina.

Pero Teresa no llega. Envían en su busca algunas mujeres, encargándoles que le digan, donde quiera que la encuentren, que no tarde; pero por intrépidos que sean los emisarios que envían, es dudoso que vayan bastante lejos para traerla del sitio donde se encuentra.

—¡Qué desgracia! —exclama La Venganza pateando en la silla—. ¡Ya llegan los carros..., va a ser despachado dentro de un momento, y no está aquí! Y eso que le guardo asiento... ¡Lloraría de rabia!

Mientras La Venganza baja y se sienta llorando, los carros principian a vaciar su contenido. Los ministros de la guillotina visten de riguroso uniforme y están prontos a funcionar. Se oye un golpe breve, y la cabeza es presentada a la multitud.

—¡Una! —dicen las mujeres que hacen calceta, levantando la cabeza.

El segundo carro ha dejado su carga y se aleja. Se acerca el tercero. Se oye otro golpe.

—¡Dos! —cuentan las mujeres sin dejar de hacer calceta.

El supuesto Evremont, que no ha soltado la mano de la joven, la coloca de modo que no pueda ver funcionar la horrible máquina. La pobre criatura tiene los ojos fijos en los suyos y le da las gracias con efusión.

—A no ser por vos —dice— no hubiera tenido valor. Soy tan débil, que mi pobre corazón desfallece al menor temor, y nunca hubiese podido elevar mi alma hacia Aquel que murió para que seamos consolados. Vos me habéis enviado al cielo, querido amigo.

—Lo mismo podría deciros, hermana mía. Miradme; no volváis la vista; no penséis en otra cosa.

—No pienso en nada mientras tengo mi mano en la vuestra, y cuando nos separemos, si van aprisa...

—Muy aprisa, hermana mía; no tengáis miedo.

Estaban en medio del grupo de víctimas, que se dis-

minuían con rapidez; pero hablaban como si estuvieran solos.

—¿Me permitís que os haga una pregunta, querido amigo? ¡Soy tan ignorante! Una cosa me inquieta...

—¿Qué es, hermana mía?

—Tengo una prima que desde muy niña perdió como yo a su padre y a su madre, y a quien amo con todo mi corazón. Tiene quince años y está sirviendo en una casa de campo de Turena. La miseria nos obligó a separarnos. Ella no sabe mi desgracia, porque no sé escribir, y aun cuando hubiera sabido, ¿para qué había de entristecerla? Pero desde que estamos en el carro me ha acudido una idea: si la República impide que los pobres se mueran de hambre, si las penas llegan a disminuir, mi prima podrá vivir muchos años.

—¿Y por qué os inquieta eso, querida hermana?

—¿Creéis —dijo llenándose sus ojos de lágrimas, con tierna resignación y con los labios trémulos—, creéis que no me parecerá largo el tiempo mientras la espere?

—Tranquilizaos, ángel de inocencia; en la otra vida no hay tiempo ni inquietudes.

—¡Qué bueno sois consolándome así! ¡Soy tan ignorante!... ¿Puedo abrazaros ahora? ¿Ha llegado el momento?

—Sí, pobre hermana mía.

Se abrazaron y se bendijeron. Las manos de la niña no tiemblan, y en el afable rostro de la humilde criatura brillan la firmeza y la serenidad de espíritu. Pasa antes que él.

—¡Veintidós! —cuentan las mujeres que hacen calceta.

“Yo soy la resurrección y la vida —dice el Señor—, y el que vive en mí está seguro de vivir eternamente.”

Se oye un murmullo de voces numerosas, se ve un movimiento de todas las miradas y una ondulación de la multitud que se estrecha, avanza y después retrocede y se calma.

— ¡Veintitrés! — cuentan las mujeres que hacen calceta.

Por la noche se decía en la ciudad que su rostro había sido el más sereno de todos los que se habían visto en el cadalso, y algunos añadían que tenía una expresión sublime y profética. Una mujer había pedido algunos días antes al pie del cadalso que le permitieran escribir los pensamientos que le inspiraba la muerte. Si Cartone hubiera expresado los suyos y hubiera sido profeta, he aquí lo que hubiese dicho:

"Veo a Barsad, a La Venganza, a Defarge, a los magistrados y los jurados, esa larga hilera de nuevos opresores que han reemplazado a los antiguos, perecer bajo ese mismo instrumento que va a cortar mi cabeza.

"Veo salir de este abismo una ciudad espléndida y una nación gloriosa, y veo que esta nación, con sus luchas para conquistar la libertad, con sus triunfos y con sus derrotas, expía gradualmente y borra después los crímenes de esta época sangrienta.

"Veo a los seres venerados por los cuales voy a morir viviendo en Inglaterra una vida tranquila, útil y venturosa. Veo a la mujer cuya felicidad es para mí más preciosa que la existencia, con un niño en sus brazos que lleva mi nombre. Veo a su padre, encorvado por los años, pero sano de cuerpo y espíritu, fiel y adicto a los que padecen. Veo a ese buen anciano que los ama vivir diez años a su lado, legarle su fortuna y partir de este mundo para ir a buscar al cielo su premio.

"Veo el santuario que me han erigido en su corazón y en el de sus descendientes. La veo en su vejez llorando aún en el aniversario de este día. Veo que ella y su esposo mueren a un tiempo después de una larga vida, y tengo la certeza que no eran tan sagrados uno para el otro como lo era para ambos mi memoria.

"Veo al niño que lleva mi nombre crecer y seguir su camino en la vida donde yo me he extraviado; le veo, noble de corazón y de inteligencia, superar todos

los obstáculos con tan feliz éxito, que mi nombre se purifica y llega a ser ilustre con el brillo del suyo. Le veo al frente de la magistratura de su país, honrado de todos, padre de un hijo que lleva también mi nombre y que tiene esos cabellos de oro y esa frente tan expresiva de que están llenos mis ojos. Le veo poniéndose a su hijo en las rodillas y contándole mi historia con voz trémula y conmovida.

”Lo que hago hoy es infinitamente mejor que cuanto hubiera hecho en el porvenir, y por fin voy a gozar del descanso que nunca he conocido.”

FIN











old spice

"

